

RED LIPS

Juntos
sonros
más



*Juntos
somos
más*

RED LIPS

Nunca he tenido el corazón tan rojo.

JULIO MÉDEM, Los amantes del círculo polar

A Toni,

porque contigo el amor no suma, multiplica

Índice

[Prólogo](#)

[Mi novio es Jon Nieve](#)

[La prueba del delito](#)

[El lugar donde viene a morir el amor](#)

[Pasado, presente y futuro](#)

[Nuevas decisiones](#)

[Irreversible](#)

[Canela](#)

[Vidas cruzadas encendiéndose](#)

[La noche más rara de mi vida](#)

[No me llames Pecas](#)

[Contradicciones](#)

[Las diez](#)

[Volver a conocernos](#)

[El destripador de libros](#)

Personas que te atraviesan

El rey de las figuras retóricas

Una tortura llamada spinning

Cuando Alba conoció a Ivette

Quid pro quo

Cena de tres

Un trayecto con Mumford & Sons

Quién juega con fuego...

Maldito Óscar

Un pequeño respiro

La vida que nos espera

Una confesión en la bañera

Esta noche voy a por ti

Quiero hacerte gritar

No sé el qué, pero otra cosa

Bed & Breakfast

Yo mataré monstruos por ti

Inseguridades

Tú y yo siempre hemos sido tú y yo

El amor nunca es suficiente

Vuela alto, pequeña

El pasado, a veces presente

¿Dónde has estado?

Voy contigo

Look Orco de Mordor

No solo un mapa viejo

La familia que escogemos

Ninfa de hielo

Apatía

Lo normal

No le dejes ganar

Corazón congelado

Cómplices del secreto más bonito del mundo

El único sitio donde sentirse a salvo

El primer valiente

Bienvenida de nuevo, Virginia

Mi pequeña de las dudas infinitas

Somos sinergia

[Pecas, la marciana](#)

[Contenido extra: ¿Capaz o incapaz?](#)

[Epílogo Virginia](#)

[Epílogo Óscar](#)

[Canciones](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Nota de la autora:

Esta novela está llena de música. Si tu dispositivo tiene Spotify, puedes escuchar la banda sonora a medida que vayas leyendo, solo tienes que pinchar encima del enlace de la canción y se reproducirá automáticamente.

También puedes escuchar la lista de reproducción completa con todas las canciones que han inspirado la novela [siguiendo este enlace](#) o escribiendo

Juntos somos más en el buscador de la aplicación.

Prólogo

Me encontraba en la zona trasera del pequeño auditorio del instituto, entre bambalinas. Tenía la mirada fija en el escenario, donde los actores estaban representando la obra de teatro que yo dirigía y que, además, había escrito. El último acto estaba a punto de terminar y sentía los nervios burbujeando en la boca del estómago.

—Así que te escondías aquí, Pecas —dijo una voz a mis espaldas, una voz inesperada que reconocí al instante.

Me giré con los ojos agrandados por la sorpresa y un hormigueo se adueñó de mi tripa cuando nuestros ojos se encontraron. Óscar estaba muy cerca de mí, vestido con su *look* de macarra habitual: vaqueros desgastados, camiseta negra de los Ramones y sus viejas botas Dr. Martens. Llevaba el pelo revuelto y un amago de sonrisa en los labios.

—Así que al final has venido... —susurré, notando como las pulsaciones se me disparaban.

Óscar llevaba semanas asegurándome que no iría al estreno de la obra ni loco, que prefería clavarse astillas bajo la piel antes que pasarse cerca de una hora encerrado en una sala atestada de gente. Sin embargo, ahí estaba, regalándome una de sus sonrisas ladeadas, con la comisura izquierda más

elevada que la derecha.

—Ya ves, soy fácil de persuadir, sobre todo ante la insistencia de una chica preciosa y su avalancha de mensajes suplicándome que viniera.

Quise responderle que solo le había mandado dos mensajes, y que aquello no podía ser considerado avalancha. En su lugar, me quedé en silencio, incapaz de desenredar mi mirada de la suya. Sus ojos eran increíbles, de un verde tan intenso y brillante como el de la menta que mi padre cultivaba en el jardín.

Tragué saliva y, antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, las luces se apagaron y una oleada de aplausos y silbidos atronó a nuestro alrededor.

El corazón bombeó enloquecido dentro de mi pecho y me giré para mirar a través del hueco de la cortina. Los focos habían vuelto a encenderse en haces de colores que parecían moverse sobre el escenario vacío al ritmo de la música. Sonaba [Heroes](#) de David Bowie, la canción elegida como banda sonora. La obra había terminado y el público se había puesto de pie.

Reconocí algunos rostros entre la multitud. Mis padres, mi hermano Abraham y mi mejor amiga Carla, aplaudían junto al resto. Una oleada de regocijo se expandió por mi pecho, y me sentí orgullosa, porque quizás aquella solo era una obra de teatro de fin de curso en un humilde instituto de Barcelona, pero yo me sentía como si nos encontráramos en el mismísimo

Broadway.

—Esta vez te has superado, Pecas —susurró Óscar tan cerca de mi oído que un burbujeo sacudió la zona baja de mi vientre.

Se había acercado tanto que sentí su calor reptar por mi espalda y su olor inundar mis pulmones. Óscar olía a muchas cosas, cosas prohibidas, cosas con las que no me permitía soñar y cosas que mucho menos me permitía desear, por muy atractivos que fueran. Pero lo que yo me permitiera o no poco tenía que ver con la forma en la que reaccionó mi cuerpo a su cercanía: un estremecimiento subió por mi espina dorsal, se me aflojaron las rodillas y mi corazón se desbocó.

—También es mérito tuyo —conseguí decir, con la boca seca.

—Yo solo soy el crítico.

—Yo solo soy la escritora.

Nos sonreímos con complicidad y, cuando una nueva oleada de aplausos recorrió el auditorio, volvimos a clavar nuestras miradas en el escenario. Los actores acababan de salir para hacer el típico saludo final.

Mientras mis compañeros hacían reverencias agarrados los unos a los otros, yo pensé en lo mucho que mi relación con Óscar había cambiado a lo largo de aquellos meses. Si alguien me hubiera dicho al inicio de curso que podríamos llegar a ser amigos, no me lo hubiera creído. Con lo mal que nos llevábamos al principio, vernos así, hablando con tranquilidad sin tirarnos los

trastos a la cabeza, era un gran avance. Y eso que, cuando el profesor me nombró dramaturga con Óscar de ayudante, estuve a punto de dimitir del cargo. Yo había querido encargarme de la obra de fin de curso desde primer año, tener que compartir la gloria con alguien, y más con alguien al que odiaba, me había dolido en el orgullo. Al final, aquella resultó ser una buena decisión. Puede que durante las primeras semanas fantasease más de una vez con estrangularle, sobre todo cuando abría la boca y soltaba uno de sus comentarios maliciosos, pero, a medida que pasamos tiempo juntos y empezamos a conocernos, las cosas cambiaron. El odio se diluyó poco a poco y se convirtió en otra cosa. En algo a lo que aún no me atrevía a poner nombre.

Sonreí recordando esos últimos meses, esos momentos compartidos. Conocer a Óscar había marcado por completo aquel último año de instituto. Él había conseguido que un curso que se adivinaba aburrido y previsible se convirtiera en todo lo contrario. Además, si había acabado escribiendo aquella obra de teatro era, en gran medida, gracias él. Habían sido sus críticas y opiniones constantes las que me habían ayudado a desarrollar la historia tal y como lo había hecho.

Noté una opresión en el pecho al recordar que, en poco tiempo, no volvería a verle.

—Óscar, ¿cuándo te marchas?

Algo se atascó en mi garganta al hacer aquella pregunta. Sabía que al

empezar la universidad no volvería a coincidir con muchos de mis compañeros de clase, pero al menos ellos se quedaban en mi misma ciudad, en mi mismo país. Óscar, en cambio, hacía meses que había planeado un largo viaje por el mundo y ni siquiera sabía si iba a regresar.

—Aún no lo sé. —Se humedeció el labio inferior—. A veces me pregunto si debo hacerlo. —Su mirada titiló en la penumbra y me pareció ver la sombra de una duda deslizarse entre nosotros. Durante un instante, tuve la sensación de que esperaba que le pidiera que se quedara.

¿Y si lo hacía? ¿Y si se lo pedía?

Me mordí el labio, recordándome que yo no era nadie para hacer tal petición.

—Te echaré de menos —confesé, exponiendo un poco mi desazón—. Sobre todo, echaré de menos que destripes mis escritos y me llames esnob pretenciosa.

—Confieso que yo también echaré de menos eso. Destripar tus escritos es una de mis aficiones favoritas. —Soltó una risita entre dientes que consiguió dar a su rostro ese aire de tranquilidad y paz que normalmente le faltaba—. Ahora en serio, Pecas, eres buena escritora, un poco esnob y pretenciosa, pero una esnob pretenciosa con talento. Llegará un día en el que uno de tus libros comparta estantería con los más grandes.

—Dijo el chico atormentado de pasado oscuro y sombrío —añadí a su

frase con retintín.

—Dicho así parezco un cliché con patas.

—Eres un cliché con patas. Y un grano en el culo. A veces las dos cosas juntas.

—Tu elocuencia siempre me sorprenderá.

—Ser una esnob pretenciosa tiene sus beneficios.

Nos miramos en silencio, compartiendo una sonrisa.

De nuevo me pregunté qué ocurriría si se lo pedía, si le pedía que se quedara.

En el escenario, los actores habían vuelto a desaparecer por uno de los laterales y un ruido de pasos y risas inundó los pasillos. Escuché mi nombre entre el bullicio y, en pocos segundos, el grupo de actores llegó hasta donde nos encontrábamos exigiéndome con apremio que los acompañara en la nueva ronda de saludos al público.

—Dadme un segundo, por favor —pedí, con la mirada fija en Óscar—. ¿No vas a venir conmigo?

—Sabes que no.

—Pero ¿volveremos a vernos? —pregunté, visiblemente angustiada. Las vacaciones de verano empezaban al día siguiente por lo que ya no teníamos una excusa real para hacerlo.

Dudó. De nuevo sus ojos se tiñeron con la duda que ya había atisbado

antes. Apartó la mirada y se pinzó el labio en un gesto nervioso.

—¿Quedamos esta noche en La República? ¿A las once? —preguntó volviendo a clavar sus ojos en los míos.

La República era un bar al que solíamos asistir los jóvenes del barrio. Óscar y yo habíamos quedado allí alguna vez en las últimas semanas con la excusa de hablar sobre la obra de teatro.

Afirmé con la cabeza.

—Claro, allí estaré. —Y con la sonrisa más amplia y sincera que fui capaz de esbozar le abrí la puerta a un montón de deseos velados.

—Y ahora ve. Es tu momento, Virginia.

Un puñado de mariposas se escamparon por mi vientre y crearon un huracán con su aleteo. Óscar nunca empleaba mi nombre. Él siempre usaba el apelativo con el que había decidido bautizarme desde el primer día.

Ensanché mi sonrisa, desenredé mi mirada de la suya y levanté una mano a modo de despedida. Poco después, salí al escenario, donde fui recibida con una nueva tanda de aplausos.



A las once en punto, entré en La República. El bar era estrecho y alargado, con paredes de ladrillo rojizo llenas de fotos con cantantes de rock y muebles de

madera oscura. Yo había pasado por casa para cambiarme y, aunque no me había arreglado demasiado, me sentía guapa. Llevaba mi pelo largo de color chocolate recogido en una trenza ladeada, una falda vaquera corta que dejaba al descubierto mis piernas y una camiseta blanca con la frase «I love Mr. Darcy» estampada en el pecho, camiseta que, por cierto, solía ser fuente inagotable de comentarios sarcásticos por parte de Óscar.

Aquella noche, como todos los viernes, el bar estaba a reventar. Busqué a Óscar entre la muchedumbre que abarrotaba el local, pero no lo encontré, así que me pedí una cerveza en la barra y ocupé una mesa que unos chicos acababan de dejar libre. Desde allí podía ver la puerta de entrada.

Recuerdo los nervios trepando por mi vientre, las ganas estallándome en el pecho, la expectación atragantada en la garganta. Daba traguitos al botellín de cerveza con la mirada fija en la puerta y, cada vez que esta se abría, el estómago me daba un vuelco creyendo que sería él.

Pasaron los minutos, las horas y Óscar no apareció. Tras tres llamadas que acabaron en su buzón de voz, decidí regresar a casa, furiosa y triste a partes iguales. Cuando me tumbé en la cama y empecé a llorar abrazada al cojín, comprendí la razón de mi congoja: contra todo pronóstico y contra toda voluntad, había acabado enamorándome del único chico en la faz de la Tierra incapaz de hacerme feliz.

Me había enamorado del cliché con patas.

Me había enamorado del grano en el culo.

Me había enamorado de Óscar.

Durante los siguientes días intenté llamarle varias veces, pero nunca respondió. Una mañana de julio, una voz robótica anunció que el número había sido dado de baja. En aquel momento, sentada en el sofá del salón con el murmullo del televisor de fondo y el móvil pegado a mi oído, tuve una certeza: Óscar se había marchado, no se había despedido y, con total probabilidad, no volvería a verle.

De aquel verano solo recuerdo las tardes tumbada en la cama, con el álbum *Cuentos chinos para niños del Japón* de Love of Lesbian sonando en bucle en mi habitación. Me podía pasar horas mirando fijamente el techo, con el corazón encogido y el sentimiento de pérdida arremolinado en mi estómago, reviviendo conversaciones, instantes y fragmentos de nuestra historia que ya nunca se repetirían y que yo atesoraba con el cariño que se atesoran las cosas que, pese a ser frágiles, quieres conservar para siempre.

El tiempo siguió su curso y septiembre llegó trayendo consigo muchas novedades.

Empecé Filología Hispánica, conocí gente, hice nuevos amigos. Todo aquello me ayudó a mantener la mente ocupada. Poco a poco, dejé de pensar en él y, con el tiempo, la imagen de Óscar empezó a emborronarse, como se emborronan las palabras escritas a boli en un papel mojado.



Cuatro meses más tarde, al regresar a casa después de una intensa tarde de estudio en la biblioteca, me encontré algo inesperado en el buzón. Se trataba de una postal preciosa con un paisaje nevado de Nueva York. Aunque no había remitente, reconocí la letra pequeña y apretada de Óscar en la dirección de envío.

Aquella fue la primera de muchas otras postales que irían llegando desde diferentes ciudades y países.

Las postales siguieron apareciendo en el buzón durante años, de forma intermitente. Hasta que un día llegó una distinta. Se trataba de una postal sin sello, una postal de la misma Barcelona.

Él parecía haber regresado, pero yo apenas me acordaba ya del muchacho atormentado de pasado oscuro y sombrío. Para entonces, ya tenía una vida, y Óscar pasó a convertirse en un recuerdo lejano e inalcanzable que, con el tiempo, apenas tendría ocasión de evocar.

12 años después

Mi novio es Jon Nieve

A mis veintinueve años estaba segura de que tenía la vida más o menos resuelta. Había muchas cosas que no me gustaban, claro, pero las aceptaba como algo intrínseco al propio hecho de vivir. Por ello, lo que ocurrió aquel lunes de principios de septiembre, me pilló completamente desprevenida.

Mi vida cambió una mañana como cualquier otra cuando Bárbara, la redactora jefa de Mujer10, la revista para la que trabajaba, me llamó a su despacho para hablar sobre el artículo que debía empezar a escribir para el próximo número. Había dedicado gran parte del fin de semana a compilar información sobre el feminismo en el siglo XXI, dispuesta a escribir un artículo sobre esta cuestión. Supe que la idea no le había gustado en el momento que dije la palabra «feminismo» y su nariz se arrugó como si acabara de darle a oler caca de perro.

—Las mujeres que compran nuestra revista no quieren leer ese tipo de cosas. Compran la revista para leer artículos sobre belleza, moda o tendencias, no para recibir lecciones morales sobre por qué no deberían depilarse las piernas —dijo Bárbara, repiqueteando sus uñas largas y pintadas de rosa pálido sobre la superficie de su escritorio.

Era típico de Bárbara resumir un movimiento como el feminismo en algo

tan trivial como la cantidad de vello corporal que tenía una. Aunque sabía que era una batalla perdida, insistí:

—Pero es que no iba a hablar de eso. Quería tratar el empoderamiento de la mujer hoy en día, explicando su importancia para erradicar...

—Para el carro, Virginia —me cortó—. Siempre haces lo mismo, te digo que pienses en algún tema para nuestra sección de actualidad y tú lo conviertes en una encrucijada para cambiar el mundo. Mira, sé que no lo haces con mala intención, pero esto es un negocio. Debemos darles lo que nos piden y no lo que queremos que nos pidan, ¿entiendes?

Me lanzó una mirada condescendiente y yo resoplé, derrotada.

—Está bien, pensaré en otra cosa.

—Yo tengo una propuesta. —Tiró su cuerpo hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa, enlazando sus dedos largos y finos. Con aquel gesto, un mechón de cabello negro azabache cayó sobre su precioso rostro en forma de corazón. Bárbara era esa clase de mujer que siempre iba de punta en blanco, con la ropa perfectamente planchada, el maquillaje en su sitio y el cabello liso como recién salida de la peluquería. Yo a su lado parecía un moscorroffio y más aquel día, que había llevado la opción del «5 minutos más» del despertador hasta el límite. ¿El resultado? Me había puesto unos vaqueros manchados de lejía que solía usar para limpiar y una camiseta vieja estampada con mini hamburguesas con un descosido en el lateral. El cabello color

chocolate lo llevaba recogido en un moño que con el trajín del metro había mutado a nido de avestruz. Quizás no me podía considerar una apasionada de la moda como sí lo eran la gran mayoría de mis compañeras, pero aquel nivel de dejadez era preocupante—. Las revistas de la competencia llevan meses dedicando reportajes enteros a las aplicaciones móviles de citas. He pensado que podrías buscar la forma de llevar ese tema a tu terreno y hacer algo diferente.

Fruncí el ceño para darle a entender que la idea me desagradaba y mucho. Nunca había usado una de esas aplicaciones, ni siquiera sabía cómo funcionaban. Llevaba ocho años saliendo con Iván, mi novio, y estaba muy desconectada en ese tipo de cosas. Sabía que existían por mi mejor amiga Carla, que las usaba con frecuencia. Pero para mí era algo tan desconocido como podría serlo la física cuántica.

—No creo que yo sea la persona adecuada para escribir sobre eso, la verdad.

Bárbara alzó una ceja con suficiencia.

—Virginia, quiero que escribas tú ese artículo, conectas muy bien con nuestras lectoras. Por algún motivo que desconozco, ese humor ácido que te gastas gusta mucho más de lo que jamás llegaré a entender. Así que elige una de esas aplicaciones e investiga a ver qué encuentras.

Me hizo un movimiento con la mano indicándome que daba por finalizada

la reunión, así que me levanté con desgana, salí del despacho y me arrastré hasta mi sitio.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Laura, una de mis compañeras. La redacción la formaba un espacio amplio y diáfano lleno de mesas con ordenadores donde trabajábamos todos.

—Fatal —murmuré. Abrí el primer cajón de mi escritorio y saqué de él una barrita de chocolate con avellanas. Cuando me frustraba me daba por comer, de allí a que hubiera ganado un par de tallas en los últimos años.

Laura me lanzó una mirada compasiva y yo le correspondí con una sonrisa de resignación. Estaba demasiada acostumbrada a ese tipo de situaciones.

Para ser sincera, escribir artículos en una revista para mujeres no era algo que me hiciera sentir plenitud profesional. Ni siquiera era lectora habitual de ese tipo de publicaciones. A veces me sentía un poco estafadora trabajando allí, hablando de moda y tendencias como si fuera una gran especialista sobre el tema cuando lo cierto es que no hubiera sabido diferenciar unos Manolo Blahnik de unos zapatos del bazar chino de debajo de mi casa.

¿Por qué trabajaba ahí? Muy sencillo: por necesidad. Había aceptado el puesto como becaria en su momento pensando que se trataría de algo temporal, pero cuando terminé la carrera de Filología Hispánica, la crisis me pilló de lleno y fui incapaz de encontrar otra cosa. Busqué y rebusqué en todos los portales de empleo y mandé currículums a todos los sitios que consideré

oportunos, pero no recibí ni una sola respuesta.

Fueron años muy jodidos. Muchos de mis compañeros tuvieron que emigrar al extranjero, y los que prefirieron quedarse, tuvieron que aceptar trabajos precarios con sueldos aún más precarios que apenas les permitía vivir con dignidad. Cuando en Mujer10 me ofrecieron pasar a formar parte de la plantilla fija con un contrato indefinido, ni siquiera me planteé la posibilidad de rechazar la oferta. Quizás el trabajo no me apasionaba ni me satisfacía, pero me permitía pagar las facturas a fin de mes, ¿qué más podía pedir?

A eso se redujo mi vida y la de tantos otros jóvenes de mi generación, aprendimos a conformarnos con cualquier cosa que nos permitiera sobrevivir, sin tener en cuenta nuestra vocación y mucho menos nuestros sueños. Cuando te limitas a sobrevivir, los sueños te quedan demasiado grandes.

Supongo que por eso mi sueño de ser escritora, un sueño que llevaba siendo una constante en mi vida desde niña, quedó completamente estancado. Dormido. Hacía mucho tiempo que no conseguía escribir nada decente. Era como si las musas que años atrás me visitaban de forma constante hubieran decidido irse de vacaciones permanentes. Desde mi incorporación en la revista, apenas había conseguido acabar un par de relatos cortos y un intento de novela que acabó aparcado en un cajón.

Exhalé un suspiro intentando apartar el malestar de mi mente y abrí un

navegador en el ordenador para concentrarme en el tema que me ocupaba aquella mañana.

Me pasé las siguientes horas buscando experiencias en internet sobre personas que hubieran usado aplicaciones de citas y me descargué la más recomendada. Como quería saber de primera mano su funcionamiento y no quería inscribirme con mi nombre real, me creé un perfil falso, con la foto de una rubia explosiva y una biografía inventada. Su funcionamiento era muy sencillo, solo ajustando los filtros de edad, sexo y ubicación, empezaron a desfilar ante mis ojos las fotos de un montón de hombres.

Pensé en lo mucho que habían cambiado las cosas desde que yo era adolescente. Pese a que entonces ligar por chat ya era tendencia, eran pocas las personas que confesaban usarlo. Con los años, conocer gente gracias a internet desde una página web, desde las redes sociales o desde el móvil, estaba a la orden del día.

Entre foto y foto, le vi. Una foto sin rostro, un torso desnudo que usaba como fondo un papel de pared morado. Le reconocí al instante. Para una mujer que lleva un montón de años con la misma persona, reconocer su torso desnudo es sencillo. El mismo vello decreciente hasta la goma de los bóxers y dos pecas gemelas encima del ombligo. El papel de pared que se adivinaba al fondo, un papel de pared estampado que yo había encargado por internet y que era complicadísimo de encontrar, acabó de confirmarme que se trataba de

Iván. Sí, Iván, mi novio. El mismo Iván que aquella mañana se había despedido de mí con un «te quiero» y un beso en los labios. No usaba su nombre real, usaba el nombre de uno de sus personajes favoritos de Juego de Tronos: Jon Nieve.

Tragué saliva, incrédula. Todo aquello no tenía ningún sentido. Era imposible que Iván, mi Iván, se hubiera abierto un perfil como ese en una aplicación como esa. Si en aquel momento me hubieran dicho que una invasión zombi amenazaba la Tierra, no me hubiera mostrado más incrédula.

Con las manos temblorosas, apreté el enlace para ver la información completa. Como descripción, solo encontré una de esas citas célebres que Iván solía usar para hacerse el interesante. Era de John Lennon: «La vida es lo que pasa mientras estás ocupado haciendo otros planes».

Contemplando aquella frase se me encogieron los músculos del estómago. Una oleada de calor se extendió por mi rostro y, como siempre que algo me alteraba, las palmas de las manos empezaron a sudarme. El móvil resbaló de entre mis dedos y cayó sobre la mesa en un golpe seco. Fui incapaz de volver a cogerlo. No podía pensar con claridad. Estaba en shock.

Acababan de ponerme el mundo patas arriba.

La prueba del delito

Recogí mis cosas, informé a Bárbara sobre mi indisposición y me marché de la oficina. Supongo que en otro momento Bárbara me hubiera hecho un interrogatorio digno de un agente del FBI, pero le bastó verme la cara para comprender que iba en serio y que no era una vil excusa para escaquearme del trabajo.

Llegué al piso que compartía con Iván tras un corto viaje en metro. El pulso me martilleaba en las sienes y tenía la cabeza embotada. Tiré el bolso encima de la mesa del comedor, fui directa a la habitación que habíamos habilitado como despacho y encendí el ordenador de sobremesa. Tardé unos segundos en acceder a su historial de navegación y unos minutos más en descubrir un perfil de Facebook diferente al habitual. Pude entrar en su cuenta sin problemas, porque tenía guardada la contraseña en el navegador. No me costó llegar a la zona de mensajes privados y empezar a leer conversaciones. Una hora después, estaba segura de que no solo me había engañado, sino que lo había hecho en nuestra casa, entre nuestras sábanas.

Me quedé congelada, con la vista fija en la pantalla encendida del ordenador. Un hormigueo gélido subió despacio por mi nuca y se extendió por la base de mi cráneo, haciéndome temblar y castañear los dientes. La primera

arcada me pilló por sorpresa, pero conseguí alcanzar la taza del wáter antes de la segunda embestida y el vómito final. Lo eché todo: el café del desayuno, la barrita de chocolate de media mañana y el sándwich del mediodía. Cuando ya no me quedó nada más para evacuar y el sabor de la bilis alcanzó mi garganta, conseguí ponerme en pie, dirigirme al salón y tumbarme en el sofá. Fue entonces cuando empecé a llorar.

No sé cuántas horas pasé en ese sofá, con las lágrimas empañándome el rostro y el estómago hecho un nudo. Los buenos momentos vividos con Iván se reproducían en mi mente como fogonazos: la primera sonrisa en una cena en la que nos conocimos por casualidad; el primer café en la cafetería de mi facultad; el primer beso en la Fuente Mágica de Montjuïc mientras escuchábamos la canción de las Olimpiadas del 92; el primer polvo en la cama de su residencia; el primer «te quiero» en aquel hotelito con encanto de la Costa Brava... Entre recuerdo y recuerdo, dolor. Mucho dolor.

Dolor del que te atraviesa el pecho de lado a lado y te oprime el corazón.

Dolor del que se enreda en tus pulmones y te roba el aire.

Dolor del que desgarrar carne y abre heridas destinadas a ser cicatrices.



En algún momento de la tarde el móvil empezó a sonar. La pantalla se iluminó

con el nombre de Carla. Lo cogí farfullando un gruñido ronco.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó ella. Su voz destilaba impotencia y rabia. Le había mandado un wasap explicándole lo sucedido—. ¡Voy a coger a ese mamón y a cortarle las pelotas a cachitos con unas tijeras de podar! O no, mejor aún. Voy a sacarle los pulmones por la boca con una jodida cucharilla de café. —Oí ruido de tráfico y el sonido de su respiración irregular. Supuse que estaría andando por la calle—. Cielo, lo siento mucho, de verdad. Ni siquiera sé que decir... —Chasqueó la lengua—. ¿Cómo estás? Dime algo, por favor, lo que sea.

—Yo... no sé, todo esto es... —balbuceé. Sorbí intentando controlar los sollozos—. No lo entiendo, Carla... no entiendo nada.

—Cariño, escúchame bien —dijo, imprimiendo dulzura en el tono de su voz—. Coge una maleta, llénala de ropa y lo que necesites y espérame abajo. Llego en veinte minutos.

Oí el sonido de una puerta de un coche al cerrarse.

—De acuerdo —murmuré entre hipidos.

—Te quiero, ¿vale? No lo olvides. Voy a por ti.

Colgó y miré el reloj. Era demasiado pronto para que Iván se presentara por allí. Cogí la maleta grande que había usado para visitar a Carla durante su estancia en Canadá y la llené de ropa, libros y zapatos. La angustia y la desazón me acompañaron hasta el último momento, en el que cerré la puerta

detrás de mí. No dejé ninguna nota explicando el motivo de mi marcha, solo la pantalla del navegador abierta con la prueba del delito.

El lugar donde viene a morir el amor

Los días siguientes fueron una auténtica tortura.

La primera noche la pasé en casa de Carla. Esa misma tarde Iván acabó aporreando su puerta. Montamos un espectáculo digno de cualquier *reality show*: yo hecha un ovillo en el suelo del cuarto de baño pidiéndole que se marchara, Iván suplicándome a voces una oportunidad para explicarse y Carla amenazando con llamar a la policía. Tardó, pero finalmente se fue, después de gritar un «te quiero» que me dolió como si me hubieran pegado un puñetazo directo en el estómago.

Al día siguiente el médico de cabecera me tramitó la baja laboral y decidí marcharme a casa de mis padres. Carla insistió en ofrecerme su estudio como refugio, pero su minipiso de 30 metros cuadrados me parecía demasiado pequeño para dos personas, sobre todo cuando una de ellas necesitaba un espacio en el que llorar todo el día a moco tendido.

Cuando aquella tarde crucé la verja de la casita de ladrillos rojos que me había visto crecer, la sensación de derrota me invadió por dentro. Me sentí como deben sentirse los guerreros volviendo a casa tras una batalla perdida.

Mamá me abrió la puerta y, nada más verme, comprendió que algo no iba bien. Me estrechó entre sus brazos, me sentó en el sofá y regresó minutos

después con una taza de té humeante entre las manos, como si el té pudiera aliviar todos mis males.

—Cariño, ¿qué ha pasado?

Explicarle a mamá que tenía unos cuernos que no me cabían por la puerta, no fue fácil. Ella adoraba a Iván y yo lo sabía. Iván era el yerno perfecto, el tipo de yerno que recordaba aniversarios y llevaba flores y pasteles en las comidas familiares. Hubo un momento mientras hablaba en el que las lágrimas me estrangulaban la voz y fui incapaz de seguir. Mamá me miró con ternura, me acarició el pelo de la misma manera en la que solía hacerlo cuando de pequeña me disgustaba y me regaló una frase que, a día de hoy, sigo atesorando como una gran lección de vida:

—Mi niña, llora. Las lágrimas hay que sacarlas todas para que no se nos quede ninguna dentro enquistándonos el corazón.

Así que, llena de dolor, volví a ocupar mi antiguo dormitorio y me dejé arropar por mi familia. Mamá, papá y mi hermano Abraham se volcaron para hacerme sentir reconfortada.

Durante los siguientes días, mi rutina fue muy limitada. Me despertaba tarde, veía alguna película deprimente en el sofá, lloraba y regresaba a la cama donde seguía llorando hasta quedarme dormida. Carla se pasaba a verme después del trabajo e insistía en que debía salir de casa y airearme, pero yo no quería. En casa me sentía protegida, segura. Además, me costaba lidiar con

aquel ciclón emocional que me hacía pasar de un estado anímico al otro en cuestión de segundos. Tristeza, rabia, impotencia, angustia, desconcierto... Aunque si había un sentimiento que destacaba por encima de todos los demás, ese sentimiento era el de decepción. Me sentía profundamente decepcionada. Estaba decepcionada con él, por haber reducido a cenizas los últimos ocho años de nuestra vida, por haber impregnado nuestros recuerdos felices con su comportamiento cobarde, por haberme robado un final digno para nuestra historia de amor. Pero también estaba decepcionada conmigo, por no haberlo visto venir, por no haber leído las señales evidentes de que me engañaba, como las cenas con sus amigos que se habían multiplicado en los últimos meses y que se alargaban hasta horas intempestivas, su comportamiento extraño o lo mucho que habían escaseado nuestras relaciones sexuales.

Pese a ese ciclón emocional que me mantenía en una enorme contradicción constante, me sentía extrañamente inmóvil. En calma. Era esa clase de quietud que precede a la tormenta; ese lapso de tiempo que va desde que ves el relámpago en el cielo hasta que escuchas su estruendo segundos después; esa aparente tranquilidad que uno siente en el ojo de un huracán mientras a su alrededor todo se agita y se desmorona. Era esa clase de preámbulo que se convierte en la antesala de un cambio que está a punto de zarandear tu vida para que nunca vuelvas a ser la misma persona.

Y yo me resistía a ese cambio.



En la séptima tarde de mi letargo, Carla entró en mi habitación como un torbellino. Sin decir nada, subió las persianas, abrió la ventana y cerró de un golpe la pantalla del portátil que tenía sobre mi regazo.

—¡Se acabó! —anunció, con la determinación brillando en sus ojos grises. Aquella tarde estaba tan guapa que daba un poco de rabia. Se había dejado la melena rizada, aleonada y rubia suelta sobre los hombros y llevaba un vestido blanco ibicenco que resaltaba sobre su piel tostada—. Mueve el culo hacia la ducha, que nos vamos.

Fruncí el ceño y coloqué mis manos a modo de visera ante el enorme haz de luz que de repente inundó la habitación. Hacía tantos días que vivía entre penumbras que me había acostumbrado a la oscuridad. Me sentía como un vampiro desintegrándose con la llegada del día.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Fuera de aquí, nena. —Le miré interrogativa y ella exhaló un suspiro—. No voy a dejar que pases un día más encerrada en esta habitación. Entiendo que estés hecha una mierda, pero no puedes seguir así. ¿Qué has hecho hoy? No, espera, no me lo digas, a ver si lo adivino. —Golpeó su labio inferior con el dedo índice repetidas veces y siguió hablando—: Hibernar en la cama,

escuchar canciones cortavenas y compadecerte de ti misma.

Iba a decir que las canciones que escuchaba no eran cortavenas pero justo en aquel momento empezó a sonar *[El lugar donde viene a morir el amor](#)* de Zahara, que aunque me encantaba, no destacaba precisamente por ser un derroche de alegría.

—Recuérdame por qué somos amigas —farfullé con un hilillo de voz.

—¿Por qué te conozco mejor que nadie y he acertado en todo?

Solté un pequeño gruñido indescifrable a modo de protesta y Carla se sentó a mi lado con una sonrisa en los labios.

Carla era la persona que más me conocía en el mundo. Éramos amigas desde el parvulario y su capacidad para leerme el pensamiento daba un poco de miedo. Que Carla fuera una persona intuitiva y yo un libro abierto también ayudaba a que eso fuera así.

Ambas éramos muy distintas. Lo habíamos sido de niñas y habíamos ido acentuando nuestras diferencias a lo largo de los años, pero eso nunca impidió que fuéramos amigas. Al contrario. Carla era alocada, impulsiva y sociable. Yo era introvertida, prudente y comedida. De una forma extraña, juntas nos complementábamos y equilibrábamos, como dos pesos en el lado opuesto de una misma balanza.

Me apoyé en su hombro y tragué saliva antes de hablar.

—Estoy triste, Carla, no me apetece hacer nada.

—Y no tiene por qué apetecerte, cielo. En esta vida tenemos que hacer muchas cosas que no nos apetecen simplemente porque son lo mejor para nosotros. Es como ir al dentista cuando tienes una caries. ¿Te apetece? No. ¿Vas? Sí, porque como no vayas y se complique, la has jodido a base de bien. Pues con esto pasa lo mismo. Cuánto más tardes en aceptar todo lo que se te viene encima y empezar a tomar decisiones, más te costará hacerlo.

Me mordisqueé el labio inferior y nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que la inquietud me sacudió la boca del estómago.

—Ojalá desapareciera.

—¿El qué? —preguntó, arqueando sus cejas.

—Él. Ojalá inventaran una máquina que nos ayudara a borrar de la mente a las personas que nos hacen daño, llevándose también todos sus recuerdos.

—Vir, los recuerdos son importantes, incluso los que duelen. Nos ayudan a evitar cometer una vez tras otra los mismos errores, además, son estos errores los que nos hacen más fuertes, los que nos ayudan a crecer.

Tensé los labios en una pequeña sonrisa burlona.

—Eso ha sonado muy a frase inspiradora de Facebook.

—Ja, ja, ja. Solo intento que veas las cosas con perspectiva.

—Lo sé. —Apreté mi mano sobre la suya—. Y te lo agradezco.

—Pues no me lo agradezcas tanto y tira hacia la ducha, porque querida, hueles como ese queso que mis tíos me traen del pueblo todas las navidades.

—Se pinzó la nariz con exageración y yo puse los ojos en blanco, pero no rebatí su acusación. No había pasado por la ducha ni una sola vez desde mi llegada—. Además, te guste o no, vamos a salir a dar una vuelta y no querrás que te vean con esas pintas.

—¿No podemos dejar eso para mañana? —pregunté haciendo un mohín.

—Llevas siete días encerrada, autocompadeciéndote. No pienso darte ni uno más. Siete días son más que suficientes.

Me palmeó el muslo de forma apremiante y me levanté de la cama a regañadientes. Cuando a Carla se le metía algo entre ceja y ceja no había quién le hiciera cambiar de opinión. Saqué un pantalón y una camiseta de esa maleta que aún no había deshecho, me giré para lanzar a mi amiga una de mis miradas de reproche y ella me jaleó entre silbidos. Puse los ojos en blanco y me dirigí hacia el baño pensando en lo poco que me apetecía salir al mundo exterior, pero en lo mucho que quería a mi amiga.

Estaba claro que el mundo iría mucho mejor con más Carlas en él.

Pasado, presente y futuro

Fuera, el sol empezaba a destilar en tonos rojizos tras los edificios más altos. Andamos un poco y acabamos sentadas en el interior de una cafetería que frecuentábamos de jóvenes, antes de que ambas nos fuéramos a vivir a otros barrios de la ciudad. Yo me pedí un capuchino y Carla un café solo con hielo. Acabamos sentadas en una mesa libre junto a la ventana.

—... así que cuando le he dicho que sus rabietaas eran culpa de su exceso de protección, ha cogido la puerta y se ha marchado —acabó de explicar Carla, frunciendo el ceño y los labios. Carla era psicóloga infantil y trabajaba en una consulta junto a otros especialistas. Sabía que su trabajo era duro, y no precisamente por culpa de los niños—. Yo no entiendo nada, la verdad. Vienen a que les ayudes a mejorar la relación con sus hijos y cuando lo intentas, se enfadan.

—Quieren escuchar una verdad que no les incomode —murmuré flojito.

Desvié mi mirada por el local y tropecé con mi reflejo en el espejo de la pared de enfrente. No tenía buen aspecto. Parecía más blanca que de costumbre y mis ojos, grandes y redondos, seguían hinchados y enrojecidos.

—Al final, salir de casa no está resultando tan terrible, ¿verdad? —preguntó Carla atrayendo de nuevo mi atención.

—Supongo que podría ser peor.

—Así me gusta, poniendo en práctica tu arrollador optimismo. —Me miró burlona, inmovilizando su pelo en la nuca con la ayuda de uno de esos palitos de madera largos que sirven para remover el café—. Así qué, ¿cuál va a ser tu próximo paso?

—¿Mi próximo paso? —repetí, alzando una ceja.

—Supongo que lo tuyo con Iván ya no tiene solución. Es decir, es definitivo, ¿no?

Afirmé con la cabeza, con vehemencia.

—Totalmente definitivo.

Durante aquella semana, Iván había intentado ponerse en contacto conmigo por tierra, mar y aire, pero yo lo había bloqueado de todos los canales de comunicación existentes. No quería saber nada de él. No quería verle. La simple idea de hacerlo me producía tal ansiedad que la tráquea se me cerraba de golpe, como si el corazón subiera por mi garganta y se quedara allí, atravesado, impidiendo el paso normal del aire hacia los pulmones. Incluso había mandado a mi hermano y a su amigo Sebas a buscar mis pertenencias en el piso que compartíamos por miedo a encontrármelo. Tenía claro que lo nuestro no tenía solución, porque no había nada que pudiera decir o hacer para deshacer sus actos.

—Entonces es un buen momento para replantearte la vida. Una ruptura no

deja de ser un final, y un final no es más que un principio.

Bajé la mirada hasta la taza de porcelana blanca con el logo de la cafetería y me encogí de hombros.

—Supongo.

Carla ignoró la expresión indiferente de mi rostro y siguió parloteando con la sonrisa prendida en sus labios:

—Hacer puenting, teñirte el pelo de azul, ponerte un aro en el pezón, tatuarte «Carla es la mejor amiga del mundo mundial» en el culo, catar nuevos rabos... Tienes un mundo lleno de posibilidades delante de ti, pequeña Padawan.

Negué con la cabeza y una pequeña risa escapó de entre mis labios apretados.

—Creo que ninguna de esas posibilidades me atrae ahora mismo.

—Son ejemplos, boba. —Dio un sorbo a su café sin apartar su mirada inquisitiva de mí y añadió—: Piénsalo. Si pudieras empezar de cero, si pudieras ser una nueva Virginia, ¿cómo serías?

Me mordí el labio, pensativa. ¿Ser una nueva Virginia? ¿Cómo se puede empezar de cero si llevas demasiado tiempo siendo de una forma determinada?

—Pues no lo sé. Creo que mi vida en este momento está más llena de interrogantes que de respuestas.

—Preguntemos entonces a la Virginia de diecisiete años —dijo Carla.

Cogió su bolso, se puso a rebuscar en él y sacó un papelito doblado.

Me lo tendió y lo desplegué, llena de curiosidad. Enseguida reconocí nuestra letra. Era una de esas notas que nos escribíamos en clase para cotillear sin que el profe se enterara. En ella, Carla se quejaba de lo aburrido que era el profesor de la optativa de Sociología, un chico joven y amargado que alguna vez nos había confesado que su verdadera vocación era la de músico. Sus clases eran un coñazo y se limitaba a seguir el libro de texto con desgana. Yo había escrito con mi letra grande y redondeada:

Es muy triste renunciar a un sueño por algo que no te hace feliz. Yo quiero ser escritora y sé que no lo voy a tener fácil, pero, al menos, lucharé para conseguirlo. Pondré toda mi alma, mi constancia y mi pasión, al fin y al cabo, nada grande en el mundo se ha hecho sin una gran pasión, ¿verdad? Solo tenemos una vida y es una pena desperdiciarla en cosas que vacían más que llenan.

Leer aquello me dejó desconcertada. No recordaba haberlo escrito, es más, no sabía cuánto tiempo hacía que no decía las cosas de aquella manera, llena de convencimiento y determinación. ¡Si hasta había parafraseando a Hegel!

—Qué buena era, joder —murmuré emocionada.

Cuando conseguí despegar los ojos del papel para clavarlos de nuevo en

los de mi amiga, esta me dedicó una sonrisa cómplice, segura, radiante.

—La Virginia de diecisiete años sabía muy bien lo que quería, ¿eh? —
Tendió su mano en busca de la mía—. ¿No estaría bien que esa nueva Virginia
fuera un poco como esta? —inquirió de nuevo, señalando el papel que
sujetaba entre las manos.



Regresé a casa sintiéndome exhausta. Acababa de abrir la caja de pandora de
mis anhelos pasados, y no tenía muy claro si sabría cerrarla de nuevo. Carla
no me había enseñado esa nota de una forma inocente y casual, la muy perra
sabía perfectamente como despertar mis ganas de vivir, incluso cuando estas
parecían sumidas en un coma irreversible. Era buena en su profesión, de eso
no cabía duda.

Ante el asombro de toda mi familia, nada más llegar, cambié las sábanas
de la cama, pasé el aspirador, tiré los envoltorios de dulces que había apilado
en el escritorio, y ordené mi cuarto, consiguiendo que dejara de parecer la
morada de alguien con síndrome de Diógenes. Incluso cené con ellos,
rompiendo mi rutina nocturna de coger el plato para encerrarme en mi guarida.

Cuando volví a la habitación, me tumbé en la cama y me quedé mirando el
techo, dejando que los pensamientos se enredaran unos con otros. No podía

dejar de pensar en mi yo del pasado, en mi yo antes de conocer a Iván. Pensaba en la Virginia adolescente, incluso en la Virginia de primeros años de juventud, una Virginia llena de ideales, con sed de conocimiento, ganas de comerse el mundo y ansias por descubrir cada día algo nuevo.

No sabía en qué momento había dejado de ser así. Solo sabía que el tiempo había hecho que aquella chica llena de inquietudes desapareciera bajo la piel de una mujer sin tiempo para nada, y lo que es peor, sin ganas de tener tiempo para nada. Universidad, trabajo, piso, pareja... Entré a formar parte de la rueda de la vida y me dejé llevar por su inercia.

En alguna parte de esa inercia me perdí.

Era la vida sin mí.

Con el estómago encogido, me levanté de la cama y subí las escaleras que llevaban al desván. Cuando encendí la luz, la estancia se iluminó con una tétrica y vibrante luz amarillenta. No era el lugar más acogedor del mundo, y menos en plena madrugada, pero tenía la cabeza en plena ebullición y quería encontrar una cosa que guardaba dentro de las cajas que había dejado allí antes de independizarme.

Tardé un montón de rato en localizarlas, escondidas como estaban entre mobiliario viejo, ropa, libros y más cajas. Cuando lo hice, un burbujeo de emoción me sacudió por dentro.

Las cogí con cuidado y levanté una pequeña nube de polvo en el proceso.

Fui abriendo una caja tras otra, sabiendo muy bien lo que buscaba. Mis ojos brillaron con expectación cuando lo encontré. Se trataba de una carpeta llena con los cuentos y relatos que escribí durante años, cuando la inspiración aún palpitaba con fuerza en mi interior. Me senté en el suelo y me quedé leyendo esas historias hasta el amanecer. Solo cuando los primeros rayos de la mañana se colaron por la única ventana del desván, supe que había llegado el momento de regresar a la cama. Lo hice llevándome conmigo aquella carpeta, una caja llena de una genialidad que creía perdida.

Una vez acostada, seguí leyendo hasta que me quedé dormida, pero antes de hacerlo, antes de cerrar los ojos, volví a oír la voz de Carla preguntándome cómo quería que fuera la nueva Virginia. Seguía sin tenerlo claro, pero sabía que la futura Virginia, tendría que tener mucho más de la pasada Virginia que de la Virginia del presente.

Nuevas decisiones

—¿Estás segura de qué lo quieres tan corto? —preguntó la peluquera mirándome a través del espejo. Afirmé con la cabeza, cogió las tijeras y empezó a cortar.

Aquella mañana me había despertado con la necesidad imperiosa de cortarme el pelo: el cabello largo, cabello al que tenía un gran aprecio, se iría con la vieja Virginia. La nueva Virginia luciría un corte sobre los hombros, un nuevo corte que me ayudaría a recordar, cada vez que me mirara en un espejo, que estaba construyendo una nueva vida.

—Quedará muy bien con la forma de tu rostro, ya verás.

Sonreí a la desconocida y cerré los ojos para disfrutar del sonido relajante del *crec-crec* de las tijeras. Cuando sentí la presión de un cepillo sobre los hombros y la voz dulce de la mujer me dijo que iba a por el secador, me miré al espejo. Tenía el cabello húmedo, pero me gustaba lo que veía. El corte no era recto, sino que llevaba un suave desfilado en la parte delantera con flequillo.

Salí de la peluquería media hora más tarde. Nada más pisar la calle, me hice una foto y se la mandé a Carla. El móvil tardó cinco segundos exactos en empezar a sonar.

—¡Hija de la fruta! —exclamó sin ni siquiera dejarme decir un «hola». Sonreí, caminando dirección al metro—. ¿Pero qué has hecho? ¿Te has cortado el pelo? ¿Sin consultarme antes?

—Lo he decidido esta mañana, ¿no te gusta?

—¿Qué? Al contrario, estás preciosa. Pero... ¿y si te llega a quedar como el culo? ¿Entonces qué?

—Si no recuerdo mal, fuiste tú la que ayer me instó a hacer alguna locura. Además, el pelo crece, no es como si me hubiera cortado un dedo del pie.

Aunque no podía verla, adiviné una sonrisa al otro lado del teléfono.

—Me alegro de que hayas salido de casa por voluntad propia.

—Psé, agradéceselo a la psicóloga de pacotilla que me ha convencido a hacerlo —bromeé, sonriendo cuando ella empezó a reír.

—¿Y qué planes tienes para hoy?

—Pues... Ahora me dirijo a la redacción para hablar con Recursos Humanos. —Carla dejó escapar un «ajá», incitándome a seguir—. Voy a pedir una excedencia.

—¡¿QUÉ?!

—Lo que has oído.

—Pero... pero... —Guardó silencio unos segundos—. No entiendo nada, cariño, explícamelo todo. Versión para tontos, por favor.

—Ayer por la noche empecé a pensar en cómo me imaginaba hace unos

años que sería mi vida al cumplir los treinta, ¿sabes qué descubrí? Que no me parezco en nada a esa persona —expliqué, esquivando a tiempo a una señora mayor que caminaba distraída mirando los escaparates de las tiendas con el carro de la compra—. Somos lo que hacemos, una acumulación de elecciones y decisiones. Llevo años eligiendo mal. Si quiero cambiar la persona en la que me he convertido, tengo que empezar a tomar nuevas decisiones. Pedir esta excedencia es la primera de ellas. Tengo que volver a ser yo y recuperar mi esencia, y eso solo lo conseguiré si vuelvo a escribir. —Cogí aire, nerviosa por lo que estaba a punto de decir—. Carla, quiero intentar hacer realidad mi sueño, quiero intentar escribir una novela. —Me quedé callada esperando a que hablara, pero no lo hizo—. ¿No dices nada?

—Es que me has dejado sin palabras —musitó.

—A ti no se te puede dejar sin palabras.

—Yo también estoy sorprendida, no te creas.

—Dime que no es una locura —le pedí. Acababa de llegar a la boca del metro, pero no quería entrar hasta haber finalizado la llamada.

—No puedo decirte que no es una locura porque lo es. —Contuve el aliento—. Pero es una locura maravillosa, Vir. —Expulsé el aire sintiéndome aliviada de golpe. La bendición de Carla, para mí, era imprescindible.

—Lo es, ¿verdad? —Me reí bajito pensando en ello.

—Es arriesgado, pero valiente, y ahora mismo eso es justo lo que

necesitas.

—Eso espero, porque hace años que no estoy tan ilusionada con algo como lo estoy con esto.

—Me alegro, cielo. ¿Y cuál es el plan?

El plan... Buena pregunta. Sabía que aquella excedencia significaba estar unos meses sin sueldo, pero con mi parte del dinero de la cuenta de ahorros que compartía con Iván, podría sobrevivir un tiempo. Al hablar de Iván noté como se me hacía un nudo en el estómago. Una semana después, hablar de él, seguía doliendo. Carla me preguntó si iba a quedarme en casa de mis padres mientras perseguía mi sueño y yo le dije que no. Quería crear mi propio hogar. Tener mi espacio, un lugar que fuera solo mío.

—Vir... —dijo con una vocecilla emocionada.

—¿Qué?

—Estoy muy orgullosa de ti.

Y por primera vez en mucho tiempo, yo también lo estaba.

★ ★ ★

Entregué la solicitud correspondiente al departamento de Recursos Humanos un miércoles y recibí respuesta afirmativa dos días después. A Bárbara aquello no le sentó nada bien. Montó en cólera, aunque no consiguió que

desestimaran mi petición. Ella se lo tomó como algo personal. Lo consideró una traición y decidió hacerme la vida imposible los días que faltaban para mi marcha. Me hizo trabajar más horas que un reloj, cubrir los artículos de relleno que solían escribir los becarios y, cada vez que mandaba un artículo a revisión, me los devolvía pidiendo un millón de modificaciones que yo hacía sin rechistar pese a saber que no eran necesarias.

Dos semanas después, a las seis de la tarde de un viernes, me marché de allí con la intención de no regresar. Siete años de trabajo cupieron sin dificultad en una pequeña caja de cartón que robé de la sala de la fotocopidora. Al salir por la puerta sentí un gran alivio, como si acabara de quitarme un gran peso de encima.

Otra de las cosas que hice aquellos días fue la de buscar un piso en el que vivir. La búsqueda no fue nada fácil. Los precios estaban por las nubes y temía que tuviera que acabar vendiendo algún órgano en el mercado negro para poder pagar algo decente en un barrio de Barcelona dónde no viera peligrar mi integridad física. Un golpe de suerte quiso que justo entonces Carla quedara con Alba, una antigua compañera de universidad a la que hacía mucho tiempo que no veía. Alba le explicó que acababa de mudarse con su novia y que estaba a punto de poner su pequeño ático de soltera en alquiler. Carla me llamó esa misma noche a las dos de la madrugada, con la voz excitada por la noticia que tenía que darme (y seguramente por las copas de más que se había

tomado):

—Es un piso precioso, Vir, y está en el barrio de Gracia. Es pequeño pero luminoso, ¡una pasada! Sé que te encantará. Además, a Alba ya la conoces y está dispuesta a hacerte una rebaja en el precio. Le he dicho que hablaría contigo para quedar un día y enseñártelo.

A Alba la conocía de haber coincidido con ella en alguna ocasión y siempre nos habíamos entendido muy bien. Era una mujer encantadora y tenía una de esas personalidades arrolladoras que atraen sin proponérselo. Además, era muy guapa, pero sin artificios. Tenía una preciosa melena caoba que llevaba siempre suelta en suaves ondas, la piel aceitunada y unos ojos tan oscuros que costaba diferenciar la pupila del iris. Lo último que sabía de ella era que había dejado la carrera de psicología en el último año para abrir una pequeña tetería junto a su chica, Ivette, a la que, por aquel entonces, yo aún no conocía.

Fuimos a ver el piso la tarde de mi primer lunes en libertad tras empezar la excedencia. Carla no se equivocó en sus predicciones. El ático de Alba no solo me encantó, sino que además superó todas mis expectativas. Puede que no fueran muchas teniendo en cuenta que los pisos que había visto hasta la fecha parecían escenarios sacados de alguna película de terror, pero nunca creí que podría llegar a aspirar a algo tan bonito.

El ático se encontraba en un edificio antiguo de pocos pisos, con la

fachada pintada de un cálido color melocotón. Nada más entrar, me enamoré del portal. Tenía uno de esos ascensores antiguos que subía por el hueco de la escalera y un precioso suelo de damero en blanco y negro que le daba al conjunto mucho encanto y personalidad. Solo había dos pisos por planta, por lo que supuse que se trataría de una comunidad de vecinos bastante tranquila.

La vivienda constaba de dos habitaciones, una doble y otra individual, con armarios empotrados, un cuarto de baño con bañera de patas (Dios, ¿puede existir algo más cuqui que una bañera de patas?), y un enorme living donde se integraban salón y cocina, ambos espacios separados por una enorme isla que hacía a su vez de mesa de comedor con unos taburetes acolchados y de aspecto confortable. Los techos eran altos, las paredes blancas y la decoración de estilo vintage, con muebles de aspecto antiguo que parecían haber sido rescatados de algún rastrillo y que daban mucho carácter al conjunto. Además, tal como me había dicho Carla, se trataba de un piso muy luminoso.

—Y aún no has visto lo mejor —dijo Alba, descorriendo las cortinas del salón que daban al exterior.

Al otro lado, apareció una pequeña terraza con mesa y sillas de madera. Al verla, agrandé los ojos, porque siempre había querido vivir en un piso con terraza. Salimos y me imaginé a mí misma sentada en esa mesa, escribiendo en mi portátil con una manta en el regazo.

Me apoyé en el muro que delimitaba la terraza y miré hacia abajo. El piso se encontraba en una calle peatonal y tranquila en uno de los barrios con más encanto de toda la ciudad. No me imaginaba un lugar para vivir más perfecto que aquel.

—¿Cuándo dices que puedo mudarme? —pregunté, con la ilusión brillando en mis ojos.

—En cuanto salgamos llamaré al gestor para que empiece a preparar el contrato. Supongo que en unos días tendrá el papeleo, pero si estás segura, puedes hacer la mudanza cuando quieras.

—Como por ejemplo... ¿mañana mismo?

—Por mí como si quieres mudarte esta misma noche.

Las tres nos reímos y entramos dentro para seguir hablando sobre las condiciones sentadas en el precioso sofá-cama de color mostaza del salón. El precio no estaba nada mal y podía quedarme con todos los muebles, algo que me evitaría tener que hacer un gran reembolso inicial.

—Además de los muebles, si no recuerdo mal, también va a quedarse con el vecino buenorro del que me hablaste, ¿no?

Alba dejó escapar una risita entre dientes y yo puse los ojos en blanco. Carla siempre pensaba en lo mismo. Podía estar acercándose un meteorito hacia la tierra y quedarnos menos de veinticuatro horas de vida, que ella dedicaría ese tiempo a buscar un chico guapo con el que echar un buen polvo

antes del final.

—Supongo que te refieres a Óscar, el vecino de al lado —dijo sin dejar de sonreír—. Es un buen tío, un poco mujeriego, pero legal. Somos buenos amigos, la verdad.

Carla alzó las cejas con interés.

—Teniendo en cuenta tus preferencias sexuales no puedo preguntarte por el tamaño de su rabo, ¿no?

—¡Carla! —la reprendí con los ojos como naranjas, porque se había pasado de impertinente con la preguntita.

Alba le respondió entre risas.

—No te sabría decir, pero por la cara de satisfacción que tienen las chicas que he visto salir de su piso y hacer el paseo de la vergüenza hasta el ascensor, diría que al menos sabe lo que se hace.

—Es una información relevante, ¿no te parece? —Carla me lanzó una de sus miradas picaronas y yo bufé.

—Carla, que el vecino tenga el pene del tamaño de un martillo de Thor o como el brazo de un muñequito de Playmobil, es algo que no me interesa lo más mínimo. Yo lo único que quiero es un espacio en el que poder estar tranquila.

Ambas se rieron, pero yo hablaba muy en serio. El amor en aquel momento de mi vida no era una opción. Y yo no era una de esas chicas que se

acuestan con otros por diversión, por lo que tener un lío puntual con alguien, y más con el vecino de al lado, no era una posibilidad que estuviera dispuesta a valorar.

Yo aún no podía saber que el azar tenía otros planes para mí.

Aquella tarde cerramos el trato y quedamos en vernos al día siguiente para darme una copia de las llaves. Yo me moría de ganas de empezar la mudanza, lo veía como el pistoletazo de salida hacia mi nueva vida. Sin embargo, antes tenía un último asunto que resolver.

Irreversible

Para empezar una nueva vida es importante despedirse de todas las cosas que formaban parte de la antigua y que ya no queremos conservar. De nada sirve andar hacia delante si vamos arrastrando una losa que no nos permite avanzar, ¿verdad?

Antes de mudarme a mi nuevo piso necesitaba ver a Iván. Después de casi un mes sin verle, después de casi un mes lamiéndome las heridas, no era un paso que me apeteciera dar, pero era un paso necesario.

—Pero ¿por qué? —preguntó Carla cuando le expliqué mis intenciones.

—Porque lo necesito. Necesito que me dé respuestas, aunque me hagan daño. Quiero cerrar el ciclo, que nos lo digamos todo y no dejar nada pendiente. «Las palabras no dichas siempre se envenenan» —dije, sirviéndome de una frase de la canción [Hundir la flota](#) de Niños Mutantes.

Enviarle el mensaje para quedar fue una de las cosas más duras que he hecho en toda mi vida. Cambié la frase un millón de veces y tardé más de dos horas en apretar el botón de enviar. Cuando lo hice, necesité una taza con tres tilas para tranquilizarme.

Iván contestó enseguida y aceptó quedar para vernos al día siguiente. Nos citamos en una cafetería del centro que siempre solía estar a reventar. No

quería que montáramos un numerito y pensé que quedar en un lugar concurrido nos ayudaría a evitarlo. Aquel día unos nubarrones grises y densos encapotaban las calles de Barcelona. Parecía que el cielo quisiera solidarizarse conmigo tiñéndose del mismo color que mi humor.

Llegué con tiempo de sobras para mentalizarme. Al entrar, las piernas empezaron a flaquearme. Me senté en una de las mesas más cercanas a la puerta y me pedí una manzanilla, deseando que la infusión me ayudara a controlar el estómago revuelto.

Iván no tardó en llegar y, al verle, las entrañas se me encogieron como si fueran pequeñas serpientes retorciéndose en mi interior. Apreté los puños, que se encontraban reposando sobre la superficie de la mesa, y noté como una combinación de rabia, tristeza y dolor se apoderaba de mí.

—Te queda genial ese corte de pelo, cariño —susurró sentándose enfrente.

Levanté el rostro con dureza y clavé mi mirada en la suya. Aquel «cariño» había dolido como si en vez de una palabra fuera un puñal.

—No me llames así.

—Pero...

—Me llamo Virginia —dije cortante.

Se pasó una mano por su cabello claro que llevaba despeinado, algo impropio en él, y me fijé en su aspecto demacrado. Las facciones de su rostro

parecían más marcadas y profundas. Tenía bolsas debajo de los ojos, inyectados en sangre, y no había rastro de esa sonrisa juvenil que solía iluminar su cara. Parecía haber ganado diez años de golpe.

—No sabes cómo me está matando esto —farfulló con voz cansada.

—No, no lo sé, y no quiero saberlo. Solo quiero que me respondas a una pregunta: ¿por qué lo hiciste?

Hundió la cabeza entre sus manos y pidió un agua natural a la camarera que se había acercado a preguntar. Cuando volvió a clavar sus ojos en los míos, estos se habían aguado y estaban llenos de tristeza y culpa.

—¿Por qué me fuiste infiel? —insistí.

—Lo siento, Virginia, lo siento mucho. Si pudiera tirar atrás, yo... lo haría. Pero no puedo. Fui un completo imbécil, un cerdo. Pero, a pesar de todo lo que hice, yo... yo te quiero.

—No te atrevas a decirme que me quieres —le corté. Que declarara su amor de esa forma me enfadaba y me entristecía a partes iguales—. Si me quisieras no te habrías acostado con otras. Eso no se le hace a alguien al que quieres.

—No es tan simple car... Virginia. —Tragó saliva con aparente dificultad—. Yo no quería que ocurriera esto.

—¿Y qué pensabas que ocurriría cuando me enterara? ¿Qué te daría una palmadita en la espalda y te perdonaría como si en vez de follarte a otras te

hubieras equivocado separando la ropa en la lavadora? Las cosas no son así, tienen sus consecuencias y tenías que saberlo. —Le miré esperando a que dijera algo, pero como no lo hizo, añadí—: ¿Por qué lo hiciste? Dime, Iván ¿por qué me engañaste?

—¡No lo sé! —exclamó demasiado alto. A nuestro alrededor varios ojos se clavaron en nosotros. La camarera, que se había acercado para dejar el botellín del agua sobre la mesa, dio un respingo y se marchó a toda prisa—. No lo sé —repitió esta vez en un susurro, con la voz tomada—. No lo sé, Virginia, esa es la verdad. No pensaba en nada, yo solo... Quería sentirme vivo.

—¿Querías sentirte vivo? —repetí, notando como esa afirmación avivaba mi ira como el viento aviva el fuego—. ¿Esa es tu excusa? ¿Qué no te sentías vivo?

—No —negó, con los ojos brillantes. Se frotó la cara con un gesto cansado mientras negaba con la cabeza—. No es una excusa, es una realidad. No me sentía vivo. Me sentía estancado.

—Estancado —repetí, rodeando la taza de la manzanilla para que me calentara las manos que de repente sentía frías.

—Estancado, sí. Dime, ¿qué nos ha pasado a ti y a mí en estos últimos años? —Arqué una ceja sin responder. ¿Qué nos había pasado? No entendía hacia donde quería llegar con aquella pregunta—. ¡Nada! Virginia, en estos

años juntos no nos ha pasado absolutamente nada. Ha sido un simple devenir de los días. La vida no puede ser solo eso, tiene que ser algo más. Buscaba ese algo más.

—¿Y lo encontraste entre las piernas de otras?

—¡No! Joder, no, pero cuando lo hacía... Era como una pequeña bocanada de aire que me hacía sentir menos asfixiado.

—¿Conmigo te sentías asfixiado?

—No era feliz. Y tú tampoco lo parecías.

Un sabor metálico inundó mi boca y las lágrimas se agolparon en mis ojos. Aquella afirmación me dolió mucho más que cualquier otra. Me dolió en un lugar muy íntimo. Me dolió porque era verdad. Y no hay nada que duela más que una verdad que llevas tiempo ignorando, enterrada entre montañas y montañas de conformismo.

Me tembló el labio al hablar:

—No hay excusas para lo que has hecho, Iván. Cuando empezaste a sentirte así, debiste decírmelo. La comunicación es la base de cualquier relación de pareja. En el momento que decidiste acostarte con otras en su lugar, elegiste este final. Confiesa que eras demasiado cobarde para enfrentarte a lo que ocurría, para romper conmigo, para aceptar que ya no me querías.

—¡No es así, joder! —exclamó pasándose con frustración una mano por

el cabello—. Vuelvo a repetírtelo, Virginia: te quiero. No he dejado de quererte pese a todo. Este error me ha servido para saber que quiero seguir contigo. —Alargó sus manos por encima de la mesa en busca de las mías, pero yo las aparté antes de que pudiera rozarme—. Estamos a tiempo de arreglarlo. Aún no es demasiado tarde. Podemos hacer terapia, buscar una salida juntos... Yo... Quiero seguir a tu lado.

Tragué saliva y negué con la cabeza, despacio.

—No podemos. Ya no. —Cogí el recibo de la consumición que nos acababan de dejar sobre la mesa y lo rompí en diminutos pedazos que deposité sobre la palma de mi mano—. ¿Ves esto? Es imposible que vuelva a quedar como antes, por mucho que intentes juntar sus trozos con celo o pegamento. Podrás hacer una remienda, podrás conseguir que se parezca un poco a lo que era, pero nunca volverá a ser como fue antes de romperse. Las fisuras, los desgarros, siempre estarán ahí. Con lo nuestro pasa lo mismo. No hay nada que podamos hacer para revertir lo que ha pasado. Es irreversible.

Iván cerró los ojos como si mis palabras le dolieran.

—¿Y ahora qué? —preguntó tras unos segundos de un silencio gélido, de los que muerden la piel.

Me encogí de hombros.

—Tú harás tu vida. Yo haré la mía. Dolerá. Nos echaremos de menos. Pero pasará, como pasa todo.

—No quiero que desaparezcas de mi vida —suplicó, casi con desesperación.

—No hay otra posibilidad. Quizás llegue un día en el que pueda mirarte sin que se me rompa el corazón cuando lo haga. Pero ahora mismo no puedo.

Nos observamos sin decir nada durante unos segundos. Pensé en lo mucho que le había querido al largo de esos años, en todos los futuros que imaginé juntos y que ya nunca podrían ser. Él y yo ya nunca volveríamos a ser un nosotros. Un nudo se atascó en mi garganta ante esa revelación y me levanté, porque ya no quedaba nada más por decirnos.

Dejé dos euros sobre la mesa, le lancé una última mirada y me marché. Noté los ojos de Iván en mi espalda hasta que salí por la puerta.

Fuera, el viento me azotó la cara. Empecé a andar hasta llegar al *Portal de l'Àngel*, donde me confundí con la riada de gente que paseaba mirando los escaparates de los establecimientos de aquella arteria comercial tan concurrida.

Octubre acababa de empezar y Barcelona estaba preciosa, engalanada de otoño. Otoño siempre había sido mi estación favorita. Me gustaba que empezara a hacer frío, porque eso significaba que podía volver a ponerme jerséis, fulares, botines y medias. Me gustaba la forma en la que las hojas caían de los árboles danzando en el aire hasta cubrir las calles, y el ruidito que hacían cuando las pisaba. Me gustaba la fusión de sus colores entre

naranja, marrón, ocre, granate y morado. Me gustaba su olor, a castañas asadas y boniatos, que procedían de los puestos ambulantes que durante semanas pululaban por la ciudad. Me gustaba que anocheciera antes, porque yo siempre había sido un animal nocturno y me sentía más cómoda con la noche que con el día. Me gustaba la nostalgia que despertaban las tardes de sofá y manta, sobre todo tardes como la de aquel día, en las que el cielo anticipaba lluvia.

Estaba parada delante de un escaparate mirando unos preciosos vestidos estampados cuando empezó a tronar sobre mi cabeza. Alcé el rostro hacia el cielo y una gota cayó directa a mi entrecejo, deslizándose poco después por el puente de mi nariz hasta alcanzar mis labios. A mi alrededor la gente empezó a moverse más rápido. Los paraguas se abrieron salpicando de color la avenida peatonal. La lluvia se intensificó en pocos segundos y cerré los ojos inhalando su olor, ese olor a suelo mojado que tanto me gustaba. Me quedé así unos minutos, inmóvil, disfrutando de ese momento, hasta que la lluvia se convirtió en una cortina de agua que me caló los huesos y me obligó a cobijarme bajo la cornisa más cercana.

Canela

Decidí mudarme al nuevo piso el sábado de aquella misma semana, aunque en casa no todo el mundo estaba contento con mi decisión. En especial mamá:

—Cariño, no entiendo porque tienes que marcharte a vivir sola pudiendo vivir con nosotros —repitió por enésima vez, apretando los labios en un gesto contrariado.

—Ya te lo he dicho, mamá. Os quiero, pero necesito tener mi propio espacio. Tengo casi treinta años, no puedo quedarme con vosotros para siempre.

—Para siempre no, solo unos meses, hasta que estés mejor. Además, recuerda que hoy en día los treinta...

—...son los nuevos veinte. —Acabé la frase por ella y sonreí—. Lo sé. Pero necesito vivir sola. Aprender a vivir conmigo misma. Pasé de vivir con vosotros a vivir con Iván. Es una experiencia que me debo.

No insistió, aunque se pasó el resto de la tarde con el ceño fruncido mientras me ayudaba a doblar la ropa. No le gustaba que me fuera tan pronto después de todo lo que había pasado, pero sabía que respetaba mi decisión. Mamá y papá siempre habían sido muy tolerantes con nuestras decisiones, sobre todo porque desde pequeños nos habían animado, tanto a Abraham como

a mí, a pensar por nosotros mismos.

Cuando Alba y Carla llegaron, usé a Abraham como burro de carga y bajamos todas las cajas hasta la furgoneta. Mi nueva casera se había ofrecido a ayudarme con la mudanza. Gracias a la capacidad de su vehículo de empresa, pudimos llevar mis cosas al piso en un solo viaje.

Dos horas más tarde, tras subir las últimas cajas, pedimos unas pizzas y estrenamos el piso con una cena improvisada.

—¡Por la nueva vida de Virginia! —brindó Carla, alzando su lata de cerveza por encima de nuestras cabezas.

Chocamos nuestras latas y bebimos.

Un burbujeo de anticipación se extendió por mi estómago.

Virginia, bienvenida al giro que cambiará tu vida para siempre.



Dediqué la mañana siguiente a desempaquetar mis pertinencias. Guardé la ropa en el armario empotrado de mi nuevo dormitorio y decoré el piso con mis cosas, pero sin abarrotarlo demasiado. Los libros los dejé en las cajas, a la espera de ir a Ikea con Carla al día siguiente para hacerme con unas estanterías y un escritorio. Quería convertir la habitación pequeña en un despacho.

A media tarde ya no sabía qué hacer, así que decidí estrenar la terraza. Tenía un sueño que cumplir y no se me ocurría un lugar mejor para empezar a darle forma. Cogí el portátil, una hoja para garabatear ideas, un estuche lleno de bolis de colores, una taza llena a rebosar de café con leche, y me senté en el exterior. Hacía una tarde radiante y se estaba bien fuera, pese a que en los últimos días habían empezado a bajar las temperaturas.

Me puse los auriculares y encendí en modo aleatorio una *playlist* de mi Spotify titulada «Inspiración». Estaba formada básicamente por canciones de indie español que eran las que mejor conectaban con mis emociones. La primera en reproducirse fue [*Mira como vuelo*](#) de Miss Caffaina, y me pareció un himno muy acertado para el instante que acababa de inaugurar.

Mira como floto, mira como vuelo

Mira como floto, mira como vuelo

Mira como avanzo, valiente

Dejándolo todo atrás

Con aquella melodía recorriendo mis venas, hice una enérgica llamada a las musas. Estuve un buen rato mordisqueando la parte trasera del bolígrafo, preguntándome qué quería contar. Yo siempre he sido esa clase de escritora que necesita tenerlo todo planificado antes de empezar a escribir: la trama, el

conflicto, los giros, una escaleta básica de los capítulos y los personajes. Además, una vez empezaba a dar forma a una historia, mi cabeza se llenaba de escenas, ideas y detalles que surgían de repente, cuando menos lo esperaba y de la forma más inoportuna. Brotaban sin ton ni son, por lo que siempre iba con libretas en las que solía hacer anotaciones, y si por algún motivo no llevaba ninguna encima, usaba lo primero que pillaba: recibos de la compra, posavasos, flyers publicitarios o el dorso de la mano. Cualquier lugar, por insólito que fuera, me parecía bueno si se podía escribir en él.

Una hora más tarde, comprendí que las musas no aparecerían. Era incapaz de hilar una idea que me gustase lo suficiente como para detenerme en ella más de cinco segundos. No esperaba tener una idea genial a la primera de cambio, pero tampoco me esperaba aquel nivel de bloqueo mental. Miré la página en blanco, empezando a agobiarme. ¿Y si las musas nunca regresaban? ¿Y si se habían marchado para no volver? ¿Y si se me había oxidado el talento de no usarlo?

Mientras me hacía todas aquellas angustiosas preguntas, algo que no tenía que estar ahí, apareció. Una patita peluda se posó sobre la hoja en blanco y me dio un susto de muerte. Me quité los auriculares y miré perpleja al propietario de esa patita, un gato de pelaje anaranjado que me observaba con la cabeza ladeada.

—¿Y tú quién eres? —pregunté en voz alta, a sabiendas de que no iba a

responderme. El gato se limitó a mirarme con una indiferencia que me hizo sonreír—. ¿Vienes mucho por aquí? —El gato maulló y yo me tomé eso como una afirmación. Alargué la mano para tocar su naricita. Ni se inmutó. Parecía una esfinge de lo quietecito que estaba.

Con el ceño fruncido, cogí el móvil y llamé a Alba. Me respondió al quinto tono, justo cuando estaba a punto de colgar.

—Tengo un gato encima de la mesa de la terraza, ¿es normal? —pregunté tras intercambiar los típicos saludos de cortesía.

Oí unas risas, la suya y la de otra mujer. Me imaginé que sería la de Ivette. Por lo visto, mi pregunta les había parecido de lo más graciosa.

—Es Canela, el gato del vecino. —Repetí mentalmente el nombre, y me dije que era perfecto para el felino, con ese tono que bien podía recordar el color de la especie—. Suele colarse por la rendija inferior que separa nuestras terrazas.

Desvié la mirada hacia el hueco. Parecía muy pequeño para que cupiese un gato por él. Debía tratarse de un gato contorsionista.

—¿Es él o ella? —pregunté.

—Él.

—¿Y qué debería hacer? —Volví a clavar mis ojos en Canela, que ahora se había tumbado por completo sobre mi hoja como si hubiera decidido convertirla en una cama improvisada.

—Suele irse al rato, pero avisa a Óscar para que sepa dónde está.

—Sí, creo que eso haré.

Colgué y salí al descansillo, sin cerrar la puerta de casa. Llamé al timbre, esperé un rato, pero nadie abrió. El vecino debía estar fuera. Hice un mohín y volví dentro.

Al acabar la jornada, Canela y yo nos habíamos hecho buenos amigos, aunque la hoja seguía estando en blanco.



Horas después, pasadas las once, mientras leía una novela en el sofá, oí el eco de unas pisadas en el descansillo, el trajín de unas llaves y el sonido de una puerta al abrirse y cerrarse. El vecino de al lado parecía haber vuelto. Pensé que era un buen momento para salir y presentarme, así que me levanté y me dirigí hacia la puerta. Algo me detuvo a medio camino. El ruido de unas risitas seguido de un golpe contra la pared del salón, que era la pared que nuestros pisos compartían. Adiviné dos voces: una masculina y otra femenina.

Un nuevo golpe hizo retumbar las fotos que decoraban una estantería al lado del sofá, y una de ellas se precipitó al vacío. El sonido que hizo al chocar con el suelo quedó tapado por la fuerza de un gemido femenino tan desproporcionado que bien podría haber pertenecido al audio de una película

porno.

—¡No! —exclamé con los ojos como platos, empezando a adivinar lo que estaba ocurriendo al otro lado.

Los golpes empezaron a repetirse una vez tras otra, con rapidez, junto a más gemidos, jadeos y exclamaciones que me llegaban amortiguados. Incapaz de guardarme aquello para mi sola, envié un mensaje a Carla. Era una situación demasiado morbosa como para no compartirla con ella.

«El vecino de al lado está a punto de tirar la pared que separa su piso y el mío. Adivina haciendo qué»

Tardó segundos en responder. Cuando quería podía ser muy rápida.

«NO JODAS. ¿Tienes como vecino a un empotrador?»

«Eso parece».

«Yo pensaba que estaban en peligro de extinción, junto a los dinosaurios y los mamuts».

«A lo mejor es el último de su especie».

«¿Tienes cómo vecino al último empotrador del planeta? Pues nena, yo de ti iría mañana a pedirle sal en tanga».

Me reí por lo disparatado de su sugerencia.

En el piso vecino, parecían estar pasándolo muy bien por el volumen cada vez más alto de los gemidos y jadeos y las estampidas cada vez más rápidas y violentas. Noté un calor entre los muslos cuando la chica gritó en lo que

parecía la llegada de un orgasmo. Ay, Dios, ¿me estaba poniendo tontorrón escuchando como se lo montaba el vecino con su ligue de turno? ¿Dónde estaba mi decencia? Seguramente de vacaciones, junto con mis musas y mi inspiración.

Decidida a poner fin a las fantasías calenturientas, cogí el móvil, me puse los auriculares y encendí el Spotify. Elegí una *playlist* al azar, una con una recopilación de canciones de los ochenta. [*Girls just want to have fun*](#) de Cyndi Lauper atronó en mis oídos e intenté seguir leyendo.

Poco después, en vistas de que concentrarme en la lectura era misión imposible, recogí las cosas para irme a la cama. Un auricular resbaló de mi oreja y el aparente silencio llamó mi atención. Me quité el otro. Los golpes y gemidos habían cesado y en su lugar solo oí el rumor de unas voces hablando y la puerta al abrirse y cerrarse.

Cuando el sonido de un televisor me llegó desde el otro lado de la pared, alcé una ceja, sorprendida, y corrí hasta la puerta de la entrada, para cotillear por la mirilla. Una chica muy guapa, de cabello rubio y piernas kilométricas, esperaba frente al ascensor. Se acababa de alisar la falda y se retocaba el maquillaje mirándose en un pequeño espejo de mano. Cuando el ascensor llegó, la chica miró hacia la puerta del vecino, se mordió el labio hinchado y enrojecido y desapareció.

—Después del polvo que le has echado, podrías haberla despedido en el

descansillo —murmuré, mirando la pared que compartíamos.

Y es que, vaya tela, cómo se las gastaba el vecinito.

Vidas cruzadas encendiéndose

Las risas de Alba e Ivette se extendieron por la tetería, consiguiendo que algunos de los clientes miraran hacia la barra con curiosidad. Aquella mañana había bajado a desayunar a Entre Aromas, el local que regentaba Alba junto a su pareja. Se trataba de un local precioso, muy bien ambientado. Suelos de baldosas coloridas, cojines con cenefas, teteras metálicas grabadas y una decoración bohemia de estilo oriental. Yo me había quedado sentada en uno de los taburetes de la barra, disfrutando de un té de aroma frutal acompañado por unos dulces árabes de pistacho y chocolate. Las miraba con las mejillas sonrojadas tras mi vaso de cristal, maldiciendo en silencio el momento en el que había decidido explicarles lo ocurrido la noche anterior.

—¡Menuda fiera! —exclamó Alba, atusándose el pelo pelirrojo detrás de las orejas—. Lo de escucharle dándole al tema no es nuevo, porque las paredes del salón parecen hechas de cartón y se oye todo, pero lo otro...

—¿Le dijiste que había nueva inquilina? —le preguntó Ivette, una chica preciosa y menuda, de cabello color caramelo, rostro aniñado y ojos claros que desprendía mucha dulzura.

Alba negó con la cabeza y ambas volvieron a reír. Yo entrecerré los ojos y les dediqué una mirada llena de irritación.

—No te preocupes, ahora mismo le mando un wasap —dijo Alba, sacando el móvil del bolsillo delantero del mandil—. Hay confianza. Le diré que la próxima vez que decida montárselo contra una pared, elija otra.

Abrí mucho los ojos presa del pánico.

—¡No le digas nada!

—Pero ¿por qué? ¿Prefieres oír el espectáculo? —Una sonrisa burlona se dibujó en su rostro.

—¿Qué? ¡Claro que no! ¿por quién me tomas?

Yo no era una pervertida. Puede que el día anterior me hubiera puesto un poco a tono escuchándolo, pero yo no era ese tipo de persona. Al menos no el 99% del tiempo.

—Oye, no te juzgo. Todos tenemos nuestras rarezas. Quizás escuchar a gente manteniendo relaciones sexuales a través de una pared sea una de las tuyas.

Alba e Ivette se descojonaron y yo puse los ojos en blanco.

—Tengo muchas rarezas, pero esa no está en la lista, créeme. Simplemente prefiero que no sepa que le escuché en plena acción. Sería muy incómodo saber que él sabe que yo sé que...

Alba soltó una nueva carcajada y negó divertida, volviendo a colocar un mechón tras su oreja.

—Vale, vale, me has convencido con ese trabalenguas. Solo le diré que el

piso vuelve a estar ocupado para que lo tenga en cuenta y te trate bien. Seguro que congeniáis. Tiene una especie de obsesión enfermiza con los libros, como tú.

Intenté mantener la expresión de mi rostro inalterable, pero aquella información sí que tenía relevancia.

—¿Le gusta leer?

—¿Qué si le gusta? No he conocido nunca nadie que lea tanto y tan seguido. Es un jodido fanático.

Un jodido fanático de los libros empotrador. No voy a negar que aquella descripción despertó cierta curiosidad en mí.

★ ★ ★

Por la tarde, volví a salir a la terraza. Faltaba poco para que anocheciera, así que fui bien provisionada con una manta de cuadros escoceses y un farolillo eléctrico. Me senté en la silla, me puse los auriculares, encendí Spotify y me dejé guiar por las sensaciones de esa primera canción que aleatoriamente empezó a sonar. Esta vez fue [*Vidas cruzadas*](#) de Quique González e Iván Ferreiro.

Vidas que dejé cruzadas

Vienen encendiéndose

Vidas que dejé cruzadas

Vienen persiguiéndome

Cerré los ojos y con la melodía resonando en mi cabeza intenté que las ideas fluyeran. Pero de nuevo... nada. Solo vacío. Mis musas estarían pasándose lo genial tomando el sol en alguna tumbona de una playa paradisíaca mientras se ponían ciegas de caipiriñas. Bufé y cambié de estrategia. Siguiendo uno de los consejos contra el bloqueo literario que me había dado uno de mis profesores en la universidad, decidí apuntar la primera palabra que me pasara por la cabeza para usarla como un concepto central alrededor del cual tejer una historia.

En aquel momento, Canela saltó sobre la mesa. Di un respingo sobre la silla y me toqué el corazón, que latía con tanta fuerza que parecía que de un momento a otro fuera a atravesar mis costillas y salirse de mi pecho.

—¡Por Dios! ¡Haz algo de ruido! Algún día moriré de un infarto con tus apariciones repentinas —dije con tono severo.

Canela maulló y yo no pude evitar sonreír. Era demasiado adorable como para indignarme con él. Le rasqué detrás de las orejas y, en aquel momento, mientras pensaba en lo bonito que era, una palabra cruzó por mi cabeza a la velocidad de un rayo.

—Canela —dije en voz alta, mirando al felino.

¿Por qué no? Canela era una buena palabra. ¿Qué era? Una especia, un aroma. Eso me llevó a pensar en la India y, poco a poco, haciendo una lista interminable de palabras y conexiones, la idea de un argumento empezó a formarse en mi cabeza.



Aquella noche me fui a la cama radiante de felicidad. En mi mente empezaba a esbozarse una historia y eso excitaba y espoleaba mis neuronas de una forma deliciosa. Aún no sabía el argumento que acabaría esgrimiendo, pero los personajes empezaban a trazarse, con sus contradicciones, sus debilidades y sus fortalezas. Quería escribir una historia llena de matices, con la India como escenario. Para ello, necesitaría mucha documentación, por lo que al día siguiente iría a la biblioteca. Acabé durmiéndome con el portátil en el regazo, mientras recorría las calles de Nueva Delhi en Google Maps.

No sé cuántas horas llevaba dormida cuando un ruido fuerte me despertó. Abrí los ojos de par en par. Un segundo golpe, más enérgico que el anterior, consiguió desvelarme del todo. Salté de la cama, recorrí el pasillo de puntillas, y asomé la cabeza por la puerta del salón antes de entrar, pero no había nadie. El ruido de algo rompiéndose me hizo desviar la mirada hacia la

terraza. Una sombra oscura estaba de cuclillas junto a una silla caída.

Sintiendo el corazón golpear fuerte dentro de mi pecho a causa de la adrenalina, cogí lo primero que pillé por banda, una edición antigua de *Ulises* de James Joyce que había dejado encima de una caja. El tomo enorme entre mis manos pesaba una barbaridad y me dio la seguridad que necesitaba. Me arrastré pegada a la pared, a tientas, y llegué hasta la puerta acristalada de la terraza. Puse la mano sobre la manilla, cogí aire y la giré, levantando a su vez el libro por encima de mi cabeza.

Algo me detuvo a medio camino. Unos ojos verdes y brillantes que me miraban desde abajo como si acabaran de ver un fantasma.

Un recuerdo fugaz atravesó mi mente, reviviendo la última vez que había visto esos mismos ojos entre las bambalinas del auditorio del instituto.

Los ojos de un cliché con patas.

Los ojos de un grano en el culo.

En mi cabeza resonó la estrofa de la canción que había estado escuchando aquella tarde, como si se tratara de una premonición de lo que estaba a punto de ocurrir:

Vidas que dejé cruzadas

Vienen encendiéndose

Vidas que dejé cruzadas

Vienen persiguiéndome

Bajé los brazos sintiendo como todas mis extremidades se convertían en gelatina. Un escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza y el libro resbaló entre mis dedos temblorosos. Di un saltito hacia atrás para evitar que cayera sobre mis pies, con tan mala suerte, que tropecé con algo y empecé a caer de espaldas. Antes de chocar con el suelo, escuché una voz grave y áspera preguntar en la oscuridad:

—¿Pecas?

La noche más rara de mi vida

Acabé espatarrada sobre el suelo, con el culo dolorido y la cabeza dándome vueltas. Alguien encendió la luz y, cuando conseguí enfocar la mirada, parpadeé varias veces incapaz de creer que la imagen que mis ojos me devolvían fuera real.

Reclinado sobre mí, con el cabello oscuro revuelto y una expresión de confusión en el rostro, se encontraba la última persona que esperaba encontrarme allí.

—¿Óscar? —balbuceé, escrutándole con atención.

Pese a los años, seguía pareciéndose mucho al chico que conocía: los mismos labios mullidos y masculinos, los mismos ojos verdes, brillantes y expresivos, y el mismo rostro cincelado, de rasgos angulosos, aunque más curtido por el tiempo. La sombra de una barba ensombrecía su mentón y sumaba atractivo al conjunto. Y que me diera por pensar en su atractivo, teniendo en cuenta el tremendo dolor que subía de mi trasero hasta la zona lumbar, dice mucho de la impresión que sentí.

Nos miramos en silencio unos segundos, hasta que él carraspeó y preguntó:

—¿Estás bien? —La expresión de su rostro era una mezcla de

desconcierto y preocupación.

Afirmé con la cabeza mientras intentaba ponerme en pie. Fue entonces cuando recordé que solo llevaba una camiseta friki de Star Trek que apenas cubría las bragas viejas de algodón que me había puesto esa noche. Se me encendieron las mejillas y el calor llegó hasta mis orejas. Me senté en el sofá, tirando de la camiseta hacia abajo. Tenía la cabeza embotada y una leve sensación de mareo.

Óscar rebuscó en los armarios de la cocina hasta dar con un vaso. Lo llenó de agua, se sentó a mi lado y me lo tendió. Yo le miré interrogativa.

—Bebe. Te irá bien. Estás pálida —susurró.

Cogí el vaso de agua y di un pequeño sorbo. Luego volví a clavar mi mirada en la suya.

—Yo... No entiendo nada, ¿qué hacías en mi terraza?

Óscar tragó saliva y vi la nuez de su garganta subir y bajar con dificultad. Antes de que pudiera abrir la boca para responderme, un gato de pelaje anaranjado saltó sobre su regazo. Abrí mucho los ojos, paseando mi vista de uno al otro.

De repente, todo encajó.

—Eres Óscar, el vecino de al lado —susurré. No era una pregunta, era una afirmación.

—Y tú eres... la inquilina de Alba. —Volvió a tragar saliva.

—Ahm...

Me bebí el resto del agua de un trago, deseando que fuera algo más fuerte. Un chupito de absenta en aquel momento me hubiera ido de lujo. Sabía que mi vecino se llamaba Óscar, pero ¿cuántos Óscars hay en el mundo? ¡Un montón! ¿Cómo iba yo a saber que se trataba del mismo Óscar que años atrás me había puesto el mundo del revés? Dejé el vaso vacío sobre la mesita de centro y le miré, sintiéndome muy descolocada.

—¿Por qué estabas de cuclillas en mi terraza? —volví a preguntar.

—Siento haberte despertado. —Se pasó una mano por la frente y me dedicó una sonrisa ladeada, sin enseñar los dientes. Después de tanto tiempo seguía reconociendo esa sonrisa, tan suya, con la comisura izquierda algo más elevada que la derecha. Los años le habían sentado muy bien, eso había que reconocerlo—. Estaba tumbado en la cama, leyendo un libro, cuando he oído un ruido extraño procedente del exterior. He salido a la terraza y he visto a Canela en la tuya. He saltado para cogerlo y ha empezado a dar vueltas como un loco. No sé qué mosca le habrá picado, porque es un gato muy manso.

Miré a Canela extrañada. Con lo tranquilo que parecía y la que había liado en un momento. Me fijé en cómo jugueteaba con la mano grande de Óscar, cogiéndola entre sus patitas, y esboqué una pequeña sonrisa. Al barrer su cuerpo con la mirada, no pude evitar dedicar unos segundos de más a sus hombros anchos y sus bíceps fuertes y definidos, sin llegar a ser demasiado

musculosos. Recordé el sonido que hizo al investir la pared la noche anterior y tragué saliva. Seguro que Carla estaría de acuerdo conmigo en que, definitivamente, tenía toda la pinta de ser un buen empotrador.

Virginia, céntrate.

—La próxima vez que suceda, estaría bien que llamaras a la puerta. Por aquello de no confundirte con un ladrón, asesino en serie o violador depravado.

Afirmó con la cabeza con lentitud, se mordió el labio y apartó la mirada. Tenía una expresión rara que enseguida mutó del todo y, a continuación, empezó a convulsionarse sobre sí mismo en una enorme carcajada. El sonido de su risa me reverberó en el estómago. Después de tantos años seguía recordando perfectamente el sonido que hacía su risa al estallar en el aire. Un sonido que, años atrás, se había convertido en uno de mis sonidos favoritos del mundo.

Sin dudas, aquella se estaba convirtiendo en la noche más rara de mi vida.

—¿He dicho algo gracioso? —pregunté ceñuda.

—¿Algo gracioso? ¿Se te ocurre una situación más graciosa que esta? —

Movió el dedo índice señalándonos—. ¡Eres Pecas! ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¿Diez años? ¿Once?

—Doce. Y me llamo Virginia, no Pecas —corregí.

—¡Doce años! —Se mordió el labio—. Doce años sin vernos y nos

reencontramos a las tantas de la madrugada, yo intentando coger a mi gato y tu intentando estamparme *Ulises* de James Joyce en la cabeza. —Empezó a reír de nuevo—. ¡Menuda casualidad! Menuda absurda y ridícula casualidad.

Una carcajada se agolpó en mi garganta y se escapó de entre mis labios apretados.

—La verdad es que un poco ridícula sí que es.

Chasqueó la lengua sin dejar de sonreír.

—¿En serio ibas a golpearme con eso?

Señaló el libro que se había quedado abierto en el suelo.

—Es lo primero que he pillado.

—Si llego a ser un ladrón, un asesino en serie o un violador depravado, no creo que eso te hubiera servido de mucho. Hubiera sido más efectivo obligarme a leerlo para matarme de aburrimiento.

Agrandé los ojos de forma expresiva.

—¡No me puedo creer que hayas dicho eso! *Ulises* es una de las grandes obras maestras del siglo XX.

—Es un libro completamente sobrevalorado.

—Estás de coña, ¿no?

—Hablo muy en serio. Además, te recuerdo que has sido tú la que ha intentado estamparme el libro en la cabeza. Seguro que tu subconsciente quería deshacerse de él a toda costa y no sabía cómo.

Sonrió, y la sonrisa le llegó a la mirada.

—Solo llevamos cinco minutos hablando y ya estamos discutiendo sobre libros. Veo que hay cosas que nunca cambian, Óscar.

—Las viejas costumbres hay que mantenerlas, Pecas.

—Cómo la de seguir llamándome por ese mote ridículo, ¿no?

—*Touché*. Aunque a mí no me parece ridículo.

Resoplé resignada y él sonrió, mirándome con intensidad. Sus ojos se clavaron en mi cuerpo primero y en mi rostro después. Algo en el ambiente cambió.

—Estás igualita que entonces, pero con el pelo más corto. Me recuerda al peinado de la protagonista de *Amélie*. Era tu película favorita, ¿no?

Le miré sorprendida.

—Y lo sigue siendo, pero ¿cómo puedes acordarte de eso?

—Recuerdo muchas cosas, Pecas. Tu obsesión por esa película es una de ellas. Tenías su melodía como timbre en el móvil, una pegatina suya en la carpeta y te encantaba recitar aquella frase suya que decía...

—«Son tiempos difíciles para los soñadores» —dijimos a la vez, compartiendo una sonrisa.

Sentí un hormigueo en el estómago.

—Tú también estás igual, pero... —Dudé unos segundos, buscando la forma de explicarme—. La expresión de tu rostro es distinta.

Era increíble como unas mismas facciones podían expresar cosas tan dispares. El Óscar que conocí años atrás estaba en tensión permanente, a veces enfadado con el mundo, otras veces triste y melancólico. Ese nuevo Óscar parecía relajado, tranquilo, incluso en paz consigo mismo.

—Supongo que lo dices porque ahora soy aún más irresistible —dijo, moviendo ambas cejas en un gesto pícaro.

—Veo que en lo de creído sigues siendo idéntico.

—Psé. Intento no perder mi esencia.

Me mordí el labio, pensativa.

—Así que... después de todo volviste a Barcelona y te quedaste.

—Sí, aunque es una historia muy larga. —Se encogió de hombros y se recostó en el sofá—. Viajé, vi mundo, viví aventuras y volví. Compré mi piso unos meses antes de que lo hiciera Alba. Me encantaría darte la versión no abreviada de toda la historia y preguntarte por la tuya, pero no quiero entretenerte más. Suficiente he hecho ya despertándote a estas horas.

Hizo una mueca de reprobación y yo estuve a punto de decirle que no pasaba nada, que podía quedarse todo el tiempo que quisiera, que quería conocer su historia y yo explicarle la mía, pero tenía que ser realista. Eran las tantas de la madrugada, iba vestida únicamente con una camiseta y unas bragas viejas, y necesitaba reordenar mis ideas después de aquel giro tan inesperado de los acontecimientos.

Se levantó del sofá y yo le imité.

Recogió el libro del suelo y me lo tendió con una sonrisa burlona en los labios. Puse los ojos en blanco y lo dejé sobre la mesa de centro.

Salimos. Fuera hacía fresco y me abracé a mí misma en busca de calor.

—¿Te importa si salto de tu terraza a la mía? No llevo llaves.

—Me parece bien, siempre y cuando no acabes espachurrado contra el asfalto. Soy aprensiva y no tolero bien ver sangre, por no hablar todo el lío de tener que llamar a la ambulancia, el interrogatorio con la policía... ya sabes.

—Vaya, y yo que por un momento pensaba que lo decías por mi integridad física.

—Bah, eso me da igual —bromeé.

Óscar pasó a Canela al otro lado y luego se giró para mirarme. Se mordió el carrillo inquieto y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, empezó a moverse hacia mi dirección. Un paso. Después otro. Al tercero ya había absorbido por completo mi espacio vital. Contuve el aliento cuando sus brazos me rodearon, estrechándome con fuerza, y su respiración me hormigueó la piel.

Un cosquilleo recorrió mi cuerpo como respuesta a su contacto. Cerré los ojos y aspiré su camiseta. Seguía oliendo igual. Óscar seguía oliendo a muchas cosas que podía reconocer pese al tiempo y la distancia, aunque también olía a muchas cosas nuevas y desconocidas que me parecían igual de sugerentes y

atrayentes. Estábamos tan pegados que escuché el retumbar enérgico de su corazón. *Tum, tum*. Sístole, diástole. Rápido. Fuerte.

—Pequeña —murmuró. Su aliento calentó la piel de mi cuello y un estremecimiento subió por mi espina dorsal hasta alcanzar mi nuca—. Lo normal cuando alguien te abraza es devolverle el abrazo. Estás tan tensa que si apretara un poquito te partiría en dos.

Me reí con suavidad y mi cuerpo se relajó al instante. Me puse de puntillas y rodeé sus hombros. Mil arañas diminutas se expandieron por mi vientre haciéndome cosquillas cuando me estrechó con más fuerza. Algo vibró entre nosotros. Algo familiar, conocido.

Aquel abrazo era una demostración evidente de que el hombre que tenía delante era muy distinto al chico que conocí. El Óscar Miralles del instituto nunca me hubiera abrazado, era alérgico a las muestras de cariño.

Nos separamos unos segundos después. No sé si fueron muchos o si fueron pocos. Hay instantes que no pueden medirse con ninguna unidad de tiempo existente. Aquel fue uno de esos instantes.

—Bueno... —murmuró, escondiendo las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—Bueno... —dije yo sintiéndome de repente algo cortada.

—Me abro.

—Vale.

Me guiñó un ojo, dio media vuelta sobre sus talones y, apoyándose sobre la superficie de piedra del murete que delimitaba su terraza de la mía, cogió impulso, y se dejó caer al otro lado.

Su cabeza sobresalió.

—Siento haberte despertado.

—No le des más importancia. Buenas noches, Óscar.

Sonrió, torciendo la sonrisa.

—Buenas noches, Pecas.

—¿De verdad no puedes hacer un esfuerzo e intentar llamarme por mi nombre? —pregunté haciendo un mohín.

—No, lo siento. Para mí siempre serás Pecas. —Estaba claro que no podría hacer nada contra ello, así que me limité a suspirar con pesar.

Óscar me guiñó un ojo, desvió su mirada hacia mi camiseta de Star Treck, levantó el brazo derecho y separó los dedos de la mano en forma de V, en un saludo vulcano perfecto. Me reí bajito, viéndolo desaparecer en el interior de su piso.

Recogí el desorden de la terraza, mandé un mensaje a Carla explicándole la primicia y me metí en la cama, intentando volver a dormirme. Me costó horas conseguirlo. Durante ese tiempo, mi mente estuvo rescatando del archivador de mi memoria recuerdos pasados, en busca de aquellos años en los que Óscar había formado parte de mi vida, de una forma u otra.

No me llames Pecas

Durante muchos años relacioné el nombre de Óscar Miralles con la expresión «rebelde sin causa». Pese a que era un año mayor que yo y no íbamos juntos a ninguna clase, había oído hablar mucho de él. Entre mis compañeros corrían decenas de leyendas y mitos sobre su persona. Decían que era capaz de dejarte inconsciente en menos de cinco segundos, y que participaba en peleas clandestinas durante la madrugada. Yo no sabía si lo que contaban era cierto o no, lo único que podía corroborar era que, de vez en cuando, llegaba al instituto cubierto de moratones y otros signos de violencia.

Por aquel entonces, Óscar era un chico solitario, alto y delgado, aunque atlético, de pelo oscuro e indomable y unos ojos verdes tan profundos y brillantes que parecían irreales. Iba siempre desaliñado, sin peinar, con unas botas Dr Martens viejas de color negro, pantalones vaqueros desgastados, camisetas de grupos de rock y chupa de cuero. Como no podía ser de otra manera, aquel look de chico malo volvía locas a las chicas y siempre andaba liado con alguna.

A mí, Óscar no me gustaba. Me parecía un tipo del que era mejor mantenerse alejada, y no entendía cómo era posible que tuviera un club de fans tan numeroso. Podía ser atractivo, eso no lo discutía, era algo objetivo y

negarlo era absurdo, pero todo el mundo sabía que era una mala influencia. Cuando veía correr a las chicas tras él como si fueran perritos falderos, las miraba con condescendencia, apiadándome de su ingenuidad, seguramente inducida por la idealización típica de las historias de amor romántico de los cuentos de hadas.

Pese a que Óscar era una persona asocial que no despertaba mucha simpatía entre el profesorado, sacaba buenas notas y siempre pasaba limpio de curso. Tenía la costumbre de ir con un libro bajo el brazo, y eran muchos los recreos en los que le veía tirado en una esquina, con la nariz metida entre sus páginas y el ceño fruncido lleno de concentración. Leía de todo, sin distinción de género ni época. Un día podía perderse entre las páginas de un libro clásico como *Guerra y paz* de León Tolstói y al día siguiente hacerlo entre las páginas de un libro más actual, como *La Sombra del Viento* de Carlos Ruiz Zafón. Fue Luís, el bibliotecario del instituto, y el chico mayor que me gustaba por aquella época, el que me habló por primera vez sobre la pasión de Óscar por la lectura:

—Solo conozco una persona que devore los libros con la misma rapidez que tú, y esa persona es Óscar Miralles. ¿Le conoces? Tiene una capacidad de análisis impresionante y sus críticas son realmente asombrosas.

Según me contó, eran muchas las tardes que se quedaba hasta las tantas hablando con él, desgranando historias y personajes, haciendo comparativas

de libros o dando su propia versión de la trama. Oírle hablar de Óscar de esa forma me impresionó, porque no se correspondía para nada con la imagen que yo tenía de él por aquel entonces.

No cruzamos palabra en toda la secundaria y, cuando Óscar empezó bachillerato, dejé de verle por los pasillos y el recreo, ya que los alumnos de cursos superiores estudiaban en otro edificio y tenían horarios diferentes a los nuestros.

Al año siguiente, yo empecé bachillerato, así que me lo crucé durante un par de meses, hasta que un día oí comentar a un grupo de chicas que había abandonado los estudios.

Como la vida es como es y da muchas vueltas, llegó un día en el que Óscar Miralles pasó de ser un personaje irrelevante en la historia de mi vida para convertirse en un personaje principal. Y llegaría con la lluvia, en una de esas semanas de septiembre que huelen a cambio.

Era el primer día de clase del que sería mi último año en el instituto y estaba nerviosa. Aquel día me reencontraría de nuevo con mis compañeros de clase y entre ellos estaba Carlos, un chico con el que salí unos meses el curso anterior. Me daba palo volver a verle. Lo había dejado yo y se había pasado todo el verano mandándome mensajitos para que volviéramos juntos. Tener

que verlo a diario no era algo que me apeteciera hacer.

Por otro lado, tenía muchas ganas de empezar las clases: era el inicio del final. Unos meses, la selectividad y, por fin, la ansiada universidad, ¡tenía tantas ganas! Además, me había pasado esas vacaciones trabajando en una novela corta que quería enseñar a Tomás, mi profesor de literatura (y para qué negarlo, mi profesor preferido).

Aquel día, la lluvia me pilló desprevenida a medio camino, así que cogí la carpeta nueva, una carpeta preciosa llena de lunares de colores que a mí me encantaba, y la usé para resguardarme. Llevaba unos shorts de color azul oscuro, una camiseta marinera a rayas, ajustada, y unas bailarinas también de color azul. Llegué a la calle del instituto con los pies mojados, el cartón de la carpeta deshaciéndose en mis manos y la sensación de que el diluvio universal caía sobre mi cabeza. Empecé a correr, junto a un río de personas en mi misma situación, y llegué al pórtico de la puerta de entrada poniéndome a cubierto. Me quedé allí esperando a Carla quién, para variar, llegaba tarde. Siempre quedábamos unos minutos antes, ya que estudiábamos itinerarios distintos (yo el de Letras, ella el de Ciencias) y solo coincidíamos en algunas optativas.

Estaba distraída mirando el móvil cuando intuí una sombra abalanzarse sobre mí. Levanté el rostro de la pantalla y vi una moto pasar prácticamente rozando mis pies. La rueda posterior se metió en un charco y acabó salpicándome de pies a cabeza. Increíblemente, miré al tipo bajarse del vehículo

con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Estás loco! —grité, abriendo los ojos como naranjas—. ¡Has estado a punto de atropellarme!

—Si ni te he rozado —respondió el chico de espaldas, sin ningún tipo de arrepentimiento en el tono de la voz. Se había quitado el casco y estaba asegurando la moto.

—¡¡Estoy toda mojada!! ¡¡Por tu culpa!! —exclamé, alzando más la voz. Las mejillas me ardían por culpa de la rabia.

—Tranquila, nena, ese es el efecto que suelo provocar —dijo el chico aún de espaldas con tono burlón.

Parpadeé confusa, hasta que comprendí lo que había insinuado con ese comentario. La ira me hirvió en las venas. Pero ¿quién se creía para hablarme así?

—Primero, no me llames nena, y segundo, un capullo como tú lo único que puede provocarme es ganas de vomitar.

Dejó escapar una risita lo suficientemente audible como para que la escuchara, se giró y cuando le vi la cara me quedé muda durante unos segundos. Unos ojos verdes y expresivos me miraban de arriba a abajo acompañados de una sonrisa ladeada. Óscar Miralles se encontraba delante de mí y yo acababa de llamarle capullo.

—Pues hay partes de tu cuerpo a las que parezco provocar otras cosas...

Levantó la cabeza hacia mi dirección, con una expresión sarcástica. Bajé la mirada hacia mi camiseta. Mis pezones traspasaban la tela de mi sujetador haciéndose visibles a través de la ropa. Abracé la carpeta sobre mi pecho sintiendo ganas de estampársela en la cabeza.

—A esto se le llama reacción fisiológica al frío, aunque con las pocas neuronas que parece tener, seguro que te cuesta entender el significado de algo tan complicado...

Alzó las cejas y un amago de sonrisa se dibujó en sus labios.

—Oh, sí. Es que soy un poco tonto, ¿sabes? Quizás podríamos quedar luego para que me lo expliques con un croquis.

—Antes me corto una mano y se la tiro a las pirañas.

Abrió mucho los ojos y, para mi sorpresa, soltó una carcajada. Lo miré atónita sin entender nada mientras él se reía a mandíbula batiente. Cuando recuperó la compostura, me miró de una forma que no supe interpretar, pasándose una mano por el cabello ensortijado, despeinándolo aún más. Parecía... complacido.

Nos retamos con la mirada unos segundos, muy cerca el uno del otro.

—Eres una chica con agallas, Pecas.

Me guiñó un ojo y yo me quedé sin saber que decir. Pasó por mi lado y justo antes de que desapareciera por la puerta de entrada, grité:

—¡No me llamo Pecas!

Miré la hora en el móvil. Faltaba poco para el inicio de las clases y Carla aún no había llegado. Le mandé un mensaje diciéndole que la vería en el recreo y me dirigí hacia el baño. Nada más entrar, lo primero que hice fue mirar mi rostro en el espejo, preguntándome porque aquel imbécil que se creía un regalo de la madre naturaleza a la Tierra, me había llamado Pecas. Era cierto que tras el verano se me acentuaban unas pequitas marrones muy claras en la zona de las mejillas y la nariz, pero pasaban bastante desapercibidas.

Me sequé como pude y, cuando sonó la campana, salí corriendo hasta el aula que me tocaba aquella primera hora.

Entré por la puerta echando el hígado por la boca. Por suerte, la profesora de historia aún no había llegado. Nada más traspasar el umbral de la puerta, algunos de mis compañeros se acercaron para saludarme. Después de intercambiar algunos saludos y ponernos al día de forma rápida, busqué sitio entre las mesas libres. Me senté en una de las sillas de la primera fila. Guardé la carpeta maltrecha en el casillero del pupitre, saqué los libros, el estuche y me giré para colocar la mochila en el respaldo de la silla. Estaba poniendo las asas en su sitio cuando noté un soplo de aire caliente en el rostro. Levanté la mirada, ceñuda, y allí estaba él. Óscar Miralles me observaba divertidísimo, con los codos apoyados sobre el pupitre, acortando con ese gesto la distancia que nos separaba.

—Vaya, vaya, menuda sorpresa—dijo, sonriendo de lado, sin enseñar los

dientes.

Solté un gruñido de frustración, volví a girarme e hice ademán de levantarme para cambiarme de pupitre, pero antes de que pudiera hacerlo, la profesora apareció y todos mis compañeros ocuparon sus sitios dejándome como única alternativa una mesa solitaria al fondo de la clase.

—Genial —mascullé entre dientes.

—Tranquila, Pecas, nos lo pasaremos bien —aseguró Óscar, acentuando su expresión burlona.

—No me llamo Pecas, me llamo Virginia —siseé, lanzándole una mirada asesina.

Óscar se cruzó de brazos, chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Si yo fuera tú no me sentiría orgulloso de llevar ese nombre. Virginia fue un estado esclavista.

—¿Qué? —pregunté confusa. Cuando comprendí que se refería a la Virginia de Estados Unidos parpadeé alucinada, porque que tuviera aquella referencia histórica era indicativo de que no era tan tonto como había previsto —. No me llamo así por esa Virginia. Me llamo Virginia por Virginia Woolf.

Óscar negó con la cabeza de nuevo y me dedicó una mirada condescendiente.

—No creo que Woolf sea un buen ejemplo a seguir.

—Claro que lo es. Junto a Jane Austen y las hermanas Brontë fue una de

las escritoras que simbolizó la emancipación femenina.

—Y también estaba un poco pirada. Se lanzó al río con los bolsillos llenos de piedras.

¿Conocía su biografía?

Confirmado: no era tonto. Era un imbécil y un capullo, pero un imbécil y un capullo listo.

—No estaba pirada, padecía trastorno bipolar —puntalicé, porque Virginia Woolf era una de mis escritoras favoritas y sentía una gran admiración hacia su persona. A mamá le gustaba explicar que di las primeras patadas en su vientre mientras leía *Las olas*, y que por eso decidió llamarme así.

Óscar se encogió de hombros.

—Viene a ser lo mismo, Pecas. No estaba muy bien de la cabeza.

—No es lo mismo. Y ¡no me llames Pecas!

Nos retamos con la mirada y, en aquel momento, la profesora llamó nuestra atención. Los ojos de nuestros compañeros estaban fijos en nosotros. Algunos nos observaban con curiosidad, otros con asombro, y es que yo era una persona calmada y tranquila que no solía alterarse nunca. Me senté bien en la silla y miré hacia delante sintiendo el pulso en las sienes.

Ese fue solo el principio.

Contradicciones

Al día siguiente, sobre las ocho y media de la mañana, Carla se presentó en mi casa. Lo hizo con una bolsa de panadería y dos capuchinos en vasos de cartón. Abrí la puerta medio adormilada y ella se lanzó a mi cuello exclamando sin parar: «¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte!» con tanta fuerza que me tiró hacia atrás, trastabillamos y estuvimos a punto de caer al suelo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté desorientada, porque que yo recordara, habíamos quedado aquella tarde para ir a Ikea.

—Óscar Miralles, tía. ¡Es muy fuerte! —repitió, dejando lo que traía sobre la isla de cocina mientras se desenroscaba un fular del cuello. Se había recogido su pelo indomable en un moño y unos cuantos rizos escapaban de él cayendo por su rostro. Iba vestida con el look formal que usaba para trabajar: americana y pantalones ceñidos de color negro, blusa blanca con lazo al cuello y zapatos de tacón.

—Lo es, pero no es necesario que se entere todo el edificio, ¿verdad?

—Cuándo he leído tu mensaje esta mañana he estado a punto de sufrir un infarto. —Se sentó sobre uno de los taburetes y cogió uno de los vasos de cartón—. ¿Óscar Miralles es tu vecino empotrador? ¡Estas cosas no se explican en un wasap! Requieren como mínimo una llamada.

—Era muy tarde.

Me senté a su lado y abrí la bolsa de panadería que aún estaba un poco caliente. Eran croissants de chocolate y desprendían un aroma delicioso. Cogí uno con los dedos y me lo llevé a la boca soltando un gemido involuntario.

—Para explicarle a tu mejor amiga que te has reencontrado con tu amor platónico del instituto nunca es demasiado tarde, nena —me recordó Carla, alzando un dedo acusador sobre mi rostro—. Pero ahora eso da igual, ¡quiero que me lo expliques todo!

Me lamí los restos de chocolate de los dedos, cogí mi capuchino y miré a Carla que, a su vez, me observaba con los ojos brillantes por la expectación.

Me acerqué el vaso a los labios para darme tiempo a responder. Acababa de levantarme. Tenía los ojos aún pegados por el sueño y no sabía por dónde empezar. Titubeé y le expliqué lo sucedido de forma algo caótica: el ruido desconocido, el libro de *Ulises* como arma defensora, Óscar en mi terraza, el culazo contra el suelo... Lo único que no le expliqué fue el abrazo del final, porque al pensar en él, me pareció algo tan íntimo y bonito que preferí quedármelo para mí, como algo solo mío, como algo secreto. Al acabar mi relato, Carla se encogió sobre sí misma, partiéndose de risa.

—Eres alucinante... ¡Querías protegerte de un intruso con un libro! —Carla siguió riéndose, haciendo bailar los rizos de su peinado de un lado al otro. Cuando consiguió recobrar el aliento, me miró con los ojos agudados—.

Te quiero mucho, cielo, pero estás como una regadera. ¿Y el spray de pimienta que nos compramos en esas jornadas de autodefensa?

—No sé, creo que lo he perdido. —Me encogí de hombros—. Además, imagínate que llego a usarlo. Con la mala suerte que tengo lo hubiera cogido del revés y me lo hubiera acabado echando en la cara.

—Capaz serías de hacer algo así.

Volvió a reírse. No me considero una persona patosa, pero, bajo presión, mi cabeza y mi cuerpo no suelen coordinarse como deberían.

—Después de tanto tiempo debió ser súper raro, ¿no?

Dudé unos segundos antes de responder.

—La verdad es que sí, fue raro, pero en el buen sentido. —Rodeé el vaso de plástico con las manos y me mordí el labio inferior, evocando de nuevo lo ocurrido la noche anterior—. Fue una de esas cosas inesperadas que te sorprenden de forma positiva. Pese a que ahora somos dos personas distintas, no fue una incómodo, ¿sabes? Todo fue tan natural, tan familiar y espontáneo... pero a la vez tan distinto, tan nuevo. Suena contradictorio, ¿verdad?

—Lo es, aunque creo que has pasado por alto una cuestión fundamental. —Alzó ambas cejas y su temblante se volvió serio como si estuviera a punto de preguntarme por el origen de la humanidad—. ¿Sigue estando tan bueno como antes?

Me reí flojito. Había tardado demasiado en preguntar.

—Supongo que sí, ya te he dicho que está igual.

Pensé en sus ojos verdes y profundos, brillando en la oscuridad de la terraza, en la forma en la que sus labios perfilados y masculinos se torcían al sonreír, en esa barba de días de las que arañan cuando te besan... Estaba jodidamente bueno, incluso más que antes, pero pasaba de decírselo a ella. Seguro que empezaría a gritar de nuevo como una adolescente de hormonas revolucionadas.

—¿Igual de follable? —volvió a preguntar, con toda la intención del mundo, estudiándome con la mirada mientras se llevaba su capuchino a la boca. La miré con los ojos como platos. ¡No se le escapaba ni una! Me conocía demasiado bien.

—Creo que nunca he usado ese término para referirme a él, ni antes ni ahora.

—No ha hecho falta, querida. Te lo leo en la cara. Te lo leía antes y le lo leo ahora.

—Aunque lo estuviera, que no estoy diciendo que lo esté, no me interesa. ¡Acabo de salir de una relación! Lo último que necesito en este momento es complicarme la vida con otro tío y más con ese tío. Suficiente tengo con intentar pasar página. Y no me digas lo de un clavo saca a otro clavo, porque estoy de los tópicos hasta el moño.

—Vale, vale, lo que tú digas.

Una sonrisa de suficiencia se dibujó en sus labios y yo fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Sí que pasa algo. Suéltalo ya, porque tienes esa sonrisa de «yo se algo que tú no sabes» que tanto me pone de los nervios.

Carla chasqueó la lengua divertida.

—No pasa nada, es solo que... A ver, cielo, es obvio que tarde o temprano acabarás empotrada contra alguna pared. Es el polvo más previsible de la historia de los polvos. —Abrí los ojos de par en par sin creerme lo que acababa de decir—. No me mires así, se trata de Óscar, tu polvo pendiente.

—Mi polvo pendiente —repetí, imprimiendo sarcasmo en el tono de mi voz.

—Sí, tu polvo pendiente. Todos tenemos uno y Óscar es el tuyo. Entre vosotros había una tensión sexual no resuelta brutal. Era como ver en directo un rito de apareamiento que nunca llegaba a consumarse.

—¡Qué exagerada! —me reí, porque Carla tenía una habilidad innata para exagerar las cosas—. Además, ha pasado mucho tiempo desde entonces. Las cosas cambian.

—La tensión sexual no resuelta no desaparece. Créeme.

—¡Eh! ¡Se acabó! —Le tiré una servilleta que había convertido en una bolita mientras hablábamos—. No quiero seguir hablando de esto. Además,

necesito centrarme, escribir una novela, saber lo que quiero hacer con mi vida... Creo que el reto es suficientemente complicado como para añadir más dificultades al asunto.

—No veo que una cosa sea incompatible con la otra, pero ya que lo dices, ¿cómo lo llevas?

Contenta de haber dejado atrás una conversación que me incomodaba, le expliqué el nuevo proyecto que había empezado a esbozar en mi cabeza. Le hablé de la India y del personaje femenino que quería llenar de vida a través de las palabras. Una mujer fuerte que quería huir de su destino para forjar un futuro prometedor. Cuando terminé de hacer toda la explicación, me sentí como una madre orgullosa hablando de lo guapo y listo que es su hijo. Escruté a Carla, buscando su aprobación. Mi amiga me observaba embelesada, con los ojos brillantes y una expresión de ternura en el rostro.

—Ha sido más rápido de lo que esperaba.

—¿El qué?

—Traerte de vuelta. De donde quisiera que estuvieras.

Se inclinó hacia mí, me abrazó y me dio un beso en la mejilla. Sus rizos me hicieron cosquillas en la cara.

—Siempre he estado aquí. Escondida entre montañas de trabajo y rutina. Pero aquí.

—Me encanta la trama, Vir. De verdad. Tengo ganas de ver como haces

magia con ella.

Dejó escapar un suspiro, radiante, apretó mi mano con cariño y echó un vistazo rápido a su reloj.

—Bueno mi amor, tengo que irme. Me han puesto una consulta a primera hora y a este paso no llegaré.

Se levantó, yo hice otro tanto y la acompañé hasta la puerta.

—Gracias por el desayuno y por la charla.

—Un placer, pero la próxima vez que pase algo importante, llámame al instante. Sea la hora que sea.

—Lo haré.

El ascensor seguía en nuestra planta, así que Carla abrió la puerta, se giró y me lanzó un beso. Antes de desaparecer en su interior, gritó:

—¡Te paso a recoger a las siete!



El resto de la mañana pasó volando. Fui a la biblioteca y acabé arrasando con los libros de cultura india. Cuando llegué a casa, era la hora de comer, así que me puse manos a la obra. Abrí las cortinas de la terraza para que la luz entrara a raudales, saqué un revoltijo de verduras del congelador y lo cociné escuchando de fondo las canciones de Luthea Salom, una cantante de indie folk

cuya voz desprendía una dulzura que me encantaba. Diez minutos después, me senté en la isleta de la cocina, hambrienta. Cuando terminé de comer y me levanté para coger una manzana del cesto de fruta, algo llamó mi atención. Una maceta de procedencia desconocida decoraba la mesa de la terraza. Fruncí el ceño, porque estaba segura de que aquella maceta no era mía. Dejé la manzana sobre la mesa, crucé el salón y salí al exterior. Una vez fuera, cogí la maceta entre las manos y observé las flores con atención. Eran hermosas, de pétalos alargados y de un color rojo intenso. Junto a ellas había una tarjetita con las instrucciones para su cuidado. Eran gerberas. Al girar la tarjeta vi una anotación en bolígrafo, con una letra pequeña y elegante que reconocí al instante y que provocó que un burbujeo se extendiera en la base de mi estómago:

Mi hermana siempre dice que hay que pedir disculpas con flores. Siento lo de ayer, y siento también asaltar de nuevo tu terraza sin permiso, pero no estabas. ¿Sigue siendo el color rojo tu favorito? Espero que sí, porque al ver estas flores he pensado que te gustarían.

Y en la parte inferior había dejado escrito un número de teléfono.

Cogí el móvil, guardé el contacto en la agenda y escribí un mensaje:

«No hay nada que perdonar, y sí, el color rojo sigue siendo mi preferido. Gracias por las flores, me han encantado, son preciosas».

Me senté de nuevo en la isla de cocina, me comí la manzana con una sonrisa en los labios y, en aquel momento, empezó a sonar [*The Way Things Are*](#).

Poco después, me acomodé en el sofá con el montón de libros que había cogido en la biblioteca. Entre página y página, no podía dejar de mirar el móvil. Yo me decía que era solo para consultar la hora, pero la realidad era otra bien distinta...

Se acabó haciendo tarde y empecé a prepararme para la llegada de Carla. Me puse un vestido camisero de tela vaquera, medias tupidas de color negro, cazadora color camel y botines oscuros. Salí a la calle y caminé unos minutos hasta el lugar acordado. Estaba escribiendo un mensaje a Carla para explicarle que ya estaba esperándola, cuando el móvil se iluminó y el nombre de Óscar acompañó el sonido de la llegada de un mensaje. Acabé de escribir a toda prisa, con el corazón latiéndome a mil pulsaciones por segundo, y busqué su mensaje en la aplicación de mensajería:

«Estaba pensando... ¿Por qué no quedamos para cenar y nos ponemos al día? Ayer me quedé con ganas de preguntarte muchas cosas. ¡Cocino yo! Soy buen cocinero :)».

Sin pensarlo si quiera, mis dedos se deslizaron veloces por la pantalla:

«Doce años son muchos años para ponernos al día, pero me parece bien. Además, ¿vas a cocinar tú? ¡Eso no me lo pierdo! Llegaré sobre las diez».

Envié el mensaje y metí el móvil en el bolso hiperventilando como una *fangirl* antes de un concierto. Óscar me había invitado a cenar a su casa y yo le había dicho que sí sin ni siquiera pensarlo. Respiré con profundidad al recordar las palabras de Carla aquella mañana, pero intenté calmarme repitiéndome una vez tras otra que no era una cita sino una cena con mi nuevo vecino quién, por casualidades de la vida, era también un viejo conocido del que, a su vez, había estado muy colgada.

Solo conseguí relajarme cuando Carla llegó y me metí en el coche. Ir de compras con ella, fuera donde fuera, era un buen mecanismo de evasión.

Las diez

Cuando llegamos de Ikea, eran prácticamente las diez. Dejamos las bolsas y las cajas en el salón y me despedí de Carla prometiéndole que la llamaría si necesitaba ayuda para montar los muebles. No le había explicado nada sobre mi plan para aquella noche. No quería que empezara a hacer comentarios jocosos de los suyos y me pusiera más nerviosa de lo que ya estaba.

Aunque sabía que era solo una cena, no podía evitar sentirme algo insegura. La única compañía masculina que había tenido en esos últimos años había sido la de Iván. Nunca me había considerado una chica tímida, que fuera introvertida no significaba que no supiera relacionarme con los demás, pero la idea de pasar una velada con Óscar, en su casa, sola, me apabullaba un poco. Puede que se tratara del mismo chico que había conocido doce años atrás, pero a nuestra edad, doce años era casi media vida.

Me retoqué un poco el maquillaje, el cabello y salí al descansillo. Llamé al timbre y esperé, apretando con fuerza la bolsa que llevaba entre las manos y que contenía algo que había comprado en un badulaque antes de subir.

Oí un ruido de pasos al otro lado, la oscuridad tapando el agujero de la mirilla y el sonido del cerrojo al girar. La puerta se abrió y el estómago me dio un vuelco. Al otro lado, Óscar me observaba con una de sus sonrisas

torcidas. Seguía sin afeitarse e iba vestido con vaqueros ajustados, converse negras y una camisa de leñador a cuadros negros y rojos, arremangada por encima de los codos. Llevaba puesto un delantal y un trapo colgaba de su hombro. Estaba tan jodidamente sexy que cuando me sonrió, apoyado sobre el quicio de la puerta, me dejó completamente fuera de combate, muda, boqueando como un pez fuera del agua. Miré a mis pies. Estaba segura de que encontraría un gran charco de babas.

—Hola —dijo al fin, haciéndose a un lado, acompañando su saludo con un movimiento de brazo invitándome a entrar.

Sonreí con las mejillas arreboladas y di unos pasos hacia el interior. Óscar no se movió, me cogió de la cintura para atraerme hacia él y me plantó un beso en la mejilla. Tenía unos labios suaves que contrastaban con la aspereza de la barba de días. Su olor, mezclado con el olor del gel de ducha, me azotó los sentidos y un cosquilleo se adueñó de mi estómago, expandiéndose cálidamente hacia otras zonas más sensibles de mi cuerpo. Tragué saliva, dando un paso hacia atrás y alcé el rostro para mirarle. Me tenía atrapada entre él y la pared y tardó unos segundos en darme espacio. Lo hizo sonriente, dejando que sus ojos danzaran sobre mi escote. Pasaran los años que pasaran, Óscar Miralles seguía siendo un canalla.

Caminó hacia el interior y yo le seguí, observando las similitudes lógicas que había entre mi piso y el suyo, aunque estaba dispuesto del revés. Al igual

que Alba, había tirado la pared que separaba la cocina del salón, consiguiendo un espacio abierto y amplio, pero con ciertas diferencias. Por ejemplo, el suyo no tenía isla de cocina, sino una pequeña barra americana que separaba los ambientes, y una zona de comedor con una mesa que ya estaba servida. Los muebles eran de estilo industrial, hechos de madera oscura y estructura de metal, de aspecto sobrio y sin muchos adornos, algo que otorgaba al piso cierto aire masculino. Pegado a la pared del fondo había un sofá grande de color marrón con *chaise longue*. Delante, un palet con ruedas hacía las funciones de mesa de centro. En el suelo, una alfombra peluda de color gris daba al conjunto un aspecto acogedor y confortable. Además, había libros por todas partes: apilados en el suelo, sobre los muebles, sobre la mesa de centro... Aquello me hizo sonreír.

—Me encanta el ladrillo rojizo —dije, señalando la pared donde se encontraba el televisor—. Parece uno de esos lofts típicos de las series americanas. Tienes un piso precioso.

—No es cosa mía. Digamos que conozco a una interiorista con mucha capacidad de persuasión. —Se encogió de hombros, con una mirada teñida de cariño que no supe interpretar. ¿Se refería a algún ligue? Y si lo era, ¿se trataba de algún ligue especial? Por la forma en la que había cambiado la expresión de su rostro, lo parecía.

—Te he traído algo. —Saqué de la bolsa una caja de galletas *Chips Ahoy!*

y se la tendí. Óscar miró la caja y luego me miró a mí, con la ceja levantada —. Si no recuerdo mal, eran tus favoritas. Mutabas a monstruo de las galletas cuando las comías.

—No recuerdas mal. Sigo siendo adicto a esta mierda.

Curvó sus labios en una sonrisa que no supe interpretar, dejó la caja sobre la encimera de la cocina y aprovechó para remover con un tenedor de madera el interior de una cazuela humeante. Olía muy bien. Di un paso hacia su dirección cuando algo rozó mis piernas y di un respingo. Era Canela, alias el gato ninja, que había aparecido de la nada y olisqueaba mis botines como si escondiera en ellos algo apetitoso.

—Tienes una manía un poco insana de asustarme, ¿eh?

Le acaricié la cabecita y Canela soltó un maullido.

—Debes gustarle mucho, no es que sea un gato muy sociable—. Alzó el tenedor de madera humeante sobre su rostro, sopló un par de veces y probó el contenido, haciendo un gesto de aprobación que me hizo mucha gracia. Parecía todo un chef profesional—. Cinco minutos y ya podremos cenar. ¿Te enseño el resto del piso?

Afirmé con la cabeza y le seguí mientras le explicaba mis encuentros con Canela en la terraza. Óscar no pareció extrañarse y me confesó que era un gato muy escurridizo, que a veces lo había llegado a encontrar en lugares de lo más insospechados, como dentro del cesto de la ropa sucia o dentro del cajón de

los calcetines.

Lo primero que me enseñó fue su dormitorio. Era sobrio, con una cama muy amplia, una mesita de noche con varios libros en su superficie y un armario ropero de puertas corredizas. Apagó la luz y abrió la puerta de la segunda habitación. Cuando lo hizo, me quedé alucinada. En ella había un pequeño despacho y una zona de biblioteca imponente. Una estantería ocupaba toda una pared, del techo al suelo, con centenares de libros celosamente colocados. Me acerqué, disfrutando de su colección. Tenía ediciones muy bonitas, algunas en otros idiomas.

Cogí un libro al azar y lo abrí. Estaba lleno de pasajes subrayados y notas en los márgenes. Óscar era una de esas personas que escribía en los márgenes como si dialogara con el autor y los personajes, dejando su impronta en ellos. Leer un libro que hubiera pasado por sus manos era casi como leer un libro con él. En su momento, esa experiencia me había resultado fascinante, era como una puerta abierta a su mundo, aquel mundo que normalmente mantenía inaccesible.

Cerré los ojos, apreté el libro contra mi nariz y me envolví del típico olor de libro antiguo. Me encantaba ese olor. Lo volví a dejar en su sitio y me giré con una sonrisa enorme en los labios. Óscar me observaba apoyado en el marco de la puerta, divertido.

—Tengo un libro de *Ulises* en alguna parte. Es una de esas ediciones con

tapa dura y solapas. Estoy dispuesto a prestártelo para que lo puedas usar como arma por un módico precio.

—Ja, ja, ja. —Hice un mohín—. Me lo vas a recordar toda la vida, ¿verdad?

—No, solo hasta que deje de hacerme gracia. —Dibujó una sonrisa ladeada y yo negué con la cabeza—. ¿Vamos?

Fuimos a la cocina. Óscar removió la cazuela una vez más y yo me senté en uno de los taburetes de la barra americana, observándole. Era la primera vez que veía un hombre cocinar algo más complicado que unos huevos fritos, una pizza congelada o una ensalada. Mi vida doméstica con Iván, en ese sentido, había dejado mucho que desear.

—Esto ya está —sentenció, apagando el fuego y apartando la cazuela a un lado. Cogió un poco de mantequilla, queso parmesano y lo introdujo al arroz, removiendo lentamente hasta que todo quedó bien integrado.

—¿Risotto?

—Risotto de setas —afirmó. Abrió uno de los armarios superiores y tiró su cuerpo hacia delante para coger un par de platos de los estantes más altos. Con aquella posición tenía un plano perfecto de su trasero. Tragué saliva. Me imaginé deslizando mis dedos bajo su camisa, acariciando la piel desnuda de su espalda y su vientre, y sentí un hormigueo expandirse entre mis muslos. ¿Desde cuándo tenía unos impulsos tan primitivos? Cuando se giró y nuestros

ojos se encontraron, aparté la mirada, azorada por la naturaleza de mis pensamientos.

—Tiene muy buena pinta —susurré.

—Pues aún sabe mejor. Aprendí a hacerlo en Italia. Trabajé un par de semanas como ayudante de un chef en un pequeño restaurante de Florencia — me explicó, mientras servía la comida en dos platos y la decoraba con un poco de perejil. Volteó la barra americana y dejó los platos encima de la mesa

—¿Por eso presumes de ser buen cocinero?

—No presumo, listilla. Es una constatación. Ya verás. —Me guiñó un ojo —. ¿Nos sentamos? —Señaló la mesa servida y se quitó el delantal.

Además del risotto había una ensalada de rúcula con queso de cabra y nueces para compartir y una cesta con panecillos pequeños. Aunque tenía un nudo en el estómago a causa de los nervios y no sabía si conseguiría comer algo, me senté en una de las sillas y él lo hizo en la de enfrente.

Descorchó la botella de vino tinto, lo sirvió en nuestras copas y cogió la suya para darle un pequeño sorbo, sin apartar sus ojos de los míos. Parecía reflexionar en algo. Tragó saliva, inspiró hondo, dejó la copa sobre la mesa y alargó su mano hasta que nuestros dedos se tocaron. Me estremecí.

Carraspeó antes de hablar:

—Pecas, te debo una disculpa.

Fruncí el ceño, ¿quería disculparse otra vez por lo de la terraza de la

noche anterior?

—No pasa nada, de verdad, además, no fue culpa tuya, Canela...—empecé a decir, sintiendo como la piel que estaba en contacto con la suya me quemaba.

—No por eso —me cortó, humedeciéndose los labios—. Te debo una disculpa por no haber aparecido aquella noche, hace doce años.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y yo aparté mi mano de su tacto para coger mi copa de la mesa y darle un buen sorbo.

Volver a conocernos

—Lo siento —añadió—. Ha pasado mucho tiempo, pero quiero que sepas que no estoy nada orgulloso de mi comportamiento durante aquella época.

Me quedé muda. Aquella disculpa me había pillado completamente desprevenida. Por mucho que hubiera enterrado aquel recuerdo en algún recodo oscuro de mi memoria, siempre me acordaría de lo que sentí aquella noche, sentada en la mesa de aquel bar, esperando a que llegara.

—No importa. Ni me acordaba, la verdad —mentí. Cogí un panecillo de la cesta, con la necesidad de tener algo entre las manos.

—Sí que importa —insistió. Se humedeció el labio inferior y me miró con intensidad—. Claro que importa. Era un pobre idiota con demasiados problemas en la cabeza. Dejarte tirada en aquel bar aquella noche sin una llamada o un mensaje fue uno de los tantos errores que cometí. Y lo siento.

Alcé los ojos y los clavé en los suyos. Sus iris claros seguían fijos en mí. Una pregunta empezó a formularse en mi interior y acabé haciéndola en voz alta:

—¿Y por qué no apareciste? Ya que insistes en hablar de ello, estaría bien saber el motivo.

Mi pregunta pareció sorprenderle. Pasó una mano por su cabello, con un

gesto nervioso, y respondió con una sonrisa dubitativa en los labios:

—En ese momento creí que era lo mejor.

—¿Para quién?

—Para los dos. —Al adivinar que iba a hacerle una nueva pregunta, chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Oye, sé que he sido yo quién ha sacado el tema, pero créeme, el motivo no es relevante. Actué mal, lo siento, y como no es algo que pueda cambiar, me gustaría que aceptaras mis disculpas. Quiero tachar este tema de la larga lista de cagadas de mi pasado.

—Está bien. —Dibujé una sonrisa sincera en los labios y afirmé con la cabeza, brindándole esas palabras que tanto parecía necesitar escuchar—: Acepto tus disculpas, Óscar.

—Gracias —bufó, aliviado. Las líneas de sus facciones se relajaron—. ¿Esperaste mucho?

—Lo suficiente —murmuré, haciendo un mohín teatral.

—Intentaré compensarte por ello. Esta cena es el primer paso. —Me guiñó un ojo, torció los labios en un gesto travieso y empezó a comer.

Le imité. Hundí el tenedor en el plato de arroz y me lo metí en la boca. Dejé escapar un gemido de placer al tragar.

—Es un buen primer paso.

—Pues espera a probar todos los demás. —La forma insinuante en la que me miró después de decir aquello, me hizo enrojecer—. Tengo muchas ganas

de volver a conocerte, Pecas.

Cenamos con tranquilidad y hablamos sobre cómo habían evolucionado nuestras vidas a lo largo de esos doce años. Al principio con pinceladas rápidas, inconcretas, con fragmentos que nos permitieran situar a la persona que teníamos delante en el momento presente, una persona completamente distinta de la que conocíamos de nuestra juventud. Más tarde, profundizando en partes específicas de esos años, haciéndonos partícipes de muchos de los momentos que habían marcado un antes y un después en nuestra historia personal.

Mientras hablábamos, tenía la sensación de haber recuperado algo lejano y perdido, esa complicidad que Óscar y yo siempre habíamos tenido pese a nuestras discusiones iniciales, pese a ese estira y afloja que tanto divertía a nuestros compañeros de clase y que a mí tanto me desquiciaba. Una relación que, con el tiempo, había acabado mutando hasta convertirse en una de las relaciones de amistad más sinceras y desinteresadas que había tenido nunca. Una relación de dos personas que pueden entenderse en sus diferencias, encontrando puntos en común, construyendo puentes de entendimiento.

Acabamos sentados en el sofá, con las copas de vino llenas y la caja de *Chips Ahoy!* abierta sobre la mesita de centro.

Él me habló de aquellos cuatro años viajando por el mundo, nombrando cada una de las ciudades en las que había vivido y que yo iba reconociendo

por las postales que recibí durante aquella época. Me habló de la ruta que hizo por Estados Unidos, desde Nueva York hasta California, en un viejo Volvo que compró por cuatro duros en un desguace. Me habló de México, Costa Rica y Panamá, y de lo mucho que se enamoró de las Islas Galápagos con sus tortugas gigantes, lagartos, delfines y leones marinos. Me habló de Europa, de su cultura y su historia, de todas las capitales europeas que había visitado y de las que aún le quedaban por ver. Me habló de los fiordos, del sol de medianoche, de los paisajes de cuento, los renos y las Auroras boreales que le enamoraron de los países nórdicos. Me habló de Asia, de sus sabores y colores, del budismo y su filosofía de vida, tan diferente a la nuestra.

—Y de todas esas experiencias, ¿con cuál te quedas? —pregunté maravillada. Había conseguido transportarme a todos esos sitios con su relato.

Se quedó unos segundos en silencio, pensativo.

—Todas forman parte de la persona que soy ahora, pero si tuviera que elegir un momento, creo que elegiría la primera vez que vi la Aurora boreal, en Islandia. Fue... no sé, como magia. Había amanecido, salí del hotel para dar una vuelta, alcé la cabeza y un manto brillante surcaba el cielo nocturno como si fuera purpurina. Fue entonces cuando supe que tenía que regresar.

Agrandé los ojos.

—¿Y cómo lo supiste?

—No sé explicarlo, fue una especie de revelación. Me tumbé sobre la

nieve, me quedé un buen rato mirando aquel cielo y... simplemente lo supe. Había dejado una vida en Barcelona y esta me reclamaba.

Una sonrisa prendió de mis labios.

—Suenan bonito.

—Lo fue, aunque también fue duro. Esos cuatro años viajando por el mundo consiguieron recomponer un poco la persona rota que era. Pero para conseguirlo del todo, para encontrarme, necesitaba volver, crear un hogar, tener una vida más estable, echar raíces, y, sobre todo, estar al lado de mi madre y mi hermana. —Había bajado el volumen de su voz hasta que el tono se volvió íntimo, confidente—. Así que volví, me inscribí en Periodismo, me especialicé en crítica cultural y ahora trabajo como *freelance* para revistas, diarios y otros medios digitales.

—La vida te ha tratado bien —concluí, dedicándole una sonrisa en la que intenté transmitirle lo mucho que me alegraba por él.

—Lo ha hecho, pero dejemos de hablar de mí. Explícame por qué no he visto aún tu nombre entre las novedades de los catálogos que me mandan las editoriales todos los meses.

Ordené las ideas en mi cabeza y decidí empezar hablándole de Iván y de los años que habíamos pasado juntos. Le hablé de mí y de la persona en la que me había convertido, de la Virginia aburrida y sin tiempo para nada que acabó siendo espectadora de una vida que no le llenaba y que a veces tenía la

sensación de que no le pertenecía. También mencioné mi trabajo como redactora en Mujer10 y le confesé el motivo por el que decidí pedir una excedencia: cumplir mi sueño de escribir una novela. Al acabar de hablar, con la copa en la mano, le miré, sorprendida por su silencio y mi soliloquio. Hacía tiempo que no hablaba de una forma tan directa y sincera con alguien. Yo no era una persona que explicara sus cosas a la gente, me costaba mucho abrirme a los demás, sobre todo al principio, pero con él fue fácil. En pocas horas, entre nosotros se instauró una complicidad extraña, ese tipo de complicidad que solo se tiene con las personas que conoces desde hace mucho. Eso y el vino, que siempre me soltaba un poco la lengua.

—Tendremos que darle las gracias al capullo de tu ex —dijo él, tras unos segundos de reflexión. Dio un sorbo a su copa y me miró, con una sonrisa.

—¿Las gracias? ¿Por qué? —pregunté, confusa.

—Estás intentando cumplir tu sueño gracias a su traición, ¿no?

Fruncí el ceño, consiguiendo que ambas cejas se tocaran. Visto así, tenía razón, parecía que Iván, con sus infidelidades, me hubiera hecho un favor.

—Me alegro mucho de que hayas decidido volver a escribir, Pecas. Es una pena que estuvieras desperdiciando tu talento.

Tras decir esas palabras, Óscar me sonrió, y me dedicó una sonrisa tan sincera, tan bonita, que me quedé unos segundos sin saber que decir.

—Y tú, ¿echas de menos viajar por el mundo? Recuerdo que antes decías

que no concebías tu vida quieto en un mismo lugar —pregunté, cambiando de tema.

—Bueno, sigo viajando, pero a otro ritmo. Cuando puedo hago alguna escapada. Por ejemplo, el año pasado estuve mes y medio en el Nepal, y el año que viene me voy unas semanas a la Laponia de Finlandia, en el Círculo Polar Ártico.

—¡Qué envidia poder ir donde quieras y cuando quieras sin pensar en el trabajo!

—Sí, hoy en día, con un ordenador portátil y conexión a internet, puedes trabajar desde cualquier sitio. Solo necesito enviar mis artículos a tiempo y actualizar mi blog una o dos veces por semana.

—¿Tu blog? —pregunté, haciendo evidente que no lo había mencionado antes.

—Sí, tengo un blog de críticas literarias. —Hizo un leve encogimiento de hombros, restándole importancia—. Es un blog muy antiguo y vendo espacios publicitarios en él, eso me ayuda a ahorrar para mis viajes.

—Interesante... —susurré, soltando una risita mientras sacaba el móvil del bolsillo de la falda de mi vestido—. Quiero verlo, ¿cómo se llama?

—No sé si decírtelo... —Se limpió las manos en los pantalones, sacudiéndose las migajas de galleta, y me miró divertido.

—Si no lo haces, lo encontraré yo sola.

Se mordió el labio, indeciso, me cogió el móvil de entre las manos, tecleó algo y me lo devolvió. En el navegador se estaba cargando una página web de fondo blanco con un nombre que enseguida reconocí. Sin apartar la mirada del aparato, con los labios entreabiertos y un montón de recuerdos agolpándose en mi mente, pregunté:

—¿El destripador de libros?

El destripador de libros

Supe que quería ser escritora un verano de hace ya muchos años, después de leer el libro de *Matilda* de Roald Dahl. Recuerdo la sensación que experimenté sumergida en la historia de aquella niña con habilidades extraordinarias, y como, después de leerla, tuve la certeza absoluta de que algún día yo escribiría una historia que hiciera emocionar a alguien tanto como *Matilda* me había hecho emocionar a mí. Pese a que entonces solo era una niña, aquella convicción fue creciendo y asentándose con los años, en gran medida gracias a libros como *Las aventuras de Tom Sawyer* de Mark Twain, *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll, *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson o la saga de *Harry Potter* de J.K. Rowling. No imaginaba una alternativa de futuro que no pasase por convertirme en novelista.

Escribí mi primer cuento durante las vacaciones navideñas a los diez años, el primer relato corto tardaría unos cuantos años más en llegar, pero de una forma u otra, la escritura acabó convirtiéndose en uno de mis pasatiempos favoritos. Además, se me daba bien: ganaba todos los concursos literarios del instituto y muchos otros a nivel nacional, algo que me ayudó a forjar mi confianza como escritora.

Todo aquello hizo que, en mi segundo año de bachillerato, tuviera una gran fe en mi habilidad para escribir, fe que, con ayuda de Tomás, el profesor de literatura, no dejaba de incrementarse. Tomás me animaba a leer mis relatos en clase, para poder comentarlos y debatirlos entre todos. Durante el primer curso había funcionado muy bien y había aceptado las críticas constructivas que hacían mis compañeros con gratitud. Sin embargo, aquel segundo año, Óscar aterrizó en clase de literatura como un meteorito dispuesto a arrasar con todo. Su conducta era más bien pasota en el resto de asignaturas, pero en esa, se comportaba como el justiciero de las buenas prácticas literarias. Leyéramos lo que leyéramos, él siempre tenía algo que aportar o criticar. Pero su capacidad destructiva parecía incrementar cuando era yo la que leía alguna de sus historias.

Una mañana de octubre, tras leer uno de mis últimos relatos y abrir el debate sobre él en clase, Óscar decidió iluminarme con una de sus críticas lapidarias. Había leído tres relatos antes y en las tres ocasiones había conseguido humillarme. Esta vez, no iba a ser distinto:

—Tienes un problema al enfocar la trama principal de tus historias. Intentas tocar demasiados temas a la vez y eso despista al lector. Es una historia corta, deberías centrarte en un solo tema y no ser avariciosa abarcando tantos. Hablas del patriarcado a la vez que criticas el capitalismo y haces una oda a la lucha obrera. Sinceramente, me recuerda más a un panfleto

político que a un relato literario.

Lo fulminé con la mirada y apreté con fuerza los papeles que sostenía entre las manos. Me encontraba de pie, delante de la pizarra y él me miraba con una sonrisa burlona en la cara. Tras coger aire, me crucé de brazos, y dije, con lentitud, dedicándole una sonrisa afilada llena de odio:

—Entiendo que alguien cortito como tú tenga dificultades para entender este tipo de relatos.

Mientras decía esta frase, una exclamación de sorpresa seguida por algunos silbidos recorrió el aula. Óscar no pareció ofenderse, se limitó a cruzar los brazos y a ensanchar su sonrisa.

—Yo seré cortito, Pecas, pero tú tienes un problema y se llama superioridad moral.

Una nueva ola de «uuuhs» y «ohhhs» siguió a su comentario. Siempre que discutíamos, el resto de la clase seguía nuestras batallas dialécticas como si se tratara de un partido de ping-pong.

—¿Perdona? ¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, más bien lo afirmo. Eres condescendiente, como si el resto fuéramos ovejas descarriadas y tus escritos tuvieran que guiarnos por el buen camino. No te mentiré, ese punto de paternalismo que te marcas me pone mucho, pero...

—¡Óscar Miralles! —La voz de Tomás se hizo oír por el aula, evitando

que acabara la frase—. Ya está bien, siempre acabamos igual. Hay mil maneras de dar una opinión y tú siempre eliges la peor. —Se quitó las gafas, como si estuviera muy cansado y se frotó el rostro. Después me miró—. Por otra parte, Virginia, creo que en cierta forma la crítica de Óscar no es del todo errónea. Si centraras tus esfuerzos en tratar una sola problemática, tus relatos aún tendrían más fuerza. Eso no quiere decir que no lo hagas bien, pero podrías hacerlo mejor. —Suspiró, apoyando su rostro sobre sus manos entrelazadas—. Sinceramente, chicos, si no os llevarais como el perro y el gato y fuerais capaces de conversar como personas adultas, podríais aprender mucho el uno del otro. Ahora, por favor, siéntate —me indicó, señalando mi silla, que después de un mes de haber empezado las clases seguía siendo la que estaba delante de Óscar.

Me senté, con la cara desencajada por el enfado, y empezamos la clase. Tomás nos hizo abrir el libro de texto e inició una nueva unidad didáctica. Escribió un esquema explicativo en la pizarra y nos lo hizo copiar. Estuvimos un buen rato con ello, hasta que decidió pasar a la práctica y nos puso unos cuantos ejercicios que tendríamos que acabar como deberes. Estaba intentando concentrarme en el primero, cuando sentí un soplo de aire caliente acariciándome la nuca. Me giré, con mala leche, encontrándome con el rostro de Óscar a pocos centímetros del mío.

—Deja tus juegucitos de chico malo de una puñetera vez —mascullé en

voz baja, entrecerrando los ojos en una mirada de advertencia.

—Y si no lo hago que vas a hacer, ¿adoctrinarme con alguno de tus relatos grandilocuentes?

—No, lo que voy a hacer es estampar mi puño en tu cara —bufé, levantando uno de mis puños hasta la altura de sus ojos.

—Uy, qué miedo.

—Ponme a prueba —le reté, apretando los labios que quedaron dibujados en una línea fina.

Nos miramos desafiantes lo que me pareció una eternidad. Justo en ese momento, el timbre sonó y yo me levanté como un resorte. Estaba muy cabreada y sentí como unas lágrimas de rabia empezaban a picarme en los ojos. Solté un «mierda» flojito dándome cuenta de lo que ocurría. Cuando me enfadada o tenía un ataque de ira me daba por llorar y no había nada que pudiera hacer para controlar el berrinche. Lo recogí todo, me puse un jersey de punto encima de la camiseta que llevaba y me agaché para coger la carpeta del casillero. Al hacerlo, mis ojos se cruzaron con los de Óscar. Aparté la mirada lo más rápido que fui capaz y me sequé las lágrimas con la manga del jersey. Pese a que faltaba una hora para terminar las clases, decidí hacer novillos. No quería que me nadie me viera llorar, era demasiado bochornoso.

Envié un mensaje a Carla diciéndole que no me esperara a la salida y me escabullí del edificio. Cuando apenas llevaba unos pasos, alguien gritó mi

nombre en la lejanía. Pese a que había usado mi nombre y no el mote ridículo que empleaba para dirigirse a mí, reconocí la voz de Óscar y mi cabreo se incrementó. ¿Por qué me seguía? ¿Quería verme llorar para seguir riéndose de mí? Empecé a andar más rápido, ignorándole, hasta que me agarró del codo y me obligó a detenerme. Me giré con el rostro contraído por la rabia y las lágrimas rodando por mis mejillas. En ese momento, estuve tentada de cumplir mi amenaza y estamparle un puñetazo en la cara.

—¡Eh! ¡Te estoy llamando! —exclamó, con la respiración agitada.

—Y yo te estoy ignorando.

Me limpié el rostro humedecido con las manos y clavé mi mirada dolida en la suya.

—No te marches así, joder. Hablemos.

—¿De qué? ¿De lo pretenciosa que soy por querer escribir sobre los problemas reales de la gente?

—No quería que te lo tomaras así. Soy un poco bruto, pero tienes que admitir que tú también te has quedado a gusto llamándome cortito.

—Es que me sacas de quicio. ¿No te das cuenta de lo que haces? Siempre destripas todo lo que escribo como si fuera una mierda sin valor. Y para mí la tiene.

—Bueno, vale, pero no lo hago por joder. Soy así con todo.

—Sí, sé qué eres un destripador de libros, pero con mis historias te pasas

un montón de pueblos.

Frunció el ceño, con una expresión apesadumbrada que no había visto antes. Parecía... ¿arrepentido?

—Lo siento, Pecas. No es nada personal.

—Pues para no ser nada personal, soy a la única que críticas de esta forma y hay más gente que lee sus escritos en clase.

—Pero eso es porque eres la única que vale la pena criticar —se explicó, encogiéndose de hombros—. Si los demás tuvieran la mitad de talento que tú, también lo haría, pero no vale la pena, es una pérdida de tiempo. Y lo sabes.

Aquel «y lo sabes» me hizo esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Acabas de decir que tengo talento? ¿Eso ha sido un halago? —inquirí, fingiendo sorpresa.

—Yo no lo llamaría halago —respondió, con una sonrisa escurridiza—. Y si sale de aquí, lo negaré todo. Tengo una reputación que mantener.

—Tranquilo, no se lo diré a nadie. Aunque lo hiciera, no me creerían.

—Cierto, no lo harían. —Se puso las manos en los bolsillos de los vaqueros desgastados y sus ojos verdes me escrutaron con intensidad—. Al menos has dejado de llorar.

Pasé una mano por mis ojos corroborando que sí, que ya no lloraba. Sonreí fugazmente y me encogí de hombros.

—Tampoco tienes que sentirte culpable por ello. No lloraba porque seas

un borde con inteligencia emocional cero. No tienes ese poder sobre mí —le expliqué, cruzándome de brazos—. Lloraba de rabia. Cuando me enfado, lloro. No puedo evitarlo.

—Aunque sea un «chico malo» —dijo, alzando los dedos de ambas manos dibujando unas comillas en el aire, usando las palabras que yo había usado minutos antes para dirigirme a él—, no soy de los que piensan que llorar es de débiles. Y menos en ti. Eres la chica con más agallas que conozco.

Parpadeé desconcertada.

—Gracias... creo. —Dos halagos en un mismo día, viniendo de él, eran demasiados.

—Entonces, ¿en paz? —Alzó una ceja de forma interrogativa. Afirmé con la cabeza y él asintió—. Nada más que añadir. Me las piro, a ver si me dejan entrar en clase. He salido con lo puesto.

Ahora que lo decía, tenía razón. No llevaba ni la cazadora de cuero, ni la mochila, ni el casco de la moto.

—Vale.

Levanté una mano a modo de despedida y él hizo otro tanto. Dio media vuelta y empezó a alejarse con paso decidido, pero a medio camino, se paró, se giró y me miró:

—¡Te lo voy a robar! —gritó.

—¿El qué? —grité a su vez.

—El nombre de «El destripador de libros». Me gusta. Me define muy bien.

Dibujó una sonrisa en los labios, alzó la mano de nuevo y echó a correr calle abajo. En aquel instante no comprendí que había querido decir con ello, doce años después, tras nuestro reencuentro, aquellas palabras cobraban todo el sentido del mundo.



Aquella noche regresé a casa con la emoción recorriendo cada poro de mi piel. Me puse el pijama, cogí el portátil y escribí en el navegador la dirección del blog de Óscar: «eldestripadordelibros.com».

La web estaba formada por varias secciones: reseñas literarias según género, entrevistas con autores y reflexiones sobre el mundo literario. También había un apartado titulado «El destripador». En él, había una foto de Óscar subido en una gran roca, de espaldas, rodeado de unas montañas imponentes. Un libro sobresalía de su bolsillo trasero y tenía un macuto en sus pies. Como descripción solo había una frase:

«Advertencia: Leer puede salvarte la vida».

No pude estar más de acuerdo con aquella afirmación.

Me pasé las siguientes horas leyendo su blog. Óscar tenía un estilo muy

directo y crudo, como el de antaño. No se andaba por las ramas, y si una lectura no le había gustado, lo dejaba patente en sus críticas.

El destripador de libros en estado puro.

Personas que te atraviesan

Las dos semanas siguientes pasaron con gran rapidez.

Durante aquellos días avancé mucho en la documentación de la novela y empecé a esbozar los personajes y los giros principales de la trama. Sentía que la historia fluía, fluía hasta tal punto que me pasaba todo el día pensando en ella, en posibles escenas, frases o reflexiones que corría a apuntar en una libretita para que no se me olvidaran. Estaba obsesionada... Y hacía tanto que una historia no se me agarraba en las tripas que tenía un burbujeo de emoción permanente revoloteándome en el pecho.

Aquellos días también me sirvieron para empezar a acostumbrarme a mi nueva rutina diaria. Por las mañanas solía ir un rato a Entre Aromas, pedía un té, me sentaba en una mesa junto a la ventana y repasaba mi libreta de apuntes hasta que Alba e Ivette venían a charlar conmigo. Después, o bien iba un rato a la biblioteca para coger o dejar algún libro, o bien regresaba a casa y me ponía con el portátil hasta que caía la noche. Solo paraba un ratito para comer. A veces, incluso, hasta acababa un poco antes y quedaba con Carla para cenar en su casa o en la mía, o para ir a tomar algo por ahí las dos juntas.

Y luego estaba Óscar, quién, por descontado, también empezó a formar parte de esa nueva rutina.

A la mañana siguiente de cenar en su casa, Óscar y yo empezamos a mandarnos mensajes a diario. Eran mensajes tontos, donde hablábamos de chorradas de nuestro día sin ningún tipo de trascendencia. Él me explicaba cosas sobre los artículos que escribía como *freelance* o los libros que leía, y yo le hablaba de mi novela, mis personajes y esa trama que aún estaba acabando de perfilar. También charlábamos sobre series, música o películas, incluso nos enviábamos fotos, gifs y videos que a mí me hacían llorar de la risa, porque su humor seguía siendo tan absurdo y negro como el de antaño. En algunas ocasiones, quedábamos en casa de alguno de los dos para tomar un café o pedir algo para cenar. Los pretextos para vernos eran variados, desde dejarnos algún libro, hasta ver el siguiente capítulo de *The Handmaid's Tale*, una serie de HBO a la que ambos estábamos súper enganchados. El caso es que, en ningún momento, eso nos pareció raro o forzado.

Nos estábamos volviendo a conocer, y esa sensación era preciosa. Era como volver a leer un libro que te gustó mucho en su momento, pero quedándote con esos pequeños detalles que te habían pasado desapercibidos la primera vez, o que ya no recordabas.

Así descubrí que su color favorito era el amarillo porque lo asociaba a la ficha con la que siempre jugaba al parchís en su infancia. Que leía mucho en *eReader* por comodidad, pero que prefería leer en físico porque nada podía igualarse al hecho de pasar las páginas con los dedos o al de marcar el papel

con el lápiz. Que le encantaba Charles Chaplin pero que la única vez que había llorado viendo una película fue con *El club de los poetas muertos*. Que de pequeño ceceaba, que la piel de los melocotones le daba alergia, que le gustaban los bordes de la pizza y que por eso se comía los que yo dejaba, y que siempre vestía camisas de leñador porque se había acostumbrado a ellas.

Con el tiempo he llegado a pensar que a lo largo de nuestra vida coincidimos con dos tipos de personas: las que se cruzan y las que nos atraviesan. Las personas que se cruzan son aquellas que están en nuestro mundo solo durante un periodo limitado de tiempo, pero que nunca más vuelven a formar parte de él, por mucho que volvamos a coincidir con ellas en un futuro. Las personas que nos atraviesan, son las que nos cambian, las que nunca se van del todo por mucho que no estén presentes, las que da igual el tiempo que haga desde la última vez que las vimos, porque cuando regresan, vuelven a ocupar el hueco que dejaron al marcharse.

Óscar estaba dentro del grupo de personas que me habían atravesado. Supongo que por eso fue tan fácil abrirme a él de nuevo, porque a su lado me sentía cómoda como si los años no hubieran pasado, como si hubiéramos retomado nuestra relación en el mismo punto en que la dejamos, pero con ese matiz distintivo que da la madurez.

La verdad es que, ahora, cuando echo la vista atrás y pienso en aquella época, no puedo evitar sonreír con nostalgia. Aquello fue el inicio de todas las

cosas bonitas que vendrían después.



Es una verdad universalmente conocida que cuando un aspecto de tu vida va bien, otro empieza a ir mal. Quizás se trate de algún tipo de equilibrio cósmico para recordarnos que la felicidad no puede existir sin su opuesto. El yin yang en estado puro.

Era viernes y tocaba la visita de rigor a casa de mis padres. Tras pasarme toda una mañana poniendo marcadores coloridos en un libro de cultura hindú, cerré el libro, me vestí con unos simples vaqueros ceñidos y una blusa estampada con estrellitas, y me dirigí a la boca de metro más cercana. Había un buen rato de camino, así que me puse los auriculares y encendí el aparato para iniciar la aplicación de Spotify. Justo en ese momento la pantalla se iluminó con el nombre de Óscar. Abrí la conversación de WhatsApp y mis labios se curvaron en una sonrisa bobalicona.

Óscar me había mandado una foto de Canela tumbado sobre la mesa de mi terraza. Bajo la foto había escrito un mensaje:

«¿Qué tendrá tu terraza qué a Canela le gusta tanto?»

Con la sonrisa aún dibujada en los labios, deslicé los dedos por el teclado táctil y respondí:

«¿Una mesa acogedora?».

«Me da a mí que la mesa es lo de menos, y que lo que le gusta de la terraza, en realidad, eres tú».

Un cosquilleo me recorrió la tripa.

Bloqueé el móvil, lo guardé en el bolsillo del pantalón y apoyé la cabeza en el respaldo del asiento. En ese instante la lista de reproducción dio paso a la canción [Conocerte](#), de Second, una canción tierna y sexy que me encantaba y que en aquel momento puso palabras a aquella pequeña chispa de ilusión que parecía haber empezado a prender dentro de mí, por mucho que yo intentara ignorarla.



Llegué a casa de mis padres cerca de las dos del mediodía. Nada más pisar el recibidor y saludar en voz alta, noté el aire enrarecido.

—¿Puedes llevar esto a la mesa y avisar a tu hermano de que la comida está lista? —me preguntó mamá cuando entré en la cocina, endosándome una fuente con brócoli y patata.

Tenía el ceño fruncido y los labios prietos, claro inequívoco de que algo le preocupaba.

Mamá y yo nos parecíamos mucho. Teníamos el mismo color de cabello, la misma tez pálida, las mismas caderas pronunciadas y el mismo reguero de

pequitas claras encima de las mejillas y el puente de la nariz.

—¿Ocurre algo? —Me miró con aire distraído y negó con la cabeza—.

¿Seguro?

—Sí, ¿por qué?

—Ni siquiera me has dado un beso.

—Ay, hija, perdona, no sé dónde tengo la cabeza.

Me plantó un beso en la mejilla y volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo, pero la expresión sombría de su rostro no hacía más que evidenciar que ocurría algo que no quería explicarme.

Dejé la fuente en el comedor, saludé a papá que estaba poniendo la mesa y que también parecía perdido en su mundo, y subí hasta el primer piso en busca de Abraham. Llamé a la puerta y asomé la cabeza. Estaba tumbado en la cama.

—Comida lista —canturreé.

Despegó la vista del techo y me miró. Tenía los ojos enrojecidos y cara de no haber dormido desde hacía siglos.

—Ya voy —dijo con desgana.

—Tienes mala cara.

—Tengo migraña.

Otro que mentía. Miré la pantalla abierta de su ordenador donde se atisbaba un documento Word abierto y pregunté, intentando sacar algún tema

de conversación mientras se levantaba:

—¿Cómo va la tesis?

—A momentos. Hay momentos que tengo ganas de tirar el ordenador por la ventana. Hay momentos en los que simplemente me tiraría yo.

Fruncí el ceño incapaz de saber si hablaba en serio o era otra muestra de ese sarcasmo tan suyo que me costaba captar.

Abraham había estudiado Ciencias Políticas y llevaba años trabajando en una tesis doctoral sobre un nuevo sistema de organización del mundo económico. Yo seguía sin entender muy bien lo que eso significaba, pero siempre que había intentado explicármelo, se había mostrado motivado e ilusionado con ello.

Poco después, nos sentamos alrededor de la mesa y empezamos a comer en silencio, silencio solo roto por el sonido del televisor de fondo.

Aunque podíamos tener días malos como ese, no era lo habitual. La verdad es que estaba contenta con la familia que me había tocado. Papá y mamá eran profesores universitarios y ambos trabajaban en la misma facultad de Pedagogía, en la Universidad de Barcelona. Se conocieron durante la carrera, se casaron al terminarla y ambos hicieron el doctorado juntos, especializándose en campos de investigación similares. Los dos habían acabado en el mismo grupo de innovación docente y soñaban con mejorar el mundo desde lo que creían la base de todo: la educación. Como padres

siempre habían sido buenos y justos. Abraham y yo éramos el resultado de su forma de educarnos, democrática, constructivista y alejada de los estándares autoritarios donde «una buena ostia a tiempo lo arregla todo». Carla les adoraba, porque cuando sus padres se separaron e iniciaron el proceso de divorcio, lo pasó mal durante una época, y encontró en nuestra casa un refugio y en mis padres un referente a seguir (algo que solía decir ella a menudo).

Sin embargo, algo grave debía haber ocurrido aquel día. La tensión se podía palpar en el ambiente, y yo empezaba a impacientarme entre tantas caras largas cuya causa desconocía. Finalmente, cuando pasamos a los postres, no pude aguantar más la incomodidad y pregunté:

—¿Me vais a contar de una vez lo que está pasando aquí?

Mamá apartó la mirada, negó con la cabeza y respondió con voz apagada:

—No pasa nada.

Fruncí el ceño.

—¿A quién intentas engañar? Hay un aura azulada rodeando esta mesa.

—Cariño, todo está bien, solo hemos pasado mala noche —intervino papá.

En casa, papá era la calma. Hablaba poco, porque era una de esas personas que creían que si no tienes nada importante que decir es mejor permanecer callado. Aunque ya se acercaba a los sesenta, seguía manteniendo el atractivo de antaño. Tenía una mirada inteligente y una sonrisa conciliadora

que contrastaba con sus facciones duras. Si de mamá había heredado el físico, de papá había heredado ese carácter sereno y tranquilo.

—¿Y por qué habéis pasado mala noche? —pregunté.

Ambos miraron a mi hermano sin responder a mi pregunta.

—Venga, mamá, explícaselo—gruñó este, cruzándose de brazos—. Explícale que llegué a casa borracho, que vomité sobre tu alfombra de importación y que por eso tienes esa cara.

Parpadeé un par de veces, alcé la cabeza, miré la zona donde se encontraba el sofá y comprobé que la alfombra persa, que era la niña de los ojos de mamá y cuyo precio daría para pagar tres rentas de mi alquiler, había desaparecido.

—¡No se trata de la puñetera alfombra! —exclamó mamá, dando un golpe sobre la mesa. Abrí los ojos sorprendida, porque esa actitud no era normal en ella. Aunque mamá tenía temperamento, no era una de esas personas dadas a alzar la voz, y menos en casa—. Se trata de ti, Abraham, llevas unos días comportándote de una forma muy extraña.

Arrugué el ceño y miré a mi hermano de nuevo. Así que aquel ambiente prebélico era cosa de Abraham. Este resopló y puso los ojos en blanco unos segundos antes de mirarme.

—Ayer bebí un poco más de la cuenta, no creo que sea para tanto.

—Si solo fuera ayer, pero llevas días llegando todas las noches borracho

a casa. Abraham, estás entrando en un círculo vicioso muy peligroso. Además, te pasas el día enfurruñado y cabreado con el mundo y no puedes seguir así. Nos preocupas.

—¡Ya estamos! —bufó Abraham, levantándose de la silla como un resorte—. Estoy harto de escuchar siempre la misma cantinela.

—¿Y qué te crees? ¿Qué nosotros no estamos hartos de aguantar tu mal humor a diario?

Las palabras de mamá resonaron con fuerza y fueron el detonante que necesitó Abraham para levantarse, soltar un gruñido de contenida frustración y salir de casa dando un portazo.

—Mamá, ¿no crees que estás exagerando? —inquirí, intentando mediar—. Beber un poco no es tan grave.

—Cariño, tu hermano no está bien. Le pasa algo y no sé lo que es. Ya sé que tiene este carácter tan... especial —definió, doblando y desdoblando una servilleta de tela que tenía entre las manos, sin parar. Porque sí, mi hermano tenía un carácter algo huraño que a veces costaba de entender, pero yo sabía que era un muro desde el que se protegía del mundo—. No estamos hablando de que esté más irritable de lo normal. Es otra cosa y no quiere hablar de ello—. Alzó sus ojos color miel, tan similares a los míos, para mirarme—. El alcohol solo es una forma para evadirse de sus problemas, estoy segura.

Pensé en sus palabras. Pese a que Abraham y yo nos llevábamos bien, no

éramos propensos a explicarnos intimidades. Si yo era una persona reservada, él era una caja de seguridad hermética imposible de abrir.

—Si eso es así, no creo que tu forma de hablarle haya sido la más adecuada.

—Cielo, lo he intentado de muchas maneras, créeme —dijo, buscando la mirada de mi padre, que corroboró su versión con una afirmación de cabeza.

Tragué saliva, preocupada por Abraham, y mis ojos se perdieron hasta encontrar una foto de nosotros dos sobre el mueble del televisor. Aún éramos adolescentes. Para entonces, Abraham ya era muy suyo, de hecho, lo había sido desde niño. Demasiado preocupado por todo, demasiado sensible siempre.

El rey de las figuras retóricas

Cuando me marché de casa de mis padres, Abraham aún no había vuelto. Saber que mi hermano lo estaba pasando mal me preocupaba, pero no tenía muy claro cómo podía ayudarlo. Con él, ser directo no era una buena opción, pero andarse con sutilezas era aún peor. Era la clase de persona que se cerraba en banda cuando algo le inquietaba.

Reflexioné sobre ello en el trayecto de regreso a casa, primero en el metro, y después caminando por las callejuelas de aquel barrio tan vivo que ya empezaba a sentir un poco mío.

Llegué al portal, entré y, al levantar el rostro, me encontré a Óscar esperando frente al ascensor. Iba vestido con unos vaqueros negros ceñidos que le quedaban de muerte y una de sus camisas de leñador, en esa ocasión, en tonos verdes, a conjunto con sus ojos.

Apartó la mirada de la pantalla del móvil para mirar hacia mi dirección y, al percatarse de que la persona que había entrado era yo, me dedicó una de sus mejores sonrisas torcidas. Una de esas que me aceleraban el pulso y me sacudían la base del estómago de forma irremediable.

—Ey, ¿regresas ahora de casa de tus padres?

Afirmé con la cabeza y me coloqué a su lado. Me hizo gracia que

recordara donde había estado, se lo había dicho de pasada por mensaje aquella mañana.

—¿Y cómo ha ido?

—Bueno... bien... —Arrugué la nariz y me encogí de hombros—. Como siempre.

Me escudriñó con la mirada y frunció el ceño.

—¿Seguro?

En aquel momento llegó el ascensor y me salvó de tener que responder a esa pregunta, porque no sabía muy bien cómo hacerlo. ¿Teníamos la suficiente confianza como para explicarle que estaba preocupada por el comportamiento extraño de mi hermano? Durante las últimas semanas nuestra relación de amistad había avanzado mucho, incluso habíamos hablado de algunos temas bastante íntimos, pero había momentos en los que una parte de mí seguía recluyéndose en su caparazón, creando una pantalla invisible entre yo y el mundo.

Óscar abrió la puerta del ascensor y me invitó a pasar primero. Me coloqué en un extremo del pequeño cubículo y él se colocó en el otro. Nuestros cuerpos quedaron prácticamente pegados. Apreté el botón de nuestra planta y, mientras subíamos, intenté ignorar el hecho de que su olor lo envolviera todo...

—Oye, ¿qué te ocurre? —preguntó Óscar de nuevo, con una ceja alzada

—. Y no me digas que no ocurre nada, porque la expresión de tu cara dice todo lo contrario.

Abrí mucho los ojos, sorprendida por esa afirmación.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando algo te preocupa se te ponen unas arrugas muy feas aquí. — Colocó su dedo índice sobre mi frente—. Pareces una viejecita que no recuerda donde ha dejado su dentadura.

Le miré con los ojos entrecerrados.

—Una comparación entrañable.

—Lo sé. Soy el rey de las figuras retóricas, me lo dicen a menudo.

Consiguió arrancarme una sonrisa.

Llegamos a nuestro rellano, salimos del ascensor y empecé a buscar mis llaves entre la multitud de cosas que llevaba siempre en el bolso, que más que un bolso parecía un agujero negro donde desaparecía todo.

—Hablo en serio, Pecas. Sé que algo te ocurre. Eres una persona muy expresiva. Como uno de esos monigotes de los cómics japoneses —Abrió la puerta de su piso, me miró y señaló su interior sin dejar de mirarme—. Oye, ¿por qué no entras y te tomas un café conmigo? —Al ver que dudaba, añadió —: Esta mañana me han llegado tus cápsulas de Nespresso preferidas. —Y movió ambas cejas de forma pícaro como si esa fuera una razón de peso para aceptar su proposición sin dudarlo.

Accedí con una sonrisa y en pocos minutos ambos disfrutábamos de un delicioso café espumoso sentados en la pequeña barra americana de madera de la zona de la cocina. Había sacado una caja de *Chips Ahoy!* de la alacena, donde había atisbado media docena más.

Charlamos un rato sobre todo y nada, hasta que la burbuja de intimidad de esas últimas semanas volvió a envolvernos y, casi sin darme cuenta, le expliqué lo que había ocurrido con Abraham en casa de mis padres. Él me escuchó atento, sin interrumpirme. Cuando dejé de hablar, se pasó una mano por el mentón ensombrecido por la barba de días y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Yo no me preocuparía por tu hermano. Pecas, todos pasamos por etapas más buenas y etapas más malas. Es el ciclo de la vida con su jodido equilibrio. Si tal como dices es tan reservado, lo único que puedes hacer para ayudarlo es ofrecerle tu mano y esperar a que esté preparado para aceptarla.

Cogí aire y lo dejé ir despacio. Sabía que tenía razón, porque es imposible ayudar a alguien que no quiere ser ayudado, y conocía lo bastante a mi hermano como para saber que nunca acudiría a mí si le forzaba a hacerlo.

—A veces me gustaría que tuviéramos una relación más estrecha, ¿sabes? Como esos hermanos que además de ser hermanos son amigos y se lo cuentan todo —confesé.

—Siempre estás a tiempo para cambiar eso, Pecas.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido.

Yo no estaba tan segura de eso, pero su forma de afirmar lo contrario había sido tan rotunda que me alivió un poco.

—¿Qué relación tienes tú con tu hermana? —pregunté, llena de curiosidad. La había mencionado varias veces en esas semanas y, siempre que hablaba de ella, una expresión de ternura se apoderaba de su rostro.

—Pues la verdad es que nos llevamos muy bien, aunque no siempre ha sido así. —Atrapó su labio inferior entre los dientes y bajó su mirada hasta su taza—. Cuando hace doce años me marché, no fuiste la única persona de la que no me despedí. —Volvió a levantar su mirada hasta la mía—. Tampoco lo hice de ella, ni de mi madre. Les dejé una nota pidiéndoles perdón, explicándoles los motivos por los que necesitaba marcharme, pero durante los primeros meses, cuando llamaba a casa, mi hermana se negaba a ponerse al teléfono. No me perdonó que me hubiera ido de esa manera.

—¿Por aquel entonces era muy pequeña?

—Sí, nos llevamos bastantes años. Ella tendría unos once. Supongo que la decepcioné, porque ella me idolatraba y marchándome de aquella manera se sintió abandonada. Estuvo casi un año sin hablarme, hasta que una tarde me cogió el teléfono y empezó a parlotear como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿Te perdonó?

—Tardó en hacerlo, pero me dijo que prefería hablar conmigo, aunque siguiera enfadada, que no saber nada de mí. —Se encogió de hombros—. Cuando regresé estuve un tiempo viviendo en casa de mi madre y conseguí normalizar de nuevo nuestra relación. Ahora ella vuelve a idolatrarme y yo la sigo adorando más que a nada en el mundo.

Apoyé los codos sobre la mesa y me cogí el rostro entre las manos esbozando una enorme sonrisa.

—Qué historia tan tierna.

—Nah, ha sonado más moñas de lo que pretendía. —Óscar apartó la mirada y dio un mordisco a una galleta—. Lo que quiero decir es que, si yo conseguí que ella me perdonara tras comportarme como un idiota, tú puedes hacer que la relación con tu hermano adquiera la forma que quieras. Con tiempo, esfuerzo y mucha paciencia.

Volvía a tener razón. El Óscar adulto se había convertido en un hombre que destilaba sensatez por todos sus poros. Quién lo hubiera dicho.

—Gracias.

Me sonrió con dulzura y cambiamos de tema.

Durante la siguiente hora nuestra conversación giró en torno a los libros. Hablamos de los libros que estábamos leyendo y los que teníamos pendientes de leer. Me dejó uno, yo le prometí traerle otro. Como siempre que hablaba de libros, los ojos de Óscar se llenaron de un brillo especial, esa clase de brillo

que solo aparece cuando hablas de algo por lo que sientes una pasión que te arde en las venas.

En un momento dado, cogió una nueva galleta, me miró y señaló la caja que había dejado prácticamente vacía:

—No has cogido ni una.

—No me apetecen, gracias. En casa de mi madre ya he consumido mi ración diaria de grasas saturadas y tengo que moderarme si no quiero acabar convertida en una bola.

Él me miró divertido.

—No vas a convertirte en una bola por comerte una galleta.

—Eso lo dices porque no tienes mi constitución. Todo lo que como se queda instalado en mis cartucheras. —Y me palmeé los muslos blanditos, constatando que estaba en lo cierto.

Aunque había conseguido perder algo de peso en ese último mes y medio, no había recuperado la talla que tenía antes de empezar a pagar mi frustración con la comida. No es que fuera una de esas mujeres obsesionadas por su aspecto, de hecho, odiaba que algo de mi cuerpo me acomplexara por culpa de esos cánones estéticos que nos imponen de pequeños, pero como cualquier persona normal había cosas de mi físico que no me gustaban. Los michelines que asomaban por la cinturilla de mi pantalón era una de esas cosas.

Óscar bajó la vista por mi cuerpo hasta detenerse en la zona mencionada.

—Pues yo te encuentro perfecta, Pecas. Tienes un cuerpo muy sexy. —Y lo dijo con tanta contundencia que se me escapó una risita nerviosa, algo que me solía pasar cuando una situación me sobrepasaba.

—En realidad hace días que pienso en apuntarme a un gimnasio o algo así. Más que nada porque mi vida es bastante sedentaria.

—Pues si te interesa yo voy a un gimnasio que está a dos manzanas de aquí. Es un gimnasio pequeño, de barrio, pero muy práctico. —explicó—. Vente mañana por la mañana conmigo y pruebas a ver si te gusta. El chico que lo lleva es un buen amigo mío y podré conseguirte un pase sin problemas.

Su invitación me sorprendió, aunque el hecho de que Óscar Miralles hablara de buenos amigos era más sorprendente aún.

—¿Tienes amigos? —pregunté divertida.

—Claro, ¿qué tipo de bicho raro crees que soy?

—Hace doce años, alguien muy parecía a ti solía decir que la amistad estaba sobrevalorada.

—Es la típica afirmación que haría un capullo. —Sonrió, encogiéndose de hombros—. Aunque creo que una chica pecosa consiguió hacerle cambiar de opinión.

—Ah, ¿sí? —pregunté.

Mi estómago se contrajo con un burbujeo intenso cuando nuestros ojos quedaron conectados durante varios segundos.

Óscar ladeó la cabeza, sin dejar de mirarme, y preguntó de nuevo:

—Entonces, ¿te vienes mañana por la mañana conmigo?

Quedar un sábado por la mañana para hacer deporte no era mi mejor idea de pasar el rato. Ni siquiera recordaba la última vez que había sudado por algo que no fuera correr para llegar a tiempo a coger el metro. Sin embargo, con las miradas enredadas y el corazón desbocado, la única respuesta que le pude ofrecer fue:

—Claro, ¿a qué hora pasarás a buscarme?

Una tortura llamada spinning

Al día siguiente me desperté unos minutos antes de que sonara la alarma de las nueve. Por primera vez en mucho tiempo, no me quedé remoloneando en la cama. Me levanté de un brinco, me dirigí a la cocina y enchufé la cafetera canturreando la canción de un anuncio que era incapaz de quitarme de la cabeza. Me sentía de muy buen humor, algo insólito para alguien que no solía ser persona hasta la primera taza de café. Desayuné algo rápido de pie sobre la encimera de la cocina, me vestí con unas mallas de yoga y una camiseta de algodón y preparé una mochila con ropa de repuesto para después del ejercicio.

Óscar llamó a mi puerta pasadas las diez. Me puse una sudadera ancha que me llegaba hasta medio muslo y salí de casa con la mochila colgada de un hombro.

Fuera, hacía uno de esos días grises en los que apetece quedarse en casa remoloneando bajo las sábanas, aun así, me gustó pasear con Óscar por las calles ensombrecidas, mientras charlábamos tranquilamente sobre cómo nos había ido la semana.

Llegamos al gimnasio tras un paseo que se me hizo muy corto. Con Óscar el tiempo parecía pasar demasiado rápido, era como si las manecillas del

reloj multiplicaran su velocidad cuando le tenía cerca.

Una vez dentro, la recepcionista me dio un pase de visitante que me permitió acceder al recinto sin problemas. Nos dirigimos a la zona de los vestuarios y quedamos en encontrarnos en el pasillo.

Él tenía que cambiarse, pero yo solo tenía que dejar las cosas en el casillero, así que tardé muy poco en volver a salir, con una toalla en el hombro y un botellín de agua en las manos. Cada vez que un chico pasaba por mi lado y me observaba de reojo, tiraba del borde de mi camiseta hacia abajo buscando tapar algo más mis curvas.

Mientras esperaba, me distraje mirando los carteles que estaban colgados de un corcho en la pared. Estaba tan concentrada leyendo el horario de las actividades dirigidas, que no supe que Óscar había salido hasta que lo tuve a mi lado y me tocó el brazo para llamar mi atención. Le miré y me quedé muda al instante.

Óscar llevaba unas mallas de running ajustadas de color negro y una camiseta técnica de color verde lima. La camiseta marcaba a la perfección sus trabajados abdominales. Bajé la mirada por su cuerpo y, cuando tropecé con el bulto más que generoso de su entrepierna, tragué saliva. Aquella prenda dejaba muy poco a la imaginación...

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Óscar burlón.

Subí la mirada hasta sus ojos con las mejillas encendidas. Óscar me

observaba visiblemente divertido. Aunque fuese obvio que le había mirado la entrepierna como si fuera una piruleta que quisiera lamer, decidí hacerme la tonta.

—No sé lo que quieres decir.

—Seguro que no.

—¿Qué?

—Nada, nada. —Empezó a reírse, disfrutando de aquella situación que me había dejado en evidencia—. ¿Vamos, señorita?

—Vamos.

Me mostró el gimnasio. Era bastante pequeño y consistía en tres espacios diferenciados. El primero se trataba de una sala de fitness bien equipada, con máquinas de cardio, pesas y un espacio para hacer series de ejercicios. El segundo era bastante amplio y tenía un espejo que ocupaba toda la pared. Óscar me dijo que ahí se realizaban las actividades dirigidas. El último era el más pequeño de todos y me dijo que era la sala de spinning.

Asomamos la cabeza por el hueco de la puerta para mirar al interior y nos encontramos dentro a un chico de brazos musculosos, cabello cobrizo y unos ojos castaños muy vivos. Estaba manipulando el equipo de música y, al vernos, su mirada se iluminó.

—Eh, ¡tío! —saludó con entusiasmo a Óscar, estrechándole la mano—. No te esperaba hoy.

—He venido a hacer de cicerone. —Me señaló con la cabeza.

—Ostias, es verdad, que me lo comentaste. —Me miró ensanchando una sonrisa y dos hoyuelos aparecieron a lado y lado de la boca—. ¿No nos vas a presentar?

—Claro. Raúl, esta es Pecas, mi vecina. Vive en el piso de Alba. Pecas, este es mi amigo Raúl, el dueño de este gimnasio.

—Bueno, bueno, por ahora es más del banco que mío, pero sí, supongo que algún día lo será.

—Me llamo Virginia —aclaré, porque Óscar había olvidado presentarme por mi nombre.

Nos dimos dos besos y me preguntó por mis primeras impresiones sobre el gimnasio. Le dije que me parecía un lugar acogedor, no tan frío como siempre me había imaginado que serían ese tipo de sitios, y mi respuesta pareció gustarle, porque era un negocio bastante nuevo y aún no tenía claro si lo estaba haciendo bien.

Luego, Óscar y Raúl se pusieron a hablar sobre sus cosas y les di un poco de privacidad. Me puse a cotillear por el espacio lleno de bicicletas estáticas y unos focos extraños en la parte superior. Al percibir mi interés, Raúl me preguntó si íbamos a asistir a la clase de spinning que estaba a punto de empezar y que iba a impartir él mismo.

—Qué va, tío, es su primer día —nos excusó Óscar, señalándome.

—Podríamos probar. Solo hay que pedalear encima de la bicicleta siguiendo el ritmo de la música, ¿no? —pregunté.

Óscar y Raúl compartieron una sonrisa que no supe interpretar y Óscar dijo, sin dejar de sonreír:

—Claro. Probemos si quieres.

★ ★ ★

La clase arrancó puntual y lo hizo con una canción cañera. A medida que la canción avanzó, fuimos subiendo la intensidad del pedaleo y la resistencia. Cuando aún no habíamos llegado al estribillo, yo ya estaba sacando el hígado por la boca, por lo que en el momento en el que Raúl nos hizo levantar el culo del sillín, quise morirme.

La tortura terminó cuarenta y cinco minutos más tarde. A mitad de la clase tuve que bajar el ritmo porque no podía con mi alma.

Cuando salimos de la sala, noté las piernas temblorosas y el pulso descontrolado. Tenía la camiseta empapada en sudor y el rostro desprendía tanto calor que estaba segura de que tendría el mismo color que el del extintor colgado en la pared.

—Has aguantado como una campeona, ¿eh? —Óscar me miró burlón. Al contrario que yo, él estaba fresco como una rosa.

—Creo que en mi vida he estado tan cansada. —Apoyé mi espalda contra la pared sintiendo que todas mis extremidades se convertían en gelatina—. Ahora entiendo porque Raúl y tú me habéis mirado con esa cara de guasa cuando os he dicho de probar.

—Yo tenía otros planes, has sido tú quién lo ha sugerido.

—Porque no sabía que sería tan duro. —Entrecerré los ojos y me crucé de brazos—. Podías haberme llevado la contraria.

—A una mujer guapa nunca le llevo la contraria.

Aquel comentario me hizo reír. Usar el adjetivo «guapa» en aquel contexto, con la cara roja como los tomates maduros y un kilo de sudor sobre mi cuerpo, no creía que se ajustara mucho a la realidad.

—Necesito una ducha.

—¿Ya? Pero si esto no ha hecho más que empezar. —Miró su reloj de pulsera—. Según mis planes ahora tendríamos que hacer veinte minutos de elíptica.

Abrí mucho los ojos.

—Estás de broma, ¿no? Creo que a duras penas podré levantar el brazo para enjabonarme, así que, por lo que se refiere a mí, doy por terminada la sesión de ejercicio.

—Mmmm... —Se humedeció el labio inferior y apoyó su cuerpo en la pared, de lado, muy cerca de mí. Alargó su mano para coger un mechón que se

había soltado de la diminuta coleta en la que me había recogido el pelo y lo pasó por detrás de la oreja—. Si necesitas ayuda para enjabonarte, yo podría ayudarte.

La imagen de su mano con una esponja subiendo y bajando por mi espalda escurridiza fue suficiente para que mi cuerpo se encendiera como una antorcha. Si hubiera sido fisiológicamente posible, me hubiera sonrojado aún más.

—Qué generoso por tu parte.

Tragué saliva con dificultad, sin apartar mi mirada de la suya.

—Ya sabes. Siempre a disponer.

Sus labios se curvaron en una sonrisa ladeada y me miró con tal intensidad que un estremecimiento me recorrió entera. De repente, el aire pareció volverse más denso entre nosotros, más pesado. Sus ojos se oscurecieron y un hormigueo se extendió entre mis muslos.

Hacía calor, mucho calor.

Por suerte, en aquel instante, Raúl se acercó a nosotros y nos vimos obligados a romper el contacto visual. Eso bastó para que la tensión que nos envolvía se diluyera en el aire como una pompa de jabón.

—Para ser tu primera vez no lo has hecho nada mal —señaló Raúl, dedicándome una de sus sonrisas con hoyuelos—. ¿Probarás una segunda?

—Dudo que me deje engañar otra vez —respondí yo, con sorna

Óscar a mi lado se carcajeó y Raúl me guiñó un ojo. Nos acompañó hasta la zona de vestuarios donde me dijo que, si al final decidía apuntarme al gimnasio, me haría un descuento de amigo. Prometí pensármelo.

★ ★ ★

Cuando salimos, el día seguía siendo igual de gris que un par de horas antes.

Respiré con profundidad, me re Coloqué la mochila en el hombro y echamos a andar. Tuve que pedirle a Óscar que bajara el ritmo porque con la fatiga que arrastraba no podía seguirle.

—Mira que eres blandengue. —Me lanzó una mirada socarrona y yo le respondí con un mohín que le hizo sonreír—. ¿Te apetece que vayamos a desayunar a Entre Aromas? Así podremos reponer fuerzas.

—Vale, aunque no te prometo llegar.

Óscar me miró de soslayo y, sin darme tiempo a reaccionar, me cargó sobre su espalda.

—¿¿Qué haces?? —me quejé, rodeando su cuello por miedo a caerme.

—Llévate a caballito.

—Eso ya lo veo, idiota. —Le golpeé en el pecho con el puño y él se rio—. Suéltame. Todo el mundo nos está mirando.

—¿Y qué más da que nos miren?

—Van a pensar que estamos locos.

—A lo mejor lo estamos. —Me quedé sin saber que decir ante aquel comentario—. ¿Qué más da lo que piense los demás, Pecas? Solo importa lo que pensamos nosotros.

Una sonrisa prendió de mis labios, porque el Óscar sensato consiguió ganarme de nuevo con aquellas palabras.

Poco después, entramos en el local. Lo hice por mi propio pie, porque había conseguido que Óscar me soltara en la entrada.

Aquella mañana, Entre Aromas estaba muy lleno. Saludamos a Alba e Ivette que parecían muy atareadas tras la barra, y nos sentamos en la única mesa libre que encontramos.

—¡Qué ilusión que hayáis venido juntos! —exclamó Alba, un par de minutos más tarde.

A su lado, Ivette, quién también se había acercado a saludar, miró a Óscar con expresión de reprimenda, con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—Hacía mucho que no te pasabas por aquí.

—Lo siento, rubia. He tenido mucho trabajo. Veo que el negocio va viento en popa —comentó, observando el bullicio que nos rodeaba.

Las chicas se miraron con orgullo y nos explicaron que estaban muy contentas con el creciente éxito de la tetería. Incluso estaban pensando en contratar a alguien para los fines de semana. Pero no pudimos hablar mucho

más, porque al otro lado del local, una pareja recién llegada llamó su atención e Ivette tuvo que despedirse de nosotros para ir a atenderles.

—¿Y qué? ¿Ya ha desplegado todo su encanto para intentar llevarte a la cama? —preguntó Alba, sacando un bloc de notas de su mandil negro.

Abrí los ojos sorprendida por aquel comentario y me reí.

—No por ahora.

—Tú lo has dicho: por ahora. —Me guiñó un ojo—. Todo se andará, pequeña.

Alba negó con la cabeza, divertida.

—Tú ten cuidado, que este es un golfo.

No hacía falta que lo dijera. Óscar era un golfo. Un golfo con la sonrisa torcida más bonita que había visto en mi vida. Si doce años aquella sonrisa ya había conseguido robarme algún latido, la había ido perfeccionando hasta convertirla en un arma de seducción letal. Estaba segura de que le bastaba sonreír de esa manera para conseguir que cualquier mujer le regalara sus bragas como ofrenda.

Alba nos tomó nota y desapareció tras la barra. Se puso al lado de Ivette y, entonces, sus ojos se cruzaron y compartieron una mirada significativa, una de esas miradas que quieren decir mucho con muy poco, llenas de amor, complicidad y confianza.

—Qué suerte tienen —dije con anhelo—. Además de pareja, son las

mejores amigas y comparten un proyecto en común.

Óscar siguió mi mirada y sonrió.

—¿Sabes que yo hice de Celestina?

—¡No! —Abrí mucho los ojos—. ¿Tú las presentaste?

—Algo así.

—¿Y no me vas a explicar la historia?

Sonrió de forma enigmática y, poco después, pasó a explicármelo todo.

Cuando Alba conoció a Ivette

Hace ya unos cuantos años, poco después de llegar al barrio, Óscar conoció a Ivette en una pequeña cafetería de la zona. Según dijo, Ivette le pareció preciosa desde el primer momento, con su rostro aniñado de muñeca de porcelana y esa forma tan dulce de hablar con los clientes. Como no podía ser de otra manera, Óscar usó todas sus armas de conquistador con ella. Empezó a tirarle la caña día sí, y día también, e Ivette, divertida ante su insistencia, aceptó cenar con él un día.

Quedaron en casa de Óscar y ella se presentó un poco antes de la hora. Desde la primera copa, Óscar notó que el feeling entre ellos era inexistente; Ivette era inmune a sus intentos de flirteo. Esa misma noche, mientras preparaba la cena, llamaron a la puerta. Fue a abrir y se encontró a Alba, con las manos en forma de ruego y un mohín lastimero en los labios:

—Me invitas a cenar, ¿porfi? Tengo la nevera vacía.

Una caída de ojos y Óscar no pudo más que dejarla pasar. Al fin y al cabo, no era tonto, y había captado a la perfección que Ivette no estaba nada interesada en él, al menos no de la forma en la que él lo estaba de ella.

Fue ese el instante en el que Alba conoció a Ivette.

Óscar me explicó que cuando se miraron por primera vez, notó algo

extraño vibrar entre ellas, que no sabía explicarlo con palabras, que fue una sensación que le recorrió por dentro, como un palpito. No sé si eso fue realmente así o lo adornó un poco al contármelo, pero en aquel momento me pareció una manera preciosa de describir un instante tan especial como ese.

Comieron enfrascados en una conversación en la que Óscar apenas participó y donde Alba e Ivette descubrieron que tenían muchas cosas en común. Cuando Alba le preguntó a Ivette si quería pasarse por su casa a escuchar jazz en su tocadiscos, supo que la noche había acabado para él.

—Y cuando a la mañana siguiente las descubrí en la terraza compartiendo el desayuno entre besos, lo comprendí todo.

—¡Oh! ¡Qué bonito! —exclamé, entre divertida y emocionada—. Así que al final Alba se quedó con la chica.

—Y yo acabé pasando la noche solo.

—Oh, pobrecito.

—Bueno, tengo que confesar que saber lo que ocurría por las noches en el piso de al lado también me ha traído muchas alegrías...

Abrí los ojos como naranjas al comprender lo que había querido decir.

—¡Eres un cerdo!

—Soy sincero.

—Demasiado...

Seguimos en Entre Aromas un buen rato, hasta que se nos hizo tarde y

regresamos a casa. Nos despedimos en el descansillo, tras varios minutos charlando de pie, con las llaves en las manos y las puertas abiertas, como si ninguno de los dos quisiera marcharse.

Cuando entré en el piso, me puse un pijama, uno muy feo y viejo con mil remiendas que era extremadamente cómodo, y me tiré sobre el sofá. Encendí la tele y me dije que no me movería de allí hasta el día siguiente como mínimo. Estaba cansadísima.

Me quedé tumbada bocabajo, con la sensación de fatiga recorriendo todos los músculos de mi cuerpo y el sonido de la tele de fondo. Estaba empezando a quedarme dormida cuando el móvil, que había dejado dentro de la mochila de deporte, empezó a tintinear anunciando una llamada. Miré la mochila tirada en el suelo deseando tener poderes telequinéticos para hacerla levitar hasta mí y no tener que moverme. Como era previsible, no funcionó, y tuve que levantarme a toda prisa para responder antes de que colgaran.

—Uy, ¿te he despertado? —preguntó la voz de Carla tras escuchar mi saludo ronco.

Carraspeé antes de responder.

—Más bien me has pillado a punto de echarme una siesta.

—¿A la una del mediodía?

—Digamos que he hecho una clase de spinning esta mañana y necesito recuperar fuerzas—expliqué, volviéndome a tumbar en el sofá.

—¿Qué has hecho qué? —Me imaginé su cara de perplejidad y me reí—.

¿Desde cuando haces spinning?

—No es que lo haga, simplemente lo he probado, y la experiencia no me ha gustado demasiado así que dudo que repita.

—Ya... —Se quedó y adiviné una sonrisa maliciosa al otro lado—. Y Óscar no tiene nada que ver con este repentino interés tuyo por la actividad física, ¿no?

En ese momento quise romper ese lazo invisible que nos unía y que le permitía conocerme tan bien. A veces sospechaba que tenía un detective a sueldo siguiéndome, porque era imposible que lo supiera siempre todo antes de que yo se lo contara.

—Puede.

—¿Y has sudado mucho?

—Ajá.

—Pues de sudar con alguien en un gimnasio a sudar en una cama solo hay un paso.

Entrecerré los ojos, deseando que mi mirada asesina le llegara a través de la distancia.

—No veo la relación causal.

—Yo solo te digo que recuerdes mi teoría. Es cuestión de tiempo que acabes empotrada contra alguna pared. Tic tac.

Puse los ojos en blanco. Llevaba semanas sacando a colación su teoría sobre los polvos pendientes siempre que tenía una oportunidad. No ayudaba que Óscar y yo pasáramos tanto tiempo juntos. De hecho, ella solía mirarme con escepticismo cuando le hablaba de alguno de nuestros encuentros, como si un chico y una chica no pudieran ser solo amigos sin que hubiera nada sucio ni turbio entre ellos. Sabía que no lo hacía con mala intención, que esa era su manera de ser, pero me molestaba, porque la sombra de lo mío con Iván seguía sobrevolándome.

Era consciente que Óscar me atraía, pero me costaba digerir la realidad, porque hacía poco que habíamos vuelto a reencontrarnos y estaba convencida de que nuestro pasado había removido emociones y sentimientos enterrados que ni siquiera pertenecían al presente, que eran solo un eco de lo que un día fuimos, una ilusión que, con el paso del tiempo, acabaría desvaneciéndose.

Cambié de tema y le pregunté por sus planes de aquella noche. Me dijo que salía con unas amigas para tomar unas copas y me invitó a ir con ellas, pero yo decliné su oferta. Dudaba que aquella noche me acostara muy tarde y, además, me apetecía quedarme en casa viendo alguna serie en Netflix. Ella no insistió porque respetaba que a veces necesitara tener mi propio espacio. Era lo que más me gustaba de Carla, que entendiera mis rarezas sin hacerme sentir culpable por ellas.

—¿Entonces cuándo nos vemos? Te echo de menos.

—¿Por qué no te vienes a comer mañana? —le pregunté—: Podría invitar a Alba e Ivette y cotillear un rato las cuatro, ¿qué te parece?

La idea le encantó, claro.

Tras colgar la llamada, mandé un mensaje a Alba con la invitación, haciéndosela extensiva también a Ivette.

Tenerlas allí sería divertido.

Quid pro quo

El domingo me levanté reventada, como si una apisonadora me hubiera pasado por encima. Me quedé más de una hora holgazaneando en la cama, hasta que conseguí ponerme en pie y me enchufé un café por vena. Tenía todos los músculos de mi cuerpo doloridos por culpa de las agujetas.

Tras una ducha renovadora, ordené un poco la casa, y empecé a preparar la comida: berenjenas rellenas de carne, revuelto de quinoa con verduras y, de postre, brownie.

Sobre las doce del mediodía, recibí un mensaje de Carla preguntándome si podía llegar antes de lo que habíamos acordado. Media hora después de que le dijera que sí, ya estaba en casa, con cuatro botellas de vino y una sonrisa sospechosamente radiante en los labios.

—Buenos días, mi amor. —Me estampó un beso sonoro en la mejilla sin dejar de sonreír.

Dejó el vino en la nevera, miró el brownie que había dejado enfriar sobre la encimera de la cocina relamiéndose los labios y se sentó en el sofá, tras quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero de la entrada.

—Y bien, ¿no me notas nada especial en la cara? —Se señaló el rostro.

Fruncí el ceño escrutándola con atención desde la isla de cocina, donde

estaba sirviendo la mesa.

—Más allá de tu preciosura habitual, no, la verdad. ¿Debería?

—¿No notas ese brillo especial típico de las recién folladas? —insistió.

Abrí los ojos como platos y dejé lo que estaba haciendo para sentarme a su lado.

—¿Has echado un polvo?

Afirmó con la cabeza, se mordió el labio inferior y se recostó en el sofá.

—Ayer, después de unos meses de sequía, conseguí sacarme las telarañas de ahí abajo.

Me reí, porque Carla era así de directa siempre. Le gustaba estar soltera, no comprometerse y disfrutar de su sexualidad. Aunque yo no compartiera esa filosofía de vida, la respetaba. Sabía que últimamente estaba pasando por una mala racha, así que me alegré de que al fin la hubiera roto.

—Explica, explica, ¿cómo pasó?

—Pues estaba tomando una copa con unas amigas y el tipo en cuestión se acercó, nos invitó a otra ronda, hablamos, nos reímos y... acabamos haciéndolo como animales en la parte trasera de su coche. Luego nos fuimos a su casa y seguimos dándole al tema en otras superficies...

Una sonrisa satisfecha cruzó su rostro.

—¿Y cómo era?

—Así. —Separó sus dedos índices marcando una distancia con ellos y yo

me carcajeé, dándole una palmada en la pierna.

—No me refería a eso, perversa. Me refería a su físico.

—¡Ah! Eso... Pues... Era castaño y tenía los ojos marrones, ¿o eran negros? Bah, da igual. Lo que sí que recuerdo a la perfección es que estaba muy cachas, que tenía unos abdominales prodigiosos y una lengua que debería ser declarada Patrimonio de la Humanidad.

Me reí ante aquella descripción tan exagerada.

—¿Y volverás a verle?

—¡Qué va! —Arrugó la nariz—. Ni siquiera nos intercambiamos los teléfonos. Ha sido *quid pro quo*.

Trasladamos la conversación a la zona de la cocina y, mientras acababa de preparar la mesa, siguió explicándome los detalles más tórridos de la noche. Confieso que tuve que hacer un ejercicio de contención muy grande para no suplicarle que dejara de ser tan explícita.

Sobre las dos y media, Alba e Ivette llegaron, trayendo con ellas un cajetín de té y una pequeña tarta de zanahoria perfectamente colocada dentro de una caja de cartón.

Serví los platos, brindamos por más domingos como ese y empezamos a comer, poniéndonos al día de un montón de temas. Al acabar, me levanté para servir los postres y preparar té y café.

—Por cierto, ayer Óscar me explicó cómo os conocisteis —dije, tras

dejar sobre la mesa una bandeja con cuatro tazas, una pequeña jarra de leche caliente, una cafetera hirviendo y una tetera humeante.

Ivette y Alba estallaron en una sonora carcajada y Carla, que no conocía la historia, nos pidió que se la explicáramos.

Ivette volvió a narrar lo sucedido años atrás, añadiendo aquellos flecos que Óscar no me había podido explicar por desconocimiento.

Lo suyo fue un amor a primera vista. Desde el principio conectaron, como si hubieran estado hechas la una para la otra.

Ivette también nos confesó que a sus padres les costó mucho aceptar su sexualidad, porque ambos venían de familias muy tradicionales, y que fue algo que escondió hasta que conoció a Alba y supo que era la mujer de su vida. Alba, en cambio, contó con la aprobación de su familia desde el primer momento.

—Me imagino la cara de Óscar al saber lo vuestro —dijo Carla, riéndose mientras se metía un trozo de brownie en la boca.

—La verdad es que se lo tomó muy bien —explicó Alba, con una sonrisa nostálgica en su rostro a causa de los recuerdos—. Al día siguiente ya estaba tirándole la caña a otra.

—Sigue siendo un ligón, ¿no? —preguntó Carla, divertida.

—¿Sigue? —repitió Alba frunciendo el entrecejo—. ¿Le conoces?

Carla me interrogó con la mirada y yo negué con un movimiento de

cabeza. Ivette y Alba no sabían que Óscar y yo nos conocíamos de antes. No es que se lo hubiera escondido de forma intencionada, solo que no había surgido la conversación. Decidí que era un buen momento para hacerlo, así que resumí todo lo bien que pude nuestra historia, obviando algunas sutilezas, como que yo había estado colgada de él.

Cuando terminé de hablar, ambas me miraron sorprendidas.

—Es una casualidad preciosa —dijo Ivette, con el rostro soñador—. Sería el argumento perfecto para una comedia romántica.

—Bueno, tampoco es para tanto, solo se trata de un reencuentro entre dos amigos —maticé, ruborizada.

—Pues ayer me dio la sensación de que entre vosotros dos... —dijo Alba, moviendo el dedo en círculos sobre mi rostro.

—¿Nosotros dos qué?

—Se nota que hay química. Desprendéis una energía muy... particular.

Alba e Ivette compartieron una mirada cómplice como si fuera algo que hubieran estado hablando entre ellas y Carla decidió intervenir antes de que pudiera hacerlo yo:

—Entiendo perfectamente lo que dices, porque ya en el instituto les pasaba, cuando estaban juntos, ¡boom! era como si se abrieran los cielos y empezaran a caer relámpagos.

—Eres un pelín exagerada, ¿no crees? —le dije, atravesándola con la

mirada.

—Pues yo creo que entre vosotros podría surgir algo bonito —añadió Ivette. Al palpar mi incomodidad, sonrió comprensiva y añadió, cambiando de tema—: ¡Por cierto! Tenemos algo para vosotras.

Se levantó, rebuscó en su bolso y regresó con dos sobres alargados y estrechos que nos tendió con una sonrisa apremiante.

Abrí el sobre con cuidado de no rasgarlo y saqué el contenido llena de curiosidad. Se trataba de una invitación de boda en forma de billete de avión con sus nombres impresos en una preciosa tipografía *handmade* en tonos dorados. Junto al billete de avión había un pasaporte, con mi nombre y los datos correspondientes a la ceremonia. Se casarían a finales de febrero del año siguiente.

—Son las invitaciones de boda más bonitas que he visto nunca —dijo Carla, sosteniendo la suya entre las manos con los ojos brillantes.

—Vamos a hacer una boda íntima, en una pequeña casa rural y nos encantaría que vinierais las dos. —Alba me miró y me dedicó una sonrisa sincera—. Virginia, sabemos que no nos conocemos de hace mucho, pero somos personas de sensaciones, y nosotras tenemos la sensación de que seremos grandes amigas.

Miré la invitación ilusionada, porque aquella invitación no era solo un trozo de papel, era un símbolo de lo mucho que mi vida había cambiado en

poco tiempo. Era la constatación de que, al fin, había conseguido dejar atrás la desidia permanente en la que me había sumido esos últimos años, que había empezado a abrirme de nuevo a los demás, y que, después de todo, había sido capaz de volver a conectar con otras personas, hasta tal punto que dos de ellas querían compartir conmigo uno de los días más importantes de su vida.

Las miré con la emoción embargándome por dentro.

—Gracias, de verdad. Será un honor asistir a vuestra boda.

Tras hablar un poco de los preparativos, que las traía por el camino de la amargura, Alba, Ivette y Carla se batieron en retirada. Antes de marcharse, Alba pasó por casa de Óscar para dejarle su invitación, pero no estaba.

—¿Te importaría dársela tú cuando lo veas? —me preguntó.

Le dije que lo haría sin problemas.

Una vez sola, me senté en el sofá, dispuesta a despejar la mente leyendo un poco. Había terminado una novela histórica hacía unos días y, como quería algo más ligero, busqué un chick-lit que me permitiera evadirme. Empecé a leer, concentrada, hasta que oí el sonido de unas pisadas en el descansillo y el sonido de una puerta al abrirse y cerrarse.

Me levanté, preparé un plato con la tarta de zanahoria y el brownie que había sobrado, cogí la invitación, y salí al rellano para llamar a su timbre. Pocos segundos después, la puerta se abrió y unos ojos verdes me observaron con curiosidad desde el otro lado.

Sin embargo, no eran los ojos verdes que yo me había esperado encontrar.

Cena de tres

Al otro lado de la puerta, una chica de cabello largo, ondulado y oscuro me observaba con expresión alegre. Tenía la tez ligeramente tostada y los ojos claros destacaban en su rostro de facciones suaves y femeninas.

—¡Hola! —exclamó con voz cantarina.

—Hola. —Fruncí el ceño. ¿Quién era aquella muchacha? Parecía bastante más joven que yo. ¿Sería alguno de sus ligues? Y si era así, ¿por qué había abierto la puerta como si estuviera en su casa? Me aclaré la garganta, intenté forzar una sonrisa y, fingiendo normalidad, pregunté: —¿Está Óscar?

Ella afirmó con expresión divertida y gritó, ladeando la cabeza por encima de su hombro:

—Óscar, ha venido una de tus fans.

Fruncí el ceño ofendida por su comentario.

—No soy una fan. Soy su vecina.

Soltó una risita que me irritó por impertinente y, a continuación, Óscar asomó por la puerta. Al ver que era yo, esbozó una sonrisa ladeada y ocupó el lugar de la muchacha, desplazándola con un empujón cariñoso.

—¿Cómo van esas agujetas? —Depositó un beso en mi mejilla.

Me encogí de hombros, incómoda ante la presencia de la chica

desconocida que nos observaba a unos metros de distancia sin ningún tipo de disimulo.

Algo cortante, señalé lo que traía entre las manos y dije:

—No quiero molestar, solo he venido a traerte esto.

Él alzó una ceja, sorprendido ante mi comentario y el tono de mi voz.

—Tú nunca molestas, Pecas. Pasa, por favor.

Dudé unos segundos, pero su mirada insistente acabó por convencerme. Entré en el piso, dejé el plato con la tarta encima de la barra americana y le tendí el sobre con la invitación de Alba e Ivette.

—¡Vaya! —exclamó sonriente, tras descubrir lo que se escondía dentro del sobre—. Así que ya tienen fecha.

—Sí, querían dártela ellas mismas, pero no estabas.

—¿Es de Alba e Ivette? Déjame ver. —La desconocida le quitó la invitación de las manos con expresión traviesa y Óscar respondió a su gesto revolviéndole el cabello. Aquel intercambio afectuoso me dejó descolocada, incapaz de determinar la naturaleza de su relación—. Qué invitaciones más chulas... Además, será una boda invernal, ¡seguro que es preciosa! ¡Oh! Mira, aquí pone que puedes llevar acompañante, podrías llevarme contigo.

—Ni de coña. Te pones insoportable en las bodas.

—No es cierto.

—La última vez que te llevé a una te pasaste todo el día llorando.

—¡Eh! ¡No exageres! Solo lloré un poco en la ceremonia y es algo que hace todo el mundo. Si no tuvieras la sensibilidad de un ladrillo, tú también llorarías.

Empezaron a discutirse sobre la cuestión, hasta que carraspeé, llamando su atención de nuevo.

—Yo mejor me marchó y os dejó tranquilos con lo vuestro.

Óscar me observó con el ceño fruncido, como si hubiera olvidado hacer algo y no supiera el qué. Miró a la chica, luego a mí, otra vez a ella, y sus ojos se iluminaron como si, de repente, hubiera comprendido su descuido.

—¡Qué idiota! No os he presentado. Pecas, esta es Sara, mi hermana. Sara, esta es Pecas.

—Virginia —corregí yo, dándome cuenta al instante de lo idiota que había sido por no haber sacado la conclusión yo solita.

Mirándolos bien, uno al lado del otro, se parecían mucho. Ambos tenían la misma tez oscura, el mismo cabello castaño oscuro casi negro y los ojos verdosos, aunque de tonos distintos. Si los de Óscar eran verde menta, los de Sara eran verde oliva.

Tras los dos besos de rigor, Sara me escrutó con una sonrisa pilla en los labios.

—Así que tú eres la famosa Virginia.

—¿Soy famosa? —pregunté agrandando los ojos.

—La chica del gimnasio. Ayer Raúl nos habló de ti.

—Lo siento. Una noche que no salgo y me convierto en el centro de todos los cotilleos.

Sara soltó una risita y Óscar frunció el labio con fastidio.

—¿Y soy famosa por ir contigo al gimnasio? —pregunté, sin entender nada.

—Digamos que ese no es su estilo —dijo Sara.

—¿El qué? ¿Llevar chicas al gimnasio?

—Llevar chicas a cualquier parte que no sea su cama.

Me reí ante su comentario y le di la razón. Su reputación de rompecorazones sin piedad era conocida desde los anales de la historia. Seguimos criticándole a consciencia mientras él nos observaba con evidente irritación, hasta que se cansó de nosotras, y se fue hasta la zona de la cocina para seguir con lo que estaba haciendo antes de mi llegada: pelar patatas.

—Podrías dejar de distorsionar la realidad y echarme un cable —protestó, cuando empezamos a carcajearnos tras un nuevo comentario insidioso hacia su persona.

—¿Perdona? —inquirí, aguantándome la risa—. En todo caso me voy a mi casa a preparar mi cena.

—¿Y por qué no te quedas? —preguntó Sara—. Tienes que probar la tortilla de patatas que hace mi hermano. Está de muerte.

—Aunque suena tentador, prefiero irme a casa. Querréis hablar de vuestras cosas y yo solo estorbaré.

—¡No estorbarás! ¡Al contrario! Anda, quédate, si te vas de lo único que hablaremos es de ti porque pienso acribillarle a preguntas.

Sara me dedicó una sonrisa angelical y yo parpadeé incrédula.

—Si yo fuera tú, le diría que sí sin rechistar. Es una persona muy persuasiva pese a ese disfraz de chica adorable que se gasta —dijo Óscar.

—Vaya, vaya. Un lobo con piel de cordero.

—Esa frase hecha la inventaron para ella.

Me reí de nuevo y decidí aceptar la invitación.

Entre los tres acabamos de pelar las patatas en un santiamén y Óscar se encargó de cocinar la tortilla mientras nosotros preparamos la mesa. Sara, que era una chica muy parlanchina, me explicó que trabajaba como interiorista en un despacho de arquitectura internacional. Estaba metida en un proyecto muy importante y andaba bastante estresada con los últimos preparativos. También me contó que había sido ella la encargada de decorar el piso de Óscar, y la felicité por ello, porque había hecho un trabajo increíble.

Una vez la tortilla estuvo hecha, nos sentamos alrededor de la mesa y disfrutamos de la cena que acompañamos con un vino tinto, pan con tomate y una conversación amena.



Acabamos de cenar y pasamos a los postres. Óscar y Sara coincidieron en que era buen momento para acabar con las porciones de tarta de zanahoria y brownie que había traído. Les observé comer con los ojos como platos, porque no habían acabado de engullir un trozo que ya estaban cogiendo el siguiente. Envidié su constitución al instante. Si yo comiera la mitad que ellos, necesitaría una grúa para moverme.

—Virginia, tienes que pasarme la receta de esta cosa —dijo Sara señalando el brownie—. Es un orgasmo al paladar.

—Es muy fácil, si quieres luego te lo apunto luego en un papel.

—¡¡Sí!! ¡Gracias!

—Yo de ti no perdería el tiempo, es un desastre en la cocina —replicó Óscar, con una sonrisa burlona—. La última vez que intentó hacer uno de esos bizcochos preparados del supermercado le salió crudo por dentro y quemado por fuera.

—La culpa fue de las instrucciones, que no estaban claras.

—No sé cómo te lo montas para no tener tú nunca la culpa de nada...

Sara entrecerró los ojos y le lanzó una mirada afilada.

Los observé chincharse, en silencio, con envidia. Pese a que era obvio que les gustaba picarse, se notaba que se querían y que confiaban mucho el uno

en el otro. Eso me hizo pensar en Abraham y me puse algo triste. Le había mandado un mensaje el viernes diciéndole que podíamos quedar cuando quisiera para hablar, pero él me había respondido, de una forma bastante pasivo-agresiva, que no necesitaba hablar de nada y que estaba bien.

Suspiré, hundí el tenedor en mi trozo de tarta y me la llevé a la boca.

—Por cierto, el jueves es Halloween —dijo Sara, mirándome—. ¿Qué planes tienes?

—Pues... Por ahora, ninguno, la verdad. No suelo celebrar Halloween. Eso de disfrazarme no me va mucho —me sinceré, porque yo era una persona discreta y no me gustaba llamar la atención. Halloween y carnaval siempre habían sido un pequeño infierno para mí.

—Nosotros iremos a El fin del mundo, un pub *underground* ubicado en Marina. ¿Por qué no te vienes? No hace falta que te disfraces si no quieres. El soso de mi hermano y nuestros amigos tampoco lo harán. De hecho, la única del grupo que suele disfrazarse soy yo.

Me miró usando uno de esos mohines de súplica que parecía tener muy bien estudiados y con los que seguro conseguía todo lo que quería.

—No creo que sea buena idea... Me sentiría muy acoplada, la verdad.

—¿Acoplada? No puedes sentirte acoplada si yo te invito. Además, seremos cinco: cuatro tíos y yo. Me harán la ola cuando vean que traigo compañía femenina, créeme. Además, uno de ellos es Raúl, y ya le conoces.

—No sé...

—Venga, ¡será divertido! Tráete a alguna amiga, si quieres.

Pensé en Carla y supe que el plan a ella le encantaría. Quizás la idea no era tan mala. Hacía mucho que no salíamos por ahí, y llevaba semanas soltándome indirectas al respecto.

—Porfa, nos lo pasaremos bien —volvió a decir, emulando la mirada del gatito de Shrek. Me reí, porque aquella chica era una manipuladora nata.

—Vale, iré. Y seguramente traeré a una amiga conmigo.

Ella alzó un brazo, en un gesto de victoria.

—No te arrepentirás, nos lo pasaremos genial, ¡ya verás!

Tras conseguir lo que quería, se disculpó para ir al baño y me quedé a solas con Óscar, quién, por cierto, llevaba demasiado rato sin decir nada. Jugeteaba distraído con una servilleta de papel, sin levantar la vista de sus manos.

—Óscar... —le llamé. Desvió la mirada de la servilleta a mis ojos—. Ha insistido tanto que le he dicho que sí sin pensar que quizás podría incomodarte. No quiero que pienses que me entrometo en tu vida.

—¿Incomodarme? —inquirió, esbozando una sonrisa—. Pecas, quiero que te entrometas en mi vida, y mucho. —Aquella confesión me dejó perpleja. Sentí un cosquilleo extraño a la vez que agradable extenderse por mi pecho—. Solo pensaba en que voy a tener el doble de trabajo apartando moscones.

—¿El doble?

—Mi hermana, tú... Ese antro está lleno de salidos.

Me reí y negué con la cabeza.

—Pues no te preocupes por mí, puedo apartarme los moscones yo sola.

No soy precisamente el prototipo de damisela en apuros que espera que un caballero de brillante armadura la salve del peligro.

—Lo sé, lo sé, es solo que hay tíos muy insistentes...

—Sé defenderme sola.

—Tienes razón, olvidaba que eres una chica con recursos. —Alzó ambas cejas y añadió, ocultando una sonrisa burlona—: ¿Llevarás un libro escondido en el bolso?

Puse los ojos en blanco, al tiempo que Sara regresaba a la mesa, donde seguimos charlando hasta varias horas más tarde.

Un trayecto con Mumford & Sons

Acabé la planificación de mi novela el último día de octubre. No puedo describir con palabras lo que sentí cuando conseguí que todas las piezas de la historia encajaran. Fue una mezcla de satisfacción, orgullo, expectación y miedo.

Durante las últimas semanas me había sumergido tanto en el mundo de la protagonista que la sentía viva en alguna parte de mi ser. Si cerraba los ojos, casi podía oler la mezcla de aromas de la tienda de especias familiar en la que había crecido, o disfrutar del tacto de las telas estampadas y coloridas que predominaban en el mercado donde solía acompañar a su madre a comprar. También podía sentir sus aspiraciones, sus anhelos y sus temores como míos, como si en vez de un personaje de ficción fuera una persona de carne y hueso susurrándome su historia al oído.

Hay ocasiones en las que tú no eliges la historia que vas a contar, ella te elige a ti. Y eso fue lo que me sucedió.

Era consciente de que aún me quedaba por hacer lo más complicado: convertir esa planificación en una novela que valiese la pena leer. Y sabía que esa parte era la más complicada de todas...



El último día de octubre trajo con él, no solo el final del proceso de planificación de mi novela, sino también la noche de Halloween.

Pese a todas mis reservas iniciales, reconozco que la perspectiva de salir por ahí con Óscar, Sara, sus amigos y Carla, quién se había apuntado al plan sin dudarle en cuanto se lo sugerí, me hacía especial ilusión.

Así que, tras una cena ligera, me encerré en el baño y empecé a arreglarme.

Me repasé el pelo con la plancha, me maquillé, y me dirigí al dormitorio, donde saqué del armario ropero el vestido que había elegido para la ocasión. Se trataba de un vestido corto, sin mangas, de color azul medianoche, con un escote en U que siempre había pensado que me hacía un pecho bonito. Ni demasiado atrevido, ni demasiado recatado. En el punto medio. Me lo pasé por la cabeza y, tras hacer unos cuantos movimientos dignos de una contorsionista, conseguí cerrar la cremallera de la parte posterior. Luego, me dirigí al espejo de cuerpo entero que había instalado en una esquina y me miré, volteando sobre mi misma. Me gustó mucho lo que vi.

Yo nunca he sido muy fiestera. Puede que durante la universidad hubiera salido bastante a discotecas, pubs y bares, pero siempre había sido por insistencia de otros, no porque se tratara de mi plan de diversión favorito.

Que la idea de salir por Halloween hubiera sido mía y no de Carla, no

dejaba de ser irónico. Sonreí, al recordar lo que me dijo la tarde que hablamos sobre el tema:

—No me lo puedo creer. ¿Tú queriendo salir la noche de Halloween por voluntad propia? Dime que Óscar no tiene nada que ver con esto.

Estaba claro que Óscar tenía que ver con muchas de las decisiones que tomaba últimamente. No me sentía orgullosa de ello, conste, pero poca cosa podía hacer para evitarlo. Suficiente tenía con intentar controlar la forma en la que mi cuerpo reaccionaba cuando le tenía cerca.

Pese a todos mis intentos de poner distancia a lo que Óscar me hacía sentir, cada vez me costaba más ignorarlo. Me había sentido atraída por más chicos antes, había tenido una relación seria con Iván, pero solo Óscar era capaz de ejercer ese tipo de magnetismo sobre mí, como si una fuerza desconocida me empujara hacia él sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

Aquella semana nos habíamos visto todos los días. Habíamos compartido cafés a media tarde, y una pizza una noche en la que el café se alargó hasta la hora de la cena. Y era evidente que entre nosotros flotaba algo, algo invisible pero palpable.

Una suma de complicidad, intimidad y... y algo más.

Algo más que me pinzaba el corazón cuando sus ojos verdes me miraban y que provocaba un burbujeo intenso en el estómago cuando me sonreía.

Miré el reloj y comprobé la hora. Apenas faltaba unos minutos para que

Óscar pasara a buscarme.

Volví a fijar mis ojos en el espejo y comprobé que todo estuviera en su sitio. Había realzado mis ojos con un ahumado en negro, consiguiendo que estos parecieran mucho más claros de lo habitual, casi mostaza. Para los labios, había elegido un color rojo intenso que me había comprado hacía unos días y que aún no había usado. Para las mejillas, un colorete que conseguía resaltar un poco mis pómulos. El vestido se ajustaba a mi cintura, cayendo sobre mis muslos en una vaporosa falda de vuelo. Llevaba puestas unas medias transparentes con ligero, y unos botines de tacón de color carmesí que completaban mi look.

A la hora prevista, llamaron al timbre.

Abrí la puerta y sentí un millón de hormigas trepar por mi vientre. Cuando, al mirarme, Óscar esbozó una sonrisa ladeada, las hormigas se convirtieron en rinocerontes. Empezaba a acostumbrarme a eso: a que él sonriera y que mi cuerpo temblara.

Aquella noche estaba guapísimo, como siempre, aunque había sustituido su típica camisa de leñador por una más elegante de color gris clarito, con el primer botón desabrochado. Tragué saliva, clavando mis ojos en ese botón sin abrochar, preguntándome como sería abrir uno a uno la hilera de botones que le seguían...

Mientras mi mente se dejaba llevar por los pensamientos más sucios,

Óscar se acercó a mí para plantarme un beso en la mejilla.

—Joder, Pecas, estás preciosa —me susurró en el oído.

Se separó de mí y me lanzó una mirada lobuna repasándome con la mirada. Cuando sus ojos se posaron en mis pechos más tiempo de lo estrictamente necesario, no puede evitar decir, imitando el comentario que me había hecho a él días atrás:

—¿Te gusta lo que ves?

Aquello le hizo reír y su risa me cosquilleó el estómago.

En aquel momento pensé en lo mucho que me gustaba el sonido que hacía su risa al estallar en el aire y en lo mucho que me hubiera gustado atraparla dentro de una cajita de música para poder reproducirla siempre que quisiera.

—Ni te imaginas cuanto... —respondió a mi pregunta, mirándome canalla.

—Tú tampoco estás nada mal, aunque me da que ya lo sabes.

—Aunque lo sé, me gusta que me lo recuerden.

—Eres un engreído.

—Y tú una malévola.

—¿Malévola? —Alcé las cejas.

—Sí, te has vestido así para torturarme, ¿verdad? —Atrapó su labio inferior con los dientes y fijó sus ojos verdes sobre mí con intensidad.

—No sé qué tiene que ver mi forma de vestir con el hecho de que te

tortures... pero allá tú si quieres hacerlo. —Parpadeé coqueta y él soltó una nueva carcajada.

—Mira que eres mala. Esta noche te saldrán admiradores de debajo de las piedras y yo he olvidado la espada en casa para batirme en duelo por tu honor.

—Para batirte en duelo por mi honor llegas unos cuantos años tarde.

Óscar me miró fingiendo sorpresa y yo me reí, enrollándome en el cuello un fular estampado con bigotes de color coral. Cogí la cazadora y el bolso del perchero del recibidor y cerré la puerta tras de mí.

Salimos a la calle y nos recibió un viento helado. Las temperaturas seguían bajando y aquella noche eran especialmente frías. Caminamos unos minutos hasta el parking y nos montamos en un pequeño coche plateado. Al entrar, noté el típico olor a pino y tapicería que tanto me gustaba. Cuando metió la llave en el contacto y salimos al exterior, no pude evitar mirarlo conducir, embelesada. Siempre he pensado que hay algo de erótico en ver a un hombre conducir. Y eso pensé en aquella ocasión. La forma en la que movía el volante o cambiaba las marchas con sus manos grandes de dedos largos y uñas cuidadas era sexy, muy sexy.

Tragué saliva y aparté la mirada hacia la calle.

Óscar había elegido a Mumford & Sons para acompañarnos durante el trayecto. Estuvimos un buen rato sin hablar, disfrutando del hilo musical.

Cuando las primeras notas de *I Will Wait* empezaron a sonar, subió el volumen de la música y empezó a cantar la canción marcando el ritmo con los dedos sobre el volante. En un momento dado, me miró de reojo y sonrió, robándome un latido. O dos. Aquel momento tan íntimo me traspasó la piel y me envenenó las entrañas con algo cálido, oscuro e irreversible.

La magia del momento la rompió mi móvil, con un sonido anunciando la llegada de un mensaje. Lo consulté sintiendo el pulso acelerado y la respiración irregular.

—Mi amiga Carla acaba de llegar. Dice que nos espera en la puerta —expliqué, intentando recuperar el control de mis pulsaciones.

—Carla... Me suena ese nombre. ¿Es esa rubita de pelo estropajo que iba siempre contigo en el instituto? —preguntó Óscar, bajando de nuevo el volumen de la música.

Le miré medio indignada por el comentario hacia mi amiga, aunque era cierto que en aquella época Carla odiaba su melena rizada y se la alisaba todas las mañanas como intento de dominarla, ¿el resultado? Que este se le encrespaba como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

—Sí, es ella. Es psicóloga, ¿sabes? Aunque está algo loca de atar. Ya lo verás.

—Entonces no ha cambiado mucho —afirmó, enarcando una ceja—. Recuerdo que ya entonces era una chica muy entusiasta.

Me reí con el eufemismo que había usado para describirla.

—Sigue siéndolo, aunque intenta moderarse.

—Es curioso que después de tantos años sigáis siendo amigas.

—Lo es —afirmé, porque pese a que las dos éramos muy distintas y habíamos escogido caminos muy diferentes, nunca habíamos dejado que esas diferencias fueran un impedimento para nuestra amistad—. ¿Y tus amigos cómo son?

—Pues... no sé, normales. —Se encogió de hombros—. Tienen dos piernas, dos brazos, una cabeza... Lo básico.

—Buah, ese intento de chiste se merece como mínimo cinco minutos de castigo en el rincón de pensar —bromeé, negando divertida con la cabeza—. Ya sabes a lo que me refiero.

Se rio entre dientes y empezó a hablar de ellos.

Así supe que Raúl fue la primera persona que conoció cuando se mudó a su piso y que, David y Mateo, sus otros dos amigos, habían estudiado periodismo con él en la universidad. David trabajaba en la radio, en uno de esos programas matutinos de actualidad, y Mateo era periodista en un diario deportivo de renombre. Se veían cuando sus obligaciones se lo permitían, ya fuera para tomar unas cervezas, cenar o salir por ahí. Sara iba con ellos algunas veces y era algo así como la hermana pequeña de todos.

—Parecen buenos chicos —dije, resumiendo en pocas palabras la

sensación que me habían causado con su descripción.

—Lo son. Les caerás genial, ya verás.

—No sé. No soy una persona que despierte mucha simpatía de primeras —dije con un encogimiento de hombros, restándole importancia.

—¿Me estás vacilando? —Levantó una ceja hacia mi dirección.

—No me malinterpretes, no es algo que me quite el sueño. Soy como soy y lo tengo asumido.

—¿Y por qué piensas eso?

—No es que lo piense, es una realidad. La gente quiere estar rodeada de personas abiertas y sociables y yo no lo soy, o al menos no al principio. Soy discreta, me gusta tener mi parcela de privacidad y eso es algo que no todo el mundo entiende. Durante mis primeros años de adolescencia pensaba que era un bicho raro y me esforzaba en amoldar mi forma de ser a los demás. Quería encajar, supongo. Pero un día entendí que soy así y acabé aceptándome tal y como soy. Para bien o para mal.

—Eres reservada, Pecas, ¿y qué? Es una personalidad tan válida como cualquier otra.

—Vivimos en un mundo donde se premia la extroversión.

—Puede, pero yo creo que te equivocas en tu análisis —me contradijo, con seriedad.

—¿Ah, sí? Ilumíname —le reté.

—El mundo está lleno de personas que siguen al rebaño, pero no de gente como tú.

—¿Gente como yo?

—Gente auténtica. Y la gente auténtica gusta sin necesidad de esforzarse.

—Me dedicó una sonrisa cómplice y un estremecimiento me atravesó de arriba abajo—. Anteayer me crucé con Inmaculada, la vecina del tercero B. No hizo más que hablarme de lo atenta y buena persona que era la nueva vecinita del ático. Me explicó que una vez le ayudaste a subir la compra, y que siempre que veías a su nieta, le dabas un caramelo.

—A eso se le llama ser educada —murmuré.

—Se llame como se llame, las personas como tú no abundan. Por eso gustas tanto, aunque no te des cuenta. Desarmas a la gente que te rodea.

—¿Eso crees?

—Estoy convencido.

—¿Y a ti te desarmo? —Ni siquiera fui consciente de lo que decía hasta que las palabras salieron por completo de mi boca.

Óscar se humedeció los labios e hizo una maniobra con el coche para aparcar. Había estado tan concentrada con nuestra charla que ni siquiera me había dado cuenta de que ya habíamos llegado.

Una vez consiguió dejar el coche bien aparcado en el sitio, quitó la llave del contacto y me miró:

—Pecas, a mí me provocas muchas cosas, pero no creo que sea este ni el sitio ni el lugar para hablar de todas ellas.

Tras decir estas palabras, me miró, clavando con intensidad sus ojos verdes en los míos. Tenía las pupilas dilatadas y su mirada se había oscurecido. Tragué saliva, sin apartar mi mirada de la suya, sabiendo que lo más sensato sería salir del coche y dar por zanjada aquella conversación, pero ¿dónde diablos se escondía mi sensatez cuando la necesitaba?

Quién juega con fuego...

Nuestras miradas quedaron suspendidas. La música seguía flotando a nuestro alrededor y el ambiente se cargó con algo eléctrico. Tragué saliva y noté sequedad en la boca. Empecé a despegar los labios para hablar cuando mi móvil tintineó anunciando una llamada. Aparté la mirada de sus ojos y leí el nombre de Carla en la pantalla iluminada.

Me aclaré la garganta antes de responder:

—Dime.

—Me están empezando a salir estalactitas por todas partes, nena, ¿tardaréis mucho en llegar?

—Acabamos de aparcar, ya vamos para allá.

Colgué la llamada y volví a mirar a Óscar, que me observaba divertido. Era evidente que había escuchado a Carla y que su comentario le había hecho gracia. La tensión había menguado, aunque seguía existiendo algo denso y eléctrico envolviéndonos.

Cuando salimos del coche, reconocí la zona enseguida. Había ido muchas veces antes a Marina, y es que es uno de los barrios más frecuentados por los barceloneses a la hora de salir de fiesta. Seguí a Óscar por la calle y, al girar en una esquina, vi un rótulo de neón vintage que anunciaba el nombre del local

al que nos dirigíamos: El fin del mundo. Había un montón de gente frente la puerta y distinguí a Carla enseguida. Llevaba un disfraz de vampiresa, con un corpiño rojo y negro, medias de rejilla, zapatos de tacón y los labios maquillados con un reguero de sangre que caía por la comisura de su boca. Solo llevaba una cazadora de cuero corta encima, y me dije, sin llegar a verbalizarlo en voz alta, que no me extrañaba que tuviera frío con tan poca tela tapando sus encantos. Al verme, sonrió, se acercó a nosotros y me dio uno de sus abrazos de oso.

—¡Qué guapa! —exclamó, separándose de mí para observarme—. Hacía un montón que no te pintabas los labios de rojo.

—Tú estás... explosiva —resumí, porque realmente llamaba la atención con ese atuendo tan atrevido. Pero Carla no me estaba prestando atención. Su mirada se había clavado en mi acompañante como si en vez de una persona fuera un plato delicioso y ella quisiera devorarlo.

—Ey, ¿qué tal? No sé si te acordarás de mí, coincidimos en una clase en bachillerato —dijo Carla con su desparpajo habitual, dándole dos besos en las mejillas sin esperar a que yo hiciera las presentaciones.

—Claro, algo recuerdo. —Luego me miró a mí—. La amiga loca de atar, ¿verdad?

Carla frunció el ceño y me interrogó con la mirada. Solté una risita y golpeé a Óscar en el brazo por haber usado el comentario que yo había usado

momentos antes en su coche. Intercambiamos una mirada cómplice que Carla captó al vuelo. Relajó los músculos de su rostro y nos escrutó con curiosidad. En aquel momento, el móvil de Óscar empezó a sonar y se alejó unos metros para responder.

—Joder, que bien le han sentado los años. Si parece un modelo recién salido de una sesión de fotos.

—No es para tanto.

—¿Y la forma en la que os miráis? —Se puso la mano en la oreja como si fuera un teléfono—. ¿Hola? ¿Los bomberos? Creo que estoy a punto de presenciar el inicio de un incendio.

—Loca de atar, lo que yo decía —murmuré entre dientes, notando como el rubor ascendía por mi rostro.

—De que pongas en duda mi cordura ya hablaremos otro día —me reprochó, entrecerrando los ojos—. Pero qué estás jugando con fuego es una verdad grande como un templo, y será mejor que lo aceptes cuanto antes, porque quién juega con fuego, acaba quemándose.

Antes de que pudiera replicarle, Óscar regresó con nosotras.

—Mis amigos nos esperan dentro, ¿os parece si entramos?

—Claro. Tú primero —respondió Carla guiñándole un ojo—. Así podremos disfrutar de tu culo mientras caminas.

—¡¡Carla!! —exclamé mientras ella sonreía inocente y Óscar se

carcajeaba.

—¿Qué pasa? Tiene un buen culo —repitió coqueta.

—Vaya, gracias —dijo Óscar.

—Eso, tu engrosa su ego —me quejé.

—¿A ti también te gusta mi culo? —preguntó él.

—¿¿Qué?! —Sentí como las mejillas empezaba a arderme. Carla soltó una risita y Óscar me miró divertido. Quería decirle que no solo para borrarle esa sonrisa de suficiencia que había dibujado en los labios, pero hubiera sido tan evidente que mentía que hubiera hecho el ridículo—. Por Dios, esta conversación está siendo demasiado absurda. Venga, vamos, que tus amigos nos esperan.

Y avergonzada, entré yo la primera.

Era pronto y El fin del mundo aún no estaba demasiado lleno. Dejamos las chaquetas en el guardarropa y nos adentramos en aquel pub de paredes desgastadas y mobiliario ecléctico. La sala estaba formada por un conjunto de mesas altas con taburetes tapizados y una zona despejada donde unas cuantas chicas ya habían empezado a bailar. Música a todo volumen, poca iluminación y mucha gente por todos lados, lo normal en este tipo de sitios.

Reconocí a Sara en una de las mesas más alejadas, acompañada de Raúl y dos chicos más. Supuse que debían ser David y Mateo. Sara estaba muy guapa, con un disfraz de bruja de encaje y gasa. Tras una ronda de besos y

presentaciones, Carla y yo nos sentamos en la mesa con ellos mientras Óscar se encargaba de ir a la barra a por las bebidas.

—Estos tres tampoco están nada mal —murmuró Carla en mi oído, lanzando una de sus miradas depredadoras a los chicos en cuestión.

Aunque no dije nada, tenía que darle la razón. Si Raúl me había parecido atractivo vestido con ropa deportiva, de calle estaba aún mejor. Y los otros no tenían nada que envidiarle. David era más bien bajito, pero compensaba su falta de altura con una sonrisa preciosa y un cabello dorado y ondulado digno de Cupido. Mateo, en cambio, tenía aspecto de roquero, con el cabello largo y moreno hasta la barbilla y una complexión grande de espaldas anchas.

Como siempre, Carla tardó muy poco en metérselos a todos en el bolsillo e iniciamos una conversación llena de risas.

Óscar no tardó en regresar, con unos botellines de cerveza entre las manos. Le dio uno a Carla, otro a mí y, tras echar a uno de sus amigos de un taburete, se sentó a mi lado.

Después de acabar con la primera cerveza ya tenía otra entre las manos y empecé a relajarme. Hablamos de trabajo, de viajes, de ocio... Fue así como descubrí que Raúl era fotógrafo aficionado, que Sara era una cinéfila empedernida, que David tenía una pequeña obsesión con la astronomía y que Mateo tocaba el piano muchos jueves en un club de jazz.

Lo que en un inicio empezó siendo una conversación entre todos, fue

convirtiéndose, poco a poco, en una conversación por grupos. Carla parecía haber puesto sus ojos en Raúl, y hablaba con él y con Sara al otro lado de la mesa. Mateo y David, por su parte, habían decidido acompañar al grupo de chicas que ocupaban la mesa contigua a la nuestra. Por último, nos habíamos quedado Óscar y yo, hablando como siempre de cualquier chorrada que saliera a colación en el momento. Yo apuraba mi tercera cerveza mientras él se tomaba un Red Bull. Al tener que conducir de vuelta, no quería abusar del alcohol.

La noche estaba siendo especialmente agradable. Buena música, buena gente y la sonrisa de Óscar que tras la tercera cerveza me parecía cada vez más irresistible. Habíamos estado toda la noche coqueteando, con ese estira y afloja que ya empezaba a ser demasiado habitual entre nosotros.

—Hacía mucho que no salía y tengo que confesar que me lo estoy pasando muy bien —confesé, con una sonrisa. La cerveza me había achispado y me sentía ligera y desinhibida.

—Será porque la compañía es buena.

—O porque después de tres cervezas todo me parece bien.

Levantó ambas cejas con expresión pícaro y me sonrió.

—Así que solo necesito tres cervezas para conseguir de ti lo que quiera.

—Eso o un vale de compra ilimitado en Amazon.

Hice un mohín y él se rio, revolviéndose el cabello, en un gesto

despreocupado y sexy.

—¿De verdad hace tanto que no sales?

Afirmé con la cabeza.

—No sé, siempre que voy a este tipo de sitios tengo la sensación de estar observando continuamente rituales de apareamiento en directo. —Señalé con la cabeza a una chica que, a pocos metros de nosotros, había empezado a frotar su culo contra el paquete de un chico que la cogía por la cintura—. Cuando llevo muchas horas fuera de casa, sobre todo en lugares abarrotados de gente como este, noto como si se me agotaran las pilas y tuviera que regresar a la tranquilidad de mi hogar para recargarlas.

Mi explicación pareció generarle curiosidad.

—Entonces, ¿para ti cuál sería el plan perfecto para una noche como esta? Es decir, si hoy no hubieras venido aquí, ¿qué estarías haciendo ahora?

—No lo sé —dije con un encogimiento de hombros—. Supongo que andaría en pijama y pantuflas, viendo alguna película o haciendo algún maratón de series.

—Pijamas y pantuflas. Suena tentador —dijo, con tono jocoso.

—Lo sé, lo sé. Poco glamuroso. Pero soy una chica de placeres sencillos.

—El glamour está sobrevalorado. Y me parece un plan cojonudo al que me apuntaría sin dudar. Aunque de vez en cuando hay que salir del cascarón para socializar con el mundo.

—Ambos sabemos que este tipo de sitios no son para socializar. Este tipo de sitios son para buscar ligue, ya sabes, lo que sueles hacer tú normalmente.

—Joder, Pecas. Hablas de mí como si follara con una chica distinta cada noche.

—¿Y no lo haces?

—A veces, cuando surge, aunque hace semanas que esa no es mi prioridad.

—¿Ya no te apetece...? —me quedé en silencio, incapaz de terminar la pregunta.

—¿El qué? ¿Follar? —Atrapó su labio inferior con sus dientes antes de suspirar—. Claro que me apetece. Lo que no me apetece es hacerlo con cualquiera.

—¿Qué quiere decir eso?

—Eres una chica lista. Estoy convencido de que puedes unir los puntos.

Se pasó una mano por el mentón y clavó sus ojos verdes en los míos, con una expresión enigmática que fui incapaz de desentrañar.

—He salido de casa haciéndome la promesa de comportarme contigo como un caballero, pero me lo estás poniendo muy difícil.

Tragué saliva. Estábamos llevando la conversación hacia terrenos peligrosos y era consciente de que yo estaba participando activamente para que así fuera. De hecho, se habían dicho muchas cosas sin necesidad de

verbalizarlas en voz alta.

En aquel momento, empezó a sonar [*Do-Wah-Doo*](#) de Kate Nash y una sonrisa iluminó mi cara.

—Dios, me encanta esta canción. Siempre consigue ponerme de buen humor. —Di un trago a la cerveza y empecé a mover los hombros siguiendo el ritmo de la música.

—¿Bailamos? —me preguntó Óscar, tendiéndome una mano.

Aquella pregunta me pareció tan cliché que no pude evitar un amago de sonrisa.

—¿Bailar? Creo que no... El alcohol afecta mi sentido del equilibrio.

—Vamos a bailar, no a hacer equilibrismo sobre una cuerda.

—Pero mi mente y mis pies ahora mismo no están muy coordinados.

—Prometo sostenerte.

Y sin esperar respuesta, tiró de mi mano y me obligó a bajar del taburete. Tropecé sobre mis tacones y Óscar me cogió de la cintura, atrayéndome hacia su pecho. Instintivamente, pasé mis brazos por sus hombros y hundí mi rostro en su cuello, dejando que su olor viajara hasta mis pulmones revulsionando todo mi cuerpo.

—Te tengo —susurró en mi oído—. Tranquila, pequeña. Prometo no soltarte.

Y por un instante, quise decirle que no lo hiciera, que no me soltara nunca.

Cogidos de la mano, nos abrimos paso entre la gente hasta llegar al centro de la pista. Óscar empezó a moverse siguiendo el ritmo de la música y yo intenté seguir sus movimientos, agarrada a su cuello.

—¿Y esta insistencia por bailar?

—Era una excusa para pegarme a ti sin romper mi palabra de caballero.

—Ajá. Tu palabra de caballero. —Me reí—. Pues una de tus manos de caballero me está tocando el culo.

Él sonrió, sin apartar la mano del sitio mencionado.

—Te agarro bien para que no te caigas.

—Claro, claro. Manosearme el trasero es imprescindible para mantenerme en pie.

—Veo que vas captando la idea.

Me reí y hundí mi cabeza en su pecho. De nuevo, aspiré su aroma y cerré los ojos, disfrutando del momento. Aunque no lo confesara en voz alta, sentir su cuerpo tan pegado al mío, me estaba poniendo un poco tontorróna.

—¿En qué piensas? —preguntó, bajando y subiendo una mano por mi espalda.

—Pues si te soy sincera, pienso en lo raro que es estar aquí contigo. Si hace doce años alguien me hubiera dicho que nos reencontraríamos y que acabaríamos pasando la noche de Halloween juntos, no me lo hubiera creído.

—Óscar soltó una carcajada contra mi pelo—. ¿Y tú?

Sus ojos parecieron centellar antes de responder.

—Pienso en que soy el tío más afortunado del mundo. Estoy bailando con la chica más sexy de este jodido local.

Me reí, atrapado mi labio inferior entre los dientes.

—¿Esta es una de esas frases de mojabragas que sueles usar para ligar?

—¿Mojabragas? —Alzó las cejas sorprendido por el término que había usado para describirle—. ¿Eso es que he conseguido humedecerte la ropa interior?

—Esas cosas no se le preguntan a una señorita.

—La señorita ha preguntado primero. Y respecto a tu pregunta, la respuesta es no. —Apartó un mechón de mi cabello tras mi oreja—. Esta frase no entra dentro de mi repertorio habitual de halagos.

—Ah, ¿no?

—No. Este tipo de halagos los reservo para chicas como tú.

—¿Chicas como yo? —Tragué saliva porque su mirada se había oscurecido y me atravesaba la piel—. ¿Y qué tipo de chicas son esas?

—El tipo de chica que es capaz de hacerme comportar como un caballero cuando lo que verdaderamente me gustaría es hacer todo lo contrario.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar sus palabras y mi parte rebelde abrió batalla contra la cordura.

—Pues es una pena.

—¿El qué?

—Que quieras ser un caballero. Tengo curiosidad por saber cómo se comporta el otro Óscar.

La nuez de su garganta subió y bajó con dificultad al tragar.

—Pecas... La curiosidad mató el gato.

—Un gato tiene siete vidas, así que me quedarían otras seis.

—No me tientes —susurró contra el lóbulo de mi oreja.

—Es divertido hacerlo.

Volvió a mirarme y le reté con la mirada. Sus ojos se tiñeron con un brillo peligroso.

—Está bien, tú lo has querido —susurró de nuevo en mi oído.

Me cogió por la cintura y me condujo hasta una de las zonas más lóbregas del local. Antes de que pudiera preguntarle por qué me había llevado hasta allí, me empujó con suavidad contra una pared y pegó su cuerpo contra el mío.

—Vaya —dije notando la boca seca—. Así que el plan de conquista del Óscar canalla pasa por conducir a su presa hasta el sitio menos transitado y peor iluminado del local para que no pueda escapar.

Óscar me miró con intensidad y me atrajo más a él. Noté el bulto de su erección en el estómago, apretándose contra mí. Solté un suspiro ahogado.

—Si una chica llega hasta donde estás tú ahora, en lo último que piensa es en escapar.

Tragué saliva, sintiendo su aliento en mi oído.

—¿Y en qué piensa? —jadeé.

—En nada —susurró.

Empezó a deslizar una mano sobre mi muslo hasta alcanzar el borde de la tela de la falda. Ronroneó en mi oído y sentí la presión de sus dedos sobre la piel, por debajo de la ropa. Aunque llevaba medias, podía sentir su tacto a fuego. Me mordí el labio, diciéndome que debía recuperar el control de la situación antes de que aquello se nos fuera de las manos. Sus labios se habían deslizado de mi oído hasta mi barbilla primero y mi cuello después, dejando a su paso un reguero de besos suaves. Aunque solo se trataba de un roce inocente, mi cuerpo se encendió como una mecha prendida por una cerilla.

—Para satisfacer esa curiosidad morbosa que tienes, te explicaré algunas cosas que te diría si esta noche no fuera el Óscar caballeroso y fuera, como tú dices, el Óscar canalla.

Su mano fue ascendiendo bajo la falda a medida que las palabras salían de su boca.

—Algo que sin duda te diría si pudiera es que llevo toda la jodida noche pensando en lo mucho que me gustaría borrarte el carmín rojo a besos. No tienes ni idea de lo mucho que me pone tu boca. Tengo sueños recurrentes con ella, sueños en los que esa preciosa boquita tuya me hace perder el juicio, supongo que no es necesario explicarte de qué manera...

Aquella confesión causó una nueva oleada de calor en la parte baja de mi vientre y sentí un hormigueo en las braguitas. Su mano se deslizó por la cara interna de mi muslo y siguió subiendo con una lentitud decadente.

—Si hoy no fuera el Óscar caballeroso, te confesaría que hace rato que fantaseo con la idea de suplicarte que nos marchemos de aquí y nos vayamos a mi casa. Me encantaría follarte con ese vestidito arremangado por la cintura. Embestir contra tus piernas. Jugar con mi lengua en tu interior. Hacerte jadear hasta que te olvides de tu propio nombre y me supliques más entre susurros.

Sus dedos alcanzaron el final de la media y, cuando entraron en contacto con mi piel desnuda, sentí mi sexo palpitar con fuerza. Hacía años que no me sentía tan cachonda, tan desatada. Estuve a punto de suplicarle que lo hiciera. Que me llevara a su casa e hiciera realidad esa fantasía.

—Óscar —conseguí murmurar cuando sus dedos alcanzaron la goma elástica de mis braguitas. Instintivamente, separé los muslos y deseé que mi ropa interior se volatizara.

Maldito Óscar

Su aliento en mi oído. La espalda aprisionada contra la pared. Su mano jugando con el elástico de mis bragas. El bulto de su miembro contra mi vientre. Y calor, mucho calor.

—Y te diría muchas más cosas —añadió con la voz tomada—, pero estamos en un punto de no retorno. Y no quiero pasar esta barrera. No hoy. No ahora.

Mi ceño se frunció en medio de la confusión. ¿Qué?

Separó sus labios de mi oído y apoyó su frente contra la mía, nariz contra nariz. Sus labios estaban tan cerca de mi boca que compartimos el mismo aire durante varios segundos. Cerró los ojos, intentando controlar su respiración agitada. Su mano abandonó mi ropa interior y la colocó sobre la pared. Solté un gruñido a modo de queja, porque mi sexo latía con ganas de más. Por último, despegó su cuerpo del mío y sentí como me liberaba de la presión de su entrepierna. Se enderezó frente a mí, dejando a la vista el bulto de su erección, perfectamente apretada dentro de sus pantalones.

—Necesito un par de minutos —dijo, cuando reparó en mi mirada.

Me humedecí el labio e intenté recuperar el control de mis pulsaciones.

Acabó con la espalda apoyada en la pared, a mi lado. Aunque nuestros

cuerpos no se tocaban podía sentir su calor fluyendo a través de la ropa.

Le observé de reojo y pude ver como él también me miraba. Sus pupilas seguían dilatadas y sus ojos aún desprendían un halo sexual.

Apreté los muslos de forma instintiva. Maldito Óscar. Había jugado sucio el muy truhan, porque estaba convencida de que sabía que me había dejado con las ganas.

Tras unos minutos callados uno al lado del otro, acabamos regresando a nuestra mesa con los demás. Óscar me había sugerido seguir bailando, pero yo me negué en redondo. Después de dejarme cachonda y frustrada, lo último que quería era seguir retozando con él al ritmo de la música. Por si eso fuera poco, la mirada de suficiencia que desprendía su rostro ante mi reacción me pareció de lo más irritante.

En la mesa, Raúl, Carla y Sara seguían hablando animadamente. Mi amiga y Raúl se echaban unas miraditas intencionadas tan evidentes que no hacía falta tener una intuición muy desarrollada para saber cómo acabarían la noche.

Al sentarnos, Carla se levantó de su silla y se sentó a mi lado. Óscar, por su parte, se puso a charlar con Raúl y su hermana.

—¿Dónde estabas, pillina? —preguntó Carla, guiñándome un ojo y dándome un suave codazo.

—Bailando —musité. Le robé el botellín de cerveza que sostenía entre las manos y le di un sorbo largo.

—Uh. Vaya humor.

La fulminé con la mirada y borró enseguida la risita burlona que escondía en los labios.

—¿Ha pasado algo?

—Mejor hablemos de ti. —Cambié de tema porque no quería que me hiciera preguntas. Tenía demasiada facilidad para hacerme hablar y no era ni el momento ni el lugar para tener esa conversación. Miré a Raúl de reojo y ella siguió la dirección de mi mirada—. ¿Nueva conquista a la vista?

—Es mono, ¿verdad? —afirmó, mordiéndose el labio—. Pero no estoy segura de si está libre del todo.

—Que yo sepa no tiene pareja.

—Ya, pero el rollo que se lleva con Sara es un poco... impreciso.

Paseé mis ojos por la mesa observándoles interactuar. Sara y Raúl reían, de forma cómplice, mientras Óscar bromeaba probándose el sombrero de bruja que su hermana había dejado sobre uno de los taburetes. Era cierto que parecían llevarse muy bien, pero tal como Óscar me había explicado en el coche, Sara era como la hermana pequeña de todos. Quizás esa conexión especial que intuía era por eso.

—Hasta donde me han explicado solo son amigos.

—Entonces, ¿tengo carta blanca? —preguntó.

—Supongo que sí.

No pudimos seguir hablando del tema porque, en aquel momento, Raúl se acercó a nosotras con su preciosa sonrisa profident en los labios. Apoyó un brazo sobre mi hombro y me atrajo a él, con un gesto cariñoso.

—¿Y qué? ¿Cómo está mi deportista amateur favorita?

Sonreí. Además de guapo, Raúl era encantador, eso había que admitirlo.

—Aún tengo agujetas del sábado pasado —confesé. Había pasado casi una semana y seguía sintiendo tirones en varios músculos de mi cuerpo.

—Eso se cura con otra sesión de spinning —dijo, sonriente—. Anímate.

—No sé yo...

—Ya me han dicho que no te sobra precisamente el dinero, así que no te preocupes por la pasta. Pase VIP y cuando acabes de escribir tu novela y te hagas famosa, ya me lo compensarás. Puedes dedicármela si quieres.

Lancé a Carla una mirada asesina y pude ver como esta intentaba esconder la expresión traviesa de su rostro. La muy chismosa había ido aireando mi vida a los cuatro vientos.

—Gracias. Me lo pensaré.

—Genial. Pues yo empiezo a tirar para casa —dijo, y pude ver la mirada que le lanzó a mi amiga, que era una invitación a acompañarle en toda regla—. Mañana a las doce tengo pádel y no quiero que me metan una paliza.

—Espera, me voy contigo —dijo Carla, que había pillado la indirecta al vuelo.

Se despidieron del resto y se marcharon.

Óscar y yo no tardamos en imitarles y Sara se vino con nosotros. Nos despedimos de David y Mateo, que parecían haber encontrado plan para aquella noche y, tras recoger nuestros abrigos, nos dirigimos al coche. Yo ocupé el asiento del copiloto y Sara se sentó detrás, con una expresión taciturna que achaqué al cansancio por haber madrugado mucho aquella mañana.

Hicimos el trayecto en silencio hasta que dejamos a Sara en su casa, casa que había sido también la de Óscar antes de independizarse y que estaba muy cerca de nuestro antiguo instituto y de la casa de mis padres. Vivía en uno de los últimos pisos de un edificio muy alto de fachada grisácea, junto a su madre. Nos despedimos de ella y pusimos rumbo a nuestra casa. Óscar encendió la radio y puso un canal donde estaban dando blues. En aquel momento, una voz femenina desgarradora cantaba en inglés una preciosa canción de amor.

Intercambiamos alguna frase durante el camino, pero yo no estaba muy habladora. El aire frío de la calle me había espabilado y el calentón había dado paso a la vergüenza. Me sentía muy avergonzada. Por haber propiciado lo que había ocurrido en la oscuridad de aquel pub. Por haberme dejado llevar por mis impulsos. Por haber estado a punto de suplicarle a Óscar que me arrancara las bragas y me follara allí mismo.

Aparcamos el coche, caminamos hasta nuestro edificio y subimos en el ascensor. Una vez llegamos a nuestro descansillo, saqué las llaves del bolso y las sostuve entre las manos sin hacer ademán de abrir la puerta. Óscar hizo otro tanto.

—Pecas, lo de esta noche... —empezó.

—No tiene importancia —le corté—. Se nos ha ido un poco de las manos. Ya te dije que con tres cervezas...

—Claro. Las cervezas. —Se rio.

Nos quedamos callados y decidí que había llegado el momento de batirme en retirada. Abrí la puerta de casa, me giré y levanté una mano a modo de despedida.

—Gracias por llevarme y por traerme.

—¿Y ya está? ¿no te olvidas de algo?

Le miré sin comprender y él acertó nuestras distancias.

—Mi beso de buenas noches —añadió.

Me cogió por la cintura, me atrajo hacia él y me besó suavemente en la mejilla, tan cerca de la comisura de los labios que un jadeo silencioso escapó de mi garganta.

—Yo no lo siento —dijo, escondiendo su nariz entre mi pelo—. De hecho, lo único que siento es no haber podido acabar lo que he empezado. —Rozó su nariz contra mi cuello y, con esa simple caricia, consiguió

encenderme de nuevo—. Buenas noches, pequeña.

Me soltó, dio un paso hacia atrás y, sin más preámbulo, abrió su piso y me guiñó un ojo antes de desaparecer en su interior.

Un pequeño respiro

Cerré la puerta sintiendo los pezones duros como escarpas bajo la tela del sujetador y mi entrepierna pidiéndome a gritos que alguien aliviara la tensión allí abajo. Óscar acababa de convertirse en la perfecta definición del calentabragas.

Me dirigí a la zona de la cocina, me serví un vaso de agua fría e intenté serenarme. Tenía la boca seca, así que me la bebí toda de una sola tajada. Durante la noche, Óscar me había estado enviando mensajes contradictorios. Por un lado, me había dado entender que me tenía ganas, muchas ganas. Por el otro, no había aprovechado la ocasión cuando prácticamente se la había servido en bandeja. Puede que no lo hubiera hecho con carteles de neón parpadeantes, pero era evidente que estaba más que predispuesta a dejarme llevar. Y él me había respondido con ese «No hoy, no ahora» que tanto me había desconcertado. Óscar Miralles, el conquistador empedernido, diciendo que no a un polvo asegurado.

Me dirigí al dormitorio, me quité el vestido y me puse un pijama de franela. Hacía frío y me tapé con el edredón hasta la nariz. Pese a que era tarde y me sentía cansada, no podía dormir. Empecé a dar vueltas y vueltas en la cama, haciendo la croqueta bajo las sábanas. Cada vez que cerraba los ojos,

volvía a revivir nuestro encuentro en la oscuridad de aquel local, con Óscar susurrándome obscenidades en el oído.

Conseguí quedarme dormida en un momento indeterminado de la noche y me desperté pocas horas después, con la frente empapada en sudor y la respiración entrecortada. Pese a que no recordé lo que había soñado, estaba segura de que se trataba de algo guarro, muy guarro. Estaba completamente húmeda y tenía el vago recuerdo de un cuerpo masculino embistiéndome muy fuerte, haciéndome jadear hasta llevarme al orgasmo.



Durante los siguientes días, Óscar y yo seguimos jugando al juego que inauguramos la noche de Halloween, un juego del que yo desconocía las normas. La tensión entre nosotros era cada vez más evidente. Cuando nos veíamos, tenía que hacer un acopio de voluntad enorme para mantener mis ojos en los suyos y no en sus labios mulliditos o en el bulto generoso de su entrepierna. Por si fuera poco, él encontraba algún retorcido placer en provocarme. Y se aprovechaba de ello. Por ejemplo, siempre se sentaba muy cerca de mí y propiciaba que nuestros cuerpos se rozaran porque sabía que su proximidad me ponía nerviosa. También le encantaba soltarme insinuaciones o frases con segundas intenciones porque se me encendían las mejillas y me

ponía a la defensiva. Por no hablar de su uso indiscriminado de las sonrisas ladeadas, con las que jugaba sucio porque sabía que podían llegar a producirme amnesia.

Óscar flirteaba conmigo de forma descarada pero nunca iba un paso más allá y aquello me descolocaba.

Carla lo tenía muy claro:

—Cielo, a Óscar le gustas. No sé qué juegucito se trae entre manos contigo, pero es tan evidente que te tiene ganas que hasta Raúl lo comentó. No sé, a lo mejor el chico necesita un poco de ayuda para dar el siguiente paso.

—¿Un poco de ayuda? Si tiene un máster en mujeriego profesional.

—A lo mejor espera que lo des tú.

—¿Yo? —pregunté, alterada por ese supuesto—. ¿Tú crees? No se... Ni siquiera sé si esto está bien. Hace solo dos meses que lo dejé con Iván. Debería estar concentrada en rehacer mi vida y cumplir mi sueño, no en acostarme con otros tíos.

—Cielo, estas cosas van como van. Además, Iván se portó como un capullo, te dio motivos suficientes para que hagas lo que te dé la gana sin sentirte culpable por ello.

—Lo sé, pero... es Óscar. —Suspiré profundamente.

—¿Y qué?

—Somos vecinos, amigos y arrastramos una historia del pasado que lo

confunde un poco todo.

—Mira, la única forma de aliviar la tensión sexual no resuelta es resolviéndola. Además, estamos hablando de que echéis un polvo, no de que le pidas matrimonio.

Sabía perfectamente lo que quería decir y en cierta forma tenía razón. Éramos dos adultos que se atraían, ¿por qué no echar un polvo y acabar de una vez por todas con aquel ambiente eléctrico que nos rodeaba? Ambos estábamos solteros y nos gustábamos, ¿no?

Aunque conocía los motivos de mis dudas, no estaba preparada para enfrentarme a ellos. Tenía claro que el problema, el verdadero problema, no lo creaba aquello que me hacía palpar las braguitas y que se curaba echando un polvo, dos, o tres. Lo que verdaderamente me asustaba era otra cosa, y poco tenía que ver con el sexo.

Por otra parte, las heridas que Iván causó aún estaban cicatrizando. Tenía miedo de lanzarme a algo nuevo y desconocido sin estar del todo recuperada. No estábamos hablando de un tío cualquiera, estábamos hablando de Óscar. Teníamos una historia pendiente y ya me había enamorado de él antes, cuando solo era un chiquillo enfadado con el mundo. ¿Quién me podía asegurar que no me pasaría lo mismo con el hombre hecho y derecho en el que se había convertido? Un hombre atractivo, culto y seguro de sí mismo que me hacía temblar cuando me miraba...

En conjunto todo me parecía contradictorio y complicado.

Como si los astros quisieran darme un pequeño respiro, aquella semana Óscar tuvo que marcharse a Madrid para cubrir la presentación de la novela de un escritor famoso. Aunque solo estaría fuera un par de días, le propuse cuidar de Canela, porque lo adoraba y disfrutaba de su compañía. Él aceptó encantado y me lo trajo a casa antes de marcharse, junto a una copia de sus llaves por si surgía algún imprevisto.

—O por si quieres cotillear entre mis cosas. Además, así, si me echas de menos, puedes coger una de mis camisas y olerla con nostalgia mientras esperas a que regrese.

Aunque lo de oler alguna de sus camisas no entraba dentro de mis planes (y mucho menos después de que él lo hubiera sugerido), lo que sí quería hacer era echar un ojo a su biblioteca. Desde el primer día había querido hacerlo, tenía tantos libros que podría pasarme horas repasando una a una todas sus estanterías. Ya que tenía la oportunidad, no iba a desperdiciarla.



Aquella misma noche, después de cenar, cogí las llaves de su casa y me puse manos a la obra. Por suerte, la enorme estantería tenía una de esas escaleras deslizantes que me permitía alcanzar los volúmenes más altos sin problemas.

Lo hice con la misma ilusión que una niña pequeña a la que le dan barra libre en una tienda de golosinas. Tal como había advertido aquella primera vez, tenía muchas ediciones antiguas de libros clásicos. Además, tenía los libros ordenados por género y, dentro del género, por autor.

Estuve un buen rato ojeando novelas, apuntándome algún título que me había parecido interesante y que le pediría a Óscar en cuanto regresara, hasta que mis ojos se toparon con algo que llamó mi atención. Estaba colocado en el estante de «ficción contemporánea» y no se trataba de un libro al uso. Se trataba de algo encuadernado en una espiral metálica. Lo saqué con cuidado, le di la vuelta y miré la portada. Al leer el título, sentí que mi cuerpo se convertía en gelatina y que las piernas empezaban a flaquearme. Tuve que agarrarme bien para no caerme.

Bajé la escalera con cuidado, me senté en el suelo y apoyé la espalda en la estantería. Pasé los dedos por el plástico de la tapa, arañada por los años, y volteé la primera hoja, fijándome en la dedicatoria que había escrita en la siguiente. Conocía la letra. Después de doce años, seguía teniendo aquella misma letra grande y redondeada:

Esto es tan tuyo como mío. Es algo nuestro. Y solo por eso, ya tiene valor.

Firmado: Virginia (Pecas)

Y es que, junto a novelas a la altura de *Ensayo sobre la Ceguera* de José Saramago y *Rayuela* de Julio Cortázar, había puesto la obra de teatro que doce años atrás había conseguido escribir gracias a su ayuda.

La vida que nos espera

La obra de teatro de final de curso era uno de los acontecimientos más importantes del año en nuestro instituto. Los alumnos de segundo de bachillerato se volcaban en ella con muchas ganas, aportando lo que podían según su itinerario de estudio. Los del artístico, por ejemplo, realizaban el decorado, mientras que los del escénico eran los encargados de dar vida a los personajes. La responsabilidad de escribir la obra de teatro recaía casi siempre sobre el estudiante más brillante del itinerario de letras. La persona en cuestión solía ser escogida a finales de noviembre y tenía tres meses para escribir el guion. Yo siempre había querido ocupar ese puesto, desde primer curso, por ello, cuando ese día llegó y Tomás anunció mi nombre junto a la palabra dramaturga, sentí un aleteo de felicidad y orgullo extenderse por mi pecho.

Lo había conseguido.

La gente de clase me aplaudió y felicitó, todos excepto Óscar que, en vez de eso, decidió hacer uno de sus comentarios sarcásticos para poner la guinda al pastel.

—¡Qué sorpresa! Jamás lo hubiera dicho.

A esas alturas del curso había aprendido a ignorar sus pullitas, y eso hice.

—Me alegro de que no te sorprenda, porque tú vas a ayudarla. —Fruncí el ceño. Me giré para mirar a Óscar que me devolvió la mirada desconcertado, y volví a girarme, clavando mis ojos en el profesor—. Este año, como apoyo a la dramaturga, nombraré a una segunda persona.

No. No. No. ¡¡No!!

—Óscar Miralles, felicidades por el puesto.

La clase volvió a aplaudir, esta vez entre risas y silbidos, burlándose claramente de la situación, conoedores como eran de nuestra animadversión. Yo estaba perpleja. No entendía porque Tomás había tomado esa decisión.

—No creo que sea buena idea —dije yo.

—Creo que existen castigos menos dolorosos que ese, profe —dijo Óscar.

—Ya está decidido —dijo el profe.

Conversación zanjada.

Cuando acabó la clase intenté hablar con Tomás y le expliqué todos los motivos por los que, a mi parecer, convertir a Óscar en mi ayudante era una pésima idea.

—Las críticas de Óscar te ayudan a mejorar. Tu último relato es una muestra de eso. Piensa en esto como una oportunidad para superarte.

Como vi que no conseguiría hacerle cambiar de opinión, intenté llegar a un pacto con Óscar:

—Oye, ¿y si me encargo yo de todo y decimos que lo hemos hecho entre los dos?

—¿Qué? —preguntó divertido—. De eso nada, pecosa. Si mi papel se limita a criticarte, lo haré gustoso.

—¿Te he hecho algo en otra vida para que te guste tanto torturarme en esta?

Óscar no contestó, solo se limitó a mirarme divertido con una sonrisa enigmática en los labios.



Durante los siguientes días trabajé en una idea que llevaba años dando vueltas en mi cabeza y que tenía como trama principal diferentes obras de Shakespeare entremezcladas, pero en la época actual. Como pasaba de quedar con Óscar después de clases, aproveché la hora del recreo para presentarle mi propuesta con un esquema y un boceto de los actos y escenas. Mientras los demás se iban a la cafetería o al patio, nosotros nos quedamos en el aula, trabajando en nuestros pupitres.

Cuando acabé de hacer mi exposición, Óscar se rascó la barbilla y negó con la cabeza.

—¿Estás de broma? Shakespeare está muy visto.

—La idea es hacer una revisión postmoderna de las diferentes obras. De esta forma las supeditamos a una mirada actual y...

—No lo veo, Pecas. No le veo el sentido —me cortó.

—¿El qué no ves? Son clásicos de todos los tiempos.

—Sí, y por eso mismo no lo veo. Se escribieron hace centenares de años. ¿Por qué nos obsesionamos en versionar y versionar siempre las mismas historias que además están tan alejadas de nuestra época?

—Por qué hablan de pasiones humanas, y las pasiones siguen siendo las mismas pase el tiempo que pase. Amor, desamor, celos, envidia, deseo... ¡Bah! Da igual. Como tú no tienes sentimientos, no sabrás de lo que hablo.

—¿Perdona? —No parecía ofendido por mi comentario, más bien todo lo contrario. Una expresión jovial ocupó su rostro.

—Ya sabes. Eres como el hombre de hojalata sin corazón del Mago de Oz.

—Así que piensas que no tengo sentimientos. Interesante.

—No los tiene —repetí, con convicción.

—Así que, según tú, no soy capaz de sentir amor, celos, envidia... — Apoyó su cuerpo sobre el pupitre y acortó la distancia que nos separaba mirándome con intensidad—. ¿Deseo?

—Tengo mis dudas.

—Pues estoy convencido que hay un montón de chicas capaces de

corroborar que soy una persona muy apasionada. —Torció su sonrisa, levantando la comisura izquierda mucho más que la derecha—. Incluso, si quieres... —Se acercó aún más a mí—. Si quieres puedo demostrarte que te equivocas. Y mucho. Estamos solos. Tenemos un cuarto de hora antes de que regresen los demás. Tiempo suficiente para hacerte una demostración.

Sus palabras me noquearon por completo. Aunque no era la primera vez que me hacía alguna insinuación parecida, sí que era la primera vez que estábamos solos y que me miraba de aquella forma, como mira un depredador a su presa. Sentí una energía desconocida fluir por mis venas a gran velocidad, una energía capaz de alterar el ritmo normal de mis pulsaciones y de provocar un cosquilleo extraño en otras partes de mi cuerpo...

¿Qué me estaba ocurriendo?

Ante mi evidente incredulidad, Óscar soltó una enorme carcajada.

—Tranquila, mujer. No iba en serio —dijo entre risas.

Parpadeé confusa. ¿Me había tomado el pelo? La perplejidad dio paso al enfado. Con las mejillas coloradas volví a señalar la hoja con el esquema:

—¿Tan mala idea te parece?

—¿De verdad quieres hacer algo tan típico? Estoy seguro de que esa cabecita hiperactiva y privilegiada que tienes puede hacer algo más original. Algo con lo que de verdad podamos sentirnos representados los jóvenes de hoy.

—¿Los jóvenes de hoy?

—La obra de final de curso siempre se ha considerado como una especie de despedida para los de último año, ¿verdad? —Yo afirmé con la cabeza—. ¿Por qué no hablas de eso? Del final de la adolescencia, del inicio de la juventud, de lo que significa ser adulto y dejar atrás el instituto, ese lugar que muchos han considerado durante años un refugio. ¿Qué hay después de eso? ¿Qué vida nos espera allí fuera, en el mundo real? Nadie nos habla de eso y creo que deberían hacerlo.

—La vida que nos espera —repetí, notando como los engranajes de mi mente empezaban a funcionar a marchas forzadas en torno a esa idea—. Eso es.

Una confesión en la bañera

Descubrir que Óscar guardaba la copia de la obra de teatro que yo le había regalado entre sus libros, era halagador. Y bonito. Y dulce. Jodidamente dulce. Y a mí se me dibujó en los labios una de esas sonrisas tontas que te dejan con cara de idiota durante horas. Muchas horas.

El día siguiente pasó rápido.

Durante la mañana tuve una reunión con un especialista en cultura hindú que resolvió mis últimas dudas para la novela. Había sido muy amable y se había comprometido a llamarme durante el día para aclararme algunas cuestiones. Aprovechando que estaba cerca de la facultad donde trabajaba Abraham, comí con él. Mamá seguía preocupada por su comportamiento, sin embargo, yo lo encontré bien. Respondió con evasivas las preguntas que le hice, pero parecía el Abraham de siempre. Quizás un poco más cínico que de costumbre, pero nada que me hiciera prever que lo que le ocurría fuera grave.

A la vuelta, decidí pasar por Entre Aromas para ver a Alba e Ivette. Ambas andaban como locas con los preparativos de la boda y me enseñaron un montón de fotos que habían seleccionado de Pinterest con ideas para la decoración. Querían una boda rústica con centros de mesa hechos con rodajas de troncos y recipientes de vidrio reutilizados de botes de conserva decorados

con arpillera y flores silvestres. También querían poner balas de paja para sentarse en la ceremonia que celebrarían en el exterior pese al frío, y una mesa de dulces hecha con cajas de fruta y palets.

La tarde la dediqué a la novela. Llevaba días bloqueada con la misma frase, al nivel de escribir y borrarla mil veces. Cada vez que me sentaba frente al ordenador y escribía algo, el pánico por no ser lo suficiente buena me sobrecogía. Quería una primera frase que atrapase, con garra, y no conseguirlo me producía mucha ansiedad.

Tras un par de horas de lo más improductivas, decidí prepararme un merecidísimo baño con sales, velas aromáticas y un libro que acompañé con una copa de vino. Como seguía esperando la llamada del especialista hindú, dejé el móvil sobre un taburete, a mi lado.

Minutos después, estaba disfrutando de mi momento de relax, con música jazz de fondo. Estaba tan concentrada con la lectura, que tardé un poco en escuchar la vibración del móvil. Lo había puesto en silencio durante la mañana y había olvidado darle volumen. Con un gesto rápido, dejé el libro y la copa sobre el suelo, descolgué el móvil y respondí sin leer el nombre en la pantalla iluminada.

—¿Pecas?

La voz grave de Óscar me acarició el oído y un estremecimiento me recorrió entera.

—Ahm... Hola. —Tragué saliva.

—¿Te pilló en mal momento?

¿Me pillaba en mal momento? Quizás sí, pero... me apetecía hablar con él. Así que, tras decirle que era libre como el viento, Óscar me hizo una crónica de su viaje, con comentarios jocosos incluidos. Había asistido a la presentación del libro en cuestión la tarde anterior y, aquella mañana, había tenido la entrevista privada con el escritor.

Me gustó que me hablara de sus cosas con tanta naturalidad. Parecíamos una pareja conversando después de un largo día sin verse.

—¿Y cómo fue la entrevista? ¿Conseguiste tu titular?

Se rio y me imaginé esas preciosas arrugas que se formaban alrededor de sus ojos cuando se reía.

—No del todo. No me explicó nada que no dijera durante la presentación, aunque sí que descubrí algo nuevo y desconcertante.

—¿El qué?

—Que no compartimos acera... no sé si me entiendes.

Alcé las cejas y una sonrisa divertida se dibujó en mis labios.

—¡No me digas que te tiró los trastos!

—Mejor que eso. Al acabar de hablar, nos hemos dado la mano y he notado que había dejado algo en ella. La tarjeta de su habitación.

—¡No fastidies! —exclamé alucinada.

—Te lo juro.

Empecé a reír, mientras al otro lado él hacía otro tanto. La situación en sí era surrealista, pero conociendo a Óscar no me extrañaba nada que hubiera conseguido seducir al pobre hombre sin proponérselo. Era inteligente, guapo y jodidamente atractivo. ¿Cómo resistirse?

—¿Y qué has hecho? —pregunté, cuando conseguí que la risa diera paso a las palabras.

—¿Pues qué iba a hacer? Decirle con educación que no me interesaba. Es un tío muy interesante, pero a mí los pepinos solo me gustan en ensalada.

Aquel comentario volvió a arrancarme una nueva carcajada y unas lágrimas escaparon de mis ojos. Me zarandeé con tanta efusividad que el móvil estuvo a punto de resbalar de mi mano y caer en el agua. Por suerte, conseguí cogerlo a tiempo.

—¿Estás bien? —preguntó Óscar al otro lado. Supuse que habría oído mi exclamación de sorpresa seguida del sonido que hace el agua al chapotear.

—Perdona, he estado a punto de liarla y hundir el móvil en la bañera.

Un silencio corto.

—¿Bañera?

—Sí, bañera, ya sabes, eso que se llena de agua y sirve para asearse y tal.

—Sé lo que es una bañera, pero ¿eso significa que estás hablando conmigo desnuda? —preguntó de nuevo, con un tono de voz que rozaba la

incredulidad.

—Claro. Yo me suelo bañar desnuda. No sé cómo lo harás tú.

Durante unos segundos, hubo un nuevo silencio. Solo oí su respiración agitada al otro lado del teléfono.

—¿Sigues allí? —pregunté, divertida por su repentino mutismo.

—Sí, perdona. Estaba imaginándote desnuda en esa bañera de patas de tu cuarto de baño y he pensado en lo mucho que me gustaría hacerte compañía.

—¿Dos personas en esta bañera? Dudo que eso fuera técnicamente posible, es diminuta. —Solté una risita cohibida.

—Sí, que es posible —afirmó él, con seguridad—. Y, de hecho, existen muchas posibilidades. Si quieres, a mi vuelta te las enseño todas...

Esa invitación provocó que mi mente se disparara con imágenes de Óscar y yo en esa bañera. Yo sentada encima de él, con su cuerpo rodeándome. Yo a horcajadas, buscando el contacto con su miembro. Solté un gemido ahogado, apretando mis muslos con fuerza.

—Si te pones a jugar con la alcachofa de la ducha mientras hablamos, lo mínimo que puedes hacer es explicármelo, ¿eh? Compartir es vivir.

—No estoy haciendo nada de eso, guarro —protesté.

—¿Seguro? A mí me importaría, de hecho, todo lo contrario...

Bufé, porque sí seguíamos por aquel camino acabaríamos practicando sexo telefónico, y como no era plan, decidí cambiar de tema.

—¿Sabes qué? Ayer encontré algo muy interesante entre tus libros.

Soltó un «ajá» pensativo, y preguntó, con un tono de voz que reflejaba una sonrisa al otro lado:

—Déjame adivinar, ¿mi colección de revistas porno?

—No, idiota —me reí—. Hablo de la obra de teatro que escribí para fin de curso, *La vida que nos espera*. Dime que no lo dejaste ahí expresamente antes de marcharte a sabiendas que iría a tu casa para chafardear tus novelas y lo encontraría.

Adiviné una nueva sonrisa al otro lado.

—Eso lleva allí desde que me mudé al piso.

—No me lo creo.

—Pregúntale entonces a mi hermana. Ella me ayudó a colocar los libros en su momento y tiene una memoria privilegiada, seguro que se acuerda.

Fruncí el ceño.

—Pero... ¿por qué lo guardaste ahí?

Óscar suspiró.

—Pues... principalmente por dos razones. La primera, porque es un pequeño diamante en bruto, una obra que merece estar allí donde la puse. —Hizo un breve descanso antes de continuar—. Y segundo, porque es el recuerdo de una chica que consiguió enamorarme como un completo gilipollas durante el último año de instituto.

Su confesión me sorprendió tanto que empecé a boquear como un pez fuera del agua. ¿De verdad acababa de decirme que había estado enamorado de mí? Cuando alguien va a confesarte algo así, lo mínimo que debería hacer es ponerte sobre aviso, no soltártelo como quién no quiere la cosa.

Óscar se rio. De haberlo tenido cerca le hubiera estampado el móvil en la cabeza. ¿Cómo podía reírse en aquel momento?

—¿Es una broma? Porque si es una broma, no tiene gracia.

—Ojalá bromeara —dijo, dejando escapar un suspiro—. Me volvías loco con tu grandilocuencia y tu carácter de chica decidida y segura de sí misma. Había días en los que tenía que hacer un gran esfuerzo de contención para no saltar encima del pupitre y callarte a besos cuando te ponías en plan pasivo agresivo conmigo. Y digo a besos, aunque tenía ganas de callarte de muchas otras formas.

Tocada y hundida.

Ahora sí que necesitaría la alcachofa de la ducha para calmar el cosquilleo creciente entre mis muslos.

—¡Pero si te pasabas el día metiéndote conmigo!

—Para llamar tu atención.

Recordé esa frase popular tan típica en la niñez: «los que se pelean se desean».

—No me lo puedo creer.

—¿Y por qué sino iba a estar todo el día molestándote? Además, te tiraba la caña y no era precisamente discreto.

—Se la tirabas a todas. De hecho, siempre andabas liado con alguna.

—No siempre. Y durante los últimos meses no fue así... Yo... Bah, da igual.

Me quedé unos segundos callada, dejando que los recuerdos de aquella época inundaran mi mente. Nuestras discusiones, nuestras miradas retándonos, nuestras batallas dialécticas, y a la vez... Esa calidez que inundaba mi pecho cada vez que le veía, cada vez que una de sus sonrisas torcidas iba dirigida a mí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Oh, vamos. Porque tú eras una buena chica y yo estaba demasiado jodido. Tú siempre me decías que era un cliché con patas, Pecas, y tenías, razón, lo era. Un jodido cliché con patas sin nada para ofrecer al mundo en general y mucho menos a ti en particular. —Oí como chasqueaba la lengua contra el paladar—. Pero eso da igual. Es el pasado. Prefiero hablar del presente. Y hablando del presente, quiero que volvamos a esa bañera en la que estás desnuda...

Dejó escapar una risita, pero a mí se me había revuelto el estómago con aquella confesión inesperada. Necesitaba más respuestas, aunque era incapaz de encontrar las preguntas.

Justo en aquel momento, oí un ruido al otro lado de la línea y Óscar me pidió que esperara porque alguien había llamado a su puerta. Oí el sonido de pasos y el rumor de algunas voces. La puerta se cerró y Óscar volvió a colocarse el aparato en el oído:

—Salvada por la campana. He quedado con algunos periodistas que se hospedan en el hotel para cenar y tomar unas copas luego.

—¿Alguna chica interesante a la vista?

—Sí, una. Pero está bastante lejos de aquí en este momento. Dentro de una bañera para ser exactos.

Me lo imaginé, sonriendo de lado, con esa sonrisa san tuya.

—Eres un canalla.

—Siempre.

—¿Nos vemos mañana? —pregunté.

—Sí, llego sobre el mediodía. Por cierto, los chicos vendrán a cenar, así que apunta el evento en tu agenda porque también estás invitada. Además, Raúl me ha pedido permiso para traer a tu amiga.

—¿Carla también estará? —pregunté sorprendida.

—Sí, de un día para el otro son como siameses —se rio y luego nos quedamos unos segundos sin decir nada—. Bueno, Pecas, nos vemos mañana.

—Vale.

—Vale —repitió.

Un nuevo silencio.

Poco después, tras más silencios y una despedida rara que se alargó más de lo habitual, colgamos.

Volví a dejar el móvil sobre el taburete y, sintiendo un remolino de sentimientos contradictorios en espiral recorrerme por dentro, hundí la cabeza dentro del agua ya templada, como si el agua pudiera ayudarme a deshacer el nudo de confusión que tenía en el estómago.

Esta noche voy a por ti

Aquella noche dormí a saltos, encadenando sueños que parecían dirigidos por el propio Salvador Dalí. Mi subconsciente no hacía más que reflejar lo que pasaba en mi cabeza; todo era confuso y caótico.

Óscar había estado enamorado de mí. Yo lo había estado de él. Si yo no hubiera sido tan cabezota intentando negar lo que sentía, o si él me hubiera confesado entonces sus sentimientos, quizás nuestro final hubiera sido distinto. Nunca lo sabríamos.

Era extraño pensar en el Óscar adolescente y compararlo con el actual. Pese a ser la misma persona y compartir su esencia, había ocasiones en las que no lo parecía. Poco quedaba de aquel chico de aspecto taciturno y sombrío que se escondía tras una máscara de indiferencia y mala leche para protegerse del mundo. Su magnetismo por aquel entonces residía en aquella areola de chico malo que simbolizaba lo desconocido, lo peligroso, el morbo por lo prohibido. Doce años después, eso había cambiado. Lo había notado aquella primera noche en la oscuridad de mi terraza cuando nos reencontramos, y lo había ido corroborando al largo de aquellas semanas. Las aristas de su carácter se habían suavizado como se suavizan las aristas de un guijarro por la erosión del mar. Seguía siendo irónico, y seguía chinchándome

a veces, pero su forma de hacerlo era más cuidadosa, más considerada y sutil. Además, sus facciones ahora eran relajadas, serenas, y su cuerpo ya no parecía estar en tensión permanente, como si fuera a echar a correr de un momento al otro. Algunas veces, había atisbado un pequeño brillo triste en sus ojos verdes, pero este desaparecía tan pronto como llegaba. En todo caso, Óscar había cambiado, había conseguido convertirse en una versión mejorada de sí mismo, y se había abierto a los demás.

No dejaba de ser irónico comparar su evolución con la mía. Yo a los dieciocho tenía las cosas mucho más claras que entonces. Me imaginaba viajando al pasado con una máquina del tiempo, visitando a la Virginia que iba al instituto y decirle:

—Hola, soy tú yo del futuro. Cuando acabes la universidad entrarás a trabajar en una de esas revistas para mujeres que tan poco te interesan, dejarás de escribir y te irás a vivir con tu novio. ¡Ah! Y te plantarás a los treinta con una vida vacía y unos cuernos del tamaño de la Sagrada Familia.

Creo que a esa Virginia le hubiera dado un patatús de proporciones épicas, y cuando hubiera vuelto en sí, se hubiera tomado un chupito de cianuro para practicarse la eutanasia.

Durante la mañana de aquel viernes, Óscar llamó para avisarme de que llegaría más tarde de lo previsto. Al final había tenido que pillar el Ave más tarde, por lo que no llegaría hasta pasadas las siete. Aquello me decepcionó

un poco. Tenía muchas ganas de verle. Además, me sentía extrañamente ansiosa, como cuando tu autor favorito anuncia que va a sacar una nueva novela y la espera se te hace interminable.

Intenté matar el tiempo ordenando todos los apuntes que tenía para empezar a escribir mi novela, pero no me concentraba mucho en la labor. No podía dejar de pensar en Óscar, en sus sonrisas torcidas, en sus comentarios mordaces y en sus camisas de leñador que ya identificaba con él. En su forma de reír, tirando suavemente la cabeza hacia atrás, y en esas marquitas que se creaban a lado y lado de sus ojos cuando lo hacía. En la forma que tenía de mover las manos cuando explicaba algo, o en esa manía tan suya de tocarse el pelo cuando escuchaba a los demás, despeinándose sin querer. En su barba de días, que ensombrecía su mentón casi siempre, y en el brillo de sus ojos cuando hablaba de libros y de todo lo que le apasionaba... En resumidas cuentas, era incapaz de sacarme a Óscar de la cabeza.

Decidí llamar a Carla para que me entretuviera. Me respondió con la voz jadeante entre risas y me dijo que estaba ocupada. No me hizo falta ninguna aclaración para comprender que la había pillado entregada al noble arte del fornicio. Al colgar me quedé mirando el móvil con expresión de estupor, porque por la hora debía de encontrarse en la oficina. Me la imaginé haciendo pasar a Raúl en su despacho, diciéndole a su secretaria que era el padre de alguno de los niños que visitaba. Seguro que se lo habían montado encima del

escritorio en plan peliculero.

Me pasé el resto de la tarde limpiando la casa, porque eso era algo que solía hacer cuando me perseguían los pensamientos en bucle. Quitó el polvo, pasé el aspirador, hice una lavadora, limpié el baño y, al acabar, estaba tan cansada por la falta de sueño y esos pensamientos repetitivos, que me tumbé en el sofá y cerré los ojos con la intención de dormir unos minutos. Estaba convencida de que eso me ayudaría a desconectar de mi cerebro.

★ ★ ★

Llamaron al timbre y abrí los ojos de golpe, con la extraña sensación de que acababa de cerrarlos. Fuera, el cielo había oscurecido del todo y Canela estaba hecho un ovillo a mis pies.

Parpadeé confusa y alcancé el móvil preguntándome por la hora. Al ver los dígitos en la pantalla, solté un exabrupto. ¡Eran casi las siete y media! Había dormido más de dos horas.

Volvieron a llamar al timbre. Me levanté de un salto intentando ignorar el hecho de que parecía sacada de El Circo de los Horrores, con mi camiseta vieja llena de agujeros, las mallas roñosas que solo usaba para limpiar y el mini moño completamente deshecho.

Abrió la puerta y me encontré con Óscar. Nada más verme, me dedicó una

sonrisa preciosa. Estaba para comérselo, con unos pantalones pitillo color camel y una de sus camisas de leñador, en esta ocasión con los cuadros de color azul cobalto y mostaza. Arrastraba con él una pequeña maleta de color rojo.

Se inclinó y, como ya era habitual, me plantó uno de sus besos rasposos, muy cerca de los labios.

—¿Dormías? —preguntó, separándose un poco para atrapar con sus dedos uno de mis mechones rebeldes. Lo pasó detrás de mi oreja.

—Sí. Solo iban a ser cinco minutos, pero me he quedado frita —confesé, avergonzada.

—¿Has pasado mala noche? —Se apoyó en el marco de la puerta, alzó la comisura izquierda y tuve la sensación de que aquella pregunta era una de sus preguntas trampa—. ¿La alcachofa de la ducha no te dejó satisfecha?

Entrecerré los ojos, con las mejillas encendidas.

—Eres un perverso.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

—Y no lo pienso hacer. ¿Quieres un café? —Me aparté de la puerta y le cedí el paso.

—Me encantaría, pero tengo que hacer la compra para esta noche. Mis amigos comen como animales, y si se quedan con hambre se ponen insoportables.

Un pequeño mohín se dibujó en mis labios de forma involuntaria ante su negativa y él sonrió. Canela se frotó contra mis piernas y yo me agaché para cogerle entre mis brazos y acariciarle la cabecita.

—Menudo mamón. Anda que no es listo. Suda del humano que lo cuida y que lleva días sin ver para irse contigo.

—Nos llevamos bien.

—Está loco por ti. Algún día tendremos que explicarle que lo vuestro es un amor imposible.

Alargó la mano y lo acarició. Luego, me miró, atrapando su labio inferior con los dientes.

—Oye, ¿y si me ayudas a hacer la cena? Compro, vuelvo y me echas una mano.

Yo quería echarle una mano, pero no con la cena...

—Me doy una ducha y voy —acepté.

Vi como sus facciones cambiaban de forma repentina. Sus ojos se oscurecieron y una expresión lobuna apareció dibujada en su rostro. Entonces, recordé la conversación del día anterior y noté el rubor subiendo por mis mejillas.

—¿Y no vas a invitarme? Tengo algo pendiente que enseñarte.

—¿No tenías prisa? —le recordé, notando como mis pezones se endurecían bajo el sujetador.

—Para explicarte lo bien que encajamos tú y yo en esa bañera, no necesito mucho tiempo.

—Estás muy lanzado, ¿no? —puse en evidencia, deslizando mis dedos por el pelaje anaranjado de Canela.

Él se rio y alzó ambas cejas.

—Pues esto no es nada, Pecas. Esta noche voy a por ti.

Sentí un palpito entre mis muslos.

—¿Y el Óscar caballeroso?

—Al banquillo. Hoy sale a jugar el Óscar canalla, y ya sabes cómo se las gasta.

Tragué saliva y el corazón empezó a latirme tan deprisa y con tanta intensidad que empezó a vibrarme todo el cuerpo.

—Eso será si te dejas, ¿no? —conseguí decir, pese a sentirme abrumada.

Sonrió de forma indescifrable y nos quedamos mirando sin decir nada.

—Dejo el equipaje y me voy a comprar —dijo al final, rompiendo el contacto visual y tragando saliva con aparente dificultad—. ¿Te quedas con Canela hasta que regrese?

Afirmé con la cabeza y Óscar sacó sus llaves, abrió la puerta de su piso y me lanzó una última mirada antes de entrar en él. Yo le imité, me dirigí hasta mi dormitorio y dejé a Canela sobre la cama. Abrí el armario ropero y empecé la búsqueda del conjunto perfecto para aquella ocasión. Si él sacaba al Oscar

canalla, yo sacaría a la Virginia guerrera.

Quiero hacerte gritar

Salí de casa con Canela en un brazo y una bolsa con algunas de sus cosas en el otro. Al final acabé eligiendo un look sencillo que me permitiera sentirme cómoda pero sexy. Me puse una falda corta abrochada a la cintura de color granate, una camiseta de tres cuartos a rayas azules y blancas con un escote generoso, medias con ligüero y carmín rojo en los labios. Supe que había acertado con el conjunto cuando Óscar abrió la puerta y me repasó con la mirada con una sonrisa ladina.

Solté a Canela en el suelo, dejé sus cosas sobre el mueble del comedor y, tras limpiarme las manos, me coloqué a su lado en la barra americana. Detrás nuestro, sobre la encimera, descansaban dos recipientes redondos recubiertos con una capa fina de hojaldre recién cocido. Le miré de forma interrogativa mientras él empezaba a batir una mezcla con tropezones verdes en el interior de una fuente.

Óscar cazó mi curiosidad al vuelo:

—Estoy preparando quiché de espinacas, queso de cabra y bacon.

—¿En serio? —Abrí los ojos como platos.

—Sí —afirmó. Dejó de batir unos instantes analizando la expresión de mi rostro—. Pareces sorprendida

—Lo estoy. —Cuando el día anterior Óscar me había hablado de una cena con sus amigos, me había imaginado la típica cena de tíos con pizzas congeladas, patatas fritas y cerveza. Al menos, ese era el menú habitual de Iván cuando invitaba a los suyos—. Esperaba algo más... pragmático.

—Me gusta cocinar. —Se encogió de hombros—. Me relaja hacerlo.

Y a mí me relajaba observarlo. Estaba tan mono cuando cocinaba todo concentrado en lo que hacía...

—Oye, ¿te apetece poner un poco de música? —preguntó, señalando su portátil abierto sobre la mesita de centro.

Afirmé con la cabeza y me senté en el sofá para trastear. Cuando vi que tenía descargada la aplicación de Spotify, se me iluminó el rostro y empecé a cotillear entre sus listas. Tenía un gusto muy ecléctico, aunque era evidente que su género favorito era el rock.

—¿Puedo poner mi cuenta? —pregunté.

—Adelante, tengo curiosidad por conocer tu gusto musical.

—¿Qué tengo pinta de escuchar?

—Boleros. —Apretó los labios escondiendo una sonrisa.

Me reí.

—Sí, y pasodobles.

—Podría ser. Tienes pinta de chica folclórica.

Cerré su cuenta y abrí la mía, seleccionando la lista que usaba para

inspirarme a escribir. Era una lista muy personal, muy íntima, pero me apetecía compartirla con él. Le di al play tras activar la opción de aleatorio.

La primera canción en sonar fue *Universos infinitos* de Love of Lesbian y pude ver como sus labios se ensanchaban en una amplia sonrisa.

—¿Desilusionado? —pregunté, colocándome a su lado de nuevo.

—Predecible. Love of Lesbian es muy tú.

Aquella respuesta me gustó. Además, aquella canción en concreto tenía un significado muy especial para mí, porque formaba parte de la BSO de nuestra historia. Conocí al grupo el verano en el que se marchó y escuché sus canciones en bucle hasta aprenderme todas sus letras de memoria. *Universos infinitos* siempre me había parecido una canción triste pero bonita. Una canción que describía muy bien ese pequeño universo que construimos las personas cuando entablamos lazos afectivos con alguien. Un universo con lenguaje propio, lleno de miradas, matices, gestos y pequeños detalles que lo hacen único e irrepetible pese a ser uno más en el complejo entramado de universos que nos rodean.

Con la música de fondo, Óscar siguió con los quichés y yo me puse a preparar la ensalada. Con el modo aleatorio, las canciones se sucedían de forma imprevisible. De Love of Lesbian pasamos a los Niños Mutantes y de los Niños Mutantes a Sidonie.

Justo cuando Óscar metía los quichés dentro del horno para que se

cocieran y yo acababa de aliñar la ensalada, una canción terminó y empezaron los primeros acordes de una nueva. Al reconocerla, me tensé. Esa musiquilla retro era inconfundible. Oh, no. Esa canción no. No ahora. La voz desgarrada de Iván Ferreiro cantando *Quiero hacerte Gritar* de Los Piratas llenó el espacio. Pensé que, con un poco de suerte, Óscar no prestaría atención a la letra, pero supe que lo había hecho cuando noté ese cosquilleo característico en la nuca que te avisa de que alguien te está mirando fijamente. Me giré y allí estaba él, con las cejas levantadas escuchando la canción que en ese momento decía así:

Quiero saber cómo hacer que estés mojada

Quiero saber cómo sabes empapada

Quiero poner tu piel mirando al cielo, al cielo

Quiero moverte sentada sobre mí

Fingió estar escandalizado y la canción dio paso al estribillo: «Quiero hacerte gritar, gritar y respirar, gritar hasta que acabe». Cuando el estribillo terminó, empezó a reírse y apoyó la cadera sobre la encimera de la cocina con los brazos cruzados.

—Pecas, ¿es ésta una declaración de intenciones?

—Tengo más de 500 canciones en la lista, ni siquiera recordaba que

estaba esa ahí —repliqué.

—¿Acaba de decir: «quiero que pongas tu cabeza entre mis piernas»? —
Se golpeó el labio inferior con un dedo prestando atención a la letra—. Eso me gusta.

—No seas inmaduro.

Bufé, indignada por su sonrisa burlona, y me dirigí hacia el portátil dispuesta a acabar con el cachondeo, pero él me interceptó a medio camino. Me cogió por la cintura y con un movimiento, me sentó sobre la barra americana, colocándose entre mis piernas. Apoyó su cabeza en el hueco de mi cuello, pasó sus brazos por detrás de mi espalda y me apretó a él. Sentí su erección apretarse entre mis piernas y me puse a mil.

—Yo también quiero hacerte gritar —susurró a mi oído, consiguiendo que una oleada de calor me recorriera entera—. Y hacerte todas esas guarradas que dice la canción. —Me mordió el lóbulo de la oreja y sentí su lengua acariciarme la piel. Cerré mis piernas alrededor de su cadera y me apreté más a él, dejando escapar un gemido cuando sentí su erección frotarse contra mi sexo—. Joder, no sabes las ganas que te tengo. —Me mordió el cuello con suavidad y yo le tiré del pelo, atrayéndolo hacia mí.

—Yo también te tengo ganas —confesé, con la voz tomada, alcanzando su cuello y su oído con los labios.

Estábamos pegados, manoseándonos el uno al otro, poniéndonos a mil sin

llegar a besarnos en la boca, cuando ocurrió lo peor que puede pasar en estas situaciones: alguien llamó a la puerta. Me quedé quieta, con una de mis manos empezando a trepar por debajo de su camisa y la otra tirándole del pelo.

—Oh, mierda —masculló él, en voz baja, apoyando su cabeza sobre el hueco de mi cuello.

Ladeé el rostro para mirar la hora en el reloj de pared y comprobé que aún era pronto. Óscar colocó un dedo sobre mis labios indicando que callara, pero el timbre volvió a sonar y, esta vez, fue acompañado de una voz que ambos reconocimos:

—Hermanito, sé que estás ahí. Hay luz y escucho música.

—La madre que la parió.

Soltó un gruñido frustrado.

Descrucé las piernas, le liberé de mi abrazo y él se separó de mí con desgana. Antes de marcharse, se inclinó para darme un suave beso en la nariz y susurrarme al oído:

—Esto solo ha sido el prólogo...

Me bajé de la barra americana sintiendo la anticipación bullir en mi interior, y Óscar abrió la puerta.

—¿A ti no te han dicho que es de mala educación llegar antes a los sitios?
—le dijo a modo de saludo.

—¿Y a ti no te han dicho que es de mala educación no abrir la puerta a los

invitados lleguen a la hora que lleguen? —protestó ella entrando en el piso.

Aquella noche Sara se había ondulado el cabello y unos bucles grandes y perfectos caían sobre sus hombros.

—Mira que eres desagradecido. Encima que vengo antes para ayudarte...

—Al verme, dejó la frase en el aire y una sonrisa mordaz ocupó su rostro—. Ya veo que te mantenía tan ocupado...

Me acerqué a ella para darle dos besos y señalé el horno donde se estaban cocinando los quichés.

—Estábamos con la comida. —Sara alzó ambas cejas con picardía, se rio y yo especificué, dándome cuenta de lo mal que había sonado—: La comida para la cena, claro.

—Claro —repitió, mirando a su hermano con las cejas levantadas. Se acercó a él y entendí lo que había visto cuando alargó el dedo y señaló un reguero rojo en su cuello—. Aunque ya me dirás como ha llegado esa marca de pintalabios ahí.

Me tapé los labios de forma instintiva y Óscar empezó a reír, alborotando el cabello de su hermana con un gesto afectuoso.

—Enana, deja de hacer de Sherlock Holmes y dame eso que traes ahí. — Llevaba en las manos una bolsa de cartón que le tendió encantada.

—Pastel de queso casero para el postre —dijo, sonriente—. Tranquilo, no lo he hecho yo, lo ha hecho mamá.

—Menos mal.

Óscar sacó la tarta de la bolsa y la dejó sobre la encimera.

Mientras Sara parloteaba sin cesar sobre un proyecto en el que estaba trabajando aquella semana, mis ojos y los de Óscar conectaron en la distancia. Algo quedó flotando entre ambos...

Las ganas.

La necesidad.

El hambre.

Y es que, aquella noche, iba a hacerse larga. Muy larga.

No sé el qué, pero otra cosa

David llegó pasadas las nueve. Pocos minutos después, apareció Mateo. Abrimos la mesa extensible de la zona del comedor y la preparamos. Los quichés esperaban ya horneados sobre la barra americana, junto a la fuente de la ensalada y unos recipientes con patatas de bolsa. Servimos la comida, descorchamos el vino y esperamos a Carla y Raúl que llegaron con bastante retraso. Después de jalearlos por su tardanza, nos sentamos alrededor de la mesa y empezamos a cenar.

La cena se sucedió entre copas de vino, conversación ligera y la mano de Óscar jugando con mi falda. Pese a estar rodeados de gente, tenía la sensación de que una burbuja invisible nos envolvía. En nuestra burbuja, lo importante no eran las palabras que decíamos en voz alta, participando de la conversación grupal, sino lo que sucedía a escondidas del resto. Por un lado, debajo de la mesa, entre roces de manos que se buscan y se encuentran, de dedos que se pierden en muslos ajenos, tanteando un terreno que está por descubrir. Por el otro, en los cruces de miradas, en las sonrisas cómplices, intencionadas, en las palabras que no se dicen pero que se piensan, palabras que necesitan ser susurradas en el momento adecuado, en el instante oportuno.

Después de la cena, pasamos a los postres y el alcohol.

David se puso modo barman y preparó mojitos y gin-tonics para todos mientras Mateo nos obsequiaba con una grabación de la última Jam Session en la que había participado. Aunque tenía pinta de roquero trasnochado, Mateo tocaba el piano como un verdadero profesional del jazz.

Los mojitos y los gin-tonics trajeron con ellos muchas risas. Achispados por el alcohol, empezamos a compartir anécdotas divertidas en las que la mayoría de veces, el alcohol también era el protagonista.

Como una cosa llevó a la otra, salió el tema de los juegos de beber, y Carla no pudo evitar explicarles entre risas que en la universidad me llamaban «la infalible» porque era casi imposible vencerme al duro. Siempre que tiraba la moneda sobre la mesa, esta salía rebotada dentro de uno de los vasos de chupito dejando a todo el mundo pasmado. Lo que ella no sabía es que mi técnica había sido depurada a base de tutoriales de Youtube, porque abusar del alcohol me sentaba mal, y odiaba pasarme la mañana siguiente con la cabeza dentro del inodoro. Durante un tiempo se puso de moda desafiarme a ese juego para intentar vencerme. Hacía mucho tiempo de aquello, pero para Carla, seguía siendo toda una leyenda.



Alrededor de las dos de la madrugada, los invitados empezaron a desfilar.

Primero se marcharon David y Mateo, que querían seguir la fiesta a otro lado. Más tarde, Sara, Raúl y Carla, que regresaban a casa para descansar después de una semana dura.

Cuando por fin nos quedamos solos, solté un suspiro de alivio y me senté en el sofá. Óscar no tardó en acompañarme, pero lo hizo trayendo con él cuatro vasos de chupito y una moneda de cinco céntimos. Depositó los vasos en forma de cuadrado en la mesita de centro y tiró la moneda en el aire, cogiéndola con una mano y colocándola en el dorso de la otra.

—¿Cara o cruz?

Agrandé los ojos.

—¿Y esto?

—¿Cara o cruz? —insistió.

—¿Quieres que juguemos al duro? —pregunté, sorprendida por esa extraña proposición.

—¿Cara o cruz? —repitió, alzando las cejas, apremiante.

—Bueno, vale, a ver... —vacilé indecisa, porque siempre me ha costado tomar decisiones de forma improvisada—. ¿Cara?

—Señorita, ¿me lo está preguntando o es esa su elección?

—Es mi elección. Cara.

—Entonces yo Cruz.

Se destapó la mano. Había salido cara. Me lanzó la moneda que yo cogí

al vuelo.

—Tú empiezas.

—¿De verdad quieres que nos pongamos a jugar a esto ahora? Yo ya voy bastante tocada —le dije, señalando la mesa del comedor donde aún podían apreciarse las botellas de alcohol vacías.

—Sí, quiero que juguemos. Esa anécdota tuya ha despertado mi curiosidad. Aunque quiero que juguemos con nuestras reglas. —Le estudié con la mirada e hice un movimiento de cabeza pidiéndole que desarrollara esa petición—. Si la moneda cae dentro de alguno de los vasos, podremos preguntarle al otro lo que queramos.

¿Quería sustituir el alcohol por preguntas? Aquello tenía que tener gato encerrado...

—¿Y si fallamos?

—Perdemos una prenda.

Le miré suspicaz y él ensanchó su sonrisa.

—¿Quieres que me juegue la ropa al duro?

—¿Por qué no? —Alargó su mano y tanteó el borde de mi falda con una suave caricia—. La vas a perder igualmente, ¿qué importa cómo?

—Estás muy seguro de tus posibilidades.

Atrapó su labio inferior con los dientes en un gesto sexy que me derritió por dentro y, sin negar lo que yo había puesto yo en evidencia, preguntó:

—¿Juegas?

Paseé la moneda entre mis dedos, alcé los ojos hasta los suyos y dije:

—Está bien, pero tengo una condición. Será el otro quién decida la prenda a quitar.

Mi propuesta pareció gustarle porque ensanchó aún más su sonrisa. Con la mirada perdida en mi escote, añadió:

—Mejor aún: será el otro quién se la quite.

Tragué saliva. La idea de quitarle la ropa de aquella forma era excitante y provocadora. Hacía rato que había decidido como quería acabar la noche, lo que no me había planteado era el camino que recorrería para conseguirlo.

—De acuerdo. Trato hecho.

—Cuando quieras.

Me dedicó una sonrisa satisfecha y me dejó espacio para que pudiera maniobrar con la moneda. La puse de canto, la tiré contra la mesa y... rozó el filo de un vaso, cayendo sobre la superficie de madera.

—Para ser «la infalible» no es que empieces precisamente bien — bromeó.

—Hace años de aquello, ya no tengo práctica —me quejé, haciendo un mohín.

—Menuda excusa. Confiesa que has fallado a propósito porque te mueres de ganas de quedarte sin ropa.

—¡Ja! Mira que eres creído...

Reprimí una sonrisa y Óscar se pegó más a mí.

—Creo que tienes algo que me pertenece... —dijo en un susurro.

—Tic tac —urgí, algo nerviosa por no poder anticipar sus movimientos.

Óscar se rio entre dientes, colocó una mano sobre mi muslo y subió mi pierna sobre su regazo. Con delicadeza, bajó la cremallera de mi botín y lo dejó caer, acariciándome a través de la media. Sus dedos me hicieron cosquillas en la planta del pie y me revolví, consiguiendo que me soltara. Aunque había sido solo un roce, mi cuerpo lo había sentido con una intensidad brutal.

Tragué saliva e intenté recuperar el pulso. Cuando lo conseguí, le miré de reojo y le recordé:

—Te toca.

Me guiñó un ojo, cogió la moneda y la tiró con fuerza contra la mesa. Había sido demasiado entusiasta y la moneda salió disparada hasta alcanzar la pantalla del televisor. Solté una risita burlona mientras él maldecía y se levantaba para recogerla del suelo.

—Creo que se me ha ido un poco la mano.

—Me da a mí que sí. Un poco.

Me levanté del sofá, le cogí la moneda y le pedí que no se sentara. Óscar alzó ambas cejas, expectante, y yo me acerqué a él hasta que nuestros cuerpos

se tocaron. Su olor alcanzó mi nariz dejándome extasiada durante unos segundos. Cuando recobré el sentido, le miré a los ojos, esos ojos verdes e impresionantes que tan loca me volvían, y susurré, acercando mis manos a su vientre plano, donde se atisbaban unos abdominales perfectamente trabajados:

—Quiero tu cinturón.

La nuez de su garganta se movió al tragar saliva.

—Todo tuyo —respondió con la voz tomada.

Sujeté la hebilla con delicadeza y aproveché para rozarle la entrepierna. Fue un roce suave, pero sus ojos se oscurecieron y adquirieron un aire salvaje, animal. Deslicé el cinturón por las presillas del pantalón, con lentitud, hasta que este se soltó del todo y lo dejé caer al suelo.

Durante varios segundos nos quedamos quietos y en silencio, uno frente al otro, mirándonos con intensidad.

—¿Seguimos? —preguntó, sin dejar de mirar mis labios mientras humedecía con la lengua los suyos.

—Seguimos —repetí.

Soltando un pequeño bufido, intenté concentrarme en los vasos que tenía enfrente. Me tocaba a mí tirar otra vez, así que, calculé la distancia, lancé de nuevo la moneda, rebotó en la mesa y... esta vez se desplazó varios centímetros lejos de mi objetivo. Maldije mi suerte en voz alta.

Óscar se rio, se pegó a mí de nuevo y, con suavidad, colocó mi otra

pierna sobre su regazo. Mientras me desabrochaba el botín, con la misma parsimonia que la vez anterior, empecé a contar mentalmente el número de prendas que llevaba encima. A este paso, iba a quedarme desnuda en menos que cantaba un gallo, y por la sonrisa perspicaz que se le dibujó en el rostro, estaba convencida de que él estaba pensando exactamente en lo mismo.

Tras recrearse en unas cuantas caricias, dejó de nuevo mi pie sobre la alfombra, se arremangó la camisa hasta los codos y cogió la moneda. Después de pensárselo mucho, con los ojos entrecerrados, la lanzó con un gesto calculado y... se hundió dentro de uno de los vasos de chupito. Recibió el resultado con regocijo.

—Derecho a pregunta —me recordó, alzando ambas cejas en un movimiento pícaro. Volvió a acercarse a mí hasta que nuestras rodillas se rozaron—. Antes de que viniera mi hermana y estropeará el momento, has dicho que me tenías ganas. ¿Sigues teniéndolas?

—Déjame pensar...

Pegó sus labios a mi oído y coló una mano debajo de mi falda.

—¿En serio necesitas pensártelo tanto?

—Sí —conseguí decir, con un hilillo de voz.

—¿Sí qué? —insistió, rozando la zona de mi cuello con su nariz. Uno de sus dedos se introdujo en el elástico del ligero de mis medias y tiró de él—. ¿Sí a que necesitas pensártelo o sí a que me tienes ganas?

—Sí a lo segundo.

—Quiero que lo digas.

—Sí, te tengo ganas, muchas ganas.

Depositó un beso sobre la piel de mi cuello y se separó un poco con expresión satisfecha.

Intentando recobrar el control de mis pulsaciones y mi cuerpo, inspiré y expiré un par de veces y observé de nuevo los vasos de chupito sobre la mesa. Era mi turno y esta vez no podía fallar. Cogí la moneda entre los dedos, calculé la fuerza que necesitaba según la distancia y, tras golpear la mesita de centro, cayó directa dentro de uno.

—¡Aleluya! —exclamé triunfal. Óscar soltó un gruñido a mi lado y yo sonreí, buscando mentalmente una pregunta para hacerle. Me froté la barbilla pensativa hasta que me decidí por una—. Lo tengo, a ver, ¿qué fue lo primero que pensaste cuando nos reencontramos?

Frunció el ceño.

—¿Estás segura de que quieres desaprovechar una pregunta hablando de eso? ¿No prefieres que te cuente algo más excitante? Algo como, por ejemplo, lo mucho que me apetece deshacerme de esa faldita que llevas y probar a qué sabes.

Apreté los muslos ante ese comentario tan sugerente y él sonrió. Si había alguien infalible allí, ese era él, de eso no cabía duda.

—Por lo que veo, eso ya lo haces sin necesidad de que te lo pregunte. Así que... tienes que responderme.

Se pasó una mano por el pelo, despeinándolo.

—Si quieres que te sea sincero, no lo sé. Fue un momento bastante... raro. Yo sólo pretendía coger a Canela, y entonces apareciste tú, como si fueras una visión deliciosa, con un libro alzado sobre tu cabeza, el pelo alborotado y una camiseta de *Star Trek* que dejaba al descubierto tus preciosas piernas. — Sonreí al recordar aquel momento—. No voy a mentirte, Pecas, hacía años que no pensaba en ti.

—Es normal, doce años son muchos años —dije, restándole importancia. Al fin y al cabo, yo tampoco lo había hecho. Ambos habíamos seguido con nuestras vidas, y eso era sano, normal.

—No, no lo entiendes. Yo... —Negó con la cabeza, indeciso. Parecía buscar las palabras para explicarse—. Cuando regresé a Barcelona no dejaba de pensar en ti y de verte entre la gente.

—¿Me veías entre la gente?

Le miré perpleja, y no sé si fue el alcohol, los nervios o la excitación, pero segundos después, una carcajada escapó de mis labios.

—¿Te hace gracia?

—No... Bueno, sí. Un poco.

—Pues no pretendía ser gracioso. —Me miró entrecerrando los ojos en un

gesto de ofensa, aunque pude ver como reprimía una sonrisa—. Cuando me cruzaba con una chica de tu estatura, con tu color de pelo y tu tono de piel, era inevitable preguntarme si serías tú. —Apartó la mirada de la mía y la bajó hacia sus manos—. Recuerdo una vez en particular. Estaba sentado en el metro, escuchando música a través de los auriculares y empezó a sonar aquella canción de Nina Simone que tanto te gustaba, *Feeling Good*. Estaba concentrado, leyendo *Tokio Blues* de Haruki Murakami, y me pareció verte delante de mí, de pie, esperando para bajar en la siguiente parada, con un vestido floreado de verano y el pelo recogido en una coleta despeinada. Durante una fracción de segundo, creí que eras tú, de verdad. Estaba a punto de levantarme para acercarme cuando esa chica se giró y descubrí que su perfil no se correspondía al tuyo, que mi imaginación, de nuevo, me había jugado una mala pasada. —Volvió a clavar los ojos en los míos. Yo le observaba sorprendida y un poco alucinada, todo hay que decirlo—. Siempre pensé que nos reencontraríamos de alguna forma casual: en la sección de libros de algún FNAC, coincidiendo en algún bar, cruzándonos por la calle... Yo qué sé, lo típico, supongo. Pero pasaron los años y empecé a pensar que eso ya no sucedería. Que tú y yo habíamos quedado relegados al pasado y que ya nunca volveríamos a existir en el presente. Me convencí de ello y me obligué a dejar de pensar en ti. Y ya ves cómo es la vida... Acabamos reencontrándonos de nuevo en una terraza, de madrugada, cuando ya hacía

años que había renunciado al hecho de volver a verte.

—Estoy segura de que nunca barajaste esa posibilidad —dije, abrumada por sus palabras.

—Jamás. —Hizo una pausa—. ¿Quieres saber lo primero que pensé en aquel momento? Lo primero que pensé entonces, pasado el shock del principio, fue que, doce años después, seguías teniendo el mismo poder sobre mí.

—¿Qué poder?

—El poder de ponérmela dura con solo una mirada.

Al oír esa frase se me encogió el estómago como si alguien estrujara mis vísceras entre sus manos. Instintivamente, bajé la mirada hasta su paquete, y allí estaba, hinchado y duro, apretado dentro de la tela del pantalón. Óscar cogió mi mano y la puso allí.

—¿Lo notas? —dijo, acariciando mis nudillos con el dedo pulgar mientras palpaba la erección—. Tú lo provocas. No sé cómo, pero lo haces.

Liberó mi mano de la suya y, tras dejarla ahí unos segundos más, volví a colocarla sobre mi regazo. El ambiente se estaba caldeando a marchas forzadas y la energía sexual entre nosotros se hizo aún más evidente.

—Es tu turno —le recordé, con la voz entrecortada, tras unos segundos mirándonos de forma significativa.

En las tres tiradas siguientes ninguno de los dos tuvo suerte. Tiró, falló.

Se quedó sin un zapato. Tiré, fallé, me quedé sin el cinturón fino que sujetaba mi falda. Tiró de nuevo, volvió a fallar, y le quité el segundo zapato. Para evitar perder una nueva prenda, afiné la puntería y, en mi nuevo intento, la moneda cayó dentro del vaso. La siguiente pregunta ya la tenía pensada, así que, cogí aire y pregunté, sin andarme con rodeos.

—¿Por qué no intentaste acostarte conmigo la noche de Halloween?

Óscar sonrió, como si ya se hubiera esperado esa pregunta.

—No es que no lo deseara, simplemente no era el momento.

—¿Quién dice que no lo fuera?

—Pecas, has salido de una relación larga con un final jodido. Las veces que hemos hablado sobre ello he notado que sigue afectándote. Es normal y lo entiendo. Pero yo no quiero ser un hombre tirita ni el clavo que saca a otro clavo. No quiero ser tu polvo de despecho. Simplemente quiero que, cuando te acuestes conmigo, lo hagas por necesidad, por ganas.

Creo que durante unos instantes se me olvidó hasta respirar. No me había esperado esa respuesta, para nada. Un aleteo recorrió mi vientre y solté un profundo suspiro.

—Nunca te he visto como un hombre tirita.

—Ni yo a ti como una mujer a la que uno se folla y olvida —respondió, acariciando mi brazo con la yema de los dedos—. Pero sé la impresión que doy, porque me gusta el sexo, porque lo disfruto sin complejos y porqué por

esta casa han pasado muchas antes. Conozco mi reputación y tú también. No la escondo. En parte, aguantarme las ganas esa noche, formaba parte de mi demostración de que tú eres otra cosa. No sé el qué y ahora mismo tampoco importa, pero eres otra cosa.

Con aquellas palabras consiguió que mi corazón vibrase.

—Sabes que eso te ha quedado un poco moñas, ¿verdad? —dije, con una sonrisa tonta en los labios.

—Es que yo con tres cervezas... —Sonrió, sirviéndose de la misma frase que había usado yo en Halloween para excusar mi actitud.

—No hemos tomado cerveza —me reí.

Sonrió, me guiñó un ojo, cogió la moneda y me pidió permiso para tirarla. Golpeó la madera y entró dentro de uno de los vasos.

—Me toca. —Esta vez parecía que ya tenía la pregunta preparada, la hizo sin pensarlo demasiado, dedicándome una de sus sonrisas lobunas—. En estas últimas semanas, ¿cuántas veces te has tocado pensando en mí?

Abrí los ojos sorprendida por su descaro.

—Eso te ha quedado muy presuntuoso. En esa pregunta das por hecho que me he tocado y más de una vez —me quejé.

—¿Y no es así?

Se me encendieron las mejillas.

—Quizás.

—Interesante que uses un condicional en tu respuesta. Muy enigmático.

—No te voy a decir lo que quieres oír para aumentar tu ego.

—Tienes que responder, ese es el trato.

—Está bien. —Me crucé de brazos—. No llevo la cuenta. ¿Te vale?

Su mirada se oscureció de golpe e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Me vale.

Tras repasarme con la mirada, cogió la moneda y me la tendió. La tiré y... cayó en medio de los cuatro vasos, dejándome con la boca abierta por haber tenido mala suerte.

—Eso tendría que valer por cuatro preguntas mínimo —exclamé, señalando los vasos.

—De eso nada. Eso vale tu camiseta.

¿Mi camiseta?

Tragué saliva con fuerza.

Nos pusimos de pie y tiró de mí hasta que nuestros cuerpos quedaron tan pegados que podía sentir el calor de su piel fluir hasta la mía. Bajó sus manos por mis brazos hasta alcanzar la cinturilla de la falda y se colaron por debajo de la camiseta. Sentí su tacto caliente sobre mis costados, proporcionándome un latigazo que viajó por mi cuerpo hasta concentrarse en mi sexo. En ningún momento apartó su mirada de la mía. Tiró de la tela y, sin necesidad de

pedírmelo, yo levanté los brazos haciéndole el trabajo más fácil.

En pocos segundos, la camiseta ya estaba fuera, despeinándome el cabello y consiguiendo que el vello de mis brazos se erizara. Sus dedos empezaron a bailar sobre mi piel: vientre, ombligo, pechos... Cerré los ojos y suspiré notando como el deseo empezaba a dolerme de una forma íntima, visceral. Cuando los volví a abrir, clavé mi mirada en la suya, en esos ojos cada vez más oscurecidos por la excitación. Sin decir nada, se inclinó, cogió la moneda y la lanzó, fallando a propósito. Esta rebotó sobre la mesa y cayó sobre la alfombra.

—Prenda —musitó.

Esbocé una suave sonrisa enturbiada por las ganas y el deseo y, sin decir nada, empecé a desabrochar uno a uno los botones de su camisa. Debajo de la camisa llevaba una camiseta de color azul. Me deshice del último botón y dejé que resbalara hasta el suelo. Acaricié su torso por encima de la tela y su mano me detuvo a medio camino, rozando mis nudillos con el dedo pulgar a la altura de su corazón.

Con la media sonrisa en los labios, me agaché a recoger la moneda del suelo y le imité, haciendo que rebotara sobre la mesa y cayera sobre la alfombra. Óscar torció su sonrisa y, en silencio, se arrodilló frente a mí. Con el rostro a la altura de mi cintura, bajó la cremallera de mi falda, haciendo que ésta cayera hecha un remolino sobre mis pies. Lo único que tapaba mi

desnudez en ese momento era la ropa interior. Se lamió los labios, me miró desde esa posición y se inclinó para depositar un beso sobre mis braguitas, un beso que me hizo jadear y que consiguió que la excitación me sacudiera de arriba a abajo.

Se levantó, poco a poco, sin prisas, con la moneda entre los dedos. La miró unos segundos y, con una mirada que parecía calculada, tiró la moneda y consiguió que esta entrara en uno de los vasos de chupito.

Torció los labios y me repasó con la mirada. Pese a estar prácticamente desnuda delante de él, con la luz encendida, no me sentía para nada incómoda ni avergonzada, estaba demasiado encendida como para preocuparme por eso. Cuando sus ojos se fijaron en mis labios, noté un cosquilleo delirante mecerse en mi vientre. Su mano derecha me acarició la barbilla, con suavidad, antes de perderse en mi nuca y enredarse con mi cabello.

—¿Y tú pregunta? —dije, con la boca seca y el corazón desbocado.

—Voy a besarte.

—Eso no ha sido una pregunta

—No, no lo ha sido.

Enterrando su mano entre mi cabello, me atrajo hacia su boca. Sus labios mullidos encajaron con los míos a la perfección. Mi cuerpo reaccionó de inmediato a ese primer contacto, estremeciéndose en una corriente eléctrica que recorrió cada recoveco de mi organismo. Cuando su lengua escapó de su

boca y lamió con suavidad mis labios, solté un gemido de placer, los entreabrí y dejé que se colara en mi interior, llenándome con su sabor, entremezclado con la ginebra y la menta. Mientras nuestras lenguas se enredaban en un baile rápido y decidido, nuestros cuerpos empezaron a frotarse en busca de un contacto más íntimo. Llevados por el deseo, acabamos cayendo en el sofá, Óscar sentado y yo encima de él, a horcajadas. En mi vida había dado muchos besos, pero ninguno se parecía a ese beso. Era un beso demoledor, violento, rudo, un beso de alivio, de necesidad, de urgencia. El beso cada vez se hizo más profundo y empecé a moverme sobre él, apretándome contra su miembro aprisionado bajo la tela del pantalón.

Mientras su mano derecha seguía hundida en mi cabello, su mano izquierda empezó a subir y bajar por mi espalda, hasta toparse con el cierre del sujetador. Lo desabrochó en un movimiento rápido y experto. Mis pechos quedaron al descubierto, con mis pezones duros y rosados a su disposición. Abandonó mi boca y se abalanzó sobre ellos, hundiendo su rostro en mi piel, regalándome besos y caricias suaves que fueron profundizándose hasta acabar en mordiscos necesitados. Cuando su boca cogió uno de mis pezones y lo mordisqueó dejando que su lengua lo meciera a su antojo, me retorcí de placer, gimiendo y jadeando perdida en mi propio goce.

Buscando el contacto de su piel, le quité la camiseta y su pecho desnudo quedó al descubierto, mostrándome una panorámica deliciosa de su torso que,

sin ser muy musculado, delineaba unos abdominales firmes. Una delgada línea de vello ascendía de la cinturilla del pantalón hasta medio abdomen. Cuando nuestras pieles se encontraron, volvimos a fundirnos en un beso abrasador, delirante. Bebíamos el uno del otro como dos personas que, perdidas en medio de un desierto, encuentran un oasis. Envuelta en esta pasión descontrolada, empecé a desabrocharle los botones de la bragueta. Óscar me ayudó y, poco después, sus pantalones acabaron en el suelo. Me estremecí sobre el bulto de su bóxer.

—Pecas, joder, tendría que ser prohibido tenerte tantas ganas —murmuró, tirando de mi cabello hacia atrás para besarme la barbilla y la garganta. Una de sus manos había empezado a deslizarse por mi vientre y sus dedos acariciaron mi sexo por encima de la tela de las braguitas—. Quiero probarte —dijo, haciendo presión sobre el punto exacto. Me estremecí, mientras sus labios regresaban a mi oído—. Quiero sentir como te retuerces de placer en mi boca.

Me tumbó sobre el sofá con un gemido ahogado. Óscar se deshizo de mis bragas primero y de mis medias después. Tras un beso profundo, empezó a descender por mi cuerpo, dejando en su recorrido un rastro de saliva, hasta que se perdió entre mis muslos y todo mi cuerpo se abandonó a las sensaciones que su lengua y su boca decidieron proporcionarme.

Vencida por el momento, y sintiendo como un pequeño torbellino de

placer empezaba a tomar forma dentro de mí, empecé a mover las caderas, intensificando el contacto, dejando escapar gemidos de placer de mi garganta. Las primeras sacudidas me dejaron sin sentido. Le cogí del pelo y le apreté más a mí, sintiendo como el corazón me explotaba dentro del pecho y el mundo se desvanecía en un orgasmo demoledor. Segundos después, abrí los ojos, con la respiración irregular y el corazón desbocado. Óscar me miraba extasiado, con los ojos brillantes y los labios humedecidos. Lo atraje a mí, con la absurda necesidad de sentir de nuevo su sabor, ahora viciado por el mío. Se separó un poco y dijo:

—Toda tú eres indescriptible. Incluso tu sabor lo es.

Su miembro se apretó contra mí, aún aprisionado dentro del bóxer. Me deshice de su abrazo y, dispuesta a devolverle el mismo placer que él me había proporcionado, me puse de rodillas sobre la alfombra. Con cuidado, tiré de la cinturilla del bóxer y liberé su miembro, observando su enorme erección en todo su esplendor. Sin miedo, sin vergüenza, con la complicidad del momento, lo atraje hacia mí y dejé que su erección se perdiera dentro de mi boca. Óscar observaba mis movimientos con un concierto de jadeos, gemidos y gruñidos.

—Espera, espera —me pidió, acariciando mi cabello mientras mi boca seguía subiendo y bajando por su miembro—. Quiero correrme dentro de ti. Quiero que te corras conmigo.

Deslicé su miembro por mi boca una última vez. Óscar se levantó, desapareció por el pasillo, y regresó segundos después con unos sobrecitos plateados.

—Quiero sentirte —jadeó en mi oído tras ponerse un condón.

Se sentó en el sofá de nuevo y yo me puse a horcajadas sobre él. Con mi boca pegada a la suya, empecé a moverme, jugando con su necesidad, alcanzando con los dedos su miembro para conducirlo hacia mi entrada, pero sin acabar de dar el paso. Fue él quien provocó el contacto, tiró de mis caderas y me obligó a hundirme en él hasta lo más profundo. Gemí contra sus labios y empecé a moverme siguiendo el ritmo que él empezó a marcarme con sus manos apretadas en mis caderas. Mientras cabalgaba sobre él, Óscar me acarició el clítoris creando una fricción aún más placentera. Un segundo estallido empezó a recorrerme poco a poco hasta acabar sacudiéndome en espasmos vibrantes, y me abandoné a él, sintiendo como mi alma se elevaba. Aprovechando esa debilidad, Óscar me levantó a volandas y me estiró de nuevo sobre el sofá, tumbándose encima de mí, sin salir de mi interior. Empezó a moverse de nuevo, con unas embestidas cada vez más fuertes, con unos movimientos cada vez más rápidos que volvían a precipitarme de nuevo al vacío. Rodeé con mis piernas sus caderas y sentí como su respiración entrecortada me acompañaba hasta que, al final de un embate profundo, me corrí por tercera vez aquella noche, arrastrándole a él conmigo, que se dejó ir

con unos jadeos que yo intenté atrapar entre besos.

Cuando terminó, se tumbó sobre mí con cuidado de no aplastarme y hundió su rostro en mi cabello. Estuvimos unos minutos así, en silencio, acariciándonos, besándonos, dándonos cuenta de que hay veces en las que la realidad supera, con creces, las expectativas.

Bed & Breakfast

Llevábamos varios minutos acurrucados cuando Óscar me dio un beso en la frente y se levantó para ir al baño. Yo me quedé sola en el salón y me senté sobre el sofá. Había sido el mejor polvo en años. No, mentía: había sido el mejor polvo de mi vida.

Busqué las bragas entre el cúmulo de ropa desperdigada sobre la alfombra y me las puse, preguntándome cuál era el protocolo a seguir en ese tipo de situaciones. Hacía años que no echaba un polvo con alguien que no fuera mi pareja. De hecho, había tenido pocos rollos de una noche porque no me iban nada. Ahora que ya lo habíamos hecho, ¿debía vestirme e irme a casa? Suponía que eso era lo lógico cuando no conoces a la otra persona, pero Óscar no era precisamente un desconocido. Con todas esas dudas agolpándose en mi cabeza, empecé a recoger mi ropa.

—¿Practicando el escapismo? —preguntó Óscar. Di un respingo y le busqué con la mirada. Estaba apoyado en el marco de la puerta del pasillo, con una expresión divertida en el rostro—. Espero que no, porque no he terminado contigo.

Se acercó a mí, cogió la ropa que sostenía entre las manos, la dejó sobre la mesa de centro y me sentó sobre su regazo. Él seguía desnudo y yo solo

llevaba puestas las bragas. La luz estaba encendida y, aunque antes no me había importado nada, ahora empezaba a sentirme insegura. Era la primera vez en mucho tiempo que enseñaba mi desnudez de esa forma. Después del derroche de pasión, me daba vergüenza que se fijara en todas mis imperfecciones, que no eran pocas. Recordé a la rubia que había empotrado semanas atrás contra la pared. Parecía una de esas mujeres que lo tienen todo en su sitio. No como yo. Crucé los brazos sobre mi pecho en un intento inútil de esconder un poco mi desnudez.

—¿Por qué te tapas?

—No me tapo... es sólo que... bueno... ¿No hay demasiada luz? —titubeé, notando como el rubor se expandía por mis mejillas.

—¿Tienes vergüenza? —Alzó ambas cejas mientras en sus labios se iba formando una sonrisa.

—¿Qué? No, claro que no.

—Eso espero, porque eso sería absurdo. Eres preciosa y he explorado tu cuerpo entero con mi boca. Créeme, no hay nada tuyo que no haya visto ya.

Me sonrojé de nuevo y descrucé los brazos, notando como los ojos de Óscar se perdían en mis pechos desnudos.

—Entonces, ¿te quedas?

—¿Quieres que me quede?

—Creo que es evidente —dijo. Sonreí, desviando la mirada y él colocó

un dedo en mi barbilla para obligarme a mirarle de nuevo—. Si te hace sentir más cómoda, podemos deshacernos de esa molesta pared que separa tu piso del mío.

—Creo que a Alba no le haría mucha gracia.

—No tiene por qué enterarse.

—Claro, como es algo que apenas se nota...

Dejó escapar una leve carcajada.

—Parecía un plan casi perfecto.

—Casi.

Colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja y sus ojos verdes me miraron con intensidad.

—En serio, Pecas: Quédate conmigo esta noche.

Sentí un burbujeo en la boca del estómago.

—La verdad es que no sé cómo comportarme en este tipo de situaciones.

Soy un poco novata en esto.

—No sé a qué te refieres con «esto», pero si quieres que te sea sincero, yo también soy un poco novato —dijo al fin, con una sonrisa que intentaba ser tranquilizadora—. No suelo pedirles a muchas chicas que se queden a dormir en mi casa. No soy un Bed & Breakfast.

Aquel comentario me hizo sonreír.

—¿Ah, no? Yo que solo quería quedarme por el desayuno...

—¿Te sueles levantar con hambre?

—Sí, con un Tyrannosaurus rex gruñendo en mi estómago.

—Eso me gusta —dijo, bajando la mirada por mi cuerpo mientras su miembro empezaba a endurecerse de nuevo bajo mi culo.

—Estaba hablando de comida.

—Yo también.

—De comida de verdad.

—Y yo.

—Tienes la mente sucia.

—Culpa tuya. —Acercó su rostro al mío y su lengua se abrió paso con avidez hasta el interior de mi boca. Solté un gemido cuando su mano empezó a estrujar mis pechos. Sentí como todo mi cuerpo se estremecía sobre su erección de nuevo.

—Qué rápido te recuperas —puse en evidencia.

—Tengo mis motivaciones, no te creas.

Bajó una mano hasta mis muslos, apartó las braguitas a un lado e introdujo un dedo entre mis pliegues hasta arrancarme un gemido.

—Veo que no soy el único en recuperarse rápido.

Empezó a mover el dedo alrededor de mi clítoris y sentí como mi cuerpo se encendía a marchas forzadas.

—Digamos que yo también tengo mis motivaciones —dije, soltando un

gemido.

Sus ojos centellaron.

—Si hay algo más que pueda hacer para complacerte...

Me humedecí los labios antes de responder. Tragué saliva y dije, poco a poco, dedicándole una mirada cargada de intenciones:

—Podrías deshacerte de mis bragas y follarme.

Su miembro creció considerablemente como efecto de mis palabras y una sonrisa maliciosa prendió de sus labios.

—Vaya, vaya. ¿Eres de las que hablan sucio cuando se excitan?

—Podría recitarte un verso de Neruda, pero creo que no sería tan efectivo.

—«Puedo escribir los versos más tristes esta noche...» —empezó a dictar Óscar, con una amplia sonrisa.

—Oh, venga. Cállate y fóllame —insistí, enlazando mi lengua a la suya. Me apretó con fuerza y tiré de su pelo, frotándome con necesidad.

Un profundo gruñido escapó de su garganta. A continuación, agarró la tela de mis bragas, con fuerza, y tiró de ellas, hasta que las costuras se rompieron y me las arrancó, tirándolas a un lado.

Abrí mucho los ojos, incrédula.

—¡Me has roto las bragas!

—Me has dicho que me deshiciera de ellas. —Me miró con aire travieso

—. Tus deseos son órdenes para mí.

Volvimos a enredarnos en un beso húmedo y caliente. Podía sentir como su erección crecía y se endurecía por momentos.

—Vayamos al dormitorio, mejor —susurró.

Nos levantamos, me cogió de la mano y tiró de mí hasta que nuestros labios volvieron a juntarse. Me cogió a peso y yo enrosqué mis piernas en su cintura. Nos movimos por el pasillo a trompicones, sin dejar de besarnos. Nos teníamos tantas ganas que acabamos apoyados en una pared a medio camino sin dejar de frotarnos y comernos la boca.

—Voy a follarte aquí mismo —dijo entre jadeos.

—¿No querías ir al dormitorio?

—Los dormitorios están sobrevalorados.

Dicho y hecho. Se puso el condón que llevaba en la mano en un movimiento rápido, condujo su erección hasta mi entrada y me penetró en una fuerte estocada que me hizo gemir y clavarle las uñas en la espalda. Óscar empezó a moverse cada vez más rápido, haciendo que la pared crujiera en cada nueva embestida.

El sonido de jadeos, gemidos y dos cuerpos chocando lo llenó todo.

—¿Te gusta que te lo haga así? —murmuró en mi oído, mientras su lengua me recorría el cuello estremeciéndome entera y sus caderas arremetían contra las mías.

—Joder, sí —fue lo único que conseguí decir, sintiendo como poco a poco una nueva ola de placer empezaba a crecer y crecer en mi interior, tornándose tsunami.

Empezó a embestirme cada vez con más intensidad y, en cada nuevo embate, estaba más cerca del precipicio. Poco después, todo se concentró en las ondas expansivas de placer que se propagaron en mi cuerpo en un nuevo y delicioso orgasmo. Óscar me siguió, soltando un gruñido seco, con los dientes apretados.

Aun jadeando, descrucé las piernas para alcanzar el suelo. Estaba exhausta, pero en el mejor de los sentidos. Óscar también lo parecía. Apoyó su frente contra la mía y me dio un beso casto en los labios.

—Me nublas el juicio, pequeña.

Me sonrió y, en ese momento, no sé por qué motivo, recordé la profecía de Carla. Empecé a reír ante la mirada desconcertada de Óscar.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Pensaba en una cosa que me dijo Carla.

—¿Acabamos de echar un polvo antológico y tú piensas en tu amiga?

—Pensaba justamente en que ella lo predijo.

—¿El qué?

—Que acabarías empotrándome contra alguna pared.

Frunció el ceño, pero no siguió preguntando. Solo me besó con dulzura y

tiró de mi mano conduciéndome hasta su habitación.

—Ahora quiero tu olor en mis sábanas...

Yo mataré monstruos por ti

Me desperté notando los rayos del sol a través de los párpados. Lo primero que pensé, antes de despegar los ojos, fue lo raro que era que me hubiera acostado sin cerrar las persianas, porque soy hipersensible a la luz y me desvelo con facilidad.

Abrí un ojo, después otro. A medida que me fui acostumbrando a la imagen que me devolvían mis retinas, comprendí que no estaba en mi habitación. El armario de puertas corredizas que tenía frente a mí no era mi armario, y el edredón azul marino que ahora arropaba mi cuerpo tampoco era mi edredón. Además, estaba desnuda. Completamente desnuda. Un pecho sobresalía por encima de las sábanas. Tiré de ellas, me tapé y, poco a poco, fui recordando lo ocurrido la noche anterior: cena, mojitos, gin-tonics, el duro, los vasos de chupitos y Óscar. ¡Oh! ¡Óscar!

Me di la vuelta sobre el colchón y allí estaba él. Dormía de lado, con un brazo cogiendo la almohada y el otro tendido hacia mi dirección. Me quedé quieta, observándole. Estaba monísimo, con las facciones del rostro relajadas por completo. El cabello corto y rebelde se le ondulaba un poco en las puntas. Si hacía una lista mental de todos los chicos con los que me había acostado, Óscar les ganaba a todos por atractivo, y de calle. Y no solo por atractivo.

Noté como el rubor encendía mis mejillas mientras revivía las escenas más calientes de la noche anterior. Después del polvo en el sofá y el polvo contra la pared, habíamos repetido una vez más en la cama. Siempre había disfrutado del sexo, pero Óscar había elevado el término «disfrutar» a otro nivel. ¡Si incluso nos habíamos corrido a la vez! Y yo que pensaba que ese tipo de cosas eran mitos y leyendas que solo pasaban en la ficción...

Suspiré y volví a clavar mi mirada en su rostro con una sonrisa bobalicona. Podía pasarme horas observándole dormir, grabando a fuego en mi memoria cada una de sus facciones, para no olvidarlas nunca, para recordarlas siempre. Soltó un breve murmullo, haciendo un gesto adorable con los labios, y no pude evitar ensanchar mi sonrisa a la vez que un montón de mariposas aleteaban en mi estómago. ¿Cuánto hacía que no sentía algo como aquello? ¿Acababa de regresar a la adolescencia donde todo era intenso y asquerosamente ñoño?

No pude responder ninguna de esas preguntas porque a mi lado, el verde brillante más maravilloso del mundo, se abrió paso a través de unas espesas y largas pestañas. Óscar me miró medio adormilado. Un gruñido somnoliento escapó de su garganta y se desperezó, estirándose como si fuera un gato.

—Hola —dijo con la voz un poco ronca, mirándome con una expresión perezosa.

—Hola.

—¿Por qué estás tan lejos de mí?

Me rodeó la cintura y me atrajo a él, acortando la distancia que nos separaba hasta que nuestros cuerpos de tocaron.

—Así mejor.

Cubrió mis labios con los suyos en un beso suave.

—¿Has dormido bien?

—Mucho.

—Yo también, la verdad.

Volvió a besarme y esta vez nuestras lenguas se enredaron. Noté su erección en mi cadera y le miré divertida, mordiéndome el labio para esconder una sonrisa.

—Estás preciosa recién levantada.

—Debo parecer un oso panda con todo el rímel corrido.

—Qué va. Estás muy sexy.

—¿Sexy? —pregunté dejando escapar una risita, porque dudaba que eso fuera verdad.

—Sí, de mujer bien follada.

—Ya, y eso te ayuda a reforzar tu ego, ¿no?

—No es que me haga mucha falta, pero sí, me gusta ser el responsable de esa cara de felicidad matutina. Aunque quizás pueda mejorarla aún más...

Me abrazó más fuerte y volvimos a besarnos. Su lengua salió de nuevo en

busca de la mía y empezó a deslizar sus dedos por mi pecho en dirección descendiente. Justo cuando rozó la parte baja de mi vientre, mi estómago protestó en un enorme rugido. Óscar detuvo el movimiento, separó sus labios de los míos y empezó a descojonarse mientras yo sentía la sangre agolparse en mis mejillas.

—Cuándo ayer me dijiste lo del Tyrannosaurus rex pensaba que era en sentido figurado —dijo sin dejar de reírse.

Me tapé la cara con la almohada muerta de vergüenza.

—Lo siento. —Fue lo único que fui capaz de farfullar en un sonido amortiguado.

Óscar me quitó la almohada de un tirón y me observó con los labios fruncidos, aguantándose la risa.

—Has hecho retumbar las paredes de la habitación y todo.

—Que gracioso te levantas.

—Despertarse al lado de una chica guapa siempre pone de buen humor.

Me plantó un beso en la frente y se levantó de la cama. Al hacerlo, pude disfrutar de un primer plano de su trasero desnudo, perfectamente torneado. Como se notaban las horas de gimnasio... Se puso un pantalón corto de sport que había encima de una silla, una camiseta de algodón y a mí me tiró la camisa de leñador que había llevado el día anterior. La cogí al vuelo, aspiré su aroma y, con una sonrisa tonta, me la abroché mientras le seguía hasta la

zona de la cocina.

Desayunamos sin prisas. Él me preguntó por mi novela y yo le expliqué que me encontraba atascada en el primer capítulo. También le expliqué algunos cambios que había hecho en el argumento y estos parecieron gustarle. Después de doce años, el destripador de libros se había vuelto un poco más indulgente. Eso o el sexo lo ablandaba. Me daba a mí que era más lo segundo que lo primero.

Cuando terminamos de desayunar, pasé un momento por casa para cepillarme los dientes y coger ropa limpia. Tras una ducha compartida, nos refugiamos bajo el edredón el resto de la mañana y nos pusimos a ver capítulos de una serie en Netflix.

A la hora de comer, pedimos comida china y la devoramos sobre la cama. Poco después, fue el momento de volver a devorarnos el uno al otro.

Tras recuperarme de un orgasmo colosal, me senté sobre él a horcajadas y empecé a dibujar con la yema de mis dedos espirales inexistentes en su torso. Hacía rato que la intimidad nos sobrevolaba. Estábamos desnudos, con la luz del sol desparramándose por el dormitorio a través de los resquicios de la persiana entreabierta, y yo me sentía cómoda y segura a su lado. No sentía ni un atisbo de pudor, ni vergüenza. Siempre había asociado la desnudez con la vulnerabilidad, pero con él no era así. Estar con él, de aquella manera, resultaba sencillo, natural.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dije, rompiendo el silencio en el que llevábamos minutos instalados. Óscar afirmó con la cabeza—: ¿Con cuántas mujeres te has acostado?

Alzó una ceja.

—¿A qué viene eso?

—Curiosidad.

Me miró con expresión divertida.

—Pues, contando contigo, me he acostado con ciento cincuenta y siete mujeres.

Agrandé los ojos y, al ver mi reacción, empezó a reírse.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —Entrecerré los ojos.

—Pues claro que te estoy tomando el pelo. —Colocó sus manos sobre mis caderas, presionando con suavidad—. Es que... menuda pregunta. Ni que tuviera una lista con todas las chicas con las que me he acostado o algo así.

—¿Y no la tienes?

—¡Claro que no! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. ¿Por quién me tomas?

—No sé, los chicos como tú sois muy de llevar la cuenta.

—Y la llevo. Llevo la cuenta de los polvos que te he echado y los orgasmos que te he provocado. Esa es la única cuenta que ahora mismo me interesa.

Intenté disimular lo mucho que me había gustado su respuesta, pero la sonrisa idiota que se formó en mi rostro me delató.

—¿Puedo confesarte una cosa?

—Puedes intentarlo, aunque no prometo prestarte mucha atención —dijo con los ojos fijos en mi pecho.

Me reí, negando divertida.

—Verás, es una chorrada, pero quiero que sepas que eres muy distinto a como había imaginado que serías. —Aquello captó su interés y sus ojos subieron hasta los míos—. Pensaba que te acabarías convirtiendo en el típico tío oscuro, lleno de tatuajes y cicatrices, que bebe y fuma como un cosaco.

Frunció el ceño.

—Joder, menudas expectativas tenías puestas en mí.

—Entonces pegaba con ese aire de chico malo atormentado que te gastabas.

—¿Esperabas que acabara apareciendo en la sección de sucesos junto a un titular que contuviera la palabra «perturbado» o «asesino»?

—¿Qué? ¡Claro que no! —me quejé—. Simplemente te imaginaba... más en plan... macarra.

—¿Macarra? —Soltó una risita entre dientes—. ¿Y te ha decepcionado mucho descubrir que no es así?

—¿Qué? ¡No! Al contrario. Aunque confieso que aún tenía la duda de si

encontraría un tatuaje en alguna parte de tu cuerpo... Ahora ya puedo confirmar que no.

—Nunca he sentido afinidad por los tatuajes.

—¿Miedo a las agujas?

—Más bien miedo a arrepentirme. La idea de marcar mi cuerpo para siempre no me atrae nada. —Me miró perspicaz—. Te esperabas que tuviera algún tatuaje en honor a mis traumas del pasado, ¿verdad?

—Supongo —admití—. Cómo eras un cliché con patas...

—Ya veo. Te he jodido el estereotipo.

—En realidad le has dado la vuelta.

Compartimos una sonrisa cómplice. Nos quedamos unos segundos en silencio, con las miradas conectadas, hasta que reuní el valor suficiente para volver a hablar y sacar un tema que llevaba semanas evitando.

—Necesito hacerte una nueva pregunta... —Óscar me invitó a seguir con un movimiento de cabeza y yo cogí aire—. ¿Cuál es la verdad sobre el Óscar Miralles que conocí en el instituto? Corrían un montón de leyendas sobre ti, pero no sé dónde acababa el mito y empezaba la realidad.

Apartó sus ojos de los míos y pude ver como su mente se marchaba lejos, muy lejos. Al cabo de unos segundos, volvió a mirarme, pero sus facciones se habían teñido de tristeza. Intentó sonreír, pero fue una sonrisa apagada.

—La verdad no existe, es subjetiva.

—Todas las historias lo son. Yo quiero conocer la tuya.

—Pecas, no te lo tomes a mal, pero prefiero no hablar de aquella época. Fueron unos años difíciles que conseguí dejar atrás con mucho trabajo. Solo los libros conseguían sacarme de mi mierda. Los libros y tú. Eras el ancla que me mantenía en tierra firme cuando la corriente me empujaba a la deriva.

Una sacudida en el corazón.

Un puño invisible retorciéndome las entrañas.

La ternura expandiéndose por mis venas hasta alcanzar cada parte de mi organismo.

Él, yo, doce años atrás y muchos recuerdos enredados.

Tragué saliva, sin saber qué decir.

—Ahora mismo quiero besarte, lamerte y hacerte temblar de placer hasta que el mundo desaparezca y quedemos solo tú y yo. No lo estropeemos hablando de mis monstruos. ¿Te parece?

Afirmé con la cabeza y forcé una sonrisa. Sin embargo, aunque me quedé callada, aunque me recliné para besarle en los labios y perderme en la humedad de su boca, había algo que me moría de ganas de decir, o más bien de gritar, una frase que pertenecía a la canción de [Un día en el parque](#) de Love of Lesbian y que decía así: Yo mataré monstruos por ti.

Después de doce años seguía sin conocer el origen de sus monstruos, deseaba hacerlo. Conocer su pasado respondería alguna de las incógnitas que

habían quedado abiertas de aquel entonces, incógnitas que, pese a pertenecer a ese baúl que llamamos recuerdo, no podía evitar seguir queriendo resolver.

Inseguridades

Su cama se convirtió en nuestro refugio durante los días siguientes. Aunque ambos teníamos cosas que hacer, decidimos alargar aquel fin de semana hasta que las responsabilidades reclamaron nuestra atención. No fue fácil despegarnos de las sábanas y volver a la rutina del día a día, pero él tenía que escribir la crítica de un libro para un diario digital y yo tenía que empezar a escribir mi novela por mucho que el inicio se me resistiera. Pese a ello, ser vecinos tenía sus cosas buenas. Cuando encontrábamos un rato para estar juntos, volvíamos a devorarnos. En su cama, en la mía, en la ducha, en la bañera, en el sofá... cualquier lugar era bueno para desnudarnos y dar rienda suelta a las ganas acumuladas.

Durante aquellos días descubrí lo equivocada que había estado al pensar que la tensión sexual que nos envolvía desaparecería al acostarnos. Nada más alejado de la realidad. Después de haber vencido la barrera de lo físico, Óscar se había convertido en una necesidad crónica, como una droga poderosa capaz de generar en mí una adicción sin precedentes. No era comparable a nada que hubiera sentido antes. Y eso asustaba.

Cuando una persona llega a cierta edad, cree que no va a volver a sentir nada nuevo. Que las emociones son finitas. Que con el paso de los años las

primeras veces se agotan, convirtiéndose en meras repeticiones de experiencias ya vividas. Descubrir que no es así, es inquietante. Descubrir que pasen los años que pasen siempre habrá cosas y personas capaces de despertar nuestros sentidos con la inquietud de una primera vez, da miedo. Porque lo nuevo siempre da miedo.



Aquel viernes quedé con Carla, Alba e Ivette para cenar y tomarnos unas copas. Óscar salía con los chicos y a mí me apetecía un poco de compañía femenina. Acabamos en un restaurante hindú en la Rambla del Raval, por petición mía. Había leído por Internet que aquel era uno de los restaurantes que mejor recreaban la comida y el ambiente de la India, y yo esperaba que aquello me ayudara a dejar atrás el pequeño bloqueo que arrastraba.

Nos envolvió una conversación amena mientras dejábamos que nuestros paladares disfrutaran de los platos especiados. Alba e Ivette seguían bastante desbordadas con el trabajo en la tetería y los preparativos de la boda. Escucharlas hablar sobre ello era el mejor remedio para no querer casarse nunca.

—Total, no os queremos incordiar más con nuestras cosas. Hemos venido aquí a desconectar de los problemas y disfrutar de vuestra compañía. —Alba

zarandó una mano, como si quisiera alejar los temas tratados con ese gesto, y nos preguntó, con una sonrisa pilla—: Decidme que tenéis algún cotilleo jugoso que explicarnos, cualquier cosa, como que Óscar ya ha conseguido llevarte a la cama o alguna cosa por el estilo...

Me quedé con el tenedor parado delante de la boca y noté como se me encendían las mejillas. Carla, a mi lado, empezó a carcajearse. Alba e Ivette, delante de nosotras, nos miraban sin comprender nada. Pude ver como sus rostros mutaban de expresión, uniendo los puntos, comprendiéndolo todo en cuestión de segundos.

—¡No me jodas! —exclamó al fin la pelirroja, sorprendida y divertida a partes iguales—. ¿En serio? ¿Tú y Óscar? ¿Ya? Y yo que pensaba que no se atrevería a montárselo contigo por el hecho de ser su vecina.

—Bueno, a ver, solo es sexo —dije yo, quizás demasiado agudo y demasiado alto.

—Puede, pero no es como si te tiras a un desconocido en un bar —insistió Alba escondiendo una sonrisa—. Además, estamos hablando de Óscar, especialista en huir de las complicaciones.

—Su lema es: disfruta del sexo hoy y al día siguiente si te he visto no me acuerdo —añadió Ivette, apoyando su rostro de muñeca de porcelana sobre sus manos.

—¿Fobia al compromiso? —preguntó Carla, a mi lado.

—No creo. Simplemente él no necesita una pareja en el sentido tradicional. Desde que le conocemos, ha tenido alguna que otra relación, pero nada que durase más allá de unas semanas.

—Excepto Lea —dijo Ivette.

—Excepto Lea —repitió Alba, afirmando con la cabeza.

Arqueé las cejas. ¿Lea? ¿Qué clase de nombre era ese?

—¿Quién es Lea? —me atreví a preguntar al fin, intentando no parecer demasiada ansiosa por conocer la respuesta.

—Es una amiga suya, alguien a quien conoció durante sus viajes. Aunque lleven meses sin verse, cuando lo hacen, se acuestan. —¿Cómo era posible que Alba tuviera tanta información sobre lo que hacían o dejaban de hacer? ¿Les habría escuchado a través de la pared de su piso? Seguro...—. Pero no actúan como una pareja, son algo así como amigos con derechos.

Sentí como algo pesaba en mi estómago. Algo incómodo, que no me gustaba nada. ¿Celos?

—¿Y siguen viéndose? —quise saber, con la ansiedad en aumento.

Se encogieron de hombros a la vez.

—Nosotras hace tiempo que no hemos coincidido con ella, pero quién sabe —dijo Ivette.

Me pregunté cómo sería esa Lea. Seguro que era guapa. Una de esas chicas de cuerpo perfecto como la que salió de su piso aquella vez que espíe

por la mirilla de la puerta. Una rubia de piernas largas y labios carnosos. Y de nombre exótico. Lea. ¿Sería extranjera? Seguro que sí. Lea, la extranjera preciosa que tenía una relación intermitente con Óscar, el chico con el que hacía días que me acostaba. No me había hablado de ella. Aunque para ser sinceros, ni siquiera habíamos hablado de nosotros. ¿Nosotros? Tragué saliva. Hacía solo una semana que nos acostábamos y yo ya usaba la primera persona del plural.

Virginia, querida, cálmate un poco.

—¿Y qué tal? —preguntó Ivette, obligándome a abandonar mi monólogo interno—. ¿Es un fanfarrón o es tan bueno como presume?

Aquello me hizo apartar a Lea de una patada para centrarme en una pregunta que me incomodaba. Me mordí el labio inferior, queriendo que se abriera el suelo bajo mis pies para desaparecer de allí. Yo no soy como Carla. No hablo de mi intimidad a los demás. Si lo hago con ella es porque es una pesada, de esas que no se callan hasta conseguir la información que quieren oír. Por algo se gana la vida haciendo hablar a la gente de sus traumas más profundos, ¿no?

—Pues... no tengo ninguna queja.

Delante de mí, Alba e Ivette parecían expectantes, esperando a que ahondara en esa apreciación. Me sonrojé aún más y Carla, a mi lado, resopló y se hizo con la situación:

—La tiene grande, folla como un Dios, es un empotrador de primera y lo come de miedo.

La miré atónita, abriendo mucho los ojos. Delante nuestro, las chicas se descojonaron. Pero mira que era bruta. Sabía que lo de hablar como una camionera era en parte culpa de haberse criado con tres hermanos mayores poco dados al lirismo, pero ¡ya podía cortarse un poco!

—Oye, bonita, ¿por qué no explicas tus escarceos sexuales y dejas en paz los míos?

—Porque te han preguntado a ti —dijo ella, con expresión de no haber roto nunca un plato.

Le lancé una mirada asesina que fue recibida entre risitas y miradas divertidas por todas. Qué bien se lo estaban pasando a mi costa.

—Entonces... ¿Fue algo puntual o seguís liados? —volvió a preguntar Alba. Parecía haber activado el modo cotilla.

—Lo segundo.

—Se acuestan juntos y se levantan juntos —especificó Carla que, de nuevo, tenía que meterse donde no le llamaban.

—¡Ya vale! —Le di un codazo—. ¿Desde cuándo eres mi portavoz?

—Ay, es que eres una sosa, solo daba un poco de vidilla a esta conversación.

Delante nuestro, Alba e Ivette se observaron de reojo.

—¿Dormís juntos? —preguntó la primera. Cuando afirmé con la cabeza, frunció el entrecejo como si eso le sorprendiera—. ¿Pero ha sido un caso aislado o...? —dejó la pregunta en el aire.

Habíamos dormido juntos todas las noches. Algunas en su cama. Algunas en la mía. Eso dije.

—¿Pasa algo? —pregunté al ver sus caras extrañadas.

—No, bueno, él no duerme nunca con sus ligues, es una especie de norma absurda que tiene. O tenía.

—La única excepción que conocemos es... —Lea, seguro—. Lea.

Touché.

Unas horas más tarde, tras acabar la cena y tomarnos unas copas en otro local de la zona, regresé a casa acompañada de Alba e Ivette. Ellas vivían cerca de mi edificio. Después de nuestra charla, había estado algo distraída. No podía dejar de pensar en lo que me habían dicho sobre Óscar, sobre su forma de entender las relaciones, sobre Lea, sobre otras chicas.

Durante aquellos días había disfrutado del momento sin más, sin preocuparme por las consecuencias de mis acciones. Estaba teniendo el mejor sexo de toda mi vida, y Óscar lo hacía todo tan fácil, que era imposible no dejarse arrastrar por él y por todas las cosas bonitas que nos envolvían cuando estábamos juntos.

Aun así, yo era consciente de que, tarde o temprano, todo aquello acabaría

complicándose. Porque estaba convencida de que Óscar no buscaba una relación seria, y yo era demasiado ingenua como para no esperar algo más... Al fin y al cabo, para mí, el sexo siempre había sido algo más que la unión de dos cuerpos desnudos persiguiendo un orgasmo. Para mí, el sexo era intimidad, conexión y complicidad.

Con ese maremágnun emocional me fui a la cama y me quedé dormida. Soñé con Óscar, conmigo, con Lea. Esa Lea desconocida que yo imaginaba guapa y sexy como una actriz porno, y que no era más que la personificación de una inseguridad que había cobrado vida con su nombre.

Me desperté un par de horas más tarde, notando una presión cálida en mi cuello. El colchón se hundió a mi lado a causa del peso de otro cuerpo y la yema de unos dedos rozaron mi piel por debajo de las mantas y el pijama. La suavidad de unos labios acompañado por la aspereza de una barba de días paseó por mi cuello, mi oído, mi barbilla y alcanzó mi boca. Su lengua acarició mis labios hasta que los entreabrí, permitiendo que su sabor se enredara con el mío.

Despegué los ojos poco a poco.

—¿Óscar? —pregunté, a sabiendas que solo él era capaz de convertir un simple beso en una experiencia sexual por sí sola.

—Buenas noches, pequeña —susurró, tan cerca de mi oído que me estremecí.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

—Por la terraza.

—¿Por la terraza? —repetí, un poco confusa aún.

—Deberías cerrar las puertas con el pestillo de seguridad.

—Y tú no deberías asaltar terrazas ajenas —bromeé.

—Quería verte.

Distinguí una sonrisa en la oscuridad y, poco después, noté como se inclinaba. Su lengua buscó de nuevo mi boca y dejé que un gruñido escapara de mi garganta. Sentí su cuerpo pegado al mío y su erección clavada en la cadera. Sus manos empezaron a trepar por mi pijama de franela, alcanzando mis pechos desnudos. En medio de aquella nebulosa erótico-festiva, un pensamiento inoportuno ocupó mi mente. Lea, esa Lea imaginaria que no conocía, que era un nombre, pero que traía con ella cosas mucho más profundas.

Me separé de sus labios y apoyé mi frente contra la suya. Un pensamiento amargo se había colado en mi pensamiento, envenenándolo todo.

—¿Por qué has venido? —pregunté, algo seca.

—Llevo toda la noche pensando en ti, en follarte.

—¿De eso se trata? ¿Cada vez que tengas un calentón buscarás alivio entre mis piernas?

Me costó unos segundos darme cuenta de que ese comentario había estado

fuera de lugar, los segundos que Óscar tardó en sacar las manos de debajo de mi pijama, salir de la cama y abrir la luz auxiliar de la mesita de noche. Tardé unos segundos en acostumbrarme a la luz, pero cuando lo hice, distinguí su rostro entre las sombras, mirándome ceñudo, ceñudo y... cabreado.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Qué estoy aquí para «aliviarme»?

Tragué saliva, incapaz de responder. Estaba bloqueada, como si mi boca se hubiera tragado todas las palabras y no me quedara ninguna.

Recibió mi mutismo como una afirmación a su pregunta y, tras soltar un suspiro profundo, recogió sus cosas y salió de la habitación. Cuando conseguí recuperar el habla, ya era tarde. Óscar ya se había largado y era consciente de que había sido por mi culpa.

Tú y yo siempre hemos sido tú y yo

Me despertó la música a todo trapo. Lo primero que recordé al abrir los ojos fue la frase horrible que le solté a Óscar antes de que se marchara. La vergüenza me invadió de inmediato y me tapé la cara como acto reflejo. No comprendía como había dejado que las inseguridades se apoderaran de mí hasta el punto de comportarme de una forma tan inmadura. Aquellas salidas de tono eran impropias en mí. La noche anterior me había costado mucho volver a dormirme. Había estado dando vueltas sobre el colchón, debatiéndome entre ir a verle y pedirle perdón o cavar un hoyo para esconderme y desaparecer de la faz de la tierra para siempre. Al final había acabado sucumbiendo al sueño por puro cansancio.

Bufé y miré la hora en el móvil. Solo eran las diez de la mañana y [*A fuego*](#) de Extremoduro retumbaba con fuerza por toda la casa, junto al sonido inconfundible de un aspirador. ¿Óscar haciendo limpieza un sábado por la mañana? Me daba a mí que no era la única persona que había pasado mala noche.

Me preparé un café, me vestí y me senté en el sofá. La música tan alta penetraba mis oídos con tanta virulencia que no me dejaba pensar con claridad. Habría despertado a todo el edificio como mínimo.

Cogí aire y, haciendo acopio de voluntad, fui a verle. Tuve que llamar al timbre varias veces para que lo oyera por encima del ruido.

Abrió con una expresión sombría en el rostro y los brazos cruzados. Incluso así, cabreado, era capaz de conseguir que mi cuerpo reaccionara a su presencia. Contraje los muslos, me mordí el labio, y dije, haciendo un mohín:

—¿Puedo pasar?

Me miró inexpresivo y se apartó de la puerta. Interpreté aquel gesto como una invitación. Bajó la música, se apoyó en la barra americana y me miró alzando una ceja, con una cara de mala leche tan adorable, que me dieron ganas de borrarla a besos.

—Tú dirás.

Fue seco, tanto que me desconcertó. Era la primera vez en esas semanas que tenía una actitud tan fría conmigo.

Bajé la mirada y dije, con el estómago revuelto:

—Lo siento.

No se inmutó.

—Lo siento —repetí—. No tenía ningún derecho a decirte lo que te dije.

No sé por qué lo hice. Yo... ni siquiera lo pienso.

—Pecas, te conozco. Si no lo pensaras, no lo hubieras dicho.

—La gente dice cosas sin pensar constantemente.

—La gente sí, pero tú no.

—¿A caso yo no soy gente? —dije, abriendo mucho los ojos.

Él resopló, descruzó los brazos y se pasó una mano por su cabello.

Parecía tan cansado como yo.

—He pasado una noche de mierda por tu culpa.

—Lo siento, de verdad, no quise soltarte aquella bordería. —Me acerqué a él y le cogí las manos. Su contacto, siempre caliente, contrastó con las mías que estaban heladas. Le vi dudar—. Sé que no me necesitas para aliviarte, es decir, como buen mojabragas que eres solo te hace falta chasquear los dedos para que aparezcan un montón de mujeres despampanantes dispuestas a abrirse de piernas para ti.

Aquello le gustó. Sus labios se tensaron en una pequeña sonrisa mal disimulada. Le estaba ablandando.

—Tu percepción sobre mi capacidad de seducción es un pelín exagerada.

—No seas humilde, que no va contigo.

—No lo soy, ¿es que no lo ves? El resto de las mujeres me importan una mierda. —Tiró de mí para acortar aún más el espacio que nos separaba—. Ayer me pasé toda la puta noche pensando en ti. Estaba tan empanado que hasta los chicos se dieron cuenta. Y menudo cachondeo se traían. —Se humedeció el labio—. Solo quería llegar a casa para meterme contigo en la cama.

—Y te jodí la noche.

—Y me jodiste la noche, sí.

Di un pasito más hacia delante, hasta que mi nariz se topó con su cuello y esnifé su olor, ese olor tan inconfundible que me hacía sentir vértigo en el estómago. Un olor que se había convertido en mi refugio en esas pocas semanas. Ese mismo olor que me había pasado toda la noche buscando en la cama que él había dejado vacía. Y me dije que no me importaba lo que aquello durara, porque durarse lo que durase, quería disfrutar al máximo lo que me provocaba aquel olor.

—Me estás olisqueando —dijo, soltando una pequeña risa mientras me apretaba contra él.

—Me encanta como hueles.

—Pero si ni siquiera me he duchado.

—Por eso. Hueles a ti. A Óscar. Y el olor a Óscar se ha convertido en mi olor favorito del mundo.

Ni siquiera me dejó seguir hablando, me cogió la barbilla con suavidad y me obligó a levantar el rostro para besarme. Y me dio uno de esos besos preciosos, que son un lenguaje por sí mismo. Que no son solo lengua y saliva. Que hablan más de lo que callan. Su lengua buscó la mía mientras sus manos empezaban a quitarme la ropa. Acabé encaramada a él, con mis piernas rodeando su cintura mientras se hacía con un condón y me penetraba, apoyándome sobre la barra americana.

Poco después, estábamos tumbados sobre la alfombra del salón, desnudos. Desde allí podía ver mi ropa desperdigada por el suelo, y las bragas colgando de la esquina del horno. Óscar acariciaba mi espalda mientras me susurraba la canción que sonaba en aquel momento, *Corazón de mimbre* de Marea, y tuve la sensación de que era un momento tan jodidamente perfecto, que era imposible que ocurriera algo que pudiera mejorarlo. Una vez más, le subestimé.

—Pecas, sé que aún no hemos hablado de esto, de lo que nos está pasando, pero quiero que sepas que me gusta, me gusta mucho —me susurró al oído—. No voy a mentirte. Es pronto para poner etiquetas y no voy a hacerlo. No las necesitamos, nunca las hemos necesitado. Tú y yo siempre hemos sido... tú y yo, desde el principio, incluso doce años atrás, cuando aún estaba buscándome a mí mismo, cuándo no sabía que quería de la vida, cuándo todo era demasiado complicado. Incluso entonces... tú me hacías querer ser mejor. Contigo quería ser más... Más valiente, más honesto, más íntegro, más todo. —Alcé el rostro para mirarle, necesitaba perderme en sus ojos verdes mientras me hablaba—. ¿Es qué no te das cuenta de lo jodidamente especial qué eres? Siempre destacarás sobre el resto, porque brillas. Brillas, pequeña. Tienes luz propia. No lo ves, pero brillas tanto que sobresales, aunque te esfuerzas por todo lo contrario. Podría tener a mi disposición a un millón de mujeres despampanantes que... tú seguirías siendo tú, y seguirías brillando más que

nadie.

Óscar el poeta me había dejado muda, y cuando una sonrisa tímida se dibujó en sus labios, quise morir de ternura.

—Dios, dime que no ha sonado tan cursi como parece —me pidió.

—Bueno... podía haber sido peor —bromeé.

—Mira lo que me haces... Me estás convirtiendo en un blando.

—Pues muy blando no es que estés, precisamente... —murmuré cuando su erección se apretó contra mí.

Óscar se rio.

—A lo mejor podrías hacer algo al respecto.

—¿Ah, sí?

—Sí, además, has sido muy mala, y deberías recompensarme...

Yo me reí mientras él empezaba a depositar un reguero de besos en mi cuello y clavícula.

—Eres insaciable.

—Joder, sí, lo soy. No consigo quitarme las ganas de ti.

Me reí, y, siguiendo sus deseos, dejé que mi boca se perdiera en su erección, mientras sus manos y sus caderas marcaban el ritmo.

★ ★ ★

Algo sucedió a la mañana siguiente. Óscar aún estaba dormido, la suave luz del nuevo día se filtraba a través de la ventana entreabierta, y yo me desperté con el inicio de la novela cosquilleándome en los dedos.

Fue una sensación extraña, casi mágica. Nada más abrir los ojos me había venido a la cabeza la primera escena de mi novela perfilada con tanta nitidez que cogí el portátil de Óscar y me lo puse sobre el regazo sin ni siquiera perder tiempo en vestirme.

Abrí un archivo Word nuevo y empecé a teclear. El primer párrafo salió prácticamente solo:

«Una vez mi abuela me dijo que el amor era dulce y amargo, como la canela. Que a ella le gustaba echar una pizca de canela a todos sus platos porque en pequeñas cantidades te alegraba el corazón, pero que de forma desmedida mataba el resto de sabores. Según ella, con el amor pasaba lo mismo. Amar un poquito era necesario para que la vida fuera más bonita, pero amar en exceso podía devastar todo tu mundo para siempre».

Aquel día, con la inspiración recorriendo cada partícula de mi ser, escribí las 3.126 palabras que dieron forma a aquel primer capítulo que llevaba días resistiéndose.

El amor nunca es suficiente

Las primeras semanas de noviembre pasaron tan rápidas que ni siquiera fui consciente de dejarlas atrás.

Después de escribir del tirón el primer capítulo de mi novela, había conseguido escribir los siguientes sin que ninguna duda me asaltase. La historia parecía fluir de nuevo.

Por otra parte, durante aquellos días, Óscar y yo seguimos con aquella especie de pseudorelación que a mí me hacía sentir tan jodidamente viva. No sabía dónde nos llevaría aquello, pero tampoco me paraba mucho a pensarlo. Quería vivirlo. Perderme en sus brazos. Follar hasta la extenuación. Despertarme con el roce de sus dedos en medio de la noche. Iniciar el día con sus besos. Hablar sobre libros. Descubrirnos canciones. Leer a su lado. Cenar en la cama. Ponerme sus camisas de leñador. Reír, mucho, a carcajada limpia. Hablar de guarradas, porque él era un perverso sin causa. Salir con sus amigos. Infiltrarme en su mundo.

Las pequeñas cosas, con él, dejaban de ser pequeñas.

Aquel noviembre fue un mes de reflexiones. Yo me sentía distinta, estaba cambiando, y pensar en los errores del pasado me ayudaba a plantear el presente.

Una tarde de esas en las que Carla y yo acabamos tiradas en el sofá de su casa viendo programas chorras de la MTV mientras nos hacíamos la manicura y comíamos chocolate, compartí con ella una idea que rondaba por mi cabeza desde hacía días:

—Cuando Iván me dijo que me había engañado por qué no se sentía vivo, no lo entendí, ¿sabes? Me pareció la típica excusa sacada de algún manual cutre para infieles. ¿Cómo no podía ser feliz? Si yo le quería. —Arrugué el ceño, observando el esmalte color coral reluciente en mis uñas recién pintadas—. Pero ahora empiezo a entenderle. Creo que yo me sentía igual, aunque no quería verlo. Me pasaba el día frustrada, apática y desgana... —Busqué su mirada. Carla me escuchaba atenta, con una sonrisa comedida—. Incluso empiezo a preguntarme si de verdad le quería o si simplemente le necesitaba para que mi mundo seguro y tranquilo sin sobresaltos no se viniera abajo.

—Es difícil marcar la línea divisoria entre querer y necesitar —dijo Carla, acercándose más a mí para darme un breve achuchón. Cuando se separó, me miró dubitativa, jugueteando con un mechón de su cabello rebelde. —Yo... a ver cómo te digo esto sin quedar como una zorra. —Dejó escapar una risita y yo alcé una ceja, sin comprender lo que había querido decir—. No es que me alegre de que Iván se comportara como un cerdo contigo ni nada por el estilo, pero a veces pienso que fue lo mejor que te pudo pasar.

—¿Qué quieres decir?

—Mírate ahora, Vir. Empiezas a ser tú de nuevo. Durante años he tenido que hacer de remolque para que salieras de vez en cuando del cascarón en el que estabas metida. Es cierto, estabas frustrada, y no solo eso, parecías una muerta en vida, joder. —Sus ojos claros desprendieron un brillo extraño y triste, poco natural en alguien como ella que siempre tenía una sonrisa en la cara—. Te encerraste tanto en ti misma que temía que llegara un día en el que no me dejaras entrar.

Tragué saliva y miré a Carla con ternura.

—No tenía ni idea de que estuvieras tan preocupada por mí.

—Claro que lo estaba. Tú siempre has sido un poco rarita, no nos engañemos. —Se rio y yo me contagié de su risa—. Pero no sé, en los últimos años nunca querías hacer nada, dejaste de escribir, de salir y te pasabas el día criticando tu trabajo y a la bruja de tu jefa.

—Una vida un poco triste, sí. —Dejé que mi mirada se perdiera en algún punto indefinido de la pared de enfrente.

—Triste no, es como si la hubieras puesto en *standby*. O como si hubieras encendido el piloto automático.

—Ya... Y la traición de Iván me despertó del letargo —dije, subiendo las piernas sobre el sofá para acurrucar la cabeza en ellas, mientras las rodeaba con los brazos.

—Algo así. —Me miró con ternura—. El amor tiene que hacerte volar, no

arrancarte las alas. Y en todo caso, si tiene que arrancarte algo, que sea la ropa interior.

Esboqué una pequeña sonrisa y me quedé unos segundos en silencio, pensativa. Carla se levantó, sirvió dos copas de vino en la cocina y regresó con ellas. Las dejó sobre la mesita de centro.

—¿Qué crees que hicimos mal Iván y yo para hacernos tan tremendamente infelices?

Ella se tomó unos instantes para reflexionar sobre mi pregunta antes de responder, dando un pequeño sorbo al vino recién servido con aire distraído.

—¿Quieres que sea sincera del todo contigo? —Esperó hasta que afirmara con la cabeza, dejó la copa de vino a un lado y me miró con seriedad—. Iván y tú eráis muy distintos. Mucho, demasiado. No teníais nada en común. Solo el amor. Y el amor nunca es suficiente.

«El amor nunca es suficiente», que gran y cruda verdad.

—Pero... existen muchas parejas opuestas que funcionan.

—Claro que existen, pero son parejas que han conseguido funcionar porque sus diferencias les complementaban. Las vuestras, en cambio, os anulaban. Os impedían crecer. Y una de las claves en cualquier relación de pareja, es que la otra persona te ayude a mejorar. —Se encogió de hombros—. Ese no era vuestro caso, Vir.

Cogí la copa de vino y me la llevé a los labios, pensando en sus palabras.

Iván y yo habíamos hecho de nuestras diferencias un abismo y habíamos dejado que este nos engullera. Durante todos aquellos años, yo había dejado de hacer muchas cosas que me encantaban por el simple hecho de que a él no. Sin más. Y él había hecho lo mismo. Ambos habíamos sido un impedimento para la evolución personal del otro.

—¿Cuándo te diste cuenta de que nos pasaba eso? —pregunté.

—No sé... Supongo que pasada la euforia de los primeros meses.

—No entiendo. —Parpadeé, algo confusa—. ¿Llevas sabiendo que nuestra relación estaba abocada al fracaso desde el principio?

—Hombre, desde el principio, principio no.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —pregunté, algo dolida. Que tu mejor amiga te confiese que siempre había sabido que acabarías así, no es plato de buen gusto.

—Lo intenté, cielo. Pero... no es que fuera precisamente fácil hablar contigo de esto. Además, hiciste de Iván tu bote salvavidas. Necesitabas que algo te sacara de esa burbuja de comodidad en la que te habías recluido, y ese algo no podía ser yo. Debías hacerlo tú solita.

—Pues la próxima vez que creas que me estoy equivocando, dímelo.

—¿Aunque no te guste lo que tenga que decirte?

—Aunque no me guste.

—Vale, que así sea —alzó su copa, chocándola contra la mía—. A partir

de ahora seré la voz de tu conciencia.

Sonreí, disfrutando de aquel merlot tan delicioso y de aquella conversación tan gratificante.

—¿Y qué opina la voz de mi conciencia sobre Óscar?

Carla recibió la pregunta con una risita.

—Que quiere uno para ella. ¿Crees que lo venderán en Amazon?

Alzó las cejas con picardía y yo me reí, negando divertida.

—Hablo en serio.

—Vale, vale. A ver... —Carraspeó y arrugó el ceño como si buscara las palabras adecuadas—. En el mundo existen tres tipos de personas: las que suman, las que restan y las que no te aportan nada. —Había hecho aquella enumeración con ayuda de los dedos que ahora permanecían alzados delante de mi rostro—. Si Óscar pertenece a algún grupo, es al primero.

Le miré sorprendida por su rotundidad, y ella intentó explicarse:

—Durante el instituto ya lo conseguí, ¿recuerdas? Gracias a él mejoraste como escritora. Incluso hiciste aquella obra de teatro que dejó a todo el mundo con la boca abierta. —Una amplia sonrisa se había dibujado en su rostro—. Y ahora... Está volviendo a pasar. No digo que él sea el responsable directo de que estés encarrilando tu vida, claro que no, eso lo estás consiguiendo solita. Pero él suma, ¿o me equivoco?

Me mordí el labio inferior, escondiendo una sonrisa. No se equivocaba.

Óscar hacía que aquél proceso de buscarme a mí misma fuera más sencillo. Óscar sumaba, siempre sumaba. Y no hizo falta que lo dijera en voz alta, porque Carla lo sabía.

Aquella tarde, tras haber vaciado la botella de vino, Carla me explicó que Raúl y ella habían decidido poner punto y final a sus encuentros. Fue bonito mientras duró, dijo, pero ambos eran realistas y sabían que aquello no les llevaba a ninguna parte.

—Además, él está enamorado de otra. Aún no lo sabe, pero tarde o temprano se dará cuenta, y no quiero estar en medio cuando eso ocurra.

No entendí que quería decir, pero tampoco pregunté. Carla era dada a ese tipo de relaciones poco duraderas, que se desvanecían tan pronto como llegaban. Lo único que me importaba era que hubieran quedado como amigos y que pudiéramos seguir saliendo en grupo como hasta entonces.



Me marché de casa de Carla después de cenar. Como ambas habíamos bebido más de la cuenta, le prohibí rotundamente que me acompañara en coche y pillé el metro, que al fin y al cabo es el método más cómodo para moverse por Barcelona.

Llegué a casa veinticinco minutos más tarde.

Salí del ascensor, saqué las llaves del bolso y miré la puerta vecina. Dudé, pero al final, guardé las llaves de nuevo y llamé al timbre de Óscar. Oí unas risas, el sonido de una conversación y unos pasos. Sabía que Óscar estaría con los chicos y no quería molestar, pero me apetecía verle. Un momento, solo.

Cuando Óscar abrió la puerta, el vértigo se apoderó de mi estómago. Pantalones vaqueros ceñidos, camisa de leñador en tonos granates, y barba de días, esa barba que entre mis piernas hacía maravillas. Espanté ese pensamiento con un parpadeo. Pensar en sexo cuando le tenía delante era demasiado fácil.

—Eh, pequeña. —Y lo dijo flojito, para que sus amigos no nos robaran ese momento de intimidad—. ¿Cómo ha ido tu tarde de chicas?

—Bien, mira. —Alcé mis manos y le mostré mis uñas pintadas—. Llevo una especie de rojo que ahora está de moda y que todos llaman coral.

—Muy bonito.

Me reí y él me guiñó un ojo mientras detrás suyo asomaba una cabeza. Era Raúl. Al reconocerme, dibujó una gran sonrisa en los labios y se acercó para darme dos besos.

—¡Eh, Virginia! ¿Por qué no pasas? —Miró a Óscar, ceñudo—. A las chicas guapas no se las deja en la puerta, se las hace entrar y se las colma de atenciones.

Óscar disimuló una sonrisa, negó divertido y me cedió el paso hacia el interior.

—En realidad yo solo pasaba para saludar... —empecé a decir. Pero a Raúl eso no parecía importarle. Me cogió del brazo y me arrastró hacia la mesa del comedor, donde David y Mateo me recibieron con un saludo efusivo. Sobre la mesa había un tablero de colorines y un montón de fichas desperdigadas por todas partes. Parpadeé, incrédula.

—Estamos jugando al Trivial, ¿te apuntas?

—¿Al Trivial? —Y no sé por qué, me dio la risa, y empecé a descojonarme yo sola.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Raúl, a mi lado, me miró con una ceja alzada.

—Perdona, es solo que, no sé, pensaba que estaríais jugando al Póker o a algo más... varonil.

Lo dije en broma, claro, no es que creyera que existen juegos más varoniles que otros, pero valió la pena hacerlo solo para ver como Raúl me miraba con expresión asesina mientras aseguraba que el Trivial podía ser muy varonil. Óscar, Mateo y David se carcajearon en el momento en el que su dedo acusatorio me señaló, retándome a una partida, que acepté con ganas.

Jugar con ellos a aquel juego de mesa fue entretenido, mucho. Los amigos de Óscar eran divertidos, cercanos y... me hacían sentir bien, integrada, como

una más del grupo.

En algunos momentos, mientras ellos se discutían sobre alguna de las respuestas, los observaba desde la distancia. Después de haberme pasado media tarde hablando de Iván, no podía evitar buscar las siete diferencias que, en lugar de siete, eran mil. Como, por ejemplo, la poca afinidad que había conseguido tener con sus amigos. No habíamos conectado para nada. Siempre había pensado que era cosa de mi carácter hermético y mi forma de ser. Pero ahora me daba cuenta de que no se trataba de eso: Iván y yo pertenecíamos a dos mundos completamente distintos.

Siguiendo con las reflexiones que había hecho aquella tarde en casa de Carla, en aquel momento comprendí algo. El amor suma, no resta. Si resta no es amor. Y lo mío con Iván hacía tiempo que restaba más que sumaba.

Horas más tarde, después de que Raúl nos metiera una paliza y se proclamara el rey de la cultura general, abandonamos el Trivial y charlamos sobre temas de actualidad. Además de guapos, eran muy interesantes. En un momento dado, mientras les daba mi opinión sobre lo mal que la Unión Europea estaba gestionando la crisis de los refugiados, advertí la mirada de Óscar, observándome con tal fascinación que me hizo perder el hilo de lo que estaba diciendo. Sus dedos buscaron los míos bajo la mesa y se inclinó para darme un beso en los labios. Un beso inesperado, en medio de una mesa rodeada por sus mejores amigos, que recibieron aquel gesto primero con

estupefacción y después con jaleo y risas. Las veces que habíamos coincidido a lo largo de esas semanas, habíamos evitado aquellas muestras de cariño que pudieran dar a entender cosas a las que aún nosotros no habíamos puesto nombre.

Poco después, los chicos se marcharon, y lo hicieron con muy buen sentido del humor.

—¿Y a mí no me vas a dar un besito de buenas noches? —dijo Mateo, poniendo morritos.

—Vete a la mierda un rato, anda.

Cuando nos quedamos solos, mientras le ayudaba a recoger, no pude evitar preguntarle:

—¿Por qué lo has hecho? —Me miró como si no supiera lo que había querido decir, y especifiqué—: ¿Por qué me has besado?

Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a mí, rodeándome por la cintura para atraerme a él.

—Porqué me apetecía. —Me dio un beso en la nariz, torciendo la sonrisa—. Por qué cuando sacas tu lado idealista y hablas con pasión de las mierdas del mundo intentando arreglarlas, me pareces tan jodidamente sexy que... solo pienso en besarte. —Recorrió mi cuello con sus labios, seguido de un beso en la oreja, seguido de un mordisquito con lengua incorporada. Ronroneé—. Y no solo pienso en besarte, la verdad, aunque lo otro no podía hacerlo.

—Estoy segura de que a tus amigos no les hubiera importado —bromeé.

—No, de hecho, se hubieran ofrecido a participar.

Nos reímos y empezamos a devorarnos. Acabamos en su habitación, donde la ropa voló enseguida y nuestros cuerpos encajaron bajo las sábanas.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunté, medio ida, notando como se abría paso en mi interior. Y no me refería a lo que estábamos haciendo en ese momento, que era evidente, me refería a lo otro, a lo de besarnos en público, a lo de comportarnos como una pareja sin serlo.

—No lo sé.

Y quizás ninguno de los dos lo sabía, o no queríamos saberlo, pero estaba claro que las cosas caminaban solas hacia una dirección que yo no tenía muy claro si sabríamos afrontar...

Vuela alto, pequeña

La última semana de noviembre llegó acompañada de una ola de frío polar. La cota de nieve descendió y las temperaturas en Barcelona cayeron en picado, estancándose por debajo de los diez grados, algo excepcional para una ciudad mediterránea como la nuestra.

Aquel lunes por la mañana me levanté de la cama sin más compañía que Canela durmiendo a mis pies. Óscar había tenido que madrugar para asistir a una reunión de trabajo a primera hora, así que me quedé sola remoloneando bajo el edredón hasta que una vocecita en mi cabeza me dijo que era hora de empezar el día.

Antes de las diez, ya estaba sentada en el escritorio de mi pequeño despacho, duchada y con un café caliente bien cargado entre las manos que me ayudara a despejarme.

Lo cierto es que llevaba muy buen ritmo con la novela. Y allí estaba yo, tecla arriba, tecla abajo, cuando recibí una notificación de un nuevo correo electrónico en la bandeja de entrada. La abrí, sorprendida por el nombre del remitente. Era un mail de Pedro, uno de mis mejores amigos durante la universidad. Me invitaba a la presentación de su exposición fotográfica, que inauguraría en una pequeña galería de arte de la ciudad aquel mismo jueves.

Durante la carrera, Pedro y yo habíamos sido muy amigos. Pedro era una de esas personas que te caen bien, aunque no quieras, porque parece un oso amoroso, grande y bonachón. Nos llevamos genial desde el principio, teníamos gustos muy parecidos en música, cine y libros, y formábamos parte del mismo grupito. Al acabar la carrera nos distanciamos. Sabía que la culpa de aquel distanciamiento había sido sobre todo mía. Durante años, él siguió mandándome mensajes para quedar, pero yo siempre le daba largas o ponía excusas en el último momento para no hacerlo. Supongo que acabó cansándose de mis desplantes. Por ello, aquella invitación se convirtió en una sorpresa inesperada.

Yo no sabía muy bien que hacer, así que le pedí opinión a Óscar.

—Ve a esa exposición y recupera el contacto.

Estábamos en su sofá, él tumbado con las piernas sobre mi regazo, leyendo un libro, y yo escribiendo en mi portátil. Llevaba puestas las gafas de pasta negra que usaba para leer, y se las bajó un poco para mirarme por encima de ellas.

—Pero seguro que estarán también todos los de la uni, y después de tanto tiempo sin verles, no sé... Va a ser incómodo.

—Pecas, no puedes dejar de hacer cosas por miedo. Al fin y al cabo, las cosas buenas solo suceden al otro lado del miedo.

—Lo sé, pero ¿y si se ha equivocado al mandarme la invitación? ¿Y si en

realidad no quiere que vaya? ¿Y si...?

—No puedes seguir escondiéndote del mundo, pequeña —me cortó.

Fruncí el ceño, le di una palmadita en las piernas y dejé el portátil encima la mesita de centro.

—Eso ha sonado un poco paternalista.

—Solo digo que ahí fuera hay un montón de cosas maravillosas esperándote, pero, para conocerlas, debes de salir de tu zona de confort. Y sé que llevas meses saliendo pasito a pasito de ella, pero aún te queda mucho recorrido por hacer. Y esa exposición forma parte de ese recorrido.

—No me gusta sentirme fuera de lugar.

Cerró el libro, lo dejó a un lado y apartó las piernas de mi regazo para que me sentara a su lado.

—Pecas, uno elige como sentirse. Elige bien.

—Haces que todo parezca sencillo.

Se rio y me estrechó entre sus brazos.

—No, no es sencillo. Pero he tenido que elegir muchas veces, solo eso. Y muchas veces he elegido mal. —Se encogió de hombros y apoyé mi rostro en su pecho, buscando el confort que me proporcionaba su calor.

—Entonces... ¿crees que debería ir? —pregunté de nuevo.

—Claro que sí. Solo tienes que ser tú misma. Si eres tú misma todo irá bien. —Y me miró de una forma tan dulce que me estremecí—. Despliega las

alas y vuela alto, pequeña. Te prometo que merecerá la pena.

★ ★ ★

El jueves por la tarde llegué a la galería donde se hacía la exposición de Pedro con los nervios instalados en la boca de mi estómago. Cuando aparecí en la sala, tuve la sensación de que todas las miradas se clavaban en mí, pero todos esos miedos desaparecieron en el momento en el que Pedro me estrechó entre sus brazos dedicándome una de sus sonrisas radiantes.

—Benditos sean los ojos, nena. Estás preciosa.

Me dio una copa de cava y me presentó a su novio Martín, un chico argentino muy mono. Me explicó que había conseguido exponer allí gracias a un amigo de un amigo y que compaginaba su pasión por la fotografía con un trabajo de corrector en una editorial independiente.

El tema de la exposición era el ocio nocturno de ambiente en Barcelona, y las fotografías, todas ellas en blanco y negro, mostraban la cara más salvaje de la ciudad. Incluso había fotos de Martín desnudo, mostrando, sin pudor, todos sus encantos (¡y vaya encantos!).

Al acabar, fuimos a cenar y empecé a sentirme integrada con el grupo, como en los viejos tiempos.

Con las barrigas llenas y ganas de seguir la noche a otro lado, fuimos a

tomar unas copas en un bar del Born, uno de los barrios que solíamos frecuentar en nuestra etapa universitaria. Entre margaritas y cosmopolitans, nos pusimos al día sobre nuestras vidas.

Al final de la noche, Pedro y Martín me acompañaron a casa con el coche. Al despedirnos, prometí que volveríamos a vernos muy pronto.

—Nena —me llamó Pedro, justo cuando había abierto la puerta del portal y había hecho ademán para entrar. Me giré para mirarle—. Sea lo que sea lo que estés haciendo, no dejes de hacerlo, porque te hace bien.

Sonreí, le lancé un beso y entré en el portal, sintiéndome plena y feliz. En aquel momento, recordé la canción de *Me haces bien* de Jorge Drexler. Y tarareando esa canción, entré en el ascensor con ganas locas de ver a Óscar. Quería explicarle lo bien que me lo había pasado con Pedro y su novio y, de paso, darle las gracias por haberme animado a ir. Sin su insistencia, no lo hubiera hecho.

Óscar me había dicho que me esperaba en su piso, así que saqué la llave del bolso, la misma llave que aún conservaba de cuando me quedé con Canela durante su viaje a Madrid, y abrí.

Fruncí el ceño al comprobar que la cerradura estaba echada. Cuando entré, el piso estaba a oscuras y silencioso. Me dirigí hacia su dormitorio a grandes zancadas. La cama estaba deshecha, pero no había ni rastro de Óscar: solo Canela durmiendo en una esquina.

Tuve una extraña sensación en el pecho, como un palpito. Saqué el móvil del bolsillo, busqué su número en la agenda y le llamé. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Algo pesado y desagradable se acomodó en mi garganta. La cama deshecha era una muestra de que había estado allí. ¿Se había largado en medio de la noche? ¿Por qué?

Tragué saliva, sentándome en aquella cama vacía.

Óscar, ¿dónde te has metido?

El pasado, a veces presente

(Óscar)

Cada cual tiene sus rarezas, conducir para evadirme, es una de las mías. La mirada fija en la carretera, las manos en el volante y *Hurt* de Johnny Cash a toda pastilla aturdiéndome la mente, prohibiéndome pensar. Aquella siempre había sido mi mejor terapia, sobre todo en días como aquel, días en los que los recuerdos se agolpan y te carcomen por dentro.

Después de unas cuantas horas conduciendo sin rumbo, acabé parando a repostar en una pequeña gasolinera perdida en medio de una carretera de montaña. Necesitaba estirar las patas, mear y descansar un poco. Tenía las piernas agarrotadas de tantas horas sentado en la misma posición, por no hablar del jodido dolor punzante que me martilleaba las sienes, producto de no haber dormido nada. Fuera, el sol empezaba a destilar en el horizonte, ganando espacio a la negrura de la noche. Aproveché para comprar un refresco de cola y un sándwich vegetal que me comí sentado en un banco de piedra. Hacía un frío del carajo y, aunque me había subido la cremallera de la cazadora hasta la nariz, podía sentir el viento gélido y cortante en las orejas.

La puta pesadilla me había sorprendido aquella noche, después de meses sin hacer acto de presencia.

El olor a gasolina.

La sensación de asfixia.

El calor.

Sabía que más que una pesadilla era un recuerdo que me visitaba del pasado, de esa otra vida que ya había dejado atrás, pero que, a veces, se colaba entre mis sueños para recordarme que había existido.

Al menos me había sorprendido solo. De haber estado Pecas conmigo, no sabía cómo habría reaccionado.

Pecas... la única mujer en el mundo capaz de ponerme dura la polla pero rojo el corazón. Durante unos instantes, un sentimiento dulce fue capaz de sustituir la tormenta que se había desatado en mi interior. Aunque solo fueron unos segundos, lo agradecí.

Me froté los ojos, cansados y enrojecidos. Me preguntaba si algún día podría enterrar para siempre aquellos recuerdos. Los golpes, los insultos, el temor a que las personas que más quería acabaran heridas.

Di un último trago a la lata antes de estrujarla y tirarla dentro de la papelera. Mi cabeza empezaba a dejarse arrastrar de nuevo por las mierdas de aquella época. Necesitaba sentir el volante entre las manos y dejar que mi cabeza se concentrara en la carretera. Sí, aquello me ayudaría a evadirme.

¿Dónde has estado?

Esperé toda la noche tumbada en el sofá de mi casa, pendiente de cualquier ruido que pudiera alertarme de que Óscar había regresado, pero no lo hizo.

A penas conseguí dormir unos minutos; cada vez que cerraba los ojos volvía a abrirlos, envuelta en un sudor frío y pegajoso.

Pasaron las horas, Óscar no aparecía y su móvil seguía apagado o fuera de cobertura. Aquello me trajo recuerdos, recuerdos lejanos y enterrados, recuerdos de una joven llorando en su cama porque el chico del que estaba enamorada había faltado a su cita sin avisar.

¿Y si había vuelto a marcharse? ¿Y si de nuevo desaparecía de mi vida sin despedirse?

Estaba enfadada, enfadada y preocupada, y al caer la tarde, aquella desazón se amplificó y decidí llamar a Sara. Al explicarle la situación, noté como algo en el tono de su voz mutaba.

—Él, a veces... necesita irse unas horas. —Suspiró y noté su incomodidad —. Yo no puedo darte detalles, Virginia. Solo puedo decirte que regresará. Él siempre regresa.

Anocheció.

Me quedé todo el día en casa, esperando a tener noticias tuyas. No

entendía qué podía llevar a Óscar a marcharse de casa en plena madrugada sin ni siquiera mandarme un mensaje. Entendía que necesitara tener su propio espacio y yo no era nadie para pedirle explicaciones, pero llevaba todo el día con un nudo de angustia en el estómago.

Tantas horas sin dormir me pasaron factura, y acabé quedándome adormilada en el sofá. Pese a ello, a una hora indeterminada de la madrugada, oí el sonido inconfundible de unas llaves y el ruido de una puerta abrirse y cerrarse en el exterior. Era Óscar, estaba convencida. Me quedé tumbada sin saber qué hacer. Tenía ganas de ir a verle y cantarle las cuarenta por haberse marchado sin dar explicaciones cuando habíamos quedado para pasar la noche juntos, pero a la vez, me negaba a ser yo la que fuera en su busca. Era él quién tenía que llamar a mi puerta.

Pero aquella noche, no lo hizo.



El timbre sonó a la mañana siguiente. Cuando abrí la puerta y vi a Óscar al otro lado, el enfado se intensificó. Óscar me miraba como si nada, con una de sus sonrisas ladeadas de siempre y una expresión de normalidad en el rostro. Sujetaba una bolsa de panadería entre las manos y el olor dulzón de la bollería flotó hasta mi nariz. Su regocijo contrastaba con las ganas que tenía yo de

zarandearle y gritarle por haberme hecho sufrir de esa manera. Pero ni lo zarandeeé ni le grité. Me limité a lanzarle una mirada furibunda que él intentó aplacar rodeándome entre sus brazos.

—Te he traído unas pastas de esa cafetería que tanto te gusta —susurró a mi oído. El muy hijo del mal conocía muy bien mis debilidades.

Gruñí, cogí la bolsa entre las manos y me senté en el sofá. Él se sentó a mi lado.

—Estás enfadada —dedujo.

—Muy observador.

Se humedeció el labio inferior y me miró con cara de cordero degollado.

—Lo siento, Pecas.

—¿Y qué sientes exactamente? ¿Haber estado un día entero sin dar señales de vida o haber llegado ayer por la noche y no haber aparecido hasta esta mañana?

Frunció levemente las cejas, como si el hecho de que supiera su hora de llegada le sorprendiera.

—Ambas cosas, supongo.

—Estaba muy preocupada, Óscar, incluso llamé a Sara. Yo... No sabía qué hacer ni a quién recurrir.

—Lo siento —repitió.

Me froté la frente, cansada, y él apoyó una de sus manos sobre mi regazo.

Levanté el rostro hacia él y, al ver su expresión, triste, extraña, me reblandecí.

Suspiré y pregunté, abandonando el malhumor:

—¿Dónde estabas?

—Conduciendo.

Alcé las cejas.

—¿Y hacía donde conducías?

—Hacia ninguna parte. Yo... solo conducía.

—Creo que me lo tendrás que explicar mejor.

—Digamos que hay veces en las que los monstruos del pasado regresan en forma de pesadilla, y yo, yo... simplemente necesito irme. Desaparecer.

Apartó la mirada de la mía y algo en mi cabeza me transportó hacia otro lugar, hacia otra época. Esas palabras ya las había escuchado antes, de la boca de un chico más joven, con el sonido del mar de fondo.

Voy contigo

Era una mañana de noviembre, estábamos en clase y Tomás había puesto la película de *El Gran Gatsby*. Era tercera hora, acabábamos de sufrir a la profesora de filosofía y entre la oscuridad del aula y el calefactor a tope, me estaba quedando dormida. Luchaba con todas mis fuerzas para no sucumbir al sueño, como gran parte de mis compañeros. Fue entonces cuando lo escuché. Un ronroneo. Me giré y busqué con la mirada al propietario de aquel ruidito tan adorable. Cuando lo encontré, una sonrisa divertida se dibujó en mis labios. Óscar Miralles dormía plácidamente sobre su pupitre. Y estaba mono, muy mono.

Por aquel entonces Óscar y yo llevábamos tiempo trabajando juntos en la obra de teatro del instituto. Habíamos dejado atrás las discusiones recurrentes en clase, aunque, cuando no estábamos de acuerdo en algo, seguíamos defendiendo nuestras posturas con ahínco. Empezábamos a llevarnos bien, incluso podía decirse que éramos algo así como amigos, pero nos seguíamos retando. Era divertido hacerlo y, además, era la forma que tenía yo de lidiar con mis sentimientos, que parecían intensificarse con el paso de las semanas.

Intentaba ser racional, decirme a mí misma que era normal sentirme atraída por él, porque estaba bueno, y porque pasábamos mucho tiempo juntos.

Me quedé mirando a Óscar en silencio, hasta que su rostro se contrajo y su respiración empezó a descontrolarse. Sus labios se separaron y su garganta emitió un gruñido angustiada que rápidamente fue secundado por otro.

—No, no... —La voz ronca de Óscar se rompió y empezó a respirar con dificultad.

Aunque su voz quedó tapada por el sonido de la película, había llamado la atención de algunos compañeros que lo observaban con curiosidad. En el momento en el que una expresión de sufrimiento tensó las facciones de su rostro, alargué el brazo y le zarandeeé el hombro con suavidad, hasta que sus ojos se abrieron aterrados y confundidos, como si acabaran de regresar de algún lugar lejano. Cuando nuestros ojos se encontraron, le dediqué una sonrisa tranquilizadora y, poco a poco, sus facciones volvieron a la normalidad.

Poco después, la clase terminó y Óscar recogió sus cosas a marchas forzadas. Era la hora del recreo y quedaban muchas clases por delante, pero algo me empujó a seguirle en su huida.

Me puse la chaqueta, cogí la mochila y fui en su busca.

Lo alcancé en el exterior, a punto de ponerse el caso de la moto. Al levantar el rostro y verme, leí la perplejidad en su mirada. No me extrañaba. Yo estaba más sorprendida que él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Como respuesta yo solo pude encogerme

de hombros y sonreír, porque, en realidad, ni siquiera lo sabía—. Necesito irme, Pecas. No puedo quedarme aquí.

—Voy contigo —le dije, sin pensar. Pude ver el efecto que mis palabras causaron en él: duda, expectación y... alivio.

Después de pensárselo mucho, abrió el maletero de la moto, sacando un segundo casco de él. Me lo tendió y me lo puse. Al cabo de unos minutos estábamos cruzando la ciudad a gran velocidad. Era la primera vez que me subía a una moto y ni siquiera iba preparada. Llevaba una falda vaquera que notaba como poco a poco se iba arremangando sobre mis muslos. Abrazada con fuerza a su cintura, sentí el viento contra mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo estuvimos en aquella moto. Solo sé que, a través del casco, el paisaje urbano fue sustituido por el horizonte marino. En algún momento, Óscar cogió un desvío y aparcó. Olía a sal y se escuchaba el sonido de las olas chocando contra las rocas de fondo. Me bajé de la moto con dificultad y me quité el casco para disfrutar del mar embravecido en todo su esplendor. Hacía frío y mucho viento. Sobre nosotros, unos nubarrones grises, amenazaban tormenta. A pocos metros, las olas eran tan altas que me sentí, de repente, muy pequeña, insignificante.

Acabamos sentados sobre la arena fría, cerca de la costa, en silencio. Óscar jugaba con ella, cogiéndola y dejándola escapar entre sus manos.

—¿Cómo estás? —pregunté al cabo de un rato. La brisa marina había

convertido mi largo cabello castaño oscuro en una maraña de nudos.

—Bien —respondió, sin extenderse—. Gracias por despertarme antes.

—No parecías estar pasando un buen rato.

—No lo estaba haciendo, la verdad.

Sin darme cuenta, había empezado a imitarle, cogiendo arena para segundos después, soltarla de nuevo.

—Yo a veces sueño que muero devorada por un calamar gigante. ¡Te lo juro! Veo como me coge con uno de sus tentáculos resbaladizos y como me acerca a su boca babosa y rasposa... —Hice una mueca de asco.

—¡Joder, Pecas! ¡Qué pesadilla más cutre! —Y lo dijo en medio de un ataque de risa al que yo enseguida me sumé.

—No lo es. Imagina como me siento al despertar en medio de la noche pensando que he sido la merienda de uno de esos bichos.

—Pero mira que eres rara. ¿No puedes soñar con tiburones como hace todo el mundo? Al menos esos sí dan cague.

—Los calamares gigantes son más impresionantes, créeme. Los vi en un documental de esos que se pone mi padre para echarse la siesta y dan mucha grima.

Volvió a reírse con ganas y yo sentí como todo mi interior se revolvía. Un cosquilleo, algo cálido. Nunca antes había sentido eso, y no sabía ponerle nombre. Pero me gustaba, era agradable. Ojalá pudiera hacerle reír así

siempre. Sus ojos parecían... diferentes, perdían ese halo de tristeza que los caracterizaba y se llenaban de luz.

—Eres increíble —consiguió decir, recuperándose del ataque de risa—. De verdad. Estás fatal. Como una puta cabra. —Soltó un suspiro y sonrió—: Gracias.

—¿Por qué?

—Por esto.

Me dedicó una sonrisa ladeada, de las que dejan sin aliento y durante unos segundos, me olvidé de respirar.

—Yo a veces sueño con algo que ocurrió el año pasado. Fue una experiencia un poco... traumática, por decirlo de alguna manera. —Se encogió de hombros, sin mirarme, como si temiera hacerlo—. Cuando eso pasa, me siento aprisionado y necesito huir lejos. Muy lejos. No sé si me entiendes.

—Sí, claro, cuando yo sueño en ese calamar gigante, me pasa exactamente lo mismo.

Sonrió y yo aproveché para apoyarme en él. Su cuerpo desprendía calor. Pese a ser tan frío, era cálido como el sol del verano.

—Cuando acabe este curso, voy a marcharme.

Levanté el rostro. El suyo estaba a pocos centímetros del mío. Sentí un dolor en el pecho y un nudo en la garganta.

—¿Marcharte? ¿A dónde?

—Lejos. Muy lejos No me importa mucho dónde. Quiero viajar por el mundo, conocer sitios, ciudades, no sé.

—¿Quieres marcharte por lo que ves en tus sueños?

—Quiero marcharme por lo que vi en mi realidad. —Atrapó su labio inferior con los dientes, inquieto—. Y por mucho más. Necesito irme para dejar atrás quién soy.

—Pues... me gusta quién eres —dije, sin tapujos, mirándole a los ojos.

Él desdibujó una sonrisa, antes de hablar.

—Eso no es cierto, Pecas. Estoy jodido. ¿Cómo puedo gustarte?

—No lo sé, porque la mitad de las veces tengo ganas de matarte. —Y solté una pequeña risita, porque era incoherente, pero cierto—. Supongo que, en el fondo, en un fondo muy fondo, no eres tan capullo como pareces.

Me miró con el pánico reflejado en la mirada.

—No pienses en salvarme.

Toma dardo al corazón.

—Oye, imbécil, yo no pienso en salvarte. Me gustas como persona, no en el sentido romántico del término gustar. —Mi voz sonó enfadada, porque su comentario me había dolido.

Me miró de soslayo, entre divertido y taciturno. Sí, rara combinación.

—Solo digo que no pierdas el tiempo intentando salvar al chico malo de sus mierdas, en la vida real eso nunca funciona.

—No hay nadie que pueda salvarte, nadie excepto tú mismo.

Aquella frase pareció gustarle, porque ensanchó una sonrisa y se quitó las botas, arremangándose los vaqueros hasta las rodillas.

—¿Qué haces? —pregunté, alzando una ceja.

—Voy a mojarme los pies, ¿te vienes?

—¿Con el frío que hace? Ni de coña.

Me miró divertido, se alejó y se acercó a la orilla. Cuando el agua helada entró en contacto con sus pies empezó a gritar, soltando en el proceso un buen puñado de tacos.

—Venga, Pecas. Ven, no está tan fría —gritó.

Y aunque quise resistirme, y aunque siempre he odiado el agua helada, acabé sucumbiendo a su petición. Me quité las Converse, las medias tupidas y fui corriendo para hacerle compañía. Aquella mañana, ambos acabamos empapados, arrollados por una ola. Entre risas.

Nunca hubiera pensado que, doce años después, aquella pesadilla le seguiría persiguiendo...



Aquella noche fuimos a cenar fuera. Me apetecía salir y despejarme y lo conseguimos. Fuimos a un griego muy bien ambientado donde disfrutamos de

unos platos exóticos y deliciosos.

Intenté hablar con Óscar de su pesadilla, pero él esquivó el tema y me pidió que no me preocupase. Que le ocurría en contadas ocasiones y que solo le duraba unas horas. En su lugar, quiso que le explicara cómo había ido la exposición y mi noche con Pedro.

Todo parecía ir bien de nuevo y regresamos a casa con el deseo impregnado en la mirada.

Empezamos a besarnos en el ascensor y salimos de él tan atropelladamente que no me fijé en el cuerpo que esperaba apoyado en la puerta de mi piso. Solo lo hice cuando oí un gruñido acompañado de mi nombre.

Bajé la mirada y ahí, en el suelo, con la cara demacrada y un aspecto horrible, estaba Abraham. Mi hermano.

Karma, dame un respiro, por favor.

Look Orco de Mordor

Me quedé helada. Encontrarme a Abraham tumbado en el suelo con cara de haber participado como extra en *Walking Dead* había sido algo del todo imprevisto.

Me solté de Óscar y me puse de cuclillas para analizar la gravedad de sus heridas. Tenía parte de la cara enrojecida, un ojo que apenas podía abrir por culpa de la inflamación y restos de sangre seca en la nariz. El pelo castaño oscuro se le pegaba a la frente por culpa del sudor. Además, apestaba a alcohol que tiraba para atrás. Alcohol con algo muy desagradable.... ¿vómito?

—Joder, Abraham, ¿qué demonios te ha pasado?

—¿Puedo quedarme en tu casa? —Tenía la voz pastosa y titubeante.

Afirmé con la cabeza, incapaz de decir nada. Estaba borracho. Muy borracho. No me extrañaba que hubiera ido a mi casa en vez de ir a la de mis padres, de haberlo visto así, a mamá le hubiera dado un infarto seguro. Fue entonces cuando me fijé en los nudillos ensangrentados.

Aquello no tenía sentido. Abraham, mi tranquilo y apesadumbrado hermano, no era de los que se pegaban por ahí.

La situación me dejó tan descolocada que Óscar cogió las riendas de la situación. Se agachó a mi lado, pasó un brazo por debajo de su axila y le

ayudó a levantarse. Mientras él lo mantenía en pie, yo abrí la puerta de mi piso y encendí la luz. Óscar sentó a Abraham en el sofá.

—¿Quieres vomitar? —le preguntó, agarrándole por la barbilla para atraer la atención de su mirada desorientada. Abraham negó con la cabeza y yo me dije que ya lo habría hecho teniendo en cuenta las manchas de su camiseta.

Tras comprobar el alcance de sus heridas, Óscar me pidió gasas, desinfectante, una bolsa de guisantes congelados y una taza de café.

Le di el botiquín de primeros auxilios, una menestra de verduras del congelador a falta de guisantes y puse en marcha la cafetera. El olor a café nos envolvió. Óscar se había arremangado la camisa y había empezado la cura. Abraham sujetaba la bolsa de verduras congeladas sobre el ojo inflamado, maldiciendo cada vez que la gasa empapada en desinfectante entraba en contacto con sus heridas.

—Esto ya está —dijo al cabo de un rato, tras pasar la gasa por los nudillos enrojecidos—. ¿Te duele algo más?

Abraham negó con la cabeza y Óscar cogió la taza de café que le tendí y se la dio.

—Te ayudará a bajar un poco la borrachera —aseguró.

Abraham se llevó la taza a la boca. En unos cuantos sorbos, el remedio hizo efecto y su mirada pareció centrarse, observando a Óscar con interés.

—¿Estás mejor? —pregunté yo, sentándome a su lado.

Abraham me miró, afirmó con la cabeza y volvió a fijar la mirada en Óscar.

—¿Y tú quién eres?

—Yo... Óscar. —Dudó unos segundos antes de volver a hablar—: Amigo de tu hermana. Vivo aquí al lado.

Mi hermano frunció el ceño, o eso creo que intentó, porque con la cara tan desconfigurada era difícil descifrar del todo sus cambios de expresión.

—¿Os he fastidiado el plan?

—Un poco, la verdad. Aunque encontraremos la forma de recuperar el tiempo perdido en otro momento.

¿Hola? ¿Y ese intercambio de pregunta y respuesta? Fui a protestar, pero la risa ronca que escapó de los labios de Abraham me dejó muda. Mi hermano riendo, eso sí que era una novedad.

—Y ahora, campeón, es hora de darte una buena ducha, porque apesta como si te hubieras revolcado en el camión de la basura.

Abraham olfateó el aire, como si quisiera asegurarse de que estaba en lo cierto y acabó arrugando la nariz. No hizo falta más. Tras conseguir ponerse en pie con nuestra ayuda, llegó trastabillando hasta el cuarto de baño y se encerró en él. Enseguida oí el agua correr y suspiré, aliviada. Miré a Óscar de reojo que estaba buscando las llaves en su cazadora.

—Voy a por una muda para que se cambie. Tú deberías avisar a tus

padres, ¿no?

Algo en mi cabeza hizo clic. ¡Mis padres! ¡Mierda! Tenía razón, había estado tan preocupada por Abraham que no había caído en ello.

Él se marchó y yo cogí el móvil, soltando un suspiro antes de marcar el número de mi querida progenitora. Descolgó al segundo tono, como si durmiera con el aparato pegado en la oreja (cosa que, por cierto, no me hubiera extrañado que hiciera) y, cuando le expliqué lo sucedido, empezó a gritar como una descosida, despertando a mi padre en el proceso.

—Mamá, cálmate, está bien. No hace falta que vengáis, de verdad.

—Este niño un día de estos me matará de un disgusto.

Tras convencerla de que no hacía falta llevarle a ningún hospital porque las heridas eran superficiales, y tras recomendarle que se bebiera una valeriana bien cargada, colgué.

Óscar acababa de regresar y me miraba con la ceja levantada, interrogativo.

—No se lo ha tomado precisamente bien, aunque supongo que podía haber sido peor —expliqué, mordiéndome el labio.

—Es normal. Tu hermano parece un buen chico, no tiene pinta de ser de los que se mete en líos.

—Es un buen chico —confirmé yo—. No sé qué mosca le habrá picado últimamente. Lo de pegarse en plan macarra no le va nada.

—Pregúntaselo, pero no hoy, espera a mañana para que pueda pensar con claridad.

Afirmé lentamente con la cabeza, dejé la ropa limpia sobre la repisa del baño, donde apremié a mi hermano para que saliera, y pedí a Óscar que me ayudara a abrir el sofá-cama. En un momento ya tenía preparado el dormitorio improvisado para Abraham y Óscar se despedía. Lo miré haciendo un mohín. Yo quería que se quedara, después de dos noches sin dormir con él, era lo que más me apetecía en el mundo, pero tenía razón, no era buena idea que lo hiciera teniendo a Abraham durmiendo la mona en el salón.

—¿Nos veremos mañana? —pregunté, con ese extraño desasosiego que caracteriza un adiós que no quieres que se produzca.

—Claro, avísame cuando se marche y me paso.

Cuando se fue, me quedé mirando la puerta de la entrada como una tonta. Después de un mes durmiendo casi a diario con él, aquellos dos días me habían servido para añorar su cuerpo al otro lado del colchón, y para echar de menos el ritmo de su respiración mientras dormía, que conseguía transferirme una extraña sensación de calma. Seguía sin querer poner nombre a lo que sentía, porque se me estaba yendo de las manos, porque no estaba preparada para hablar de ello y porque me aterraba no ser correspondida.

Pensaba en mis cosas cuando Abraham salió del baño y se tiró en plancha sobre la cama. El pijama le quedaba bastante grande, ya que al contrario que

Óscar, estaba bastante más tirillas. Puede que Óscar no fuera tampoco un musculito, pero es que Abraham, en los últimos meses, se había quedado en los huesos.

—¿Cómo estás?

—Hecho una mierda.

Tensé los labios en una pequeña sonrisa. Sí, ese rostro amoratado era la demostración de que no era el mejor día de su vida.

—He hablado con mamá.

—Oh, no. —Escondió su rostro tras un cojín y soltó una exclamación de dolor por culpa de la fricción.

—La he llamado para explicarle que no irías a dormir y he aprovechado para hablarle de tu nuevo look Orco de Mordor.

—Joder, menuda me espera —masculló.

Me dio un poco de pena, porque tenía razón, le esperaba una buena bronca cuando mañana se presentara en casa. Soltó un pequeño gruñido, cerró los ojos y, a los dos segundos, empezó a roncar.

★ ★ ★

A la mañana siguiente, la voz de mi hermano me despertó en medio de un sueño profundo y reparador:

—¿Tienes un ibuprofeno o una guillotina para cortarme la cabeza?

Me froté los ojos, los abrí y me fui al baño, donde encontré la pastilla en cuestión. Se la tomó tal cual, sin necesidad de usar agua para tragar.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —pregunté, comprobando el estado de su rostro, que básicamente era el mismo que el de la noche anterior. Tenía el ojo un poco menos inflamado, pero había adquirido un ligero tono violáceo.

—Como si un montón de enanos estuvieran martilleando dentro de mi cabeza.

Quedaba café de la noche anterior, así que calenté una taza en el microondas con un poco de leche y se lo tendí mientras yo me preparaba otra.

—Virginuchi —me llamó, usando un apelativo que no le había oído en años. De la impresión, un poco más y se me cae la taza de café de las manos —. Gracias por acogerme ayer en tu casa.

—No es que tuviera muchas alternativas. Con la borrachera que llevabas no hubieras llegado demasiado lejos.

Esbozó una sonrisa deforme a causa de la hinchazón en el labio superior y yo aproveché aquel derroche de complicidad, extraña en él, para hacer mis averiguaciones.

—¿Y qué ocurrió ayer?

Se llevó la taza a los labios y se encogió de hombros. Me fijé en lo amoratados que tenía los nudillos.

—Me peleé con un tipo.

—Eso ya lo intuía, lo que quiero saber es por qué.

—No tiene mucho misterio la verdad.

—Hombre, digo yo que no habrás acabado a puñetazo limpio con alguien sin motivo.

Me miró y vi la duda en sus ojos. Tras unos segundos, decidió hablar:

—La verdad es que tengo lagunas en algunas partes de la noche. Recuerdo estar en un bar bebiendo una copa, empujar a un tío sin querer y que este me insultara. A partir de aquí todo está borroso. Creo que le pegué yo primero, aunque tampoco estoy seguro. —Se encogió de hombros y dio un sorbo al café —. Los porteros nos echaron a patadas y seguimos pegándonos en la calle hasta que nos separaron. Lo siguiente que recuerdo es estar dentro de un taxi dando tu dirección. Sabía que, si mamá me veía con este aspecto, me mandaría directo a alguna clínica de desintoxicación o algo así. Intenté llamarte, pero no había forma de atinar con las teclas del puto móvil.

—Espera, espera... A ver si me aclaro, ¿pegaste a un tío por qué te insultó? ¿Solo por eso? ¡No tiene sentido!

—Ayer lo tenía.

Resoplé, incapaz de entender nada.

—¿Y qué hacías bebiendo solo? ¿Dónde estaba Sebas?

—Sebas y yo ya no somos amigos.

—Pero si hace un mes erais culo y mierda.

—Ya ves, las cosas cambian.

No supe que responder a eso. Sebas, para mi hermano, era como Carla para mí. Se conocían desde enanos y nunca se habían peleado. Algo gordo tenía que estar pasándole a Abraham para tirar por la borda la relación de amistad más importante de su vida.

—Vale, dejémonos de tonterías, ¿qué te ocurre? —Quise saber, cruzándome de brazos.

—Joder, ¿tú también? No empecemos con el drama...

—Te emborrachas a menudo, te pegas a puñetazos con un tío sin motivo y te enfadas con Sebas. Es evidente que algo te pasa, lo que no sé es el qué.

Bufó y se pasó las manos por la cara magullada. De repente, parecía cansado, muy cansado, y no por la resaca.

—Estoy bien... Es solo que no estoy pasando por mi mejor momento.

—Pues explícame cómo te sientes. Soy tu hermana y, por cierto, también acabo de pasar por una crisis personal bastante jodida. —Me senté a su lado —. Creo que estoy en condiciones de entender tus mierdas, o al menos de intentarlo. ¿Alguna chica te ha dado calabazas?

Le pregunté lo primero que me vino a la cabeza, aunque la verdad, nunca le había visto interesado por nadie. Por la forma en la que miró, burlón, a través de ese ojo amoratado, comprendí que no me había acercado lo más

mínimo.

—¿Desde cuándo te interesan tanto mis cosas?

—Desde siempre.

—Pues nunca te había visto ejercer de hermana mayor cotilla.

—Hay una primera vez para todo.

Puso los ojos en blanco, se enderezó sobre el sofá-cama y me miró con resignación. Tardó, pero finalmente habló:

—Estoy hasta las narices del doctorado.

Creedme cuando os digo que abrí tanto la boca que prácticamente rozó el suelo. ¡Pero si mi hermano adoraba su doctorado! ¿O no era así?

—No lo entiendo —confesé, sentándome a su lado.

—Estoy harto de pasarme la vida en la facultad, entre libros, estudiando algo que no tiene sentido. ¿Una nueva organización económica en un mundo donde estamos supeditados a los mercados? ¡Venga ya! ¿A quién quiero engañar yo? Me siento como Sheldon de *The Big Bang Theory* cuando se da cuenta de que la Teoría de Cuerdas no lleva a ningún sitio.

Yo no sabía muy bien de que iba la tesis de mi hermano más allá de lo que alguna vez había pescado de sus explicaciones, pero siempre me había parecido que disfrutaba con ello. Supongo que las personas escondemos muchas cosas que a simple vistas no se ven.

—Pero, si no te gusta, ¿por qué no lo dejas?

—No es tan fácil. Papá y mamá se pasan el día alardeando de mí con sus amigos, animándome como si fuera a hacer algún tipo de descubrimiento que vaya a cambiar el transcurso de la historia. Y me siento... presionado. —
Frunció el ceño y resopló.

—Ellos siempre nos han dicho que debemos tomar nuestras propias decisiones, independientemente de que les gusten o no. Mírame a mí. Sé que mamá no quería que dejara un trabajo estable para intentar escribir una novela que, seamos francos, hoy en día no te saca de pobre. Pero aceptó mi decisión y se calló lo que opinaba.

Recordé la cara de mi madre tras explicarle lo que quería hacer aquellos meses. Aunque no me desanimó, no pareció disfrutar mucho con la idea. Y la entendía.

—¿Y te arrepientes?

Lo pensé unos segundos. ¿Me arrepentía?

—No, rotundamente no. Yo también odiaba lo que hacía en esa revista. Ahora me siento... libre. Todo lo libre que te puedes sentir cuando no cobras nada a fin de mes, claro.

Me reí. Ambos acabamos tumbados sobre el sofá-cama, con la mirada clavada en el techo.

—No quiero decepcionar a nadie.

—Quieras o no, siempre acabas decepcionando a alguien, intenta al

menos no decepcionarte a ti mismo.

—Hablas como una mujer sabia —se burló, relajando un poco el ambiente.

Esboqué una sonrisa y le miré, ladeando la cabeza:

—¿Y qué ha pasado con Sebas?

Le vi meditar la respuesta, con seriedad, sin despegar la mirada del techo. Aquello le dolía, se le notaba.

—Creo que para hoy he acabado con el cupo de confesiones —contestó. Se removió un poco y, volviendo a cambiar la expresión del rostro hasta dibujar una sonrisa, me miró de reojo—. Y tú, ¿qué? ¿Me vas a hablar del chico de ayer?

Me sonrojé y él lo notó. Soltó una pequeña risita, aunque intentó acallarla a causa del dolor.

—Es... un amigo.

—Con el que te morreas como una quinceañera. —Al ver mi cara de sorpresa, añadió—: Es una de las pocas cosas que recuerdo de ayer por la noche, salisteis del ascensor como si estuvierais a punto de montároslo allí mismo. Creo que voy a tener pesadillas recurrentes durante meses.

—Solo somos... follamigos, ya sabes.

—Venga, ya. Tú no eres de esas.

—¿Qué quieres decir?

—Que ese rollo de los follamigos no es para ti. Además, un follamigo no me habría curado el jeto ni me habría prestado un pijama. Parece buen tío.

Y que mi hermano, que nunca había tragado a Iván ni a ninguno de mis ligues anteriores dijera eso de Óscar, me hizo muy feliz, despertando unas ansias enormes de verlo, pero, aunque deseara hacerlo, aunque quisiera perderme entre sus brazos, volví a centrarme en la conversación con Abraham, una conversación que, después de mucho tiempo, empezaba a abrir entre los dos una ventana de confianza que siempre habíamos mantenido cerrada.

No solo un mapa viejo

Navidad llegó sin esperarla. Un día iniciábamos la primera semana de diciembre y, al otro, era Nochebuena. Yo nunca he tenido mucho espíritu navideño, la verdad. Lucecitas por todos lados, adornos con purpurina, gente comprando regalos y fundiéndose la VISA como si se fuera acabar el mundo, villancicos con vírgenes, belenes y peces en el río, y gente feliz, o gente haciendo ver que es feliz, que viene a ser lo mismo. Soy una persona sencilla, de gustos sencillos y placeres sencillos. Las fechas navideñas siempre me han parecido demasiado barrocas. No obstante, aquel año las viví diferente. Compré un pequeño abeto para el rincón del salón, una guirnalda para la puerta de entrada y un belén minimalista que coloqué sobre el mueble del televisor.

Si a mí no me gustaba la Navidad, lo que sentía Óscar por ella era auténtica animadversión. Le encantaba explicar a todo aquel que se dignara a escucharle, que la Navidad había sido expropiada de su significado original para convertirse en una tradición consumista promovida por los grandes monstruos del capitalismo, y cuando lo hacía, poniendo ese rostro gruñón que a mí me hacía pensar en un leñador cabreado, imagen que por cierto era de lo más sugerente, yo me metía con él, diciéndole que tanto odio navideño lo haría

mutar a verde y convertirse en el Grinch.

Ese diciembre, Óscar y yo seguimos manteniendo esa relación que Carla había decidido bautizar como indefinida, y lo hacía con mucha gracia la cabrona. Cuando quedábamos en algún sitio con el grupo, siempre nos saludaba de la misma forma:

—¡Hola indefinidos!

Y cuando hablábamos por teléfono, igual:

—¿Qué tal con tu indefinido?

Y como Carla es de las que marcan tendencia, esa broma enseguida se hizo recurrente entre el resto. Yo me hacía la ofendida, claro, porque no quería confesar que aquel sobrenombre, en el fondo, tenía su gracia.

El caso es que Óscar y yo seguíamos sin hablar sobre lo nuestro porque hablarlo suponía tener que afrontar un montón de cosas para las que no estábamos preparados. Pese a que yo ya estaba recuperada de mi ruptura con Iván, seguía dándome auténtico pavor empezar algo nuevo con alguien, y más cuando ese alguien parece un Dios griego enviado a la tierra con el único objetivo de satisfacer las necesidades sexuales del género femenino.

Pese a mis reticencias, era obvio que teníamos algo especial. Lo que había entre nosotros era química, una química brutal, explosiva, y no me refiero solo a la que teníamos en la cama (aunque entre las sábanas ardiera Troya). Se trataba de algo más profundo, de algo que nunca había

experimentado antes, ni siquiera años atrás, cuando el Óscar adolescente me robó el corazón. Era algo intangible, que uno no entiende hasta que lo vive, y que veía reflejado en el Óscar cotidiano. Todo él se estaba convirtiendo en mi casa, en mi lugar preferido en el mundo. Su sonrisa canalla, de lado, que solía ir acompañada de alguna guarrada que me sacaba los colores. Sus ojos verde menta que parecían ver en mí mucho más de lo que veía yo misma. Sus camisas de leñador que yo le robaba para dormir por las noches. Su forma de fruncir el ceño, cuando leía, concentrado, y la pasión con la que hablaba de la lectura después. Su olor, ese olor a salvaje que era solo suyo y que yo soñaba poder atrapar en un frasco algún día para esnifarlo en secreto cuando no estuviera. Su opinión sobre cualquier cosa cuando conversábamos tranquilos en la cama antes de acostarnos, sobre todo aquellas noches en las que sacábamos nuestro lado más idealista y jugábamos a arreglar el mundo.

Óscar despertaba en mí demasiadas cosas, cosas grandes, cosas que me costaba demasiado gestionar en un momento de mi vida en el que a mi alrededor todo estaba cambiando mucho y muy deprisa.



En Nochebuena, como todas las Nochebuenas anteriores, me tocó ir a casa de mis abuelos paternos, dos jubilados con mucho tiempo libre y una vida social

envidiable. Su casa siempre acababa abarrotada de gente, entre familiares, familiares de familiares y amigos. Para mí, aquella noche solía ir acompañada de dos objetivos fundamentales que, aquel año, se convirtieron en tres: 1) escapar de mis tías cotillas que, tras tres vasos de ponche, se convertían en la versión gore de Jessica Fletcher en *Se ha escrito un Crimen*, 2) mantener alejado mi trasero de los amigos octogenarios de mi abuelo, quiénes aprovechaban la más mínima ocasión para pedirme un abrazo con la excusa de sobarlo, 3) responder un afectado pero contundente «Ahora mismo prefiero estar sola» cada vez que alguna de las amigas de mi abuela, tras decirme lo mucho que sentían mi ruptura con Iván, intentaban colocarme a alguno de sus nietos solteros.

Emocionante, ¿verdad?

Después de unas cuantas horas intentando llevar a cabo mis objetivos sin mucho éxito, acabé escondiéndome en la parte trasera de la casa, buscando un poco de paz. En vez de eso, encontré a mi hermano Abraham, sentado en el suelo, abrazado a una botella de whisky. No quedaba nada de los moratones que habían decorado su rostro aquellas semanas. Aún no les había contado nada a mis padres sobre su crisis vocacional. Ambos habíamos llegado a la conclusión que era mejor esperar a decírselo cuando supiera que quería hacer con su vida. Tener un plan B le ayudaría. Y yo esperaba que lo hiciera pronto, porque beber parecía su forma de afrontar los problemas.

Me senté a su lado, le quité la botella de las manos y la tiré entre los matorrales del jardín vecino. Oí como se hacía añicos mientras unos perros ladraban a lo lejos. Me gané una mirada furibunda de Abraham que aplaqué con una sonrisa. No hablamos mucho. Miramos las estrellas que, desde la ciudad, eran prácticamente inexistentes y, cuando nuestros padres decidieron que ya habían tenido suficiente tortura navideña por aquella noche, nos fuimos de allí.



Óscar me esperaba en su habitación, leyendo, con Canela hecho un ovillo a sus pies. Él había pasado la Nochebuena con Sara y su madre y hacía rato que había llegado. Estaba sentado, con la espalda apoyada contra el cabecero de la cama, sujetando entre las manos una copia muy manoseada de *El señor de las moscas*. Parecía concentrado, tanto que ni siquiera me oyó llegar. Me quedé unos minutos mirándole, desde el marco de la puerta. Llevaba una camiseta negra, unos pantalones de chándal, el cabello rebelde alborotado y las gafas de montura negra bailando en el puente de su nariz. Estaba tan escandalosamente sexy que daban ganas de arrancarle la ropa de cuajo. En vez de eso, golpeé la puerta con los nudillos y escondí la otra mano detrás de mi espalda. Tenía un detalle para él, una chorrada que me hacía ilusión darle,

aunque en uno de sus discursos anti-Navidad ya me había dejado claro que no quería que le hiciera ningún regalo. Cuando apartó la mirada del libro para centrar sus preciosos ojos verdes en mí y dedicarme una sonrisa torcida, noté un cosquilleo caliente colarse dentro de mi ropa interior. Tuve que aguantarme las ganas de tirarme a su cuello para comérmelo a besos.

—¿Qué tal tu noche? —pregunté, acercándome a él, con mi brazo izquierdo pegado a mi espalda.

—Lo de siempre, cena y película de los Hermanos Marx... —Frunció el ceño, supongo que advirtiendo mi mirada de pilla—. ¿Qué tramas?

Dejé escapar una risita divertida y extendí el brazo que tenía detrás de la espalda, mostrándole el tubo de cartón que sujetaba entre las manos. Lo miró perplejo. No lo cogió hasta que le hice un ademán con la cabeza.

—¿Qué es? —preguntó examinándolo con atención.

—¿Por qué no lo abres y lo averiguas?

—Te dije que no quería regalos.

—¡Cállate y ábrelo! —insistí, empezando a ponerme ansiosa.

Descubrí con asombro un atisbo de ilusión en su mirada y me dejé caer en la cama, a su lado. Destapó el tubo por uno de sus extremos y, dándole la vuelta, dejó que el papel enrollado que había en su interior resbalara hasta caer entre sus piernas.

Me miró, interrogativo, y lo desenrolló. La huella del tiempo era palpable

en el color. Había estado colgado en mi habitación hasta hacía poco menos de una semana y la marca del chicle aún se percibía en las puntas.

El papel era bastante grande, por lo que tuvo que extender sus brazos para contemplarlo por completo. Al hacerlo, descubrió un mapamundi en el que habían trazadas unas líneas en rotulador negro, con unas pegatinas de color rojo en algunas ciudades. La única ciudad que tenía una pegatina diferente, era Barcelona, donde empezaba y se cerraba aquel entramado de líneas.

—¿Esto es... el circuito de mis viajes? —preguntó, agrandando mucho los ojos—. ¿Cómo...? —no terminó la pregunta—. ¿Por las postales?

—Sí. No lo empecé a trazar hasta recibir la tercera postal. En realidad, cuando llegó la primera estaba aún bastante cabreada contigo por haberte marchado sin despedirte. La metí en el cajón de los calcetines y la dejé ahí dentro durante meses, hasta que recibí la segunda postal. —Me reí, recordando aquella anécdota—. Después de la tercera, decidí ir a la papelería de al lado de casa y seguir tu viaje a través del mapa.

Volvió a fijar la mirada en el mapa, en silencio, con una expresión seria en el rostro. Durante unos segundos, temí haber pecado de cursi al haberle dado algo que para mí tenía un valor sentimental pero que, para él, no dejaba de ser un estúpido mapa viejo.

—Es una chorrada, pero quería que lo tuvieras.

—Así que me seguiste la pista... —Su tono de voz se volvió expectante y

sus ojos brillaron al mirarme.

—Ya ves. —Me volví a reír, dejando que mi dedo índice resiguiera una de las líneas que cruzaba el mapa—. Cada vez que recibía una postal, corría a marcar el nuevo punto en el mapa y, luego, en las noticias, en el apartado internacional, si hablaban del país en el que estabas, siempre prestaba atención, por si te veía. Tenía la sensación de que algún día te encontraría ahí, al otro lado de la pantalla.

Aquella confesión pareció sorprenderle. Pude verlo en su mirada.

—¿Aún las tienes?

Afirmé con la cabeza, mientras él enrollaba de nuevo el mapa y volvía a meterlo dentro del tubo.

—Tengo todas las postales que me mandaste en la pared de mi antigua habitación. Incluso aquella de Barcelona sin remitente. —Me mordí el labio y, al mirarle, pude ver cómo sus facciones se tensaban un poco. Suspiré y aparté la mirada hacia mis manos, que reposaban sobre mi regazo—. A todo el mundo le decía que eran mis ventanas al mundo. Iván te cogió un poco de manía y todo. No entendía por qué colgaba en la pared de mi habitación unas postales de alguien al que hacía años que ya no veía.

—¿Y por qué lo hacías?

—Supongo que... —Me mordí el labio antes de seguir. Alcé de nuevo la mirada, encontrándome con sus cálidos ojos fijos en mí—. De alguna forma,

esas postales me vinculaban a ti.

—Yo te las mandaba por lo mismo.

Aquella confesión me desarmó.

Tapó el tubo, tragó saliva y me dedicó una mirada profunda. Su comisura izquierda se elevó un poco, en una sonrisa leve pero preciosa.

—Pecas, gracias por este regalo.

—Solo es un mapa viejo —dije, soltando una risita algo nerviosa.

—No. Claro que no. No es solo un mapa. Es... Más. Es el mejor regalo de Navidad que me han hecho en la vida.

—Y eso que odias los regalos de Navidad.

—Puede que a partir de hoy los odie un poco menos.

Me sonrojé cuando sus dedos me acariciaron los nudillos, con ternura. Después de meses, seguía siendo capaz de conseguir ese efecto en mí cuando me tocaba de forma inesperada. Dejó el tubo sobre la mesita de noche y se inclinó, para besarme en los labios. Una de sus manos se coló entre los mechones de mi cabello, atrayéndome más a él, profundizando en el beso.

Acabamos desnudos, yo sentada encima de él. Dejó de besarme para lamerme los pechos y morderme los pezones. Atrapó uno entre sus dientes, succionó y le dio un pequeño tirón, haciendo que un torrente eléctrico viajara de mi espina dorsal hasta todas mis terminaciones nerviosas. Cuando una de sus manos acabó colándose entre mis piernas, deslizándose dentro de mis

pliegues, me retorcí de placer.

—Necesito sentirte —apremié contra su oído, mientras su boca volvía a buscar la mía con urgencia.

—Y yo, Pecas. Me muero por darte la vuelta y follarte desde detrás.

Como me ponía que me dijera esas cosas.

—Joder, quiero que lo hagas.

Alargó la mano, abrió el cajón de la mesita de noche y yo paré el movimiento colocando mi mano sobre la suya. Sabía lo que estaba buscando.

—Empecé a tomar la píldora hace unos años. Podríamos... —me mordí el labio, humedecido por mi saliva y la suya, mientras jugaba con su miembro entre las manos, debajo de mí.

—¿Estás segura? Es decir, me muero de ganas y estoy limpio... pero.... joder pequeña, o dejas de hacer eso o no puedo pensar con claridad —masculló, mientras mi mano seguía moviéndose con ritmo alrededor de la base.

—No lo hagas, no pienses —murmuré.

—Vale.

Y en un movimiento, me dio la vuelta y me sentó entre sus rodillas. Su erección entró en mí, en un embate profundo. Sentirle de aquella manera, piel con piel, llenándome, multiplicó por mil las sensaciones. Empecé a moverme, marcando el ritmo, apoyando la cabeza en el arco de su cuello, perdiéndome

en besos húmedos y calientes. Una mano volvió a buscar mi clítoris, con la otra me estrujó primero un pecho y después el otro. El movimiento se fue haciendo cada vez más rápido y yo solo podía pensar en lo maravilloso que era poderle sentir así, al completo.

—Estoy a punto —dijo en un gruñido, con la voz ronca. Me cogió de las caderas e incrementó el ritmo haciéndome gemir con fuerza—. Vuela conmigo, pequeña.

Dicho y hecho. Tras aquellas palabras, exploté en un orgasmo delicioso, sin dejar de besarle, arrastrándole a él conmigo.

Minutos después, estábamos tumbados en la cama, extasiados por el magnífico polvo que acabábamos de echar. Óscar me miraba satisfecho, con un mechón rebelde cayendo encima de su frente.

—El look post coito te sienta muy bien —dije, deslizando un dedo por su rasposa barba de días.

—Estar dentro de ti es la puta nirvana, joder.

Me reí contra su boca y él atrapó mi labio inferior, mordiéndolo y succionándolo.

—Lo digo en serio —insistió, separándose un poco para mirarme a los ojos—. Algún día de estos moriré entre tus piernas, Pecas. Sentir tanto placer no debe ser bueno.

—Entonces deberíamos dejar de hacerlo —dije divertida.

—Y una mierda. Morirme así sería la mejor muerte del mundo. Imagina que pondría en mi epitafio: «Murió después de haber echado el mejor polvo de su vida». Sería la envidia de todos, cualquiera querría morir y ser recordado así.

—No sé si me gusta —murmuré, fingiendo poner morritos—. No sé en qué lugar me dejaría a mí eso.

Empezó a reír.

—Serías el mito sexual de muchos y harían cola para acostarse contigo.

Puse los ojos en blanco y él volvió a reírse. Me encantaba escucharle reír.

Tras reponerse, me miró con expresión contrariada y me dio la espalda unos segundos para coger algo del cajón de la mesita de noche. Era un sobre alargado. Me lo tendió. Me senté sobre el colchón, lo abrí y saqué de él una hoja blanca con letras impresas que desplegué algo nerviosa. Al ver lo que había escrito, dejé escapar una exclamación de emoción. Era un billete para Ivalo, Finlandia, sin fecha de ida ni regreso.

—Yo me voy en marzo. Estaré prácticamente un mes, así que, he pensado que puedes venir cuando quieras, los días que te apetezcan, según tu disponibilidad.

—Pensaba que no hacías regalos navideños —me quejé, sintiéndome de repente avergonzada por solo haberle dado ese mapa.

—Y no los hago. Esto es... más un regalo para mí que para ti. —Alzó

ambas cejas en un gesto pícaro y yo me reí, guardando la hoja dentro del sobre de nuevo.

—Así que solo me quieres como esclava sexual.

—Exacto.

—Qué hombre más sagaz.

Me pegué a él, sintiendo un montón de cosas pasar por mi cabeza a una velocidad vertiginosa.

Faltaban tres meses para marzo y el hecho de que Óscar hubiera pensado en un futuro juntos, aunque fuera un futuro a corto plazo, decía mucho. De nuevo, los gestos decían mucho más de lo que expresábamos con palabras. Y aquello, aunque bonito, daba miedo. Mucho miedo.

—Gracias—conseguí decir, al fin.

Él sonrió, apartándome un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Quiero enseñarte la Aurora boreal.

—¿Es ese algún comentario con segundas? —pregunté, burlona.

—Era un comentario inocente, pervertida.

—Contigo nada es inocente. Tú me perviertes, eres una mala influencia.

Nos reímos y, de nuevo, nos enredamos en besos y abrazos, piel con piel.

La familia que escogemos

Raúl organizó la fiesta de Fin de Año en su casa. Vivía en un piso enorme, en nuestro mismo barrio. Había sido un regalo de sus padres al acabar la carrera y, aunque el inmueble era antiguo, estaba reformado con mucho gusto. Techos altos con bóveda catalana y el uso del blanco y la madera por doquier, dándole un aspecto nórdico muy confortable (parecía el típico piso sacado de un catálogo de Ikea). La cocina era dos veces mi habitación, y el salón comedor podría servir como pista de baile, por no hablar de la terraza enorme desde la que se veía gran parte de la ciudad y con la que, estaba segura, engatusaba a sus conquistas.

Quedamos para cenar a las diez, así que a las nueve y media Óscar y yo salíamos de casa. Bueno, para ser sincera, a esa hora hicimos el primer intento, porque después de vernos vestidos para la ocasión, tuvimos que aliviar el calentón de forma improvisada (en la isleta de la cocina, para ser exactos). Yo me había puesto un vestido ajustado de color negro con la espalda al descubierto. Y Óscar... Oh. Dios. Mío. Era la personificación del fruto del pecado. Había sustituido su camisa de leñador por una camisa blanca con chaleco gris, y llevaba unos pantalones ceñidos negros y unas converse de cuero de color camel. Con la sonrisa canalla en los labios y el cabello rebelde

despeinado, estaba más irresistible que de costumbre, si eso era posible.

Llegamos a casa de Raúl sobre las diez y poco, donde fuimos recibidos con un abrazo de lo más mimoso, según Sara, porque Raúl ya llevaba tres chupitos de tequila y dos copas de vino. Calentando motores, nos dijo.

Al final fuimos los de siempre: Carla, Mateo, David, Raúl, Sara, Óscar y yo. Todos nos vestimos bastante elegantes para la ocasión. Los chicos con camisa y nosotras con vestidos y zapatos de tacón. Cenamos un banquete digno de cualquier hotel de cinco estrellas porque Raúl, en vistas de sus pocas habilidades culinarias, había encargado la comida a una empresa de catering. Comimos en la mesa de la zona del comedor y la conversación fue amena y divertida, tanto que un poco más y nos dan las uvas (y de forma literal). Acabamos sentados en el sofá, delante del televisor, con los cotillones puestos y preparados para el gran momento.

—Es una lástima que no hayan podido venir Alba e Ivette —dijo Sara, haciendo un mohín.

Pese a que las habíamos invitado, estas habían declinado nuestro ofrecimiento. Pasaban el fin de año en la casa rural donde nos hospedaríamos la noche de su boda. Faltaba poco para la celebración y aún les quedaba muchas cosas por organizar por lo que cada vez estaban más nerviosas.

—¿Qué es lo que te apena tanto? —preguntó Carla, divertida, cuando Sara soltó un suspiro largo y teatral.

—Quería pedirles que me invitaran a su boda. Óscar se niega a llevarme como acompañante... y va a ser tan bonito. ¡Adoro las bodas! —Era la única que se había puesto todos los accesorios del cotillón: peluca brillante, gorro de cartón puntiagudo, nariz de payaso, collar hawaiano y antifaz. Eso junto a su vestido de *baby doll* azul pastel, le daba un aspecto tierno y adorable, como el de una muñequita.

—Ya te he dicho que esas cosas no se piden, enana —le regañó Óscar, tras apartar a Mateo de un manotazo por haber intentado ponerle una peluca azul sin demasiado éxito.

—Por eso quiero que me lleves contigo.

Óscar no dijo nada, me miró de reojo y yo enrojecí. ¿Era aquella su sutil manera de dejar caer que iríamos juntos?

—Canija, si tú quieres ir a la boda de Alba e Ivette, yo te llevo conmigo —esta vez fue Raúl el que intervino en la conversación. Raúl frecuentaba muchas veces la tetería de las chicas y eran buenos amigos—. Puedes ser mi pareja, si quieres.

—¿En serio? —preguntó. Fruncí el ceño. Le estaban subiendo los colores, y teniendo en cuenta su tez morena, era algo digno de estudio—. Pensaba que tú y Carla iríais juntos.

—*C'est fini*, pequeño saltamontes, este rabo, aunque maravilloso, se acabó para mí hace semanas —dijo la aludida. Lanzó un besito al aire que

Raúl recogió guiñándole un ojo. Vaya para de payasos estaban hechos los dos —. Así que todo tuyo.

—¿Le ofreces mi rabo? —bromeó Raúl, alzando una ceja.

Óscar, el hermano protector, guardián de virtudes, le dio una soberana colleja que Raúl recibió con un aullido de dolor y todos nos reímos a mandíbula batiente.

—Es mi hermana, tío.

—Bromeaba, solo bromeaba.

—Tampoco es que nunca haya un visto rabo —se quejó Sara, poniendo los ojos en blanco.

Raúl y Óscar la miraron escandalizados mientras los demás volvíamos a reír. A sus veintitrés años, y con lo guapa que era, me imaginaba que a estas alturas habría visto unos cuantos.

Bromeamos un rato más, hasta que David nos llamó la atención, subiendo el volumen del televisor. Faltaban cinco minutos para las doce y los presentadores salían en pantalla dispuestos a darnos las indicaciones a seguir, como cada año.

En esos cinco minutos, no pude dejar de mirar a Óscar, sentado en el Chaise Longue del sofá, a mi lado. Tan guapo, tan sonriente, tan despreocupado. El año que se marchaba se llevaba muchas cosas con él, aunque si había algo que lo había marcado, era mi reencuentro con Óscar.

Mientras los segundos se desvanecían y el nuevo año se acercaba, fui rememorando los momentos más importantes de aquellos últimos meses: el primer encuentro en la terraza, la cena al día siguiente donde volvimos a conocernos, la complicidad que fue forjándose entre nosotros durante las semanas siguientes, la noche de Halloween, encontrar la obra de fin de curso que escribí con su ayuda entre sus libros, aquella primera vez en el sofá de su salón tras jugar al duro, su pequeño empujón para que dejara atrás mis miedos y fuera a la exposición de Pedro.... Óscar y yo siendo una suma imperfecta, porque con él, no éramos solo uno más uno, éramos más.

Cuenta atrás y, una a una, fuimos tragándonos las doce uvas. O al menos eso pretendimos. Raúl estuvo a punto de atragantarse con la quinta y Carla y yo, como cada año, acabamos con la boca llena de todas las que no habíamos sido capaces de tragarnos en su momento. Pese a todo, fue divertido. Al final, nos levantamos y repartimos abrazos y besos con exclamaciones de alegría y una copa de cava en la mano.

Mi último beso fue para Óscar. Fue uno de esos besos especiales, de los que paran el tiempo y te aturden los sentidos. De los que aparecen a cámara lenta en las películas. De los que leemos en las novelas y creemos que no existen, porque son tan difíciles de encontrar, que solo los reconoces cuando los damos, cuando los vivimos. Una mano en la parte baja de mi espalda, otro en la nuca y nuestros sabores confundiéndose. Solo nos despertó las burlas de

los chicos con el típico «iros a un hotel» que Óscar respondió haciéndoles una peineta. Cuando nos separamos, sus ojos y los míos quedaron colgando durante un buen rato, sin decir nada. Y en la nada, fluía el todo.

La noche pasó entre música, alcohol en cantidades ingentes y brindis absurdos protagonizados por el alto nivel de alcohol en sangre. Acabamos bailando canciones míticas en el salón, desde el *It's my life* de Bon Jovi con Mateo y su melenaza dándolo todo encima de la mesita de centro, pasando por *Like a Prayer* de Madonna, que Carla cantó a grito pelado mientras me obligaba a dar vueltas con ella como si fuéramos una peonza, hasta *La Conga*, que acabó con Raúl sin un zapato y con un jarrón hecho añicos en el suelo.

Aquel fin de año estuvo marcado por muchos momentos memorables, aunque el más destacado, fue aquel en el que Carla retó a Mateo y David a darse un beso con lengua. Ante el estupor de todos, lo consiguió. Años después, aquel beso seguiría estando en el ranking de los besos más sexys dados entre dos hombres, a la altura de Heath Ledger y Jake Gyllenhaal en *Brokeback Mountain*.

En un momento de la noche, Óscar se tumbó en el sofá, cansado. Al instante, Raúl se le lanzó encima, haciéndole un placaje digno de un jugador de Rugby. David y Mateo se sumaron al tumulto, consiguiendo que Óscar empezara a repartir tortas a diestro y siniestro, soltando exabruptos en voz alta. Mientras los miraba, peleándose en broma, sentí una gran calidez

expandirse por mi pecho. Doce años atrás, Óscar no tenía amigos. No los quería, no los necesitaba. Ahora, en cambio, aquellos tres chicos formaban parte de su familia, de esa familia que escogemos tener, aunque no tengamos vínculos sanguíneos con las personas que la forman.

Me acerqué el vaso a los labios, teniendo una revelación: yo quería ser para él igual de importante que lo eran ellos. Y mientras Carla y Sara bailaban en medio del salón y los chicos bromeaban en el sofá, simplemente lo supe. Le quería. Estaba locamente enamorada de él, sin reservas ni remedio. Y aquel descubrimiento repentino, no llegó solo, trajo con él muchos sentimientos encontrados que irían abrumándome a lo largo de aquella noche y los siguientes días.



A una hora avanzada de la madrugada, una vecina subió a quejarse. Era tarde y, entre la música y el zapateado, no la dejábamos dormir. Aflojamos el volumen, nos sentamos sobre la alfombra peluda del salón y nos tomamos la última copa. Fuera, el cielo empezaba a clarear y el sol nos saludaba con sus primeros rayos de luz.

—Me duele todo —se quejó Carla, reclinándose para apoyar la espalda en el sofá.

—Eso es porque te estás haciendo mayor —se burló Raúl.

—¡Ja! Fue a hablar... —Le miró divertida y le señaló el pelo—. ¿Qué es eso? ¿Una cana?

—¿Qué? Yo no tengo canas —dijo, ceñudo. Cuando sacó su móvil para usar la cámara y comprobarlo, nos reímos a carcajada limpia.

—Chicos... Hay algo que tengo que explicaros —dijo Sara, sujetando su copa con una media sonrisa—. Hace unos días, mi jefa me ofreció un ascenso. Es genial, es un puesto como interiorista principal, me encargaría de realizar mis propios proyectos, supervisarlos... Es una oportunidad única. —Todos empezamos a felicitarla, pero nos interrumpió levantando una mano, dándonos a entender que no había terminado su explicación—. El problema es que el puesto vacante no es aquí en Barcelona.

—¿Y dónde es? —quiso saber Óscar, que le miraba con inquietud sentado a mi lado.

—En la central de Nueva York.

Abrí los ojos como platos mientras el resto se quedaban tan mudos como yo. Todos excepto Carla.

—¡Nueva York es genial! Has aceptado, ¿no? Es una gran oportunidad para ti. Podrías vivir en Manhattan, como en *Sex and The City*, y conocer a un montón de yankis buenorros.

—Si se va, se va a trabajar, no a vivir tu sueño de juventud —me burlé

yo, recordando la obsesión de Carla por Carrie Bradshaw durante el instituto. Aunque bajo mi punto de vista, Carla siempre ha sido más como Samantha.

—¿Y tú qué quieres hacer? —preguntó Óscar, con voz queda.

—En realidad ... No lo sé, tengo que darles una respuesta en una semana, y aún me lo estoy pensando. —Se encogió de hombros, dando un sorbito a su bebida—. La verdad es que no lo tengo claro. Por un lado, es cierto, es una oportunidad muy buena, que me daría un nombre y muchos contactos, pero por el otro... Mi familia, mis amigos, vosotros... —Dejó la frase en el aire y advertí una mirada rápida pero perceptible a Raúl que Carla también captó con una risita—. Todos estáis aquí y marcharme sola a un país tan lejano y desconocido, me da mucho respeto.

—¿Y cuándo te irías? —preguntó Mateo.

—La primera semana de abril.

—Si es bueno para ti y tu futuro, deberías aceptar —dijo Raúl, con la mirada perdida en algún punto de la bebida que sujetaba entre las manos. Pese a la firmeza de sus palabras, su voz sonó triste, apagada.

—Enana, no hay nada que me guste menos que la idea de tenerte a tantos kilómetros de distancia. —Óscar a mi lado le sonrió con afecto y tristeza, mirándola con esa admiración tan grande que sentía por ella—. Pero Raúl tiene razón, si es bueno para ti, es una opción que debes valorar con todos sus más y sus menos.

—Lo sé, es solo que... Os echaría mucho de menos.

Y de nuevo lo advertí: sus ojos verdosos buscando a Raúl que, de repente, parecía muy cansado, la mirada suspicaz de Carla y algo dentro de mí avisándome de que me estaba perdiendo algo.

★ ★ ★

Cuando nos fuimos ya era completamente de día. Durante el camino, en el coche, Óscar fue calentándome a fuego lento, subiendo y bajando su mano libre por mi muslo, dibujando caricias en espiral. Pese a la media, las sentí con intensidad. Su mirada libidinosa era un gran indicativo de lo que pasaba por su cabeza.

Mientras subíamos en el ascensor, su mirada fue oscureciéndose, acompañada por una sonrisa ladeada que, por anticipación, aceleró mi ritmo cardiaco. Tenía la ropa revuelta, el pelo rebelde y despeinado y los ojos brillantes. Todo en él rezumaba sexo, sexo y... morbo, mucho morbo.

Salimos al descansillo, abrió la puerta de su casa y, cogiéndome del brazo, me empotró contra la pared del recibidor, cerrando la puerta tras de sí. Buscó mi boca con necesidad y urgencia y mis labios se abrieron, recibiendo su lengua con deseo. Segundos después, ya me había bajado las bragas y las medias y mis piernas rodeaban su cintura, con la falda del vestido enrollada en

las caderas. Ni siquiera nos había dado tiempo de quitarnos los abrigos.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto —jadeó en mi oído, al tiempo que me penetraba.

Solté un gemido y él empezó a embestirme, como buen empotrador que era, sin pausa ni tregua.

—Joder, pequeña, ¿cómo puedes volverme tan loco? —gruñó de nuevo, con voz ronca.

Yo no lo sabía, ida como estaba, solo podía pensar en que le quería. En que hacía tiempo que lo hacía, pero que no había querido aceptarlo, porque aceptarlo, saber que lo quería, era demasiado complicado. Porque Óscar era sinónimo de problemas, porque él no podía prometerme un para siempre, y porque yo era demasiado ingenua para no desearlo. Jadeando contra su boca, recibiendo sus embates, mi mente no consiguió desconectar. Y mientras me corría, gritando su nombre entre gemidos, el miedo y las dudas sembraron su semilla dentro de mí.



Aquella semana fue rara. Saber lo que sentía me producía vértigo y una gran crispación en la boca del estómago. Además, el miedo iba expandiendo sus raíces dentro de mí, poco a poco, de forma constante. Estaba tan asustada que

los nervios derivaron en ardores y otras dolencias de carácter psicosomático. Y aunque Óscar lo notaba, aunque sabía que algo ocurría, que algo me preocupaba, y se inquietaba por ello, yo era incapaz de decirle la verdad.



Sucedió la noche de Reyes. Habíamos ido a ver la cabalgata por el centro y cenamos en un restaurante de la zona. Regresamos tarde, pasadas las doce. Metió la llave en la cerradura y la puerta se abrió con una sola vuelta. Le miré ceñuda, extrañada. Estaba segura de que había asegurado el cerrojo antes de salir.

Nada más entrar, percibí el frío gélido desde el recibidor. Al dar unos pasos, vi la puerta de la terraza abierta y un fuerte olor a tabaco llegó hasta mi nariz enrojecida por el frío. Había una sombra de pie, en la terraza, mirando hacia nuestra dirección. Cuando Óscar dio al interruptor de la luz, la sombra cobró color y supe quién era antes incluso de que Óscar dijera su nombre en voz alta.

Y el miedo irracional se apoderó de mí.

Ninfa de hielo

Hacía tiempo que esperaba su llegada. Aunque Óscar nunca la mencionara, sabía que Lea estaba allí, en algún rincón, agazapada, esperando el momento perfecto para hacer su aparición estelar.

Lea era uno de esos fantasmas que uno alimenta de forma destructiva en su cabeza, dándole más poder del que realmente tiene. Las personas somos masoquistas por naturaleza, nos gusta sufrir de antemano, incapaces de disfrutar de una felicidad que se nos antoja demasiado perfecta y efímera. Estamos tan acostumbrados a que la vida nos dé patadas que, cuando no lo hace, las esperamos. Por eso sabía que, tarde o temprano, Lea entraría en escena. Aunque no todo era como yo lo había previsto, porque la Lea de carne y hueso poco tenía que ver con la Lea de mi imaginación.

La chica que nos miraba desde la terraza fumando un cigarrillo con tranquilidad, no era una mujer de portada de revista. Era bajita, de complexión delgada y de rostro aniñado. Parecía una ninfa, una ninfa de hielo, porque todo en ella transmitía una extraña sensación de frío. Tenía los ojos de azul cristalino, la piel muy blanca y el pelo de un rubio tan claro que parecía de plata. Llevaba la melena suelta, en un corte lleno de trasquilones con algunos mechones de color azul eléctrico. Escondía un rostro de facciones suaves con

un kilo de sombra de ojos negra y tres piercings que decoraban ceja, nariz y boca. Vestía unas medias rasgadas, una minifalda de cuadros escoceses, unas botas militares altas y un jersey que dejaba al descubierto el hombro izquierdo, tatuado con algún dibujo que, desde la distancia, no podía identificar. Y lo primero que pensé, cuando sus ojos se toparon con los míos dejando escapar una bocanada de humo entre sus labios, es que habría sido mucho más fácil enfrentarme a la rubia tetona de mi imaginación, que a la ninfa de hielo que tenía justo delante de mí.

Tras la impresión inicial, miré su equipaje en el suelo: una maleta pequeña y una funda de guitarra. ¿Cómo había entrado la ninfa de hielo a su apartamento? Estaba claro que, como yo, tenía una copia de sus llaves. Sentí como todo mi cuerpo se crispaba ante aquella revelación.

—¡Lea! —exclamó Óscar. Se pasó una mano por su cabello visiblemente confuso—. ¿Cuándo has llegado? ¿Por qué no me has llamado?

Lea apagó el cigarrillo en la superficie de ladrillo de la terraza y se acercó a él dando grandes zancadas en un andar decidido.

—Me imaginé que estarías con los chicos de caza por ahí —dijo, con un acento extranjero cuya procedencia no supe identificar. Le dio un beso en la mejilla, tirando de su cuello. En mi mente la Lea imaginaria hubiera corrido a enroscar sus piernas en la cintura de Óscar y sus labios en su boca. Esa Lea parecía un poco arisca, incluso algo masculina. Y, aun así, tenía algo que la

hacía muy sexy. Quizás ese brío con el que se movía—. Y veo que no me equivocaba. Puedo ir a dar una vuelta y volver luego, si quieres.

Lo dijo con indiferencia, como si el hecho de que apareciera allí con otra mujer no le importara lo más mínimo. Óscar, por su parte, parecía una estatua de sal, y su mutismo no hizo más que aumentar mi irritación.

—No, tranquila. La que se va soy yo. Al fin y al cabo, solo soy su vecina —dije, con voz queda. Miré a Óscar de reojo, apreté la mandíbula y di media vuelta, saliendo por la puerta que habíamos dejado abierta y que yo cerré con un portazo.

Busqué la llave entre el millón de cosas que llevaba en el bolso, nerviosa. Me temblaban las manos y eso hizo que tardara más de lo habitual en encontrarlas. Las localicé soltando un suspiro de exasperación. Antes de que pudiera poner la llave en la cerradura, la puerta del piso contiguo se abrió y Óscar salió al rellano con la expresión de desconcierto aún grabada en el rostro. Conseguí encajar la llave en su sitio en el mismo instante que él me agarró de la muñeca.

—Lea es solo una amiga —explicó, atropelladamente—. Me he quedado en blanco cuando la he visto, lo siento.

—Tranquilo, no tienes por qué darme explicaciones —dije, intentando que mi voz pareciera serena.

Me miró frunciendo el ceño. Parecía desconcertado, como si no supiera

muy bien lo que había querido decir con aquellas palabras.

—Óscar, está claro que no es una amiga cualquiera. Ha entrado en tu casa cuando no estabas, y supongo que lo ha hecho porque tenía una copia de tus llaves. —Aparté mis ojos de los suyos, incapaz de sostenerle la mirada—. No creo que vayas repartiendo tus llaves por ahí, a todas tus amigas.

—Oye, Pecas, no sé qué clase de película te estás montando, pero no es nada de lo que crees, de verdad. Lea es una de mis mejores amigas, es como una hermana, la conocí mientras viajaba y forma parte de mi vida, solo eso.

—¿Una hermana con la que te acuestas? —pregunté, alzando de nuevo mis ojos hasta los suyos. Ví como su rostro se contraía en una expresión llena de perplejidad, supongo que preguntándose de donde había sacado esa información. Aproveché su confusión para acabar de abrir la puerta, y añadí, disfrazando mi enfado con frialdad—: Mira, Óscar, no me debes nada. Vuelve con ella. Ya hablaremos en otro momento.

—Estás siendo irracional e injusta —insistió, con voz tirante.

Me encogí ligeramente de hombros, entré en el piso y cerré la puerta tras de mí. Antes de hacerlo, le oí susurrar un «pequeña» que fue como un dardo directo en el corazón. Una nuez se encajó en mi garganta. La incomodidad lo hizo en mi estómago. Automáticamente, antes de ni quiera quitarme la chaqueta, aseguré los pestillos de las puertas que daban a la terraza. En todos aquellos meses era la primera vez que lo hacía. Que él apareciera cuando

menos lo esperara era nuestro pequeño juego. Pero aquella noche no quería darle la oportunidad. Estaba demasiado enfadada para hacerlo.

Pensé mucho durante las siguientes horas. El cabreo dio paso a la tristeza. Y la tristeza me había hecho comprender que mi reacción, con todo aquello, había sido desmedida. No había querido escucharle y tenía razón al decirme que había sido irracional e injusta. Con Óscar, no tenía término medio. Supongo que los sentimientos a flor de piel que me habían estado acompañando aquella última semana no habían ayudado mucho.

Abrazada a mis rodillas y apoyada en el cabecero de la cama reviví aquellos últimos meses como si se tratara de un eco lejano y confuso entre medio de mucho ruido. Lo nuestro había fluido de una forma tan natural que intentar evitarlo habría sido como nadar a contracorriente. El Óscar adulto, tan distinto al de mis recuerdos, había ido abriendo todas mis capas, una a una, como si fuera una matrioshka. Y una vez despojada de todas ellas, me sentía desnuda y asustada. Sabía que habíamos llegado a un punto en el que debíamos tomar una decisión: dar un paso hacia delante o dar un paso hacia atrás; aquel extraño equilibrismo en el que nos habíamos estado manteniendo aquellos meses no podía durar mucho más, y menos desde que yo había aceptado mis propios sentimientos.

¿Avanzar o retroceder? Esa era la cuestión. Una cuestión compleja que no me sentía con fuerzas de abordar. ¿Explicarle lo que sentía y esperar ser

correspondida con el riesgo que eso comportaba o regresar a la relación que habíamos mantenido antes de que aquella moneda y aquellos vasos de chupito lo cambiaran todo?

Al acabar la noche, de madrugada, yo ya había tomado mi propia decisión. Una decisión que, aunque no fuera la que el corazón me dictaba, era la única que me veía capaz de gestionar.



Tras comerme el roscón de reyes en casa de mis padres, regresé a casa. Aún era pronto y no había anochecido. Nada más salir del ascensor, me encontré con Óscar apoyado en mi puerta. Un estremecimiento me recorrió entera. No tenía ni idea de cómo había conseguido averiguar la hora de mi llegada. ¿Llevaría allí mucho rato? Verlo tan guapo me descompuso: barba de días, pelo desordenado, pantalones oscuros y camisa de leñador en tonos morados. Necesité unos segundos para recuperar el control de mi propia respiración.

—¿Podemos hablar? —me preguntó, sin andarse con rodeos.

Afirmé con la cabeza, abrí la puerta de mi piso y le dejé entrar. Al pasar por mi lado, su olor me envolvió y me nubló el juicio. Zarandeeé la cabeza, desterrando los pensamientos que habían empezado a desfilar por mi mente. Óscar era mi debilidad. Solo con verle mi determinación había empezado a

flaquear. Tenía que ser fuerte, consecuente con la decisión que había tomado.

Se quedó de pie en medio del salón. Su sola presencia consiguió llenar todo el espacio.

—He hablado con Lea. Buscará otro sitio en el que quedarse.

Estaba serio, con las facciones algo tensas, aunque no parecía enfadado. Cogí aire y me acerqué a él.

—Ella no tiene por qué marcharse a ningún sitio. Ayer perdí un poco los nervios y te pido disculpas. —Me aparté el pelo de la cara, humedeciéndome los labios.

—No, no tiene por qué hacerlo, pero me niego a tener problemas contigo por eso —dijo, visiblemente molesto—. Ayer fui sincero contigo. Lea es solo una amiga. Es cierto que nos hemos acostado, nos tenemos cariño, nos llevamos bien y, hasta ahora, ninguno de los dos tenía ningún compromiso.

—No tienes por qué darme explicaciones.

—Sí, claro que tengo que dártelas —bufó, cruzándose de brazos—. Ella es importante para mí, pero de forma diferente a ti. Ahora mismo, tú eres la única persona con la que quiero estar.

—Ahora mismo —repetí, moviendo negativamente la cabeza. Ese era el kit de la cuestión.—. Óscar, esto no nos conduce a ningún sitio y ambos lo sabemos. Han sido unos meses geniales, pero tenemos que ser realistas. Yo aún estoy reconstruyendo mi vida, necesito crear algo con cimientos rígidos,

no un castillo de naipes.

—Y yo soy el castillo de naipes, ¿no? —preguntó, dolido.

—Quiero seguir teniéndote en mi vida. Quiero que seamos amigos. Yo solo digo que paremos esto antes de que alguno de los dos salga herido.

—No entiendo muy bien lo que me pides —dijo, acortando al máximo los centímetros que nos separaban. Me cogió por la cintura y me pegó a él hasta que nuestras narices se tocaron—. ¿Qué es exactamente lo que tenemos que parar? —Se acercó aún más. Sentí su aliento caliente sobre mi piel y el retumbar de su corazón en el pecho. Quise apartarme, pero ni siquiera podía moverme. La atracción que ejercía Óscar sobre mí era más fuerte que mi propia voluntad—. ¿Esto? —Empezó a deslizar un dedo por debajo de mi falda y gemí cuando acarició la cara interna de mi muslo—. ¿Es esto lo que quieres que paremos? —volvió a preguntar, ejerciendo un poco de presión cuando llegó a mis braguitas—. ¿Estás segura? Porque tu cuerpo parece pedirme todo lo contrario.

Con el corazón desbocado, moví la cabeza afirmativamente, en contra de mis propios deseos. Él me miró ceñudo. Ahora sí que parecía enfadado.

—Dímelo —ordenó, deslizando el dedo arriba y abajo sobre la tela de mis braguitas—. Prometo que, si eres capaz de pedirme que pare mirándome a los ojos, lo haré. Y no volveré a tocarte.

Oh, mierda. ¿Era eso lo que quería? ¿Qué no volviera a tocarme? Claro

que no, quería todo lo contrario. Quería que me tranquilizara. Que acallara mis miedos. Que me dijera que él también me quería. Que me besara y me hiciera el amor con dulzura.

Pero no le dije nada de eso porque no sabía cómo hacerlo.

Clavé mi mirada en la suya, mirándole con intensidad, y dije, con un tono de voz que pretendía parecer seguro y que acabó sonando vacilante:

—Óscar, por favor, para.

Sonaba a súplica. Un «no me lo hagas más difícil» que pilló al vuelo. Me soltó de inmediato, se separó de mí, se dio la vuelta y maldijo en voz baja. Cuando se recompuso, volvió a mirarme.

—¿Sabes qué? No te creo. No me creo una mierda de lo que dices. Si esto es por Lea, no tiene sentido, y si no es por ella, aún lo tiene menos. Pero está bien. Respetaré tu voluntad. Si para rehacer tu vida necesitas que me aleje de ti, lo haré.

—¡¡No!! —exclamé, ahora sí, con verdadero pánico en el timbre de mi voz—. Sé que es egoísta, pero quiero que sigamos viéndonos, siendo amigos, como antes de que esto se nos fuera de las manos.

—¡Pero yo no puedo! —masculló, casi fuera de sí—. Pecas, no puedo verte y no desear tocarte. Es algo superior a mí. Ya me costó no hacerlo en su momento, pero podía, podía porque no sabía lo que me perdía. Ahora que lo sé, no puedo ignorarlo. Es como si me pidieras que renunciara a las

primaveras, joder.

Un dolor sordo en el centro del pecho.

Un mar revuelto en el estómago.

La sensación de que estaba cometiendo uno de los errores más grandes de mi vida.

Todo junto, impidiéndome pensar con claridad.

—Te quiero, Óscar. ¿No te das cuenta? Por eso tenemos que parar. Porque tú nunca serás capaz de darme lo que necesito.

¡No! ¡No! Filtro mente-boca cero. Me tapé los labios con una mano, sintiendo cómo empezaban a subirme los colores.

Óscar palideció, apartó la mirada, se pasó los dedos por la mandíbula, distraído, y dijo, en un susurro:

—Tienes razón. Perdona, yo... Tengo que irme.

Y, sin más, se marchó, dejándome plantada en medio del salón, ahora, sin él, completamente vacío.

Apatía

Aquella tarde me azoté mentalmente varias veces. No soy una persona temperamental y, sin embargo, aquella tarde me había comportado como una verdadera *drama queen*. Era como si mi capacidad de abstracción y objetividad, de la que, por cierto, siempre había presumido, hubiera sido reemplazada por una maraña de pensamientos caóticos y contradictorios. Lo que sentía era tan absurdo que si en ese momento hubieran aparecido unos enanitos verdes de la nada diciéndome que era la elegida para derrotar a la reina malvada y salvar a la princesa que tenía presa en la torre de su reino, no me hubiera extrañado lo más mínimo. Estaba mentalmente trastornada.

Buscando un poco de comprensión, llamé a Carla. Quería que me dijera que lo había hecho bien, que había tomado la decisión correcta. Necesitaba oír una de sus frases reconfortantes que siempre me hacían sentir mejor. Por ello, sus palabras me sentaron como una soberana patada en la espinilla:

—Vir... No sé, eso de tomar una decisión así, por tu cuenta, sin implicar a la otra persona, me parece incoherente, incluso infantil.

—Tú también decidiste poner punto y final a tu lío con Raúl y, que yo sepa, en su momento no te tildé ni de incoherente ni de infantil —le recordé, usando un tono de voz nada amistoso.

—Lo mío con Raúl solo fue un cuelgue. Óscar y tú sois otra cosa, joder, no es comparable.

—Le dije que le quería, él decidió marcharse.

Suspiró y yo me crispé. Necesitaba que mi amiga me diera la palmadita en la espalda, que me dijera que todo se arreglaría, que todo saldría bien. No encontrarme con eso, me dolió.

—Sí, es un idiota por salir corriendo, pero... Tú tampoco lo has hecho bien. Ambas sabemos que, en el fondo, si se lo has dicho es porque esperabas que eso ocurriera. Querías que se marchara para así justificar la decisión que habías tomado de antemano. Porque estás cagada, Vir, estás aterrorizada.

Apreté la mandíbula, escuchar aquel análisis psicológico en ese momento no me apetecía lo más mínimo.

—Vale, genial.

Y le colgué el teléfono, por primera vez en mi vida. Quizás ella tuviera algo de razón, pero una parte de mi interior se sentía herida porque, después de mi te quiero, involuntario a mi parecer, Óscar había sido el que se había marchado.



Aquella semana pasó con una lentitud pasmosa. Durante aquellos días, Óscar y

yo no coincidimos ni una sola vez. No puedo decir lo mismo de Lea, la ninfa de hielo, con la que me topé un par de veces en el descansillo de nuestra planta. Me saludaba con un levantamiento de cabeza, llena de indiferencia, como si no mereciera más atención que la que podría prestar a un mosquito aplastado en el suelo.

Cada día que pasaba sin ver a Óscar era un día más que transcurría sumida en una tibia apatía. Sin él, el avance que había hecho durante aquellos últimos meses parecía haberse quedado en nada. Ni siquiera conseguía escribir. Era incapaz de hilar frases coherentes. Cada línea que mis dedos trazaban sobre el teclado del portátil, acababa borrada de un plumazo al minuto siguiente. Las musas me habían abandonado de nuevo. Lo único que me apetecía hacer era tumbarme en la cama y escuchar canciones tristes que me recordaban a él. Una de las que recuerdo con más intensidad de aquella época es la de [*Azul y Gris*](#) de Mürfila, que me tocaba el alma con sus «Que sin ti».

Además, Carla y yo seguíamos sin hablarnos y aquello me hacía sentir peor. Era irónico, le había dicho a Óscar que necesitaba dejar lo que teníamos para acabar de encontrarme y, ahora que lo había hecho, me sentía más perdida que nunca.

★ ★ ★

Una semana después, buscando algo que me ayudase a desconectar del caos que tenía instalado en mi cabeza, acabé apuntándome al gimnasio de Raúl. Conocía los horarios de Óscar. Él iba por las mañanas, yo iría por las tardes. Sí, lo sé, fue una decisión inmadura, pero no quería cruzarme con él. La simple idea de verlo con camiseta y pantalones ajustados me ponía cardíaca. Con el mono que tenía de él, capaz hubiera sido de violarle en el primer baño que encontrase.

Una tarde, tras una sesión de spinning que me dejó agotada, Raúl me invitó a un café en la salita de las máquinas expendedoras. Era un café de esos asquerosos, que son más agua que café, pero echaba de menos todo lo que Óscar significaba, incluso a sus amigos.

—¿Cómo te va todo? —me preguntó, con una sonrisa comedida. Se había cortado el cabello, con la frente completamente despejada.

—Bien. Nunca imaginé que hacer ejercicio me gustaría tanto.

—Sí, es genial, ayuda a equilibrar cuerpo y mente. Puede llegar a ser adictivo. —Mordió el palito de plástico del café entre los dientes, alzó su mirada hasta la mía y dijo, dubitativo—. Óscar nos contó que ya no estabais juntos.

Lo miré agrandando los ojos, sorprendida.

—Bueno, no es que antes lo estuviéramos exactamente —repuse.

—Puede que no lo estuvierais de una forma convencional, pero era obvio

que lo vuestro era especial.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Conozco a Óscar. —Se encogió de hombros, con una sonrisa algo afligida en los labios—. Y tengo ojos en la cara. Que expusiera vuestra relación ante los demás, significa mucho más de lo que crees. No lo ha hecho con ninguna otra chica. Bueno, con Sara, pero Sara es su hermana.

Bajé la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta.

—Raúl, preferiría no hablar de esto.

Él dio un trago a su café, haciendo un pequeño mohín.

—Lo siento. No quería parecer entrometido. Es solo que Óscar me preocupa.

—¿Le ocurre algo? —pregunté, alarmada.

—No, bueno, él hace ver que todo está bien, que no le afecta lo vuestro. Pero sé que todo es fachada. Está más callado que de costumbre. —Sus labios se tensaron en una mueca y yo sentí una punzada agujereándome el corazón. Aquello no tenía sentido, si fuera así, hubiera venido a verme para arreglar las cosas, ¿no?—. Siento hablarte de él, supongo que para ti tampoco es fácil.

—No, no lo es.

—Entonces, ¿por qué?

Mis ojos se perdieron en el color oscuro del café. Una semana después, seguía siendo incapaz de responder a esa pregunta. Mis miedos, su

incapacidad... Todo se había revuelto de una forma desconcertante. Volví a mirarlo, intentando esbozar una sonrisa serena. Lo último que quería es que le explicara a Óscar que había hablado conmigo y que estaba echa una mierda, aunque fuera verdad.

—Hay cosas que simplemente no pueden ser.

Él afirmó lentamente con la cabeza, con aire triste.

—Óscar es... —Se mordió el labio, como si no encontrara las palabras adecuadas para acabar la frase—. Mira, supongo que no lo sabrás, pero cuando nos conocimos tenía la vida del revés. Mi novia acababa de dejarme por mi mejor amigo y mis padres decidieron separarse. Todo a la vez, como en un culebrón venezolano. —Aunque intentó sonreír, era una sonrisa forzada—. Por aquel entonces yo trabajaba de monitor en otro gimnasio. El mundo se me vino abajo y me pasaba el día cabreado y de malhumor.

—No tenía ni idea —confesé, alzando ambas cejas, visiblemente sorprendida. Era la primera vez que Raúl me explicaba algo suyo tan personal, más allá de sus hazañas ligando con otras mujeres.

—Yo me sentía traicionado y herido, porque aquella chica había sido mi novia desde el instituto, y él, bueno, era como un hermano para mí. Encima, nuestros amigos comunes no quisieron posicionarse y los acabé mandando a todos a la mierda. —Dio un largo sorbo al café, acabando con el contenido de su vaso. Lo encestó en el cubo de la basura, ganándose una mirada coqueta de

un par de chicas unas mesas más allá—. Óscar venía a las clases de spinning que daba en otro gimnasio antes de abrir este, y así nos conocimos, aunque no cruzamos palabra hasta el día en el que me encontró dándole patadas a unas taquillas en el vestuario masculino. Óscar me cogió de los hombros, me pidió que me calmara, y, no sé cómo, acabamos tomando unas cervezas en un bar. Se lo expliqué todo, y él me escuchó con más paciencia que un santo. Al acabar, no me hizo el típico comentario de «el tiempo todo lo cura» ni nada por el estilo. Me invitó a salir por ahí con él esa noche y... ahí empezó todo.

—Hablas de él como si fueras una novia enamorada —bromeé.

—Óscar es una buena persona.

—Lo sé.

Tras aquello, intercambiamos un par de frases, le agradecí el café y me marché al vestuario para ducharme. No tenía muy claro cuál había sido su intención al explicarme aquella historia. Lo que sí sabía era lo que esta me había provocado: ternura, una ternura infinita, y desasosiego, un desasosiego que me hacía desear verlo con una intensidad que me dolía en la parte más íntima de mi ser.



Como al universo le gusta divertirse a mi costa, me lo encontré aquel mismo

sábado por la mañana. Yo regresaba a casa de comprar el pan y él esperaba el ascensor en la planta baja. Me quedé unos instantes sin respiración al verle. Estaba aún más atractivo que de costumbre. Tenía pinta de acabar de llegar de fiesta, con la ropa descolocada y el cabello completamente despeinado. Seguro que Carla hubiera definido su look como de «recién follado» y, viendo las horas que eran, no me hubiera extrañado que fuera así. Sentí una punzada en el estómago, a la vez que mi corazón empezó a bombear con más rapidez. La idea de que Óscar pudiera tirarse a otras me producía náuseas. Al verme, sonrió levemente, con una sonrisa torcida, pero triste.

—Ey, Pecas.

Le devolví el saludo, turbada. Sentí como las palmas de las manos empezaban a sudarme por los nervios. Nos quedamos en un silencio incómodo unos segundos, hasta que el ascensor llegó y él me invitó a pasar primero. Subimos, él apretó el botón de nuestra planta y yo aproveché para olfatear el aire, en busca de algún indicio de perfume femenino. Óscar me pilló y alzó una ceja, interrogativo.

—¿Has salido esta noche por ahí con los chicos? —pregunté cómo quién no quiere la cosa.

—Sí —respuesta monosílaba, corta y poco informativa.

—¿Y se os ha alargado la fiesta?

—No exactamente.

—Ah, Cómo vienes a estas horas... ¿Has pasado la noche por ahí?

Mis dotes detectivescas no eran precisamente sutiles, soy consciente de ello, pero cada segundo que pasaba sin saber la verdad, mi imaginación se desataba más y más, al límite de la paranoia.

—Podría decirse que sí.

—¿Y Lea?

Frunció el ceño.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No salió anoche contigo?

—No vamos juntos a todas partes, no tenemos esa clase de relación. Cuando viene a Barcelona se queda a dormir en mi piso por comodidad, pero nada más.

Me miró como si el comentario le hubiera molestado y yo clavé mis ojos al suelo. En realidad, sabía que Lea no había salido la noche anterior porque la había escuchado tocar la guitarra en la terraza. Algo me decía que la relación que mantenía con Lea, tal como me había asegurado unos días antes, era solo de amistad.

—Si hay algo que quieras preguntarme, hazlo ya —dijo, una vez llegamos a nuestro destino.

Bajamos del ascensor y yo saqué las llaves, intentando parecer serena, aunque el tembleque en la mano mientras intentaba meter la llave en la

cerradura, creo que me delató.

—No sé qué quieres decir.

—Te conozco. Veo un interrogante enorme levitar sobre tu cabeza.

—¡Qué va! Son imaginaciones tuyas.

—Bien. Tú misma. —Entró en su piso y me miró—: Quédate con la duda.

Cerró la puerta tras de sí y yo hice lo mismo, con un sonoro portazo. Mierda. Aquello iba a ser mucho más duro de lo que pensaba.

Por la tarde, llamé a Carla. No habíamos vuelto a hablar después de que le colgara en medio de nuestra conversación. Llevábamos más de diez días sin un mensaje ni una llamada y eso, en nosotras, era una eternidad. Ni cuando estuvo estudiando en Canadá pasamos tanto tiempo sin saber la una de la otra.

Me contestó tras el tercer tono.

—Diga —respondió, sin un atisbo de emoción en el timbre de su voz.

—No quise colgarte —susurré, conciliadora.

—Perdón, ¿quién es? No tengo su número guardado en mi agenda.

Puse los ojos en blanco. Genial. Ahora Carla decidía castigarme con el látigo de su indiferencia.

—Lo siento, ¿vale? ¡Lo siento! No debí colgarte por intentar ser sincera conmigo.

—Ajá.

—Te echo de menos —insistí, ante su falta de respuesta.

—Cualquiera lo diría. Has tardado casi dos semanas en llamarme.

—Lo sé... Yo... estos días he estado muy inestable.

—¡Me colgaste! —exclamó, irritada.

—Me comporté como una niña, soy consciente de ello. Y lo siento, de verdad. Sé que no tiene perdón, pero aceptaré el castigo que quieras imponerme.

Se quedó unos segundos en silencio y yo me la imaginé preguntándose cuál sería la mejor forma de torturarme.

—Está bien. Ponte guapa. Esta noche salimos de fiesta. Te paso a recoger a las once, después de cenar. Y no acepto un no por respuesta.

Fiesta, yuju (léase con falta de entusiasmo). No había nada que me apeteciera menos que salir por ahí aquella noche. Pero como quería ganarme la redención, acepté sin protestar y escondí la cabeza debajo de uno de los cojines del sofá, asqueada de todo.

Lo normal

—Un 9 —dijo Pedro

—Un 7—dijo Carla

—¿Mmmm...? —dije yo.

Pedro y Carla me miraron con cara de querer zarandearme. Llevaban media hora puntuando a los hombres que pasaban por nuestro lado y yo no estaba mucho por la labor. Primero, porque eso de puntuar a un hombre según el físico me parecía de lo más reprobable y superficial. Y segundo, porque me moría de ganas de marcharme de ahí y regresar a casa.

—Está hecha un despojo humano, nena —me dijo Pedro mirándome con preocupación.

Aquella tarde, después de colgar a Carla, había llamado a Pedro para preguntarle si quería venirse con nosotras. Hacía semanas desde nuestro encuentro y creí que sería un buen momento para cumplir mi promesa de llamarle. Pedro se había mostrado muy entusiasmado con la idea de salir por ahí los tres. Además, Carla y Pedro se conocían y se adoraban. Eran tal para cual, y se saludaban usando motes obscenos que prefiero no reproducir para no herir sensibilidades.

La idea de ir a tomar unas copas a un bar de ambiente había sido de

Pedro, por supuesto. Él y Martín habían discutido, y su plan para aquella noche era ahogar las penas en alcohol y flirtear con otros.

—Al menos podrías intentar sonreír. Con esa cara de culo nos espantas la mercancía —añadió Pedro, mirando de reojo a un par de hombres que estaban magreándose al son de Lady Gaga.

Forcé una sonrisa que dejó a Pedro satisfecho y, poco después, Carla y él volvieron al juego de las puntuaciones. Yo decidí apurar mi copa y acercarme a la barra para pedir otra. Tal como iba la noche, la iba a necesitar.

Me pasé los cinco minutos siguientes haciendo gestos a un camarero para que me atendiera, sin éxito alguno. Estaba claro que, en aquel bar, para que te sirvieran una copa, tenías que tener rabo entre las piernas y una tableta de chocolate como abdominales.

Volví a zarandear la mano delante del camarero musculitos y, justo en aquel momento, me fijé en un chico que estaba sentado muy cerca de mí. Un chico castaño con el pelo peinado hacia arriba y la mirada perdida.

El movimiento de mi mano quedó congelado cuando le reconocí.

Parpadeé un par de veces, asegurándome de que el exceso de alcohol no fuera el culpable de aquella visión tan inesperada.

—¿Abraham? —grité, por encima de la música.

Me acerqué a él y agrandé los ojos al comprobar que, sin ninguna duda, el chico que tenía delante era mi hermano.

Abraham me devolvió la mirada igual de sorprendido.

—¡Virginia! ¿Qué demonios haces aquí? ¿Me has seguido? —Entrecerró los ojos, como si sospechara.

—No te he seguido, he venido con Carla y un amigo —expliqué, señalando nuestra mesa al fondo. Abraham siguió la dirección de mi dedo, aún perplejo—. ¿Qué haces tú?

—Beber. —Alzó su copa, cohibido.

Pero yo no me refería a eso. Estábamos en un bar de ambiente. Abraham estaba sentado en la barra. Dos más dos suman cuatro.

—Es un bar de gays.

—Lo sé.

—Eres gay —dije, un poco contrariada.

—Una deducción muy ocurrente —se burló, dando un nuevo trago a la bebida que tenía entre las manos. Parecía que el estupor inicial había dado lugar a su ironía habitual.

—Ya —fue lo único que conseguí articular en ese momento.

Busqué en mi memoria algún indicio de que a mi hermano le gustaran los hombres. No encontré ninguno. Aunque tampoco nunca había mostrado interés por ninguna chica. Aquello me resultó más confuso aún.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—No sé, desde siempre supongo. —Se encogió de hombros.

Hice un mohín y ocupé el taburete que acababa de dejar libre un chico a su lado.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Yo no te habría juzgado. Lo sabes.

—No sabía que tuviera que hacerlo, supongo que el día que tú me confesaste tu heterosexualidad yo no te estaba prestando mucha atención.

—No es lo mismo, eso es lo norm... —no acabé la frase, dándome cuenta de lo mal que sonaba la palabra a medida que esta salía de mi boca.

Él chasqueó la lengua.

—Puedes decirlo. Lo normal. Vivimos en una sociedad de mierda que considera que lo tuyo es normal y lo mío no.

—No quería decir eso —me quejé—. Es solo que esto me ha pillado desprevenida, nunca hubiera dicho que fueras... ya sabes, gay.

—¿Por qué no voy soltando aceite? —pregunto, burlón.

—Sí, supongo. Eso y porque no te vistes de rosa. —Me sumé a su humor y él se rio entre dientes.

—El color rosa y los tangas de leopardo los guardo para la intimidad.

—Dios, esa es una imagen mental que no necesitaba —dije, tapándome los ojos de forma histriónica.

Bromeamos un poco más y le pedí que me consiguiera una copa. Le bastó chasquear los dedos para que uno de los camareros atendiera su petición. Mientras le veía interactuar con él, dejé que un nudo de sentimientos

encontrados se me enredara en el estómago. Aquel descubrimiento me chocaba, no porque la sexualidad de mi hermano me importase, sino por todos aquellos esquemas mentales que la sociedad nos impone desde niños y que Abraham acababan de romper de un plumazo. Siempre había pensado que mi hermano acabaría casado con una mujer culta, como él, quizás con alguna compañera de la universidad, siguiendo los pasos de nuestros padres.

Había achacado su falta de interés por las mujeres a algo temporal, a la pasión que yo siempre le había atribuido a sus estudios y a su tesis doctoral. ¿Habría tenido ya alguna pareja? Lo miré de reojo, mientras pagaba mi copa. ¿Y si Sebas y él...? Eran íntimos, Sebas se había quedado a dormir más de una vez a casa con él y... Espanté la imagen detallada que mi cabecita había decidido dibujar sin mi consentimiento. Era demasiado perturbador. Tenía muchas preguntas que hacerle, pero a la vez, necesitaba un poco de tiempo para asimilarlo.

—¿Estás solo? —Abraham afirmó con la cabeza—. ¿Por qué no te sientas con nosotros? Ya conoces a Carla y Pedro es un encanto.

Pareció vacilar y yo aproveché ese momento de flaqueza para cogerle del brazo y arrastrarlo hasta nuestra mesa.

—Traigo compañía —dije alzando la voz.

Pedro y Carla levantaron la mirada y descubrieron a Abraham detrás de mí. Carla abrió los ojos de forma exagerada y Pedro... Bueno, Pedro empezó a

parpadear como si acabaran de meterle un dedo en el ojo, en un intento de... ¿coqueteo? Oh, Dios, desde luego aún no estaba preparada para presenciar algo así.

Carla le dio un abrazo cariñoso y le plantó un beso en la mejilla.

—Así que a tu hermano le va comer pollas —susurró en mi oído.

Estuve a punto de atragantarme mientras bebía. Le lancé una mirada asesina.

—¿Puedes ser un poco más bestia? Porque si te esfuerzas estoy segura de que lo consigues.

Carla se rio.

—Conste que no he dicho nada sobre si prefiere dar o que le...

—¡Carla! —exclamé dándole un codazo mientras ella se reía—. Es mi hermano, joder.

—Tener un hermano gay mola. Es muy chic.

Y yo me reí, porque a veces, Carla, tenía una forma de lo más ocurrente para rebajar la tensión de cualquier situación.

El resto de la velada fue un poco rara, aunque agradable. Estar con mi hermano en un garito lleno de hombres haciéndole ojitos fue una experiencia... interesante.

Al acabar la noche, Carla nos hizo de chófer. Le pedí a Pedro que se sentara en el asiento de copiloto y yo me senté en la parte trasera con mi

hermano.

—Abraham, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él me miró.

—Sí, claro. Aunque no sé por qué tengo la sensación de que no me va a gustar...

—Sebas y tú erais algo más que amigos, ¿verdad?

Abraham desvió la mirada hacia el exterior.

—Es complicado —masculló.

—Abraham... —Le cogí del brazo para que volviera a mirarme. Lo hizo y pude ver el dolor que emanaban sus ojos—. Puedes contármelo.

Cerró los ojos y tragó saliva

—Sí, Sebas y yo éramos más que amigos, pero... creo que lo he fastidiado todo.

Estuve a punto de decirle que entendía perfectamente esa sensación porque a mí me pasaba lo mismo, pero me contuve, porque no estábamos hablando de mí, sino de él.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—La verdad es que llevábamos años saliendo a escondidas, yo empecé a cansarme de mantener lo nuestro en secreto y le di un ultimátum. Le dije que si no hacíamos pública nuestra relación prefería dejarlo. Le di a elegir y él... él eligió no estar conmigo.

—Lo siento —musité, apretando su brazo con un gesto afectuoso.

—Yo solo necesitaba sentir que algo en mi vida tenía sentido. Estaba muy desanimado con lo de mi tesis, y le puse contra la espada y la pared.

—Pero no entiendo porque teníais que esconderos. Podíais haber vivido lo vuestro en libertad. Pedro tiene novio, y Alba e Ivette viven su relación con normalidad.

—Ya te he dicho que es complicado... El padre de Sebas es homófobo y él temía su reacción cuando se enterara de lo nuestro.

Solté un bufido.

—No puedo creer que siga habiendo gente tan retrógrada.

—Pues la hay. Y mucha —añadió Pedro, asomando su cabeza por encima del asiento—. Pero eso no nos puede hacer renunciar a ser quiénes somos.

Abraham dibujó una sonrisa triste y yo miré a mi amigo afirmando con la cabeza. Cuánta razón tenía...

Primero dejamos a Abraham en casa y después Pedro y yo nos quedamos en la mía. Pedro seguía enfadado con Martín y me había preguntado si podía quedarse a dormir. Le ofrecí el sofá-cama.

Subimos por el ascensor, abrí la puerta del piso y, de forma oportuna, a Pedro se le cayó el enorme bolsón que llevaba colgado del hombro. Todas sus cosas quedaron desperdigadas por el suelo.

Me quedé mirando el contenido con los ojos como platos: una camisa de

repuesto, un frasco de perfume, unas gafas de sol, un cepillo de dientes, condones, una agenda, el móvil, chocolatinas, un tubo de... ¿¿lubricante?? ¿En serio llevaba eso también? En fin, ¡menuda capacidad! Parecía el bolsillo mágico de Doraemon en su versión porno.

El ascensor volvió a ponerse en movimiento y minutos después se paró de nuevo en el descansillo. El estómago me dio un vuelco, maldije en voz baja y le pedí a Pedro que se diera prisa, pero Óscar salió del ascensor antes de que hubiera acabado de recoger sus pertenencias.

Al vernos, su cara mutó. Miró al suelo primero, fijando sus ojos en los condones que Pedro sostenía entre los dedos, y a mí después. Parecía estupefacto, aunque para estupefacción la de Pedro, que empezó a babear como un perro delante de un hueso.

Los tres nos quedamos inmóviles durante varios segundos. Podía cortarse la tensión con un cuchillo. Pedro fue el primero en salir de su estupor.

Acabó de recoger las cosas que le faltaban, se levantó del suelo y, sin previo aviso, me dio una palmada sonora en el culo y me besó en los labios.

—Vamos, nena, que nos queda mucha noche por delante. —Y tras decir esto, me empujó dentro del piso, se giró hacia Óscar para guiñarle un ojo y cerró la puerta tras de sí.

Me entraron ganas de ahorcarle con el cable de la lámpara de techo del salón.

No le dejes ganar

(Óscar)

Abrí la puerta de casa y la cerré de un portazo. Tenía la mandíbula tensa y estaba tan enfadado que me dieron ganas de entrar en el piso vecino a trompazos para decirle a ese tío que no se le ocurriera volver a poner sus asquerosas manos encima de Pecas. No soy una persona posesiva, nunca he creído en los «eres mía» o «soy tuyo», pero la simple idea de que otro la tocara... me ponía enfermo. Además, ¿de dónde había sacado a ese tío? ¿Del circo? Porque nadie en su sano juicio salía de casa vestido con esas pintas. ¿Camisa de flamencos y pantalones tobilleros color mostaza? ¡No me jodas!

Di unos pasos hacia el interior del piso y oí el rumor del televisor, pero estaba tan enfrascado en mis propias mierdas que no vi el bulto que entorpecía mi paso, y tropecé con él. Caí de bruces al suelo, para ser exactos, encima de Lea. Su olor, su pequeño cuerpo contra el mío. Joder, ¡estaba tan cabreado! De repente, sentí muchas ganas de desahogarme, de buscar consuelo en algo conocido... en algo como ella. Gruñí contra su pelo y ella me apartó de un manotazo.

—¡Serás idiota!

Estaba sentada frente al televisor, viendo una película de acción. Ella era así, ¿por qué sentarse en el sofá si podía sentarse delante del televisor y

quedarse ciega? Alcé una ceja, analizando su humor. Aquella noche parecía más irascible que de costumbre.

—Perdona —dije—. No te había visto.

Apartó los ojos de la pantalla para lanzarme una mirada airada a través de su cabellera despeinada. Llevaba puesto un jersey de lana gordo que le llegaba hasta las rodillas y unas mallas térmicas. Por mucho que fuera de Noruega y que estuviera acostumbrada al frío, Lea decía que la humedad del mediterráneo era veinte veces peor que el frío de su tierra, porque este se le calaba en los huesos.

Estaba muy guapa, aunque para decir verdad, Lea era guapa. Tenía una de esas bellezas características. No era Pecas, claro, pero es que no había otra como ella, con esos dos ojos enormes, llenos de luz, y esos labios de pecado.

Al pensar en ella volví a encenderme. Acababa de verla entrar en su piso con otro hombre. ¡Con otro hombre! ¡Joder!

Necesitaba desesperadamente deshacerme de aquel dolor que me retorció las entrañas. Miré a Lea de nuevo. Apoyaba su cabeza encima de las rodillas sin dejar de mirar la pantalla con atención. Volví a acercarme a ella, descansando una mano en su muslo, y acerqué mi rostro al suyo.

—¿Por qué me miras así? —preguntó, alzando una ceja hacia mi dirección.

—Ya lo sabes —dije, apartando un mechón de su cabello.

Me observó a los ojos con intensidad, a través de sus iris casi transparentes, arrugó el cejo y, tras apartar su rostro del mío, me propinó un codazo en las costillas. Aullé de dolor y ella se puso de pie, enseñándome el dedo corazón.

—Vete a la mierda —masculló entre dientes.

—¿Qué bicho te ha picado? —inquirí, sorprendido. Era la primera vez desde que nos conocíamos que Lea me rechazaba—. ¿No te apetece?

—Me apetece, pero no así.

—¿Así cómo?

—Llevas dos semanas como alma en pena, sin ganas de nada, sin hablarme casi, ¿y ahora de repente te apetece follar conmigo? Esto tiene algo que ver con ella, ¿verdad? —Frunció el ceño, jugueteando con el aro del piercing de su boca, y señaló la pared del salón que daba al piso de Pecas—. Óscar no soy tonta, lo que leo en tus ojos no es deseo, es cólera. Y no voy a echar un polvo contigo porque estés cabreado.

Se cruzó de brazos. Yo me tumbé en el suelo y me froté los ojos con cansancio.

—Si no quieres que hagamos nada, está bien, pero no quiero hablar de esto.

—Eres un gilipollas.

Cogió el paquete de tabaco, sacó un cigarrillo y lo encendió con la ayuda

de un mechero. El olor a tabaco enseguida se extendió por todo el salón.

Me aparté las manos de la cara y la observé molesto. Estaba de pie, con una mano en la cintura y otra en el cigarrillo que sostenía entre los labios. Al levantar la mano, quedó al descubierto la piel blanquecina de su muñeca que dejaba a la vista aquella cicatriz sobre la cual ella se había tatuado un punto y seguido. Una cicatriz que escondía una historia triste que yo conocía a medias.

—Sabes que no me gusta que fumes aquí dentro.

—Lo sé, pero me importa una mierda. —Dejó escapar el humo entre sus labios mirándome con indiferencia—. Hoy haremos una excepción, porque estoy de mal humor y porque tú te has comportado como un capullo. No soy una muñeca hinchable con la que te puedas desahogar cuando estés frustrado, joder.

Suspiré profundamente, sentándome de nuevo en el suelo y levanté las manos a modo de rendición.

—No, no lo eres, y siento si te he dado esa impresión. Solo me pareció buena idea.

Buscó el cenicero, escondido entre un montón de ropa desperdigada y dio unos golpecitos al cigarrillo para deshacerse de la ceniza.

—Antes no me has respondido. ¿Ella tiene algo que ver con tu cara de vampiro sediento de sangre?

—¿No podemos hablar de otra cosa? ¿Qué peli estabas viendo? ¿*Blade*

Runner? Es muy buena.

—No evadas mis preguntas —insistió.

—Y lo dice alguien que es especialista en evadir las mías.

Lea se sentó en una de las sillas de la mesa del comedor y me miró con dureza antes de volver a hablar:

—Hace unos años me hablabas de esa muchacha pecosa como si fuera tu puto final feliz y, ahora que la has encontrado, no haces nada para estar con ella. Es patético.

Aparté la mirada, notando como mi cuerpo se tensaba y la ira corría por mis venas como lava caliente.

Había conocido a Lea en Londres, dos años después de empezar mis viajes. Ambos coincidimos en el mismo bar. Yo hacía de camarero, ella de cantautora ocasional. Se acercó a mí porque hablaba español, un idioma que le fascinaba y que hablaba casi tan bien como yo, pese a su acento. Así nos hicimos amigos. Así compartimos nuestras historias, esas historias que nos habían convertido en dos personas errantes. Y también fue así como acabé hablándole de Pecas, uno de los pocos recuerdos que, por aquél entonces, me mantenía en equilibrio. Estable.

Mi ancla.

—No es tan fácil —repuse, encogiéndome de hombros.

—¿Por qué? ¿Qué te impide estar con ella en este momento?

En este momento, un gilipollas, pensé.

Suspiré, a sabiendas que la respuesta era otra. Él único que se interponía entre nosotros, en ese momento, era yo. Si ella estaba en su casa con otro y no conmigo, era por mi culpa. Me estremecí al recordar sus palabras unos días atrás.

—Me dijo que me quería —murmuré en un susurro prácticamente inaudible.

Lea apagó la colilla contra el cenicero, mirándome de forma interrogativa.

—¿Y eso te impide estar con ella porque...?

—Porqué también me dijo que no puedo darle lo que necesita. Y es cierto.

Se echó a reír, sarcástica, alzando las piernas sobre la silla para abrazarlas.

—¿Y qué necesita? ¿Una mansión con cinco doncellas y dos cocineros? ¿Un coche de alta gama?

—Necesita a alguien que no arrastre tantas mierdas como yo. Pensé que las había dejado atrás, pensé que no era el mismo pobre diablo que hace doce años, pero en el fondo, todo aquello sigue formando parte de mí. Los monstruos no han muerto. Ella es luz y yo guardo muchas tinieblas.

—Eso no es verdad. —Busqué su mirada en la oscuridad. La película se había acabado y las imágenes habían sido substituidas por neblina—. No dejes

que el hijo de puta que te robó la infancia te robe también esto. Si lo haces, ganará. Después de todo lo que pasó, después de todo lo que te hizo, si dejas que el pasado te robe el presente, dejarás que gane. Dándole poder, solo dejas que siga existiendo.

Tras decir aquello, se levantó de la silla, sacó la guitarra de la funda y se sentó a mi lado. Empezó a acariciar sus cuerdas, sonriéndome con dulzura, algo que, en ella, era poco habitual.

—Mira, el otro día escuché una canción que me recordó a ti. Es de un grupo que se llama Maga. Se titula *Sal y otras historias*.

Y tras decir esto, empezó a cantar, con esa voz grave y desgarrada que siempre conseguía ponerme la piel de gallina. Su acento extranjero le daba un toque especial, único.

Hay cuentos sin final

Y el que no quiera escuchar nunca sabrá

No sabrá, si ha perdido el valor de preguntar

Mientras la escuchaba no podía dejar de pensar en lo que me había dicho.

No, no quería dejarle ganar, aunque no sabía muy bien que hacer para plantar batalla y conseguir mi final feliz.

Corazón congelado

Llegó el lunes y yo aún no había podido hablar con Óscar sobre el malentendido causado por Pedro. Tras entrar en mi piso, Pedro y yo mantuvimos una larga conversación sobre por qué besarme y palmearme el culo no había sido una buena idea. Según él, lo había hecho para ayudar. Esperaba que Óscar apareciera en medio de la noche marcando territorio, como si fuera un hombre cromañón sacado de las cavernas. Yo sabía que nunca actuaría así, porque no era ese tipo de hombre, y porque nuestra relación (o no relación) estaba en punto muerto.

Durante aquel fin de semana quise llamar a su puerta un millón de veces, pero no sabía muy bien qué decirle. ¿Debía darle explicaciones? No estábamos juntos, aquellas dos semanas prácticamente no nos habíamos visto y la idea de que yo pudiera liarme con otro, era absurda. Además, se trataba de Pedro, que parecía un osito de peluche gigante con más pluma que un pavo real.

Por mi parte, seguía sumida en la desidia. Cada día que pasaba, echaba más de menos a Óscar. Lo echaba tanto de menos que no había sido capaz de cambiar las sábanas de la cama ni de lavar la camisa de leñador que se había dejado por casa y que yo usaba para dormir. Sabía que era antihigiénico, pero

me gustaba acostarme envuelta con su olor, porque al cerrar los ojos, tenía la sensación de que estaba ahí, tumbado a mi lado.

Esa nostalgia se acentuó la mañana en la que salí a la terraza a regar mis macetas y descubrí que las gerberas que me había regalado Óscar unos meses atrás, tenían muy mal aspecto. Parecían decaídas, con el rabillo arqueado y los pétalos mirando hacia abajo. Como no sabía qué hacer, las llevé a la floristería más cercana, pero allí tampoco me supieron decir que les ocurría. Solo me recomendaron ponerlas al sol, regarlas en abundancia y esperar.

Les hice caso, pero al día siguiente al levantarme descubrí que las flores no solo seguían decaídas, sino que habían empezado a perder algunos de sus pétalos.

Con resignación no pude evitar decirme que aquella era una buena alegoría para ilustrar lo que estaba ocurriendo entre Óscar y yo.



Aquel lunes por la mañana, estaba tendiendo la colada enfrascada en mis propios pensamientos, cuando recibí una llamada. Reconocí el número de teléfono de inmediato, pues era el genérico que usaban en Mujer10. Era la secretaria de Bárbara. Quería citarme para esa tarde por un asunto importante que necesitaba tratar conmigo.

Ir a la redacción no me apetecía nada, aunque para ser sincera conmigo misma, lo único que me apetecía en ese momento era enterrar mi cabeza en el suelo como si fuera un avestruz para no volver a sacarla jamás.

Llegué a la cita unos minutos antes de la hora acordada y aproveché para saludar a mis antiguos compañeros. Como Bárbara estaba reunida, me fui a la sala de descanso y me preparé un café de máquina. Justo cuando la máquina acabó de echar el líquido en el vaso de plástico, vi a Bárbara fuera preguntando por mí. Cogí el vaso y salí a su encuentro.

Nos saludamos con un apretón de manos y me hizo pasar a su despacho. No tenía idea alguna de lo que hacía yo allí, pero tuve la intuición de que fuera lo que fuera, aquello no me iba a gustar.

Tras teclear algo en el ordenador, Bárbara apoyó los codos sobre la mesa, cruzó los dedos de sus manos de perfecta manicura y me miró con gravedad.

—Mira, no voy a andarme con rodeos... —En pocos minutos, me puso al día sobre la complicada situación por la que estaba pasando la revista. Por lo visto, dos redactoras habían cogido la baja, una por embarazo de riesgo y otra por depresión—. Necesitamos refuerzos y había pensado en ti. Sé que cogiste una excedencia para seis meses, pero si no vuelves tú tendremos que contratar a otra persona y comprenderás que eso podría poner en riesgo tu regreso.

—Pero eso no es lo que yo pacté —me quejé.

—Revisa tu solicitud. Firmaste un documento en el que te comprometías a

regresar en el caso de que tuviéramos problemas de personal. Si contratamos a alguien nuevo es muy probable que no podamos devolverte tu puesto, ¿entiendes?

Parpadeé, desconcertada. No me apetecía nada regresar a la revista, pero la simple idea de no poder hacerlo y verme sin trabajo cuando se me acabara la excedencia, me produjo un nudo de angustia en el estómago. El dinero que tenía en el banco no era ilimitado y no podía permitirme el lujo de quedarme sin fuente de ingresos. Además, llevaba semanas sin escribir, sin ser capaz de avanzar en mi novela. Y aunque pudiera hacerlo, aunque la terminara, ¿podría vivir de escribir? Era bastante improbable y, tal como estaba el mercado laboral, tampoco sabía cuánto tardaría en conseguir otro trabajo.

La miré inquieta, incapaz de pensar con claridad sobre mis opciones. Me había puesto contra la espada y la pared y yo no estaba pasando por mi mejor momento vital para tomar decisiones.

—Necesitaría algo más de tiempo —titubeé, apretando los puños encima de mi regazo.

—El próximo lunes necesito cubrir el puesto. Tú decides. —Repiqueteó las uñas contra la mesa y el nudo de angustia que se había instalado en mi estómago se apretó aún más.

★ ★ ★

Empecé en Mujer10 al final de esa misma semana. Pese a que la idea de regresar no me agradaba, trabajar allí me permitía mantener la mente en blanco. Me comportaba como un autómeta, escribiendo sobre temas que no me interesaban, sin necesidad de pensar demasiado.

Mientras yo me encerraba de nuevo en mi cascarón, Carla no hacía más que exasperarse conmigo. Cuando le expliqué mi conversación con Bárbara, volvimos a discutir. Según ella, tenía que haber peleado con garras y dientes para defender mis derechos. Pero yo no tenía fuerzas para eso, me sentía demasiado triste y desganaada.

Una tarde, después de salir del trabajo, fui a dar una vuelta por el centro. No quería regresar a casa. Cada día nuevo que pasaba, la indiferencia de Óscar me mataba un poco más. Porque si había algo peor que no verle, era saber que se encontraba al otro lado de la pared y no poder hacer nada para estar con él.

Estaba caminando por las callejuelas del barrio del Raval, cuando escuché mi nombre en una voz conocida. Me giré y me encontré de pleno con Iván, con su pelo castaño al viento y sus ojos color café, esos ojos en los que tanto me había gustado perderme antaño. Los primeros segundos fueron extraños, como si la persona que tuviera delante no fuera real, como si perteneciera a otra vida. Solo un pensamiento fugaz pasó por mi mente. El

odio visceral ya no existía. Había sido substituido por la nostalgia de aquellos recuerdos que un día fueron bonitos, pero que han acabado convertidos en polvo.

Iván se acercó a mí sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Nos quedamos quietos, mirándonos visiblemente incómodos.

—Vaya, esto es muy raro. —Iván se rio, atusándose el cabello, con una media sonrisa lánguida—. Cuando te he visto, no sabía si eras tú. Estás más delgada.

Afirmé con la cabeza. En las últimas semanas había notado la pérdida de peso en la ropa, que me quedaba holgada. A penas tenía hambre y las horas de gimnasio también se notaban.

—A ti se te ve muy bien.

—Sí, bueno... No me puedo quejar. —Se pasó una mano por el cabello, con timidez. Era raro estar uno enfrente del otro después de tanto tiempo sin vernos. Me fijé en la bolsa de deporte que colgaba de su hombro. Al percatarse de mi mirada, añadió—: He empezado a jugar a fútbol con los chicos otra vez. Hemos jugado un partidillo por aquí cerca.

—¿A futbol? Como cuando nos conocimos.

—Exacto. —Colocó las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Hay un montón de cosas que dejé de hacer que estoy recuperando.

—Me alegro —dije, sin rencor, porque era cierto, me alegraba. Desde mi

conversación con Carla, cada vez tenía más asumido que nuestra relación había sido nociva para los dos. Él parecía haber empezado a superarlo, recuperando su yo perdido. Yo también lo había empezado a hacer antes de que las cosas se torcieran.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Bien, voy haciendo. —Me encogí de hombros.

Me observó durante unos segundos, sin decir nada. Luego, se revolvió el pelo antes de hablar:

—Virginia, siento mucho lo que hice.

—Eso ya me lo dijiste en su momento y, la verdad, ya no importa.

—Sí que importa. —Bajó la mirada y la fijó en sus deportivas—. No supe gestionar lo que me ocurría y actué de la forma más cobarde posible.

—Lo hiciste, aunque los dos cometimos errores a nuestra manera. — Exhalé un suspiro y le miré. Parados en medio de la calle concurrida, la gente tenía que esquivarnos para no chocar con nosotros. Sin motivo alguno, de repente, me sentí en paz con él. Dibujé una sonrisa pequeña, fijándome por última vez en sus cálidos ojos castaños, ojos que ya no me decían nada. Solo me provocaban una extraña melancolía de momentos pasados y lejanos. De un ciclo de mi vida que ya estaba completamente cerrado—. Iván, yo... me tengo que ir.

Hice un gesto con la cabeza a modo de despedida. Él levantó una mano.

Cuando ya empezaba a alejarme, me llamó y me giré.

—Te quise mucho, lo sabes, ¿no?

Me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—Yo también lo hice. Ambos lo hicimos. A nuestra manera.

Nos miramos una última vez más antes de alejarnos, cada uno, en una dirección contraria. Como habíamos hecho con nuestras vidas.



El viernes llegué muy tarde a casa. Bárbara me había pedido que rehiciera el artículo de una compañera. No me había importado, cualquier excusa para evadirme era bien recibida.

Así que, nada más cerrar la puerta, me quité los zapatos, calenté las sobras de la cena de la noche anterior en el microondas y encendí la tele. Estaban dando una reposición de una serie que me gustaba, así que cogí el plato, una lata de Coca-Cola y, justo cuando iba a sentarme en el sofá, llamaron al timbre. Fruncí el ceño. No esperaba a nadie.

El corazón empezó a latirme rápido, ¿sería Óscar?

Me levanté de un salto y me acerqué a la puerta despacio, intentando no hacer ruido. Miré por la mirilla y, al ver la persona que esperaba al otro lado, me invadió un gran sentimiento de decepción, a la vez que un gran

desconcierto, porque al otro lado de la puerta no se encontraba Óscar, sino Lea, la ninfa de hielo.

Tragué saliva y dudé sobre lo que debía hacer. No me apetecía nada hablar con esa chica, pero a la vez, tenía curiosidad por saber qué quería de mí. Así que, pese a todas mis reservas, abrí la puerta e intenté mantener un semblante tranquilo y sereno, como si su presencia no me alterase lo más mínimo.

—Hola, ¿necesitas algo? —Le dediqué una sonrisa de cortesía y me felicité a mí misma por aquella actuación de aparente tranquilidad que bien podría valer para ganar un premio de interpretación.

—Hay algo que quiero decirte —murmuró, pasando por mi lado sin ni siquiera pedirme permiso para entrar.

Incrédula, miré como se adentraba en el piso. La seguí irritada. ¿Quién demonios se había creído que era para entrar sin recibir invitación?

Pese a ello, intenté mantenerme impasible.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Tampoco voy a explayarme mucho. —Menos mal, porque si las miradas matasen, hubiera caído fulminada en ese momento.

Crucé los brazos, notando como mi rostro empezaba a tensarse. Ella me imitó, dibujando una mirada retadora en sus ojos claros.

—Tú dirás —musité.

—Escuché hablar de ti poco después de conocer a Óscar. Él estaba fascinado contigo, o con el recuerdo que tenía de ti —¿Qué? La miré desconcertada—. Me decía que eras la chica más fuerte que había conocido nunca, que eras una tía dura, una tía con agallas. Eras no sé, como la diosa de su religión o algo así. Te veneraba... Supongo que te idealizó, porque visto está que la chica que tengo delante poco se parece a la que él describió.

Sentí un dolor tan intenso atravesándome el pecho que me quedé unos segundos sin respiración.

—Si has venido a aquí a insultarme, será mejor que te marches.

—¿Insultarte? —Sonrió irónica—. No te he insultado. He constatado una realidad.

—Ni siquiera me conoces.

—Ni ganas. La gente cobarde no me gusta.

—¿Cobarde? —repetí, sintiendo como la bilis ascendía por mi garganta. ¿Quién se había creído que era? No habíamos cruzado una sola frase en todo el tiempo que llevaba allí, ¿por qué me juzgaba sin conocerme?

—Sí, cobarde. La gente que no lucha por lo que quiere es cobarde por definición.

—¡Tú no sabes nada!

—Sé lo suficiente —Descruzó sus brazos—. Y para acabar, sólo te diré una cosa: me voy mañana, pero si cuando regrese no has hecho nada al

respecto, olvídate de Óscar, porque me lo pienso quedar para mí.

Y tras lanzarme una última mirada de desprecio, la ninfa de hielo se fue por donde había llegado, dejándome el corazón completamente congelado.

Cómplices del secreto más bonito del mundo

Al día siguiente, un trasiego de maletas me despertó. Me dirigí sigilosa hasta la puerta y, al mirar por la mirilla, vi a Lea esperando el ascensor con todo su equipaje. Era cierto lo que me había dicho. La ninfa de hielo se marchaba y lo hacía dejando un rastro gélido a su paso. Desde la noche anterior tenía el estómago hecho un nudo y la inquietud dominando todos mis pensamientos. Sus palabras fueron como dardos envenenados. Había querido herirme y lo había conseguido.



Aquella tarde fui de compras con Carla. La boda de Alba e Ivette estaba cerca y yo aún no tenía vestido para la ocasión, así que convencí a mi amiga para que me ayudara a elegir uno, pese a que seguía un poco cabreada conmigo con mi actitud, que ella definía como autodestructiva.

Dedicamos la tarde del sábado a la caza del vestido perfecto y, aunque nos costó, lo acabamos encontrando en un pequeño atelier en una callejuela perdida del centro.

La dependienta, nada más verme, sacó de la trastienda un vestido de color rosa palo que aún no había tenido tiempo de poner a la venta. Era muy de mi

estilo: ceñido a la cintura con una falda de vuelo vaporosa. La tela era de gasa y llevaba debajo un forro algo más oscuro. Cuando me lo probé, no tuve ninguna duda de que era el vestido perfecto, algo que Carla me confirmó cuando salí del probador y empezó a soltarme un montón de piropos obscenos que me escandalizaron a mí y a todas las mujeres presentes en aquel establecimiento.

Con los pies destrozados de tanto andar, acabamos en su casa. Por el camino compramos pizzas congeladas y helado de vainilla con caramelo. Nos sentamos en el sofá, encendimos la tele y pusimos una comedia romántica en Netflix.

Cuando la película terminó, tras haber acabado con las existencias de helado, que habrían servido para alimentar a un regimiento entero, Carla decidió que era momento de darnos a la bebida.

Preparó dos vasos de ron con cola y yo me relajé lo suficiente como para hablarle de la desagradable visita de Lea la noche anterior. El ceño se me fue frunciendo a medida que recordaba lo que la ninfa de hielo me había dicho, con su cara de indiferencia y superioridad. Carla me escuchaba dando sorbitos a su vaso y, cuando terminé de hablar, una sonrisa perspicaz prendió de sus labios.

—Empieza a caerme bien esta chica —dijo, consiguiendo que le atravesara con una de mis miradas asesinas. Correspondió a ese gesto con una

risita divertida que me sacó aún más de quicio.

—Entró en mi casa para decirme un montón de cosas horribles, para juzgarme y amenazarme. No sé dónde le ves la gracia.

—Bueno, fue un poco brusca, pero creo que está claro lo que buscaba con ello.

—¿Qué me sintiera como una mierda?

—¿Qué reaccionaras!

Le miré como si estuviera loca.

—¿Qué reaccionara cómo?

—Pues dejando de comportarte como una idiota con Óscar —dijo. Dejó su bebida sobre la mesa de centro y cogió mis manos entre las suyas—. Lo que ha pasado entre Óscar y tú no tiene nada que ver con Lea.

—Lo sé.

—Ella fue el detonante, la excusa, pero no la causa.

—Eso también lo sé. —Me froté el rostro sintiéndome de golpe muy cansada—. Lo sé, Carla, he pensado mucho en ello estas últimas semanas. No sé porque actué como lo hice, supongo que me pareció lo mejor para los dos, porque Óscar no busca comprometerse y yo... yo... le quiero —dije esto último con un hilillo de voz.

—Oh, cielo... —Me miró con ternura—. ¿Cómo puedes saber lo que él busca si no se lo preguntas?

—Nunca ha tenido una relación estable.

—Que no la haya tenido no significa que no la quiera. Yo llevo años sin una, pero si apareciera la persona adecuada, lo intentaría.

—Pero ¿quién dice que yo soy la persona adecuada para él?

—Por la forma en la que te mira. —Alcé una ceja interrogativa y ella sonrió enigmática antes de seguir—. Te mira como si fuerais cómplices del secreto más bonito del mundo. Si yo mirara a alguien de esa manera sabría que se trata de la persona adecuada.

Sus palabras hicieron que mi estómago se encogiera como una uva pasa.

—Pero él se marchó cuando yo le dije que le quería.

—¿Estás segura de que se marchó por eso?

Alcé una ceja, pero no respondí esa pregunta porque no, no lo sabía con seguridad. Ni siquiera habíamos vuelto a hablar desde entonces, exceptuando los encuentros fortuitos.

—Carla... Tú también crees que soy una cobarde, ¿verdad? —pregunté, recordando de pronto las acusaciones de Lea.

Mi amiga me miró dibujando una medio sonrisa. Me atrajo hacia ella, me dio un beso en la parte alta de la cabeza y suspiró.

—Lo que yo creo es que estás muerta de miedo, Virginia. Eres como un cervatillo asustado que actúa por simple instinto de supervivencia. Te asusta tanto lo que puedes sufrir si arriesgas que prefieres no intentarlo. El problema

es que lo que deseas choca completamente con lo que haces y, como es tan incoherente, te escudas en tu viejo yo, en esa Virginia desganaada que se limitaba a existir sin más. —Lo dijo sin maldad, pero dolió. Dolió porque era cierto.

—O sea que sí, soy una cobarde —repetí, sintiendo como mis ojos se humedecían.

Después de tantas semanas aguantando la tensión, después de tantos días sin ver a Óscar, sin hablar con él, de peleas absurdas con Carla, de la vuelta a ese trabajo que no me llenaba y de la visita inesperada de Lea, la presión pudo conmigo. Poco a poco, las lágrimas empezaron a rodar por mi rostro y rompí a llorar de forma desconsolada.

—Eh, eh, cariño —me susurró Carla al oído, apretándome fuerte contra ella—. Lo siento, no quería ser cruel.

—No has sido cruel, has sido sincera —berreé, enjuagándome las lágrimas en el jersey.

—Pero la culpa no es solo tuya, él no ha actuado mejor—dijo, separándose un poco de mí para coger un kleenex del bolso y limpiarme el rostro humedecido—. Sí tú eres cobarde, él tampoco se queda corto. Él también lo es.

—¿Y qué puedo hacer para dejar de ser una cobarde?

—No se trata de lo que puedas hacer, se trata de lo que quieras hacer. —

Me acarició el cabello mirándome con ternura—. ¿Qué es lo que de verdad quieres hacer, Vir?

—Dejar de echarle de menos.

—Pues entonces solo hay una posibilidad.

—¿Cuál? —pregunté, sorbiendo por la nariz.

—Que seas valiente.

Dibujé una débil sonrisa entre las lágrimas.

—¿Y cómo se consigue eso?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, cielo, pero encontrarás la manera, estoy convencida. Al fin y al cabo, lo importante no son los errores que cometemos sino lo que hacemos al respecto.

Apoyé mi cabeza en su hombro y volví a recordar las palabras de Lea. Había dicho que años atrás Óscar le había hablado de mí, que le había dicho que yo era la mujer más fuerte que había conocido nunca. Sentí una opresión en el pecho y la ansiedad apretándome con fuerza el estómago. Quería ser esa mujer fuerte que había descrito. Por mí, por él, por los dos.

Tenía que encontrar la manera.

No sabía cómo ni cuándo, pero lo haría, la encontraría.

El único sitio donde sentirse a salvo

(Óscar)

Me desperté sobresaltado, mareado y confundido. No podía respirar con normalidad. Lo primero que sentí fue el fuerte olor a gasolina y a quemado, seguido después del humo entrando en mi habitación a través de la rendija de la puerta cerrada. Me despejé de inmediato, sintiendo el corazón retumbar fuerte en mi pecho. El pánico se apoderó de mí, impidiéndome pensar con claridad. Lo único que me tranquilizó, fue recordar que estaba solo en casa. Mamá aquella noche había cubierto un turno nocturno en el trabajo, y Sara se había quedado a dormir en casa de una amiga.

Desde algún punto de la casa, escuché unos gritos. Abrí la puerta y el humo y las llamas se intensificaron, nublándome la vista. Del comedor solo llegaban más llamas, llamas y una gran humareda. Fue entonces cuando pude oír su voz con claridad, una voz pastosa y titubeante por culpa de la evidente ebriedad:

*—¡¡Te lo dije, puta!! ¡¡te lo dije!! Te dije que si lo hacías os mataría...
¡¡A todos!!*

El monstruo se encontraba en algún lugar de ese comedor en llamas.

Cerré la puerta de nuevo y me dirigí corriendo hacia la ventana de mi habitación, buscando regenerar el aire que respiraba. No podía dejar de

toser por culpa del humo. Pese al pánico que entorpecía mis movimientos, conseguí abrir la ventana y asomar la cabeza. Miré el balcón del vecino y luego miré al suelo. Vivíamos en un noveno, las posibilidades de sobrevivir a una caída eran prácticamente nulas. Sin embargo, la única posibilidad de escapar de aquel infierno era saltando de la ventana al balcón.

Las náuseas se instalaron en mi estómago. Si pedía ayuda, si gritaba, quizás podría despertar a alguien para que me ayudara. Pero tenía miedo. Miedo de que el monstruo me oyera. Miedo de que viniera a buscarme. Miedo de que quisiera acabar el trabajo que había empezado.

Calculé la distancia que me separaba de ese balcón cercano. Metro y medio mínimo. ¿Sería capaz de dar ese salto?

Era el salto de mi vida. Lo único capaz de salvarme del infierno.

Y sin pensarlo mucho más, me encaramé a la repisa de la ventana y me balanceé hacia delante, porque era todo o nada.

★ ★ ★

Me desperté empapado en sudor, con el pulso acelerado y la sensación de ahogo cerrándome la garganta. Me dolía la mandíbula de tanto apretar y chirriar los dientes y me costaba respirar. Sabía que era psicossomático, pero siempre que tenía esa pesadilla, me despertaba como si siguiera en esa

habitación, con el humo rodeándome, intentando huir del incendio que arrasó nuestro piso.

Intenté hacer los ejercicios de relajación que me enseñó el terapeuta en su momento y, lentamente, conseguí recuperar un poco el control de mis pulsaciones. Los recuerdos seguían enredados en mi mente, llenándome de una angustia que no me permitía pensar con claridad, que me agujeraba el pecho. Empecé a sentirme aprisionado, como si las paredes se cernieran sobre mí y el dormitorio se hiciera, a cada segundo, más pequeño. Necesitaba irme de ahí. Huir. Lejos, muy lejos.

Me puse un pantalón de chándal y una sudadera encima del pijama, y me dirigí a la cocina para servirme un vaso de agua helada. Las imágenes de aquella fatídica noche no dejaban de aparecer una y otra vez en mi mente, como un bucle infinito. Sentí la cabeza embotada y la quemazón bajar por mi garganta al tragar.

Ese sueño había estado repitiéndose durante todos aquellos años de forma ininterrumpida y siempre me despertaba en el mismo punto, cuando saltaba de la ventana al vacío, antes de llegar a caer al balcón de al lado.

Me dije que ese sueño no era más que una metáfora de mi propia vida. Me sentía como si estuviera en la cuerda floja, como si nunca hubiera llegado a salvarme del todo, como si mi vida se hubiera quedado suspendida en el aire, en ese salto que nunca encontraba su final.

Cogí las llaves de la repisa del recibidor y salí de casa. Cuando levanté el rostro del suelo, la vi. Pecas estaba de pie en el descansillo y me miraba con sus enormes ojos.

—Óscar... ¿Estás bien? —preguntó, leyendo dentro de mí.

Y con el rostro contraído por el pánico, con el dolor desgarrándome por dentro, solo pude hacer una cosa: buscar consuelo en el único sitio en el que podía sentirme a salvo.

El primer valiente

De vuelta de casa de Carla, me encontré con Óscar en el rellano de nuestra planta. Estaba de espaldas y, cuando se giró, enseguida advertí que algo no iba bien. Tenía los músculos de la cara tensos y la mirada perdida. Parecía tan obcecado en sus propios pensamientos que ni siquiera me vio. Tuve que llamarle un par de veces para que reparara en mí.

Durante unos instantes, nos quedamos uno enfrente del otro, sin decir nada, con las miradas enredadas. Sus ojos se aferraron a los míos, opacos, sin vida, como si estuvieran perdidos en medio de una tempestad. Le pregunté si estaba bien y... me abrazó, me abrazó con fuerza, con necesidad, me abrazó como si la vida le fuera en aquel abrazo. Y yo no pude hacer otra cosa que hundir mi cabeza en su pecho y perderme en su olor, en ese olor que era mi casa y que tanto había echado de menos esas últimas semanas.

Aún hoy no recuerdo cómo llegamos a mi cama, solo sé que lo hicimos, y que allí lo abracé durante mucho, mucho tiempo, hasta que su respiración desbocada acabó por ralentizarse y la tensión en su cuerpo menguó. Estábamos tumbados de lado. Yo tenía la mejilla apoyada en su espalda y le rodeaba la cintura con un brazo, pegándome a él.

En un momento dado de aquella noche, sentí su mano aferrarse a la mía.

Se giró sobre el colchón y nos quedamos mirando frente con frente. Sus ojos verdes volvían a tener ese brillo que les caracterizaba, quizás estaban un poco más apagados, pero se notaba que la tormenta ya había pasado. Poco después, me miró con intensidad, preparado para darme la llave que abría la puerta de los monstruos que se escondían aún debajo de su cama.

—Mi padre murió poco después de nacer Sara. —Tragó saliva y su rostro se ensombreció—. Le diagnosticaron leucemia y, en pocos meses, nos dejó. Él era... la persona que más admiraba en el mundo. De él heredé la pasión por los libros, siempre decía que no había mejor viaje que el que se puede hacer mediante la lectura de una buena novela.

Contuve el aliento al comprender lo duro que debía ser para un niño tan pequeño enfrentar la muerte de alguien tan importante como un padre. Era la primera que Óscar me hablaba de él y comprendí enseguida lo mucho que le costaba hacerlo.

—A los dos años de su muerte, mi madre conoció a otro hombre en las oficinas donde limpiaba. Tardó unos meses en llevarle a casa, pero cuando lo hizo, no me pareció mal tipo. Yo no quería un sustituto para mi padre, pero comprendía que mi madre pudiera tener necesidad de rehacer su vida porque aún era muy joven. —Se removió un poco y apartó su mirada de la mía. Instintivamente, intensifiqué el contacto, encajando una de mis piernas entre las suyas y sus ojos volvieron a clavarse en los míos. Esta vez percibí el dolor

—. Al principio era simpático, siempre tenía sonrisas y gestos cariñosos para Sara y para mí. Cuando mamá nos preguntó si nos importaba que se viniera a vivir con nosotros, le dijimos que no, porque parecía hacerla feliz y porque parecíamos... gustarle. Pero un buen día se mudó a casa... y todo cambió. Ese hombre encantador dejó de serlo y, poco a poco, fue mostrándonos su cara más perversa. Se gastaba casi todo lo que ganaba en alcohol y, cuando llegaba a casa, la mayoría de veces borracho, solía discutir con mi madre y actuar de forma violenta.

Hizo una pequeña pausa y yo me estremecí, empezando a vislumbrar las sombras escondidas detrás de la mirada triste del Óscar del instituto.

—No soportaba la idea de que hiciera daño a mi madre, así que, solía interponerme entre ellos dos cuando discutían. Alguna vez acababa golpeándome. Como no quería tener problemas en el instituto, hice correr algunos rumores sobre mí. —Esbozó una leve sonrisa, taciturna—. Lo único que quería era que me dejaran en paz, odiaba que la gente me preguntara y se entrometiera en mi vida. Así que, me inventé una realidad paralela y los demás decidieron creérsela con demasiada facilidad. Supongo que, mi carácter, ayudaba bastante a que aquellas historias parecieran verídicas.

Lo recordaba, lo recordaba todo.

—Entonces, lo de las peleas callejeras, lo que decían de ti... ¿todo era mentira? —me atreví a preguntar, con una nuez atravesada en mi garganta.

—La mayor parte. Con el único que llegué a liarme a puñetazos fue con ese hijo de puta. Bueno, y con algún que otro imbécil del instituto que me buscara las cosquillas —murmuró con ojos inexpresivos—. Cuando cumplí los dieciséis empecé a trabajar como mensajero y compaginaba el instituto con las clases. Lo hacía en secreto, sin que él lo supiera, y todo lo que ganaba se lo daba a mi madre. Ella lo guardaba para comprar comida, pagar el alquiler, comprar material para Sara... Ya sabes, cosas básicas. Porque además de su sueldo empezó a gastarse también el de mi madre y no nos sobraba precisamente el dinero.

Tragué saliva, verbalizando en voz alta una pregunta que hacía rato me estaba haciendo:

—¿Cómo podía tu madre permitirlo?

Él negó con la cabeza.

—Este tipo de violencia es mucho más compleja de lo que puede parecer a simple vista. Cada vez que ella intentaba dejarle, él la prometía que cambiaría o le chantajeaba con hacerle daño a ella, o hacérselo a nosotros, a Sara y a mí. Vivía en un constante terror cotidiano que la apartó de todas sus amigas, incluso de sus familiares. Estaba aislada del mundo, sola, completamente sola.

Sentí como todo mi cuerpo se estremecía. Los casos de violencia doméstica siempre me habían parecido los más brutales porque, a diferencia

de muchos otros tipos de violencia, esta se encontraba en el propio hogar. ¿Qué puedes hacer cuando el enemigo duerme en tu cama o en la habitación de al lado? Sentí que se me humedecían los ojos, con la rabia rezumando por cada poro de mi piel. Temía parpadear por si empezaba a llorar como una tonta.

—Una tarde —siguió—, él acabó descubriendo que mi madre escondía el dinero que yo le daba dentro de un libro. Le dio tal paliza que acabó en el hospital. Él intentó convencer a los médicos de que se había caído por las escaleras, ¿hay algo más típico? Los médicos no se lo creyeron, claro, las fracturas que tenía no se correspondían en nada con las lesiones producidas por ese tipo de accidentes. Hablaron con ella, pero se negó a denunciarlo, tenía tanto miedo... Hasta que finalmente yo insistí y, tras pensárselo mucho, tras conversar durante horas..., accedió y empezó la verdadera odisea.

Respiró profundamente y arrugó el ceño, con aire absorto.

—Entonces... ¿Le denunció? ¿Fue a la cárcel? —Pese a que en el interior de mi fuero interno sabía que no estaba bien hacer tantas preguntas, tenía la sensación de que la historia no acababa allí, de que había algo más.

—Le denunció, sí, pero ya se sabe lo mal que funciona el sistema judicial..., salió prácticamente indemne, con tan solo una orden de alejamiento.

—Enterró su rostro en mi cuello y yo lo abracé con más fuerza—. Sin él, yo... Pensaba que volvíamos a ser libres, ¿sabes? Empecé bachillerato, mi madre

volvía a sonreír, Sara podía comprarse vestidos bonitos, todo parecía ir bien, hasta aquella noche. —Volvió a tragar saliva y su respiración me acarició el oído—. Una noche de invierno él entró en nuestra casa con un bidón de gasolina y prendió fuego al comedor. No sé cómo consiguió entrar porque habíamos cambiado la cerradura, pero el caso es que lo consiguió, y cuando quise darme cuenta me vi envuelto en medio de un incendio, sin más escapatoria que la ventana de mi habitación.

Incapaz de poder hacer nada para evitarlo, unas lágrimas empezaron a brotar por mis ojos. La rabia contenida, empezó a aflorar. Él se separó de mi pelo para mirarme, subió el dedo pulgar y las limpió, con ternura. Me odié por ser tan débil. Era yo quién tenía que consolarlo a él, no a la inversa. Pero la imagen de Óscar despertando en medio de la noche en una casa en llamas, había sido suficiente para que algo dentro de mí se rompiera. Cuando conseguí recomponerme un poco, alcé la mirada y pregunté, con voz temblorosa:

—¿Y tu madre? ¿Y Sara?

—No estaban en casa. —Aguardó unos segundos en silencio, hasta que finalmente tensó los labios y la ansiedad volvió a dibujar sus facciones—. Yo conseguí escapar, pero él murió aquella noche, envuelto en su propio infierno. Desde entonces tengo una pesadilla recurrente en la que lo revivo aquella noche. Es como si estuviera allí de verdad. Me despierto mentalmente saturado y necesito marcharme. Conducir me relaja, me ayuda a no pensar, es

lo que siempre he hecho... y es lo que pretendía hacer hoy cuando nos hemos encontrado.

Nos quedamos mirando, sin necesidad de decir nada más. Recordé al Óscar que conocí doce años atrás y me pregunté si aquel incidente era el causante de las sombras que solían sobrevolar su mirada.

—Y ahora... ¿estás bien? —pregunté notando la boca seca.

—Sí. Verte ha sido como encontrar el día en medio de la noche. Gracias.

Me dedicó una mirada tierna, contraída aún por la angustia, y a mí se me pinzó el corazón.

—Gracias a ti, por contármelo.

—Tenía que hacerlo —Apoyó su frente contra la mía y sentí su cálido aliento en mi rostro—. Te lo debía. Yo... Pecas. Cuando dijiste que no podía darte lo que necesitabas, tenías razón, porque este es mi equipaje y, por mucho que lo odie, siempre vendrá conmigo.

Fue en ese momento cuando lo comprendí. Óscar aquella tarde no se marchó por el «te quiero» que le dije, sino por la frase que le acompañaba.

Poco después, se durmió, hundido en mi cama. Y entonces, abrazada a él, sin poder dormir, fui consciente de algo: él, aquella noche, había elegido ser el primer valiente.

Bienvenida de nuevo, Virginia

Después de aquella noche, las cosas entre Óscar y yo volvieron a la normalidad, a esa normalidad extraña que reinaba antes de acostarnos la primera vez. La tensión sexual que siempre nos había envuelto seguía ahí, flotando entre nosotros, pero fluía con algo más, algo más denso, más intenso, más profundo.

Mientras aquellos días volvíamos a compartir cafés y charlas, yo solo pensaba en volver a besarle, en hundir mi nariz en su cuello, en perderme en ese olor que era mi hogar, en hacer el amor mientras gemía contra su boca. Lo pensaba en silencio, sin decirlo, pese a saber que era yo la que debía dar el siguiente paso.

Sabía que Óscar me había desnudado su alma y su corazón, y que ahora me tocaba a mí demostrar que, pese al equipaje que llevaba, quería caminar la vida a su lado. Pero aún no había encontrado la manera de hacerlo, la manera de ser valiente.

Como si el universo quisiera mandarme una señal para infundirme ánimos, una de esas mañanas, al regar las plantas de la terraza, descubrí con sorpresa un brote de hojas verdes en la maceta de las gerberas, aquellas mismas gerberas que, una a una, habían ido muriendo sin que yo pudiera hacer

nada para evitar el desastre. Fue un descubrimiento precioso, un descubrimiento que puso en evidencia que, después de una mala racha, las cosas bonitas siempre encontraban la manera de volver a ser.

★ ★ ★

Aquella semana fue una semana complicada en la redacción de Mujer10. Bárbara me había hecho escribir un artículo sobre modelos de mujer, acompañándolo con fotografías de mujeres que fueran un ejemplo a seguir.

El artículo en sí dejaba mucho que desear. Todos los ejemplos de mujeres que me obligó a poner tenían algo en común: cuerpos socialmente aceptados, y trabajos que tenían mucho que ver con ese cuerpo, algo que no hacía más que perpetuar la cosificación de la mujer. Yo le había querido dar un aire reivindicativo, pero al final, por tal de ahorrarme una discusión con Bárbara, había acabado cediendo en el planteamiento.

El viernes al mediodía, después del parón para comer, Bárbara se acercó hasta mi sitio de trabajo con una sonrisa extrañamente complacida en los labios.

Se sentó sobre la mesa y empezó a repiquetear sus uñas pintadas de rojo brillante en su superficie. Odiaba esa pequeña manía suya de repiquetear las uñas fuera donde fuera, me ponía de los nervios.

—Te acabo de mandar el borrador del artículo con un par de anotaciones que me gustaría que añadieras. Está genial, la verdad. ¿Puedes repasarlo y mandarlo a maquetación?

—¿Directamente? —pregunté sorprendida. Normalmente lo hacía ella, comprobando que todo estuviera a su gusto.

—Sí, es que lo están esperando y yo me tengo que ir ya—explicó. Me dedicó una sonrisa condescendiente y yo la miré interrogativa—. Tengo que admitir que estoy muy contenta con esta nueva versión de ti misma. Desde que has vuelto es mucho más fácil trabajar contigo.

Entrecerré los ojos, intentando captar lo que había querido decir entre líneas.

—¿Perdona?

—Estás como más... dócil, y eso es agradable.

Aquellas palabras cayeron sobre mí como un gran cubo de agua helada.

Bárbara se despidió con un movimiento de mano y regresó a su despacho contoneándose. Mientras la miraba marchar, algo dentro de mí hizo clic, como si una pieza que había estado fuera de lugar un tiempo regresara de golpe a su sitio.

Abrí el navegador, accedí al correo electrónico y descargué el archivo que Bárbara había aprobado. Al releerlo, me entraron ganas de coger el ordenador y tirarlo por la ventana.

Inspiré hondo, llenando mis pulmones de aire y después lo dejé ir despacio. ¿Qué diantres hacía yo en esa mierda de revista? ¿En qué momento había creído que regresar a Mujer10 había sido buena idea?

Control + Alt + Suprimir.

Tras ver desaparecer las letras de la pantalla, saqué mi cuaderno de notas con todas las ideas que había ido acumulando al largo de los años y que nunca había podido usar, las reordené y empecé a teclear.

Una hora más tarde tenía el nuevo artículo terminado. Lo titulé: «La revolución tiene nombre de mujer». En él hablaba de mujeres que habían revolucionado el mundo con sus ideas, sus inventos, su pensamiento o sus acciones, mujeres que habían roto una lanza a favor de la emancipación femenina. Y, como reflexión final, hablé de la revista y argumenté los motivos por los que no estaba nada de acuerdo con su línea editorial.

Lo repasé, corregí las faltas y lo adjunté en un correo electrónico que, posteriormente, mandé a maquetación.

Cuando la pantalla me devolvió el aviso indicando que el mensaje había sido enviado, sentí un cosquilleo de anticipación en la base del estómago.

Bienvenida de nuevo, Virginia.

Mi pequeña de las dudas infinitas

(Óscar)

—¡Au! —exclamé, cuando la aguja me pinchó el tobillo.

—Lo siento, cielo, se me ha escapado —dijo mamá, levantándose del suelo para alejarse unos metros e inspeccionar el dobladillo del pantalón—. A ver, date la vuelta. —Le hice caso y tras comprobar que todo estaba en orden relajó los músculos del rostro y sonrió—. Te sientan muy bien, hijo.

Había ido a casa de mi madre a ajustarme el pantalón del traje que me había comprado para la boda de Alba e Ivette, que se celebraba dentro de poco. Estaba de pie en medio del salón y Sara me observaba divertida desde el sofá.

—Te hacen buen culo. Cuando Virginia te vea se le van a caer las bragas de la impresión. —Me guiñó un ojo

Aquella frase escandalizó a mamá y yo no pude evitar sonreír, a la vez que negaba divertido con la cabeza. Desde que mi hermana quedaba con Carla, soltaba cada burrada que daba miedo. Menuda influencia... Aunque la idea de que se le cayeran las bragas era de lo más sugerente, eso o arrancárselas yo mismo, a lo bruto, mientras la estampaba contra alguna pared en algún rincón oscuro. Mi polla me saludó en un espasmo y decidí relajarme, porque ese no era el sitio ni el lugar para dar rienda suelta a mis fantasías.

—¿Quién es Virginia? —preguntó mamá, arrugando el ceño con curiosidad. Llevaba la cinta métrica en el cuello y las gafas de montura roja en la cabeza, haciendo que algún que otro mechón sobresaliera de forma graciosa. Sus ojos castaños se achicaron para estudiar mi reacción, acentuando la cicatriz que lucía sobre la ceja derecha, marca de aquella paliza que estuvo a punto de acabar con su vida.

—Una amiga.

—Tu futura nuera —corrigió Sara.

Intenté disimular la sonrisa idiota que me cruzó la cara con aquellas palabras, pero no lo conseguí.

Hacía una semana que Virginia y yo habíamos vuelto a hablar, pero aún seguíamos manteniéndonos en una ambigüedad cómoda, sin atrevernos a dar el siguiente paso. Yo me moría de ganas de derribar la última barrera, pero era algo que debía hacer ella.

—Anda, Romeo, quítate el pantalón que te lo arreglo en un momento —dijo mamá, con una mirada perspicaz.

Volví a ponerme los vaqueros que había dejado sobre la silla, le di el pantalón tal y como me había ordenado, y cogí el móvil. Justo en ese momento, vibró. Desbloquéé la pantalla. Era un wasap suyo, de Pecas. Abrí la aplicación y al leer su mensaje el corazón me dio un vuelco:

«Te espero esta noche a las once en La República».

Aquel mensaje me aceleró el pulso. Que quisiera citarme en aquel bar significaba que mi pequeña había tomado una decisión y que quería cerrar el ciclo que dejamos abierto doce años atrás. Por unos instantes, volví a sentir lo mismo que sentí aquel entonces cuando, sentado sobre mi cama, con la mochila preparada para el viaje que iniciaría el día siguiente, me debatía entre ir o no ir. Por un lado, me moría de ganas de verla una última vez antes de marcharme. Por el otro, estaba muerto de miedo. Temía volver a enfrentarme a la luz de su mirada, porque cuando lo hacía, cuando sus ojos se enredaban en los míos, una parte de mi fuero interno me gritaba que no me fuera, que me quedara.

Con la boca seca, intenté alejar de mí esos recuerdos.

Me humedecí el labio, miré de nuevo su mensaje y, deslizando mis dedos sobre la pantalla, escribí:

«Allí estaré».

Avisé a mi madre de que me quedaría a cenar, dejé a mi hermana mirando un programa sobre cocina sentada en el sofá, me fui a mi dormitorio y me tumbé en la cama, en aquella misma cama donde años atrás ya soñaba con ella.

Saqué los auriculares del bolsillo del pantalón, encendí la aplicación de Spotify y puse en bucle una canción que hacía días que no podía sacar de mi cabeza, y que pertenecía a uno de esos grupos que ella le encantaban: *[De las dudas infinitas](#)* de Supersubmarina. Mientras la escuchaba, fijé mi mirada en

el techo, imaginando su rostro entre las grietas de la pintura. Y es que, al igual que la canción, decidiera lo que decidiera, yo pensaba esperarla «mientras viva».

Somos sinergia

Llegué a La República cinco minutos pasadas las once, jadeando, con las mejillas encendidas por las prisas y el corazón acelerado por los nervios. Me quedé plantada delante de la puerta sin atreverme a entrar. Tenía el estómago hecho un nudo y un vaivén de emociones encontradas arremolinándose en mi interior.

Fuera hacía horas que había anochecido. Era una de esas noches opacas, sin luna ni estrellas. Hacía frío y el viento se colaba por debajo de la falda. Me dio la risa al pensar que llevaba puesta la misma ropa que había elegido doce años atrás, en una ocasión parecida a esa, pero alejada en el tiempo: la falda vaquera y la camiseta de manga corta con el estampado de «I love Mr. Darcy».

Al salir del trabajo me había dirigido a casa de mis padres para rescatar del desván las cajas con la ropa vieja que ya no me cabía y que era incapaz de tirar. Esas prendas estaban entre las cajas y descubrí con agrado que volvía a entrar en la talla 38, un poco apretada, eso sí.

Después de mandar el artículo a maquetación, me había venido arriba. Estaba tan eufórica al terminar y tan contenta por haber sido capaz de hacer algo así, que mandé un mensaje a Óscar nada más salir por la puerta de la

redacción sin ni siquiera reflexionar sobre ello. No sé por qué había decidido citarlo en La República. Supongo que, en aquel momento, y bajo los efectos de la adrenalina, me había parecido muy bonito, por todo lo que aquel lugar significaba y por todos aquellos anhelos que años atrás habían quedado frustrados entre sus paredes. Con los nervios a flor de piel y la sensación de déjà vu agolpándose en mi mente, ya no me lo parecía tanto.

Cogí aire por la nariz, lo dejé ir lentamente por la boca y, haciendo acopio de voluntad, abrí la puerta y entré.

La temperatura dentro del local era muy agradable. Unas lámparas de techo retro de baja intensidad lo iluminaban todo de forma acogedora e íntima. El bullicio de la gente se confundía con el de la música, aun así, una sonrisa se dibujó en mis labios al reconocer la canción. Era la versión acústica de *Átomos dispersos* de Miss Caffèina. Su letra decía así: «Reconozco que el invierno no ha podido ser mejor», y yo pensé que esa frase bien podía resumir ese último invierno, invierno que, con Óscar bajo el edredón, había sido como el más cálido verano.

Di unos pasos hacia el interior, buscando a Óscar entre la gente. El bar estaba tan abarrotado que por un instante creí que encontrarlo sería misión imposible. Intenté abrirme paso entre un grupo de personas cuando una mano tiró de mí y choqué con un torso. Supe que era él sin necesidad de alzar el rostro. Mi perfume favorito, Eau de Óscar, era inconfundible.

Me separé un poco para observarle y sentí como el corazón se me contraía en un puño cerrado.

Delante de mí, Óscar, había sacado del armario su vieja chupa de cuero y llevaba unos vaqueros rotos como los de antaño, una camiseta negra de los Ramones y unas Dr Martens que parecían haber vivido tiempos mejores. Llevaba el pelo revuelto y me miraba sonriente pero ligeramente avergonzado, como si ir vestido de aquella forma, después de tanto tiempo, le hiciera sentir vulnerable.

Curvé mis labios con suavidad, me desabroché la chaqueta y dejé al descubierto la camiseta que llevaba debajo. Al verla, los ojos de Óscar se abrieron de par en par y soltó una gran carcajada que estalló en el aire y me calentó por dentro.

Cuando se recompuso, se pinzó la nariz, divertido.

—Odiaba esa camiseta —dijo, pasándose una mano por el pelo mientras sus ojos se clavaban descaradamente en mi pecho.

—Lo sé, aún sigo sin entender por qué.

—Porque no me molaba nada que llevaras el nombre de un personaje masculino tan sobrevalorado... —dijo burlón. Iba a defender el honor de mi querido Darcy cuando añadió—: Además, esa camiseta realza tus tetas, Pecas, y para un adolescente como yo, con las hormonas revolucionadas, verte con ella era un puñetero infierno.

Intenté poner los ojos en blanco como respuesta a su comentario, pero en su lugar, una sonrisa involuntaria prendió de mis labios haciéndole saber lo mucho que me había gustado.

Óscar me guio por el local y nos sentamos en una mesa donde descansaba un botellín de cerveza medio vacío.

—Siento el retraso —me disculpé.

—Más lo siento yo, que he tardado doce años en llegar.

Aquellas palabras azotaron mi interior con una fuerza devastadora, porque era cierto, después de todo, había tardado, pero finalmente allí estaba, delante de mí, como siempre había querido que estuviera. Por unos segundos, volví a ser aquella Virginia adolescente incapaz de aceptar que estaba enamorada y Óscar volvió a ser aquel muchacho roto que buscaba recomponerse. Después de tanto tiempo, después de tantas idas y venidas, esa Virginia y ese Óscar habían hallado la forma de volver a encontrarse en ese mismo punto, en un fin que también es un principio, allí donde doce años atrás una parte de mi vida quedó en suspensión.

—Este sitio está igual, ¿verdad? —me preguntó, paseando sus ojos por el local. Afirmé con la cabeza, observando el ladrillo de las paredes, los cuadros con fotos de famosos y el mobiliario de estilo rústico y madera oscura. Nada había cambiado—. Es como si hubiera estado esperándonos.

Sonreí y afirmé con la cabeza, diciéndome que quizás, aquel lugar, como

en un hechizo típico de los cuentos de hadas, había quedado congelado en el tiempo, esperando que algún día volviéramos a él para cerrar el círculo que formaba nuestra historia.

Pasó el camarero, me tomó nota y regresó poco después con una cerveza bien fría. Le di un par de tragos distraídos antes de clavar mis ojos en los de Óscar, que me observaban expectantes.

Me mordisqueé el labio inferior, con el nudo del estómago apretándose un poco más, y bajé la mirada hasta mi cerveza. Me reí flojito, porque encontrar las palabras adecuadas para expresarme no era nada fácil. Siempre he sido una persona más pragmática que emocional, sobre todo en lo que se refiere al amor.

—Eh, pequeña. No estás obligada a hacer ni decir nada —dijo Óscar, cogiendo una de mis manos entre las suyas. Le miré sintiendo una gran dulzura. Aquel «pequeña» me pellizcó el corazón—. No tenemos prisa, al fin y al cabo, yo he tardado mucho tiempo en conseguir llegar hasta aquí.

Se rio y al mirar cómo se reía, con esas arruguitas tan bonitas que se formaban a lado y lado de sus ojos, me enamoré, si cabe, un poco más de él.

—Óscar, para mí esto no es fácil, pero quiero hacerlo. Necesito hacerlo —dije, entrelazando mis dedos con los suyos—. Y quiero empezar pidiéndote perdón por este último mes de mierda. Sé que no he sido la persona más razonable del mundo, y lo siento.

—No tienes que disculparte. La culpa no es tuya, o no solo tuya. Si aquella tarde yo no hubiera salido corriendo, ahora no nos encontraríamos en esta situación.

Yo no estaba muy segura de que eso fuera realmente así, porque tenía la sensación de que Carla, en aquella llamada que acabé colgando enfadada, había tenido algo de razón. Había sido muy inmadura al actuar como lo hice, y no solo eso, había sido egoísta tomando una decisión que no me pertenecía a mí, que nos pertenecía a ambos.

—Los dos, a nuestra manera, entramos en caos. —Me encogí de hombros.

Él afirmó con la cabeza y acarició mis nudillos con su pulgar.

Era cierto, mi mundo y el suyo habían entrado en caos, y en ese sinsentido, en esa colisión de desastres, habíamos conseguido reencontrarnos a nosotros mismos, y no solo eso, habíamos conseguido encontrar también la manera de ser valientes. Yo luchando contra mis dudas, él mostrándome sus monstruos. Y es que, para estar juntos sin muros que se interpusieran entre nosotros, antes teníamos que enfrentarnos a todo eso.

Solté un suspiro nervioso antes de volver a hablar.

—Sentir lo que siento cuando estoy contigo da miedo, Óscar. Me aterra. Porque lo llena todo y, cuando te vas, lo deja vacío. —Di un trago a la cerveza, cogiendo carrerilla para lo que estaba a punto de decir—. Durante los últimos años me he limitado a ver la vida pasar. He estado perdida durante

mucho tiempo, tanto que llegué a convertirme en una persona desconocida para mí misma. Mi ruptura con Iván fue como... no sé, el detonante que hizo saltar mi vida por los aires, aquella vida insípida, pero sin sobresaltos con la que existía sin necesidad de esforzarme. Y entonces, cuando aún estaba recogiendo los pedazos de la persona que un día había sido, cuando aún estaba enfrentándome a ese rompecabezas de la persona que quería ser, llegaste tú, poniéndome el mundo del revés, como siempre has hecho. Llegaste demasiado rápido y me acojoné, me acojoné como una completa imbécil, porque hasta reencontrarte aquella noche de octubre en la oscuridad de mi terraza, vivía la vida a medio gas, en blanco y negro, y tú, de un día para el otro, la llenaste de intensidad y color.

Paré unos segundos para observar su reacción. Tenía la mirada brillante y los labios entreabiertos. Supuse que mi sinceridad le había dejado atónito porque, hasta ese instante, nunca le había hablado de una forma tan clara sobre mis sentimientos. A él ni a nadie, para ser exactos. Escribir sobre emociones podía ser fácil, decirlas en voz alta, se me hacía un mundo.

Tomé aire y seguí, dejando que sus dedos siguieran acariciando la piel de mis manos.

—Óscar, tenía miedo de volver a confundir amor con necesidad, como ya había hecho antes. Temía perderme de nuevo en el proceso de intentar encontrarme. Pero estaba equivocada, porque contigo, no se trata nunca de

eso. No lo fue hace doce años y no lo es ahora. Tú siempre has sido como ese viento que mueve molinos, que crea energía. Eres parte de mi impulso. No eres necesidad, eres más. Contigo el amor no solo suma, multiplica. Y sé que podría vivir sin ti, no te necesito para vivir, ni para ser feliz, pero sí para convertirme en la mejor versión de mi misma. —Me humedecí los labios, observando sus iris verdes que centellearon con fuerza—. Y no me importa el equipaje que lleves contigo, porque cargándolo entre los dos, pesará menos. Porque te quiero, con tus sombras y con tus luces.

Solté un nuevo suspiro, sintiéndome de repente más ligera. Hacía tantos días que esas palabras habían vivido guardadas en mi garganta, que dejarlas escapar, había sido un alivio. Los labios de Óscar se habían ido tensando poco a poco, hasta configurar una sonrisa dulce, acompañada por una mirada llena de adoración.

—Pequeña, no es que yo sea más, es que juntos somos más. Somos sinergia. Nuestra fuerza juntos es infinita. —Alzó una de sus manos para apartar un mechón de mi cabello detrás de la oreja. La música, el ruido, la semioscuridad. Todo hacía que aquel momento, que aquel instante, fuera perfecto. Y como si quisiera que así fuera, como si quisiera convertir aquel momento en eternidad, dejó que sus palabras se deslizaran bajo mi piel y me acariciaran el alma—. Pecas, yo no es que te quiera, lo que siento por ti no puede explicarse en dos palabras tan manidas. Tendrían que inventar una

expresión nueva capaz de dar significado a todo lo que siento cuando estamos juntos. Eres mi rutina preferida, aquella que empieza y acaba contigo en mi cama. Eres la rutina que quiero seguir viviendo el resto de mi vida, hasta que te canses de mí.

—¿Y si no me canso? —pregunté, incapaz de apartar mi mirada de sus labios.

—Entonces tendrás que aguantarme durante mucho, mucho tiempo.

—Y ese tiempo me sabrá a poco.

—Mi mundo, sin ti, me sabe a poco.

Me humedecí el labio, escondiendo una sonrisa. Acercó su rostro al mío, con lentitud, pero al contrario de lo que yo había esperado que hiciera, no me besó. Acercó su boca a mi oído y susurró, haciéndome soltar un gemido involuntario:

—Acompáñame al baño, hay una cosa que quiero enseñarte.

Alcé ambas cejas, interrogándole con la mirada ante su expresión divertida y lasciva. Se puso de pie, me cogió de la mano y yo le seguí por el local, un poco confusa, aunque también excitada y curiosa. Porque Óscar era un perverso y me encantaba que lo fuera. Me hizo entrar en el baño de hombres, que por suerte estaba bastante limpio, y nos encerramos en uno de los cubículos. Era muy pequeño y tenía las paredes forradas con páginas de cómics.

—¿Preparada? —susurró.

Le respondí con un encogimiento de hombros, sin entender la pregunta y él me guiñó un ojo. Con expresión traviesa, cogió el extremo inferior de su camiseta, tiró hacia arriba y dejó al descubierto su pecho desnudo. Solté una risita nerviosa ante aquel striptease improvisado que no sabía muy bien hasta donde nos llevaría. Si había decidido desnudarse, no iba a ser yo quién le detuviera. Recorrí su torso perfecto con la mirada, recreándome en sus abdominales trabajados y el vello decreciente que se perdía en la cinturilla del pantalón. Volví a subirla, disfrutando de aquella visión tan maravillosa cuando algo llamó mi atención. Algo pequeño, debajo de su clavícula izquierda.

Solté un gritito y me acerqué a él para observarlo mejor. Se trataba de un ancla junto a la palabra «Pecas».

—Dime que eso no es un tatuaje —le pedí, acariciando la tinta oscura.

—No es un tatuaje.

Se rio y yo entrecerré los ojos.

—Sí que lo es —exclamé, golpeándole con el dedo, incrédula y flipada —. ¿Te has tatuado Pecas en tu torso?

—¿Lo he hecho?

—Deja de vacilarme.

—Es que estás muy graciosa. Seguro que cuando te he dicho que quería

enseñarte una cosa has pensado que me refería a otra bien distinta...

Se rio y mis mejillas se encendieron. Había acertado.

El tatuaje era muy bonito, pequeño, minimalista y sin estridencias.

—Me dijiste que no te gustaban los tatuajes, que no querías marcarte para siempre —dije, recordando nuestra conversación meses atrás.

—Pequeña, tú ya me has marcado para siempre, ¿es que sigues sin entenderlo? Vives en mí, en cada partícula de mi ser. Esto no es más que una forma de poner en evidencia algo que ya has hecho de mil formas distintas.

—¿Y el ancla?

—Porque eres mi ancla. Mi equilibrio. Mi centro.

Aquella revelación me abrumó y sentí un cálido burbujeo extenderse por mi pecho. Me acerqué más a él y besé suavemente la zona tatuada. Mientras hacía esto, Óscar fue encajándose contra la pared, cosa que no le costó mucho teniendo en cuenta el reducido espacio en el que nos encontrábamos. Me mordí el labio escondiendo una sonrisa cuando noté su erección en mi muslo. Sus ojos estaban teñidos de excitación, como supuse que lo estarían los míos. Un cosquilleo en el estómago, otro entre los muslos y uno más grande en el corazón. Solté un intenso suspiro y me humedecí los labios antes de preguntar:

—¿Es que no piensas besarme?

—Joder, sí. Claro que sí. Y acostúmbrate, porque pienso seguir haciéndolo cada día de mi vida hasta que la existencia se nos agote.

Cerré los ojos, alcé la barbilla y esperé que nuestras bocas se encontraran. Su tacto caliente se acomodó en mi labio superior primero, en el inferior después y, finalmente, acariciándome con la punta de la lengua, se abrió paso hacia mi interior. Aquel beso, que empezó dulce, que empezó en calma, fue subiendo de intensidad, convirtiéndose en ciclón.

—Y besarte no es lo único que pienso hacer —dijo con voz ronca, volviendo a inundar mi boca con la suya.

—¿Ah, no? —gemí, entrecortadamente, contra sus labios.

—No. Pienso hacer que te corras, mucho y muchas veces, y voy a empezar ahora mismo. Quiero lamerte hasta que explotes en mi boca.

Adiós bragas. Sólo Óscar tenía la capacidad de ser tan obsceno y tan tierno a la vez.

—¿Aquí? —pregunté, abriendo mucho los ojos.

—Aquí, sí. Como lo hubiera hecho hace doce años de haber venido.

—Estás muy seguro de que te hubiera dejado.

—Ay, Pecas. Claro que lo hubieras hecho... —Y después de lanzarme una mirada lobuna que me hizo soltar un gemido de anticipación, subió su mano entre mis muslos hasta toparse con mi entrepierna. Deslizó una mano dentro de mis bragas y sonrió, al encontrarse con mi humedad más que evidente—. Y por lo que puedo comprobar, incluso hubiera conseguido que me suplicaras que lo hiciera.

Me imaginé a ese Óscar joven y macarra, diciéndome aquellas guarradas dentro de aquel baño diminuto y fui incapaz de negar la evidencia.

—Ahora tienes que ser buena e intentar no gritar mucho.

Introdujo un dedo en mi interior y me acarició el clítoris con movimientos suaves y lentos. Cuando le pedí más entre jadeos, se arrodilló delante de mí, me bajó las braguitas, se las guardó en el bolsillo y se acomodó entre mis muslos.

Su lengua se coló en mi sexo, llegando hasta mi punto más sensible. Solté un jadeo e intenté reprimirlo mordiéndome el labio. Lamió, succionó, mordió y volvió a lamer. Excitada, enredé mis dedos en su cabello, deshaciéndome en más jadeos silenciosos. Cuando toda mi energía empezó a arrastrarme hasta el vacío, moví las caderas hacia delante intensificando el contacto. Segundos después, acabé estallando en un montón de sensaciones y le tiré del pelo con fuerza, dejando que el nombre de Óscar se escurriera entre mis labios.

Una hora más tarde, tras haber echado un polvo rápido y desesperado en aquel baño diminuto, escondiendo jadeos entre besos y caricias, llegamos a su casa. Compartimos una ducha y, con las toallas aún puestas, caímos enredados sobre la cama. Canela, que dormía sobre el colchón, abrió los ojos, levantó la cabeza, nos miró y saltó al suelo caminando perezosamente hacia la puerta, como si quisiera regalarnos algo de intimidad.

Despojados de las sombras de aquella Virginia y aquel Óscar de antaño,

fuimos nosotros mismos, dos adultos con ganas de amarse sin tregua.

Apartamos las toallas, nos besamos, tocamos, lamimos y acariciamos. Me puse sobre él y empecé a cabalgarle, sin prisas. Disfrutando de su mirada brillante, solo podía pensar en que le quería. Le quería, mucho, más que a nadie, más que nunca. Seguía estando asustada, claro, pero ¿cómo no estarlo? Al fin y al cabo, el amor, el amor de verdad, siempre da miedo.

Óscar me cogió de las caderas y cambiamos de posición, colocándose él encima. Acarició mi pelo y volvió a entrar en mi interior con una embestida profunda que me hizo soltar un gemido.

En aquel momento, mientras mi cuerpo vibraba de placer, supe que el miedo era un precio muy bajo que pagar si la recompensa era sentirse completa, más entera que nunca, porque Óscar había llenado huecos, había cubierto vacíos.

Dejándonos arrastrar por el placer de nuevo, sucumbimos finalmente a un orgasmo arrollador, intenso y vibrante.

Exhaustos, nos metimos en la cama. Óscar me abrazó atrayéndome a él, y yo me dediqué a reseguir con mis dedos, maravillada, el pequeño tatuaje que adornaba su torso.

—Parece mi letra —dije, resiguiendo las letras una a una.

—Lo es. —Atrapó mi labio inferior con sus dientes, dando un suave mordisquito que me hizo ronronear—. La saqué de la dedicatoria que

escribiste en la copia de la obra de teatro que guardo del instituto y se la di al tatuador.

—¿Tienes un tatuaje con mi letra?

Y es que no me imaginaba nada más bonito que estar grabada en su cuerpo con mi propia letra, como si hubiera firmado sobre su piel.

—Eso parece.

—¿Y cuándo te lo has hecho?

—Hace unos días. Pensaba que, en el caso de que tardaras mucho en decidirme, esto conseguiría ablandarte.

—Soy una tía difícil, ¿crees que un tatuaje de nada hubiera sido suficiente para conseguirlo? —bromeé.

—Bueno, tenía un plan B preparado por si no funcionaba, un plan B muy pero que muy sucio ... —Alzó las cejas en un movimiento pícaro y me cogió del trasero para acercarme a él y encajar, de nuevo, mi cuerpo con el suyo. Me reí contra su pecho.

—Me conoces bien. —Me mordí el labio y volví a tocar su tatuaje, maravillada—. Un tatuaje... Nunca pensé que harías algo así. ¿Y si un día nos peleamos y te arrepientes de esto? La vida da muchas vueltas.

—Supongo que tendría que buscarme a otra pecosa.

Le mordí el cuello y él se quejó, riéndose contra mi pelo.

—Es broma, es broma. No voy a arrepentirme, pequeña. Porque pase lo

que pase, siempre encontraremos la forma de volver a estar juntos.

Sonreí, cubrí sus labios con los míos y me di la vuelta, acurrucándome en su pecho. Él me abrazó por la cintura y apoyó su cabeza en mi hombro. Solté un pequeño ronroneo feliz, porque era imposible que pudiera sentirme más en casa que en ese mismo instante.

—Cuéntame un cuento —le pedí, en un susurro.

—¿Sobre qué?

—No sé, sobre lo que quieras. Sobre ti, sobre mí, sobre nosotros.

Y tras besarme sobre el cabello, Óscar, lo hizo. Me contó nuestra historia, una versión de la historia que yo aún no conocía.

Pecas, la marciana

(Óscar)

Me fijé en ti la primera vez que te vi. Eras tan pequeña y tenías los ojos tan grandes y brillantes que era imposible no verte entre la multitud. Yo acababa de empezar segundo curso y tú eras una de las nuevas alumnas de primero. Estabas sentada en uno de los bancos de la entrada, leyendo un libro enorme, con un vestido azul celeste que resaltaba sobre tu piel blanquecina. Recuerdo que me pareciste un poco marciana y que, mirándote de reojo al pasar, me pregunté de que planeta te habrías escapado, porque tenía la sensación de que ese planeta era muy parecido al mío.

Lo que despertaste en mí durante aquella época fue una mezcla de curiosidad y admiración. Me gustaba observarte de lejos. Tenías una forma de andar y moverte muy adulta, y a mí me hacías gracia porque pese a ser delgaducha y poca cosa, transmitías una gran sensación de fortaleza. Como no sabía tu nombre, en mi cabeza te llamaba Pecas en honor a las constelaciones que adornaban tus mejillas.

Durante aquellos años tú y yo no intercambiamos ni una sola palabra. A veces te pillaba mirándome, de lejos, y lo hacías ceñuda y condescendiente, como si yo fuera un caso perdido que no mereciera tu atención. Se notaba que no te gustaba, supongo que los rumores que circulaban sobre mí, aquellos que

yo mismo había hecho correr, tenían mucho que ver con tu aversión. Eso y mis líos de faldas que, en aquella época, eran muchos.

Vivía la vida encerrado dentro de un dique de contención emocional. No quería sentir, me limitaba a ver la vida pasar y mi única vía de escape lo encontraba entre las páginas de un libro o entre las piernas de una chica.

Acabé los estudios obligatorios sin pena ni gloria y empecé bachillerato. Compaginaba estudios y trabajo como podía, hasta que poco después de empezar segundo curso todo estalló: el incendio arrasó nuestra casa, el monstruo murió y mi dique de contención empezó a resquebrajarse.

Despojado de la protección de aquel muro, tuve que aprender a enfrentarme por primera vez a muchos sentimientos que hasta entonces había mantenido soterrados. Todo el miedo, toda la rabia, toda la impotencia y el dolor, todo aquello que durante tantos años había mantenido escondido bajo capas y capas de indiferencia para no venirme abajo, acabó estallándome en la cara, y lejos de sentirme liberado, incapaz de gestionar lo que sentía, me quedé jodido, jodido y desprotegido, con el alma en carne viva y el corazón completamente expuesto.

Fue entonces cuando tomé una decisión: acabaría el bachillerato y me marcharía lejos, muy lejos, allí donde los recuerdos no dolieran tanto.

Me reincorporé a las clases al año siguiente, una mañana lluviosa de septiembre. Siempre recordaré aquel momento, el instante exacto en el que,

parado con la moto en el semáforo de la calle del instituto, mis ojos se posaron en la muchacha preciosa que esperaba debajo del pórtico de la puerta de entrada, resguardándose de la lluvia. Pelo largo y oscuro, curvas sexys y piernas bonitas. Sentí un tirón en el estómago, como si acabara de bajar una gran pendiente en una montaña rusa. No te reconocí hasta que levantaste la mirada de la pantalla del móvil. Las dos supernovas que tenías como ojos me dejaron sin respiración. Eras tú, Pecas, mi marciana, y te habías convertido en toda una mujer. En aquel instante, pensé que debías haber surcado el universo a través de tu planeta para alcanzar el mío, para acabar orbitando juntos alrededor de la misma estrella.

Aquel curso, que yo había augurado como aburrido y tedioso, acabó convirtiéndose en una de las mejores épocas de mi vida. Las primeras semanas pasaron entre críticas literarias, batallas dialécticas y miradas desafiantes que tú y yo nos lanzábamos dentro de nuestro estira y afloja habitual. Por si fuera poco, cuanto más cerca estaba de ti, más cerca quería estar. No importaba que me insultases, que me mirases a través de tus ojos chispeantes por el enfado o tus mejillas encendidas por la rabia. Había algo en ti que me atrapaba, que despertaba en mi interior una pulsión animal, casi primitiva, algo que nunca había sentido antes y que iba más allá del simple deseo o la simple necesidad. Era algo irracional, algo que no sabía describir con palabras, algo grande, muy grande, algo enorme. Algo capaz de

desbordarme y derribar los restos del muro que yo aún me esforzaba por mantener alzado. Tú llenabas mis recovecos más oscuros con tu luz, tu entereza y tu determinación. Me había enamorado de ti como un completo idiota y, para un manco emocional como yo, sentir así, sentir sin medida ni racionalidad, era demasiado complicado.

Durante los siguientes meses y con la excusa de preparar la obra de teatro, empezamos a pasar mucho tiempo juntos, ¿te acuerdas? Aquel acercamiento obligado nos llevó a tejer, poco a poco, una gran complicidad basada en horas y horas de conversaciones entre cafés y bollos de chocolate. Aunque empezamos hablando de esa obra que tú escribías y que a mí tanto me fascinaba, poco a poco, las charlas fueron tornándose más íntimas y personales. En algún punto, nos convertimos en amigos. Puede que en clase aún nos retáramos, pero lo hacíamos entre sonrisas divertidas que los demás observaban con perplejidad. Sé que eran muchas las habladurías que circulaban sobre nosotros en aquella época, pues era necesario estar ciego para no darse cuenta de la atracción que ejercíamos el uno sobre el otro. Y no solo eso. Estaba seguro de que tú sentías lo mismo que yo, aunque prefirieses arrancarte la piel a tiras antes que confesarlo en voz alta.

Paralelamente a las clases, seguí trabajando por las tardes, ahorrando dinero para esos viajes que me iban a servir para dejar atrás mis mierdas. Estaba seguro de que solo podría saber quién era si olvidaba lo que había

sido, y eso solo lo conseguiría marchándome del país, conociendo otras ciudades, otra gente y otras culturas. No negaré que a medida que pasaban los meses, empecé a tener dudas al respecto. Por un lado, tú me gustabas, me gustabas mucho, y la idea de derribar la barrera invisible que me impedía confesarte mis sentimientos era demasiado atractiva como para no valorarla. Por el otro, sabía que tú te merecías mucho más, te merecías a alguien que no estuviera tan roto por dentro como lo estaba yo, a alguien que no arrastrara tanto. Ahora, desde la distancia, me doy cuenta de que, tener una relación contigo en aquel momento, hubiera sido un error, porque yo no estaba preparado para querer y dejar que me quisieran, era tóxico y dañino, y lo nuestro hubiera acabado con heridas de aquellas que nunca terminan de cicatrizar y que se convierten en sombras de las que eres incapaz de desprenderte.

El tiempo, como buen cabronazo que es, pasó demasiado rápido.

El curso acabó, las clases finalizaron y empezamos a preparar las pruebas de Selectividad, a las que me presenté por no cerrarme puertas en un futuro.

El estreno de la obra de teatro se acercaba y yo programé mi marcha para la mañana del día siguiente, sin decirle nada a nadie. No tenía previsto ir a verla, odiaba los sitios cerrados, pero no quería marcharme sin perderme en tus ojos una última vez.

Tal como supuse, aquella noche, brillaste. Tu obra fue la mejor en años y

el público así lo demostró, aplaudiendo cada vez que había un cambio de escena. Antes de que terminara, fui en tu busca y te encontré entre bambalinas, sola, observando a los actores a través del hueco de la cortina. Te llamé y, al verme, tus enormes ojos emitieron más luz de lo que era habitual, como si se hubiera encendido una lámpara dentro de ti, irradiándote desde la cabeza a los pies.

—Al final has venido —susurraste.

—Ya ves, soy fácil de persuadir, sobre todo ante la insistencia de una chica preciosa y su avalancha de mensajes suplicándome que viniera

Lo de los mensajes era una exageración, claro, pero lo cierto es que me mandaste unos cuantos. Te felicité por el éxito y tú me aseguraste que el mérito era compartido. Me preguntaste cuándo tenía previsto marcharme y te mentí, diciéndote que aún no lo sabía.

—A veces me pregunto si debo hacerlo —añadí, levantando la mirada para fijarla en la tuya. Mientras te miraba, mientras mis ojos se clavaban en tu luz, deseé que me pidieras que me quedara.

Pídeme que me quede, mi marciana. Pídeme que tu planeta y el mío se queden orbitando en el mismo sol. Si me lo pides, si lo haces, estaré vendido. Porque no podré negarme. Porque no podré irme.

Dudaste. Lo vi en tus ojos, pero no lo hiciste, no me lo pediste. Me dijiste que me echarías de menos y bromeamos. Me llamaste cliché con patas y grano

en el culo. Yo te llamé esnob pretenciosa, aunque te aseguré que serías una buena escritora. No podía ser de otra manera.

Poco después, vinieron a buscarte para que salieras a saludar al escenario.

—¿No vas a venir conmigo?

—Sabes que no.

—¿Y volveremos a vernos?

Claro que sí, pequeña. Cada noche. En mis sueños. Surcaré el cosmos desde donde esté solo para verte.

En vez de decirte eso, vacilé. Tras dudar unos segundos, afirmé con la cabeza. ¿Por qué no?

—¿Nos vemos esta noche en la República? ¿A las once? —pregunté.

—Allí estaré.

Y me hiciste promesas. Con la sonrisa que desvelaste tras aquellas palabras, me lo prometiste todo.

—Y ahora ve. Es tu momento, Virginia.

Te marchaste y yo aquella noche fui incapaz de aparecer en La República. Sabía que, si iba y volvía a enfrentarme a tus ojos, no lograría marcharme. Y necesitaba hacer ese viaje.

Por mí.

Para espantar mis monstruos.

Para dejarlos perdidos en algún país lejano.

★ ★ ★

Viajé durante cuatro años, conocí gente increíble, visité lugares, llené mi maleta con muchas experiencias y lecciones de vida. En algún momento de aquel viaje, cambié. No es que consiguiera olvidar mi pasado, pero aprendí a vivir con él. Y con todos esos aprendizajes, siendo una persona mejor, regresé a Barcelona.

Mamá y Sara me recibieron con los brazos abiertos. Después de cuatro años de llamadas a distancia, poder abrazarlas de nuevo, me hizo tremendamente feliz. Yo había dejado mi vida en *stand by*, pero la vida no me había esperado. Sara se había convertido en una adolescente preciosa y mamá, pese a seguir teniendo el alma llena de cicatrices, había empezado a recuperar su esencia, su yo antes de él.

Aquel verano me inscribí en Periodismo y una mañana, mientras caminaba por las calles de la ciudad, vi una postal con una estampa preciosa de Barcelona. Era un *skyline* de la ciudad de noche, iluminada. Al verla, pensé en ti, Pecas. Durante los últimos años siempre que veía una postal que captaba a la perfección la esencia de la ciudad que visitaba, pensaba en ti y te la mandaba. Aquella vez, en cambio, compré la postal y tuve otra idea. Una idea

un poco loca teniendo en cuenta el tiempo que hacía desde nuestro último encuentro: entregártela en mano.

Durante aquellos años, tú habías seguido viva en mi memoria. Es cierto que lo habías estado en un cómodo segundo plano, pero seguías allí, como un volcán dormido esperando despertar para entrar en erupción.

Decidí ir a verte esa misma mañana. Aunque hacía años que no pasaba por aquella calle, seguía recordándola a la perfección. Alguna vez te había acompañado a casa con la moto, esa moto que vendí antes de marcharme, y nos habíamos quedado hablando hasta las tantas frente a tu portal.

La valla metálica de la puerta de entrada estaba abierta. Entré y llamé al timbre sintiendo una extraña inquietud en la boca del estómago. Segundos después, la puerta se abrió y una mujer me observó desde dentro con curiosidad.

—¿Desea alguna cosa? —preguntó, al ver que no decía nada.

Encontrarme con tus mismos ojos, aunque fuera en el rostro de otra persona, me descolocó. ¿Sería tu madre? Seguro que sí. Parpadeé, me mordí el labio y le mostré la postal.

—Busco a Virginia Noguera, traigo esto para ella.

Miró la postal y frunció el ceño.

—Virginia ya no vive aquí. Se fue a vivir con su pareja hace unas semanas.

Sus palabras fueron como una bofetada mental. Vivías con tu pareja. Tu pareja. Unos dedos invisibles me retorcieron las entrañas. Le di la postal, haciéndome pasar por un mensajero y me fui de allí.

La vida sigue, con o sin nosotros. No somos irremplazables.

Y durante muchos años, tú y yo vivimos en diferentes galaxias, hasta que un día, nuestros planetas volvieron a encontrarse, navegando sin rumbo por este vasto e infinito universo que nos rodea.

Contenido extra: ¿Capaz o incapaz?

(Sara)

Nota de la autora: La historia de Virginia tenía que ser la primera de una serie formada por tres novelas. Ha pasado mucho tiempo desde que la escribí y, ahora, desde la distancia, creo que ha llegado el momento de cerrar el círculo de ese pequeño universo que conforman sus personajes. A pesar de todo, Raúl y Sara se merecen su propio final feliz, el final que siempre imaginé. Un final feliz que es un homenaje a una de mis películas favoritas y que tiene como protagonista una caja de hojalata redonda en forma de carrusel.

I

Dos meses después

—¿Qué es lo primero que harás cuando llegues a Nueva York? —preguntó Raúl.

Estábamos sentados en el sofá de su casa. La fiesta sorpresa que mis

amigos habían decidido organizarme como despedida hacía rato que había terminado y nos habíamos quedados solos. El salón aún estaba cubierto de serpentinas, confeti y globos, y un enorme cartel en el que habían escrito «Bon Voyage, Sara», con el dibujo de un avión y la Estatua de la Libertad, seguía colgado en una pared.

La tarde anterior me había despedido de mis compañeros de trabajo. Hacerlo de mi familia y amigos fue aún más duro.

Cuando mi jefa me ofreció cubrir un puesto de interiorista en la central de Nueva York, tardé en decidirme. Sabía que era una oportunidad única, de las que solo se presentan una vez en la vida, sin embargo... Algo tiraba de mí y me pedía que me quedara. Ese mismo algo que me hacía sentir una chispa en el estómago cuando los ojos de Raúl y los míos se encontraban.

Tragué saliva y me concentré en la respuesta que debía darle.

—Comerme un perrito caliente en un puesto callejero. Y luego ir a Tiffany & Co en la Quinta Avenida como homenaje a Audrey Hepburn en *Desayuno con Diamantes*.

Raúl arqueó los labios en una de esas sonrisas tan suyas que ocupaban gran parte de su rostro. Su sonrisa era una de las cosas que más me gustaban de él, porque era auténtica, franca y contagiosa. Además, me encantaban los hoyuelos que aparecían cuando sonreía, dos preciosos paréntesis a lado y lado de su boca.

—A mí me gustaría ir a *Little Italy* por el tema de la mafia italiana.

—¡Ay, sí! Además, allí se rodaron varias escenas de *El Padrino 2* —dije, emocionada.

Siempre había querido ir a Nueva York para vivir en mi propia piel los escenarios de muchas de las películas que me encantaban. El cine era una de mis grandes pasiones. Me imaginaba recorriendo Central Park en busca de las localizaciones de *Annie Hall*, o comiendo pastrami en Katz's Delicatessen, un restaurante que se hizo famoso por el orgasmo fingido de Meg Ryan en *Cuando Harry encontró a Sally*. Pensar en ello me animaba, pese a que marcharme tan lejos de casa no era precisamente algo que me entusiasmara hacer. Dejaría tantas cosas en Barcelona, tantas...

Miré a Raúl y sentí un burbujeo ascender por mi estómago.

—Ya tienes una excusa para venir a verme.

Raúl arqueó una ceja.

—No necesito excusas para querer ir a verte, Sara.

—Era una forma de hablar. —Sonreí.

—Voy a ir tantas veces a verte que acabarás suplicándome que deje de hacerlo.

—Dudo que eso pase.

Un silencio nos sobrevoló y, de repente, sus ojos centellearon. Me pidió que esperara un momento, desapareció por el pasillo que daba a la zona de los

dormitorios y regresó segundos después con un paquete en la mano. Me lo tendió con una sonrisa nerviosa, sentándose de nuevo a mi lado.

—¿Qué es esto? —pregunté, cogiendo el paquete redondeado envuelto de forma algo chapucera.

—Un regalo.

—Eso ya lo veo, pero... Ya me habéis hecho uno —dije. Y es que entre todos me habían comprado un billete con fecha abierta para que pudiera regresar a Barcelona cuando les echara de menos.

—Pero este es mío. Solo mío.

Aquellas palabras consiguieron que mi corazón diera una voltereta dentro de mi pecho.

Me hizo un gesto apremiante para que lo abriera y yo lo hice, convirtiendo el papel en jirones en cuestión de segundos. Cuando descubrí lo que contenía, una exclamación de sorpresa y emoción escapó de mi garganta.

Se trataba de una lata de caramelos Churchills en forma de carrusel. Entendí su significado enseguida, porque aquella lata era muy parecida a la de *Jeux d'Enfants*, mi película favorita. En ella, los dos protagonistas usaban la lata para retarse el uno al otro. El juego consistía en que, quién tenía la lata, era el encargado de proponer un reto. Si el reto era aceptado y cumplido, la lata cambiaba de manos y el juego volvía a empezar.

—¿Cómo la has encontrado? —pregunté, incapaz de apartar mis ojos de

ella.

—La estuve buscando por internet y encontré una tienda online donde la vendían. No es la misma, pero se le parece mucho.

—Es... es perfecta. Gracias, Raúl ¡Me encanta! —dije, rodeado su cuello con los brazos.

En aquel momento, una mezcla de ilusión y nostalgia se agitó dentro de mí.

Siempre he pensado que las personas somos fragmentos de las cosas que nos marcan: personas, libros, películas, canciones... *Jeux D'Enfants* formaba parte de esa larga lista de películas que me habían marcado, que habían conseguido conectar con la parte más honda de mi ser, aquella que me hacía ser quién era, que forjaba mi personalidad y daba forma a mis deseos, mis sueños y mis anhelos más profundos.

—¿Recuerdas todos los retos que nos hicimos? —preguntó, con una sonrisa cómplice.

—Dios, sí, ¿cómo olivarlo? ¿Recuerdas cuando te reté a pedirle el número de teléfono a aquel travesti?

Nos empezamos a carcajear rememorando aquella noche loca, sobre todo cuando el travesti le dijo que solo se lo daría si le dejaba tocar la mercancía.

—Ahí fuiste muy malvada —dijo riéndose aún.

—¿Malvada? ¿Yo? Te recuerdo que fuiste tú el que me retaste a ir a un

centro comercial con mi esquijama.

—Oh, venga, eso tampoco fue para tanto.

—¡Era de Totoro y tenía rabito por detrás! —me quejé con las mejillas encendidas al recordar la vergüenza que pasé aquel día.

Raúl se descojonó y yo me contagié con su risa.

Nos pasamos la siguiente media hora recordando todos esos retos que hicimos después de ver aquella película. Cada vez que uno de los dos retaba al otro acabábamos la frase usando la coletilla que usaban sus protagonistas: «¿Capaz o incapaz?». Aquello me había llevado a hacer cosas muy bochornosas, entre otras perlas, enseñar las tetas al primer desconocido que viera por la calle, lavarme el pelo con mostaza, comerme una hamburguesa sin usar las manos o bailar de forma ridícula en medio de un sitio concurrido en hora punta.

—Fue una época genial —reconocí.

—Lo fue. Por eso creí que sería bonito tener nuestra propia caja de los retos.

Puse aquel carrusel de hojalata a la altura de mis ojos para observar cada detalle de los preciosos relieves entre dorados, rojos y amarillos. Los recuerdos se agolparon en mi cabeza y volví a sentir las emociones abrumadoras que me llenaban el corazón años atrás.

—Hay algo que nunca te he dicho de aquella época.

Bajé la caja hasta mi regazo y mis ojos y los suyos se encontraron.

—¿El qué?

—Es una tontería...

—Tienes suerte, porque me encantan las tonterías.

Dejé escapar un suspiro y fijé mi mirada en aquella caja tan llena de significado.

—Durante mucho tiempo, cada vez que tú me formulabas algún reto, yo solo deseaba que, en uno de esos desafíos, me retaras a besarte.

Clavé mis ojos en los suyos y pude ver el momento exacto en el que el desconcierto cinceló la expresión de su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes... Yo era solo una cría y tú eras tan guapo, tan mayor, tan simpático... ¡y tan guapo! Todas mis amigas estaban loquitas por ti y se morían de envidia por qué eras cariñoso y atento conmigo. —Me humedecí el labio y me fijé en sus ojos que se habían ensombrecido de golpe—. No me mires así, ya sé que lo hacías porque era la hermana pequeña de tu mejor amigo, que no había nada turbio ni raro en ello.

—Joder, Sara —Golpeó su frente contra la palma abierta, un gesto que solía hacer cuando algo le irritaba—. ¿Por qué me dices esto ahora?

—Bueno... —murmuré por aquel cambio de actitud cuya naturaleza no era capaz de entender—. Hemos estado hablando de los retos y una cosa ha

llevado a la otra. Me pareció una anécdota graciosa que explicarte.

—Graciosísima —repitió, con una sonrisa forzada.

—Vale. ¿Qué pasa? —pregunté, empezando a cabrearme.

—Nada, no pasa absolutamente nada.

—Sí, sí que pasa. Estás en plan capullo y no sé por qué.

Se levantó del sofá soltando un bufido y se pasó una mano por el cabello, con un movimiento de creciente disgusto.

—¿De verdad tenías que decírmelo?

Me quedé de piedra y tragué saliva con dificultad, dolida.

—Eh, tranquilo. De aquello hace años. Hace mucho que comprendí que tú y yo solo podíamos ser amigos. Solo eres ese amor platónico que nunca podrá ser. Yo... te quise como se quieren a los imposibles.

—Deja de decir esas cosas —farfulló entre dientes.

—¿Por qué? ¿Tan horrible te parece la idea de que haya estado enamorada de ti? —Raúl no respondió e interpreté su silencio como una afirmación. Me levanté del sofá, sintiendo como el cuerpo me temblaba a causa de la ira que corría en ese momento por mis venas—. Mira, da igual, se ha hecho tarde y mañana tengo que madrugar. Tengo preparativos que hacer antes de que salga el vuelo. Me voy a casa y no hace falta que me acompañes, cogeré un taxi.

Me dirigí hasta el recibidor en busca de mi bolso y mi abrigo.

Raúl me siguió.

—Sara, espera —dijo en un tono que parecía un ruego.

Le ignoré y empecé a enrollar torpemente la bufanda de color lavanda en mi cuello.

—Lo siento, de verdad —insistió.

Me crucé de brazos, me giré y clavé mis ojos encendidos en los suyos.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? Que eso es solo una parte pequeña de toda la historia, porque no solo te quise entonces, te sigo queriendo ahora. Sigo enamorada de ti, pese a que eres un capullo que solo piensa con la polla. Debo tener alguna tara de fábrica o algo así, porque soy incapaz de salir con otros chicos sin compararlos a todos contigo, y en esa comparación, todos siempre salen perdiendo. Ojalá pudiera borrarte de mi memoria, como en la película de *Olvídate de mí*, es la única manera que se me ocurre de dejar de quererte, pero como no existe ninguna máquina que consiga eso, vas a tener que joderte y vivir con eso. Son mis sentimientos y tú no mandas sobre ellos, así que...

Dejé de hablar cuando me di cuenta de que el enfado había dado lugar a una verborrea en la que había escupido todas las verdades que llevaban años guardadas en un lugar profundo e inaccesible de mí misma. Era algo que solía pasarme, la ira desconectaba mis filtros.

Raúl se pasó una mano por la parte trasera de la nuca sin decir nada.

Parecía debatir consigo mismo.

Yo chasqué la lengua y me di media vuelta dispuesta a marcharme de allí. Antes de que mi mano alcanzara el pomo, los dedos de Raúl se aferraron a mi muñeca y me obligó a girarme. Lo hice frunciendo el ceño. Raúl no era una persona ruda, no conmigo. Al encontrarme con sus ojos oscurecidos, parpadeé confusa.

—¿Qué ocur...?

Antes de que pudiera acabar la pregunta, la boca de Raúl se cernió sobre la mía con tanto ímpetu que nos tambaleamos, hasta que mi espalda acabó chocando con la madera de la puerta y sus labios pudieron aprisionar los míos. Su lengua entró en la humedad de mi boca con vehemencia, sin pedir permiso, moviéndose con tanta violencia, de una forma tan ardiente y excitante, que un gemido de placer escapó de mi garganta sin poder hacer nada por contenerlo.

Aquel beso me pilló desprevenida, con la guardia baja, sin embargo, era incapaz de pensar en nada que no fuera en lo suaves y cálidos que eran sus labios, en lo mucho que me gustaba el sabor de su saliva viciado por el vodka y en el calor que me producía su proximidad, esa proximidad que me permitía escuchar el sonido acelerado de su corazón y notar su miembro endurecido en mi cadera. Mordió mi labio inferior, solté un nuevo gemido contra su boca y enredó una mano en mi pelo. Fue un beso húmedo, caliente, vibrante, con

mucha lengua, mucha saliva y muchos jadeos. Un beso desenfrenado, hambriento.

Nos separamos unos segundos. Sus manos me cogieron del culo y me atrajo a él, haciendo que nuestros cuerpos encajaran. Sentí la dureza de su erección entre mis muslos, en el punto exacto. Solté un nuevo gemido y sus ojos centellearon salvajes.

—Quiero besarte desde la primera vez que te vi —susurró tan cerca de mi rostro que su aliento caliente rozó mis párpados—. Recuerdo aquella noche como si fuera ayer. Estaba en casa de tu hermano, sonó el timbre y me pidió que abriera porque él estaba preparando la cena. Cuando lo hice y apareciste tú al otro lado, con tus dos trencitas de niña buena, tus vaqueros cortos y ese top que dejaba tu ombligo a la vista... No tienes ni la menor idea de las cosas que pasaron por mi cabeza en aquel instante. Ibas chupando una piruleta, relajada y feliz, y cuando me presenté y te dije mi nombre reaccionaste abalanzándote sobre mí, envolviéndome en una jodida nube de olor a coco. Juro que en aquel momento me empalmé como un jodido adolescente y tuve que irme al baño para conseguir relajarme.

—No te creo —dije con la voz tomada.

—Pues créeme, porque fue así—. Me quitó la chaqueta y bajó la tela que cubría mi hombro, posando sus labios sobre la zona con suavidad—. Tú aún no habías cumplido la mayoría de edad y yo me sentí como un jodido viejo

verde por desearte de la forma en la que te deseaba. Y desde entonces nunca he dejado de hacerlo, nunca he dejado de desearte, Sara. —Besó mi barbilla y subió hasta mi oído, dejando un reguero de besos a su paso.

Tragué saliva.

—Estaba a punto de cumplir los dieciocho.

—Eras una niña, joder.

—Ya no soy una niña —le recordé, frotándome contra él.

—Eso también lo sé. Soy consciente de ello.

Pasé mis brazos por su cuello y atraje su boca de nuevo contra la mía. Sabía que aquello era una locura, porque al día siguiente yo me marcharía y empezaría una vida nueva lejos de ahí, pero en ese momento, nada importaba, nada más allá de su lengua acariciando la mía, su erección apretando entre mis muslos y sus manos enfilando bajo el vestido.

Sin dejar de besarnos, llegamos tambaleándonos hasta su dormitorio y caímos desmadejados sobre la cama. Me desnudó con urgencia, quitándose el vestido de un tirón. Yo hice lo mismo deshaciéndome de su camisa y sus pantalones. Una vez desnudos, nos fundimos el uno con el otro en una maraña de carne, huesos, sudor y saliva, y volvimos a hacerlo un par de veces más aquella noche, hasta que el abrazo de Morfeo nos engulló.

★ ★ ★

Por la mañana, mientras Raúl aún dormía, me levanté y me vestí sin hacer ruido.

Antes de marcharme, dejé sobre la mesa del comedor nuestra caja de los retos junto a un papelito en el que solo había escrito: «¿Capaz o incapaz?».

Sabía que él lo entendería.

II

—¿Has cogido la documentación del seguro médico?

—Que sí, mami.

—¿Y el silbato de emergencia?

Puse los ojos en blanco. Mamá me había comprado un silbato que emitía un sonido muy agudo y que se escuchaba a gran distancia porque, según ella, Nueva York era una ciudad llena de peligros.

—Sí, mamá. Lo llevo todo.

Me miró con cariño y me abrazó con fuerza.

—Cielo, voy a echarte mucho de menos —dijo contra mi pelo.

Nos encontrábamos en la zona de Salidas, en el aeropuerto. Estaba con mamá, Óscar y Virginia. Hacía rato que había facturado una enorme maleta con algunas de mis cosas, y llevaba una pequeña de mano con lo más importante.

La tensión mantenía mi estómago apretado en un puño. No había vuelto a saber nada de Raúl desde la noche anterior y llevaba un rato alargando el inevitable momento de la despedida por si acababa apareciendo. Sin embargo, el tiempo se estaba acabando, no había respondido ninguno de mis mensajes y aún tenía que caminar un trecho hasta llegar a la puerta de embarque.

Sentí un nudo fuerte atenazando mi garganta y las lágrimas picándome en los ojos. Una vocecita en mi interior me dijo que había sido una ilusa al creer que lo ocurrido entre nosotros durante la noche había significado algo.

—¿Estás bien? —me preguntó Virginia, tocándome el brazo con suavidad.

Al ver su rostro preocupado, no pude evitar que los ojos se me aguaran y las lágrimas acabaran precipitándose por mis mejillas.

—Eh, Eh —dijo Óscar, atrayéndome hacia él. Cuando sus brazos me rodearon, me puse a llorar como una niña pequeña—. No llores, enana. Ya sabes que iremos a verte antes de que te dé tiempo a echarnos de menos.

Me dio un beso en la parte alta de la cabeza y, en aquel momento, me sentí peor, porque no les podía explicar la verdad, que no estaba triste por ellos, o no solo por ellos, sino porque Raúl no había aparecido para despedirse y eso me rompía el corazón.

Poco después, me despedí de ellos con más besos y abrazos.

Me encaminé hacia la zona de seguridad sintiendo como una parte de mí se quedaba al otro lado de esa barrera.

III

El vuelo se me hizo eterno. Por suerte, antes de subir al avión, había comprado una novela en una de las tiendas del aeropuerto. Acompañada por Marian Keyes, el vuelo fue mucho más ameno.

Una vez pisamos tierra firme, sintiéndome algo cansada y mareada, me dirigí hasta la zona de las cintas transportadoras para recoger el equipaje. Mi maleta fue una de las primeras en salir. Con ella en una mano y la pequeña en la otra, seguí las indicaciones hasta la zona de Llegadas.

Me sentí rara en ese momento, siendo consciente de que estaba a punto de empezar una nueva vida, sola, en una ciudad extraña para mí.

La empresa de interiorismo se había encargado de buscarme un apartamento en Brooklyn, uno pequeño que me podía costear y que estaba cerca del edificio donde trabajaría. Además, me habían dado una semana para que me instalara en la ciudad, por lo que tendría algo de tiempo para acostumbrarme a ese cambio de vida que se avecinaba.

Al salir, me encontré con la típica estampa de los aeropuertos que a mí siempre me hacía pensar en *Love Actually*: reencuentros, personas abrazándose y otras besándose con pasión. Estaba observando a dos desconocidos fundiéndose en un emotivo abrazo cuando le vi. Parpadeé

confusa ante la improbabilidad de la imagen que me devolvían mis retinas. El estómago me dio un vuelco y unas mariposas rebeldes empezaron a revolotear. ¿Eran imaginaciones mías o aquel chico despeinado que sujetaba una caja de hojalata entre las manos era realmente Raúl? Salí de dudas cuando sus ojos castaños se clavaron en los míos y una sonrisa de las suyas, de las que ocupan prácticamente toda la cara, se dibujó en sus labios.

Empezó a caminar hacia mí, yo hacia él, y noté mi corazón latir enloquecido dentro de mi pecho a medida que la distancia entre los dos empezaba a acortarse.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, cuando le tuve lo suficientemente cerca como para poder adivinar un brillo característico en su mirada.

—Me retaste, ¿recuerdas? —Levantó la caja de hojalata, que brillaba con fuerza bajo los fluorescentes de aquel enorme aeropuerto—. No quedaban plazas libres en tu vuelo, así que he tenido que coger uno antes.

—Pero...

—Ayer me confesaste que mientras jugábamos a los retos te hubiera gustado que te retara a besarme. Hoy yo te confieso que mientras jugábamos a los retos yo deseaba retarte a quererme.

—Raúl...

—No, déjame acabar. Me ha costado mucho tomar la decisión de venir, porque no quiero ser una traba para tu carrera profesional. Yo... Llevo años

loco por ti, Sara, pero tú eras muy joven y no quería atarte a nada demasiado pronto, sin que hubieras vivido lo suficiente. Además... Óscar... cuando sepa esto va a matarme. —Se rio y yo sentí como mi corazón se retorció en un dolor intenso pero maravilloso—. No sé lo que nos deparará el mañana. Sé que tú empiezas una vida aquí y quiero que seas feliz y que la disfrutes al completo. Pero si quieres, si me dejas, me gustaría formar parte de ella. No sé cómo, porque yo tengo mi trabajo en Barcelona y tú vas a estar muy ocupada abriéndote camino en lo tuyo, pero quizás podemos encontrar la manera de que esto funcione.

—¿Y si no funciona?

—No será porque no lo hayamos intentado.

—Raúl.

—¿Qué?

—No hacía falta que me retases. Sí que soy capaz. —Frunció el ceño haciéndome saber que no me entendía—. Hace tiempo que te quiero.

Me puse de puntillas, rodeé su cuello con mis brazos y le besé.

Abrazados en medio de aquel aeropuerto lleno de gente, de bienvenidas y despedidas, recordé mi frase preferida de *Moulin Rouge*: «Lo más grande que te puede suceder, es que ames y seas correspondido». Siempre me había parecido una frase bonita, pero en aquel momento, con los brazos de Raúl rodeándome la cintura y mi corazón latiendo con fuerza contra su pecho, me di

cuenta de que no solo era bonita, era verdad.

Epílogo Virginia

Un año después

La tinta azul del bolígrafo impregna el papel. Garabateo una dedicatoria, firmo y devuelvo el libro a la chica que tengo delante. Tras leer lo que he escrito con un vistazo rápido, me da las gracias y se va, con una sonrisa de oreja a oreja.

La presentación de la novela ha ido muy bien, mejor de lo esperado. Después de unos días con el estómago contraído por los nervios, me siento aliviada y feliz, porque todo ha acabado y porque las expectativas se han cumplido. Ha venido mucha gente y el reservado que hemos alquilado para la ocasión, en una preciosa cafetería del barrio, es acogedor y confortable.

En este momento, me encuentro de pie, con una copa de cava en la mano, hablando con un par de lectoras que sienten la necesidad de compartir conmigo sus impresiones sobre el libro. De vez en cuando, alguien se acerca para pedirme una firma, una dedicatoria o una foto. Me pregunto si alguna vez me acostumbraré a estas cosas. Pese a que hace un par de meses que mi novela ha alcanzado los primeros puestos del ranking de Amazon y se mantiene ahí, aún soy incapaz de creerme su éxito.

Doy un pequeño sorbo al cava y pienso en lo mucho que ha cambiado mi

vida este último año. Quién me hubiera dicho a mí que todo se precipitaría tras la publicación de aquel artículo de carácter feminista en Mujer10. Ese mismo lunes, a las ocho en punto, después de que la revista fuera distribuida por todos los quioscos y librerías del país, recibí una llamada de Bárbara al móvil. Gritó, blasfemó, me comparó con Lucifer. Aunque no pude verla, me la imaginé con la cara roja y contraída por la rabia, repiqueteando sus uñas de manicura perfecta sobre su escritorio. Me despidió y juró que nunca jamás podría volver a encontrar trabajo en el sector, que ella se encargaría personalmente de que así fuera. Tuve que hacer un gran ejercicio de contención para no soltar una carcajada, porque eso era algo con lo que ya contaba.

Contra todos los pronósticos, el artículo se hizo viral. Corrió como la pólvora por las Redes Sociales, se convirtió en Trending Topic, y se mencionó en algunos de los impresos y digitales más importantes del país. Mi nombre empezó a sonar y mucho, y sonó tanto que David me invitó un día a su programa de radio para entrevistarme. Curiosamente, aquello me abrió muchas puertas. A las pocas semanas empezaron a llegarme ofertas de trabajo en revistas y diarios independientes para trabajar como redactora *freelance*, desde casa.

Noto un cosquilleo en la nuca y me giro. Óscar me mira de reojo mientras habla con Carla y Raúl, que han venido a apoyarme. Está guapísimo, con su

camisa de leñador a cuadros rojos y negros, que resalta sobre su piel morena. Le sonrío y él me guiña un ojo, dedicándome una sonrisa orgullosa. Mi vientre se contrae y siento la necesidad de correr a sus brazos, pero me contengo. Solo hemos podido intercambiar un par de frases desde mi presentación y en una de ellas ha insinuado algo sobre regresar pronto a casa para hacerme no sé qué sobre la encimera de la barra americana. Sí, después de un año, Óscar sigue buscando cualquier excusa para susurrarme obscenidades al oído, y yo sigo sonrojándome, porque pone cara de canalla y porque las cosas que me promete entre susurros suelen hacerse realidad de una forma muy placentera.

Me humedezco el labio, con anticipación, e intento centrarme en la chica que tengo delante. Parece muy emocionada y me pregunta si puede hacerme unas cuantas fotos para una reseña que está preparando para su blog. Le digo que sí y, siguiendo sus indicaciones, me siento sobre la mesa en la que he hecho la presentación, al lado de mi bonita Olivetti color aguamarina que he traído como atrezzo y que he decorado con una gerbera roja. Ella saca su cámara y el flash me ciega.

Sigo sin poder creerme que esto sea real, que me encuentre aquí, que después de todo haya podido cumplir al fin mi sueño. Puede que no sea una escritora famosa bajo el abrigo de una gran editorial, pero estoy contenta.

Miro la Olivetti y acaricio sus teclas, recordando el día en el que Óscar me la regaló, por mi cumpleaños. No me lo había esperado y, al verla, solté un

gritito emocionada, porque era idéntica a la que tenía como fondo de pantalla en mi portátil. No recordaba haberle dicho que siempre había querido una, pero a Óscar no hacía falta que le dijera esas cosas para que las supiera. Pocos días después, a principios de marzo, nos fuimos a la Laponia finlandesa y yo insistí en llevármela, pese a saber que tendría que facturarla.

En Finlandia, alquilamos una pequeña cabaña de madera en medio de la nada, y juntos, pasamos unas semanas preciosas bajo la Aurora boreal. Una noche, sentada en el porche con una manta y un té calentito en las manos, una musa vino a visitarme y no me soltó hasta veintitrés días más tarde, terminando así el primer borrador de la novela que había dejado a medias, después de varias semanas de bloqueo.

Óscar no la leyó hasta que la tuve terminada, y lo hizo durante una noche entera, conmigo dormida entre sus brazos. Me despertaron sus besos varias horas más tarde y, cuando abrí los ojos, me sorprendió la forma en la que los suyos brillaban:

—Lo has conseguido, pequeña. Has hecho algo grande, muy grande.

Cuatro meses después, había corregido la novela y, tras pensármelo mucho, decidí autopublicarla en Amazon. A Óscar la idea le encantó y me ayudó a promocionarla. Escribió una crítica increíble en su blog «El destripador de libros», y pronto empezó a circular por muchas otras webs de reseñas literarias. El libro tuvo muy buena acogida desde el principio y Óscar

me convenció para distribuirlo en formato físico entre algunas pequeñas librerías independientes de la ciudad. La idea de hacer la presentación también fue suya. Su fe en mí es desmedida, casi tanto como nuestro amor.

Cuando la chica me hace una seña para indicarme que ya ha acabado de hacer las fotos, me levanto de la mesa y miro la hora. Se ha hecho tarde y debemos finalizar el acto. Cojo el micro para hacer el anuncio y, pocos minutos después, la sala empieza a vaciarse.

Al final, quedamos Carla, Raúl, Óscar y yo.

—Cielo, no sabes lo orgullosa que estoy de ti —me dice Carla, abrazándome—. En todos los sentidos —añade en un susurro.

Desde que encontré la manera de ser valiente, Carla no deja de decirme estas cosas. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida por todo lo que ha hecho siempre por mí. Carla, mi Carla alocada e impulsiva siempre será mi brújula emocional.

—Sara te manda saludos —dice Raúl con una sonrisa tonta en los labios.

Ya hace casi un año que Sara se fue a vivir a Nueva York y todos la echamos de menos, aunque Raúl más que nadie.

Cuando Óscar y yo nos enteramos de que Raúl y Sara estaban juntos, no nos sorprendimos demasiado. Yo hacía tiempo que intuía que había algo entre ellos, y Óscar me confesó que se vio venir lo suyo casi desde el principio, aunque su papel de hermano mayor le llevara a amenazar a Raúl con una

muerte segura y dolorosa si hacía daño a Sara.

—¿Cuándo tienes pensado ir a verla? —pregunto.

—Pues hasta el mes que viene no puedo escaparme —dice arrugando la nariz en una mueca. Sé que se están esforzando mucho para que lo suyo funcione pese a la distancia, aunque no es fácil.

Óscar me abraza por detrás llamando mi atención y me doy la vuelta para rodear su cuello con mis brazos.

—Entonces, ¿lo he hecho bien? —pregunto.

—Has estado increíble, pequeña.

Compartimos una mirada llena de complicidad, de amor, de devoción. Nos hablamos sin necesidad de usar las palabras. En un lenguaje que es solo nuestro y que solo nosotros somos capaces de descifrar.

Justo en este momento la encargada de la cafetería aparece y nos pregunta si hemos acabado porque tiene que cerrar. Lo recogemos todo y salimos fuera. El frío me muerde la piel y me pongo los guantes. Nos quedamos unos minutos charlando en la calle, pero las bajas temperaturas nos entumecen el cuerpo y nos despedimos con abrazos y besos hasta la próxima ocasión.

Echamos a andar cogidos de la mano y no tardamos en llegar a nuestro edificio. Subimos en el ascensor y, cuando las puertas se cierran, Óscar se inclina para besarme. Frota su nariz contra la mía, me muerde el labio y su lengua se adentra en mi boca, pegándose a su cuerpo en un abrazo apretado.

Mientras ronroneo contra sus labios no puedo evitar pensar en lo increíble que ha sido este último año juntos. Hemos dejado atrás los miedos y las dudas. Claro que hemos discutido alguna vez, como cualquier otra pareja. Pero tenemos la norma de no irnos a dormir nunca enfadados.

En estos últimos meses también hemos afrontado el tema de sus pesadillas nocturnas. Aunque van a menos y ha aprendido a gestionarlas sin tener que huir, Carla nos ha recomendado un especialista para intentar erradicarlas. En un par de semanas tiene la primera visita, ojalá todo vaya bien y Óscar pueda deshacerse por fin de esta última cadena.

Llegamos al descansillo y Óscar abre la puerta de nuestra casa. Sí, «nuestra», porque desde hace unos meses vivimos juntos de forma oficial. Digo de forma oficial, aunque lo cierto es que llevamos viviendo juntos desde que nos reconciamos. En un principio seguimos manteniendo el alquiler del piso de Alba, porque el despacho de Óscar era demasiado pequeño para los dos, pero un día, mientras hablábamos del futuro, tuvimos una idea: hacer una oferta por la vivienda y unir ambas en una sola.

Aún me cuesta acostumbrarme a la nueva distribución que ha quedado tras la obra. Durante tres meses hemos tenido la casa patas arriba, pero ha valido la pena teniendo en cuenta el resultado. Ahora contamos con un reformado y amplio piso de 110 metros cuadrados, con tres habitaciones, un despacho enorme que compartimos, y una amplia cocina abierta al salón. La idea de

hacer tantos dormitorios no fue mía, sino de Óscar. De hecho, yo argumenté que no los necesitábamos, pero su respuesta me dejó sin posibilidad de réplica alguna:

—Quizás ahora no, pero las necesitaremos. En unos años tendremos correteando por aquí a una o dos minivirginias y tenemos que estar preparados para ese momento.

No necesitó más para convencerme. Imaginarme a Óscar con un bebé en brazos fue argumento suficiente para que le dijera que sí a cualquier cosa. Si me hubiera pedido un riñón, también se lo hubiera dado, sin duda alguna. Aquella fue la primera vez que hizo una alusión a futuros hijos, desde entonces no ha sido la última.

Dejamos los abrigos en el perchero del recibidor y Óscar se pone a preparar la cena. Yo aprovecho para poner música, servir dos copas de vino, descalzarme y sentarme encima de la encimera de la barra americana mientras le observo cocinar.

—Mi hermano y Sebas vendrán a comer el domingo —digo, acordándome de pronto del mensaje que me ha mandado esta tarde, deseándome suerte.

—Ah, genial —dice Óscar, secándose las manos en el delantal—. ¿Y cómo les va?

—Bien, se han acostumbrado rápido a la vida de campo.

Abraham y Sebas anunciaron a mis padres que estaban juntos el mismo

día en el que yo llevé a Óscar para que le conocieran. Después de haber estado separados unas semanas, solucionaron sus problemas y decidieron apostar por su relación, aunque aquello significara tener que enfrentarse a los prejuicios del padre de Sebas. Aquella no fue la única noticia del día. Abraham aprovechó la ocasión para explicar a mis padres que dejaba el doctorado y que se iban a vivir al campo, en una pequeña masía destartalada que querían restaurar para dedicarse a la agricultura ecológica. Aquello fue recibido con escepticismo al principio (lo de la masía, no lo de su sexualidad), pero cuando vieron que iba en serio y que por primera vez en meses Abraham volvía a sonreír, lo aceptaron sin problemas.

Óscar baja la intensidad del fuego, se quita el delantal, da un sorbo a su copa de vino y, con una sonrisa traviesa y ladeada, con la comisura izquierda más elevada que la derecha, se coloca entre mis piernas, subiendo y bajando sus manos por mis muslos, por debajo de la falda del vestido estampado con florecillas que me he puesto hoy.

—La cena estará en media hora. —Hunde la cabeza entre mi pelo, acercándose a mi oído—. Tendremos que buscar alguna forma de entretenernos hasta entonces. ¿Alguna sugerencia?

Afirmo con la cabeza y en un susurro repito las palabras que ha usado él un rato antes, durante la presentación de mi novela. Las reconoce al instante y se ríe, abrazándome fuerte.

—Ay, mi pequeña perversa —me muerde el cuello y me río—. Te quiero.

Sus «te quiero» siguen provocándome huracanes en el estómago. Cierro los ojos, hundo mi nariz en su pecho y aspiro fuerte, apoyando mi cabeza en su cuello, justo encima del tatuaje con mi firma y el ancla. Sus brazos me rodean y todo es perfecto.

Su olor, mi casa, mi sitio preferido del mundo.

El lugar donde siempre consigo encontrarme a mí misma.

Epílogo Óscar

Seis años después

Abro la puerta de casa y entro. Nada más dejar las llaves sobre el mueble del recibidor percibo un silencio y una calma tan poco habituales que, si no fuera porque la luz está encendida, pensaría que no hay nadie. Me quito la chaqueta, la cuelgo del perchero y me adentro unos pasos. Entonces las veo, a las tres, dormidas en la zona del rincón de lectura que instalamos en el salón hace ya unos meses. Pecas está en el centro, entre Carlota y Helena, nuestras dos hijas mellizas, con un libro abierto sobre su regazo y Canela hecho un ovillo a sus pies.

Me quedo unos segundos embobado mirándolas dormir y algo se remueve en mi interior. Nunca he creído que existiera la felicidad plena, pero si lo hiciera, si existiera, sería algo parecido a lo que siento ahora mismo al mirarlas, una mezcla de júbilo y tranquilidad de espíritu.

Esbozo una pequeña sonrisa e intento hacer una fotografía mental de este momento. Pecas está preciosa, con las facciones relajadas y un amago de sonrisa en los labios. Por lo que hace a mis hijas, siempre me parecerán las dos niñas más bonitas del mundo, aunque sigue sorprendiéndome que se

parezcan tan poco pese a ser mellizas. Helena tiene el cabello moreno, la tez clara y los ojos ambarinos. Carlota tiene el cabello color chocolate, la tez morena y los ojos verdes con motitas doradas. Respecto al carácter, Helena es una niña tranquila que puede pasarse horas entretenida con cualquier cosa. Carlota, es una niña enérgica que es incapaz de pasarse más de cinco minutos concentrada en una misma cosa. Ambas, a su manera, son una combinación perfecta de los dos, el resultado del milagro de la vida en su máxima expresión.

Apago la luz y enciendo una lámpara auxiliar menos potente que hay en una esquina. Me quito las botas, retiro el libro que ha quedado abierto entre las tres y, con cuidado de no despertarlas, me tumbo en el hueco libre, al lado de Carlota. Esta, suelta un gruñido, se gira y me agarra de la camisa con su diminuto puño, sin ni siquiera abrir los ojos. No puedo evitar esbozar una sonrisa enorme y besar su cabecita.

Este rincón de lectura es nuestro rincón favorito de la casa. Está formado por un colchón fino y cómodo, sobre el que estamos tumbados, y un montón de cojines de colores que lo hacen aún más confortable. Del techo, cae en espiral un móvil con lunas, estrellas y nubes. A un lado, colocamos una pequeña estantería cromada en blanco llena de libros infantiles que separa el rincón de lectura del resto del salón. Al otro lado, en la pared, pegamos las postales que envié a Pecos durante mis viajes, y las nuevas que hemos ido adquiriendo a lo

largo de estos últimos años. Ya es una costumbre compartida la de comprar una postal siempre que visitamos una ciudad nueva. Aunque confieso que lo que más me gusta de este lugar, es el mural de fotos de la pared de enfrente. Un mural en la que decidimos colocar las fotografías que mejor representaran los momentos más importantes de nuestra vida y de la vida de los nuestros.

En la primera foto aparecemos Pecas y yo en un mirador de Barcelona al que fuimos para celebrar que hacía más de un año desde mi última pesadilla. Gracias al especialista que me trató, comprendí que a los monstruos no hay que matarlos, hay que vencerlos comprendiendo porque están ahí. Fue un proceso duro e introspectivo, pero valió la pena. Las pesadillas cesaron y pude reconciliarme del todo con mi pasado. Tengo días oscuros, pero ¿quién no los tiene?

La segunda foto es la que Alba e Ivette nos mandaron desde el hospital el día que nació Pablo, su hijo. En ella se puede ver a una cansada pero satisfecha Alba sonreír a la cámara mientras Ivette sujeta al pequeño entre sus brazos. Pablo es un niño muy espabilado que suele corretear con nuestras hijas por Entre Aromas siempre que bajamos a tomar un té y disfrutar de una conversación distendida con ellas.

Mis ojos pasan enseguida a la siguiente foto. En ella, aparece Pecas en una firma de libros por Sant Jordi. Era la firma de su tercera novela, donde reescribió la obra de teatro del instituto. Después de tantos años, consiguió

darle más matices, hacerla más adulta. Ella quiso autopublicarla, pero ya la convencí para que mandara el manuscrito a algunas editoriales. Dos de ellas le respondieron interesadas. Tras decantarse por la que le ofrecía unas mejores condiciones, la novela fue publicada y distribuida por todo el país, y empezaron a aparecer las primeras críticas, la gran mayoría de ellas, positivas. En la foto aparece con una de sus sonrisas comedidas, con las mejillas encendidas y los ojos llenos de luz, brillo y emoción.

Con un marco morado, la cuarta foto es un recuerdo de una escapada que hice a la región de Provenza yo solo. Pecas fue la que me incitó a ello, porque quería que siguiera viajando. No quería cortarme las alas, ni que dejara de hacer cosas que me gustaban por ella. Así que, cogí una pequeña maleta, la llené de ropa y algún que otro libro y me marché. Regresé tres días después, porque entre el run-run de las cigarras, los senderos coloridos y los pequeños pueblos de calles empedradas, comprendí que viajar solo dejaba de tener sentido cuando sientes que formas parte de algo más grande que tú mismo.

Bajo esta foto hay un recorte de una revista en el que aparece Lea en un concierto que hizo en Barcelona. En el recorte, además de su foto, aparece un titular que dice: «Lea King, la roquera que está arrasando en medio mundo». Y es que Lea fue descubierta por un cazatalentos cuando alguien subió una actuación suya en YouTube. Lo de poner ese recorte en la pared fue cosa de Pecas que, aunque no la conoce lo suficiente como para considerarla una

amiga, la respeta y la admira como mujer.

La foto que sigue me encoge un poco el estómago porque es del día que supimos que íbamos a ser padres. Hacía solo dos meses que Pecas había dejado de tomarse la píldora y que habíamos decidido intentarlo cuando tuvo el primer retraso. Recuerdo lo nerviosa que estaba ella cuando me explicó que tenía una falta, y como salí yo corriendo hacia la farmacia más cercana a por un test de embarazo. Los minutos que pasamos esperando a que apareciera algo en la ventanita del palito fueron los minutos más largos e inciertos de toda nuestra vida conjunta. En la foto, yo sujeto el test de embarazo positivo y ambos lucimos en nuestros rostros unas sonrisas nerviosas, expectantes, pero felices.

Al lado de esta foto está enmarcada una de las ecografías en la que ya se empezaba a vislumbrar las dos personitas que estaban creciendo en el interior de Pecas. Instintivamente, recuerdo aquella época: las visitas al ginecólogo, las primeras ecografías en las que apenas se veía nada, oír los latidos del corazón por primera vez, la difusión de la noticia entre familia y amigos que fue recibida con muchas muestras de alegría, la confirmación de que en vez de un bebé tendríamos dos, el pánico ante este dato porque era algo que no habíamos previsto, y la ilusión cuando ya nos hicimos a la idea y empezamos a preparar su dormitorio.

Seguida de la ecografía, me encuentro con la foto más grande de toda la

pared, y es del día que Carlota y Helena vinieron al mundo. Carlota y Helena nacieron un siete de abril soleado después de trece horas de parto. En la foto, Pecas está sudorosa, cansada pero resplandeciente, sujetando a una de ellas mientras yo sujeto a la otra. Ese fue el momento más feliz de toda mi jodida existencia.

Sigo el recorrido y en la siguiente foto aparecen Abraham y Sebas el día de su boda. La celebración se hizo en el jardín de su masía, vestidos los dos con trajes blancos. Por aquel entonces, las niñas aún tenían unos meses y nosotros aún nos estábamos intentando acostumbrar a la complicada tarea de ser padres por partida doble, de ahí las ojeras que ambos lucíamos en el rostro. Fue un día bonito, de mucho sol y muchas sonrisas. Además, después de unos años complicados, el padre de Sebas había acabado por aceptar su relación con Abraham, y no solo asistió a la boda, sino que acabó emocionándose durante la ceremonia.

El marco de estilo vintage de la siguiente foto pertenece al día en el que Sara regresó a Barcelona después de casi cinco años trabajando en Nueva York. Celebramos su regreso una noche de verano en la terraza del piso de Raúl. Por aquel entonces, Sara y Raúl llevaban unos meses mal, incluso estuvieron a punto de dejarlo. Al final, Sara, que se había cansado de trabajar más horas que un reloj y que no estaba dispuesta a renunciar a Raúl por un trabajo que le traía más infelicidad que otra cosa, decidió presentar su carta

de dimisión, hacer las maletas y volver a Barcelona. Siempre que veo esa foto de todos bailando al son de la música, me viene a la cabeza la canción de [El baile](#) de Izal, una de las canciones que sonó aquella velada y que la resume a la perfección.

Una chispa de emoción me recorre la tripa cuando veo la siguiente foto. Es del día en el que Pecas y yo nos casamos. Sonrío al recordar cómo le pedí que se casara conmigo. Habíamos dejado a las pequeñas en casa de mi madre y teníamos la noche para nosotros solos. Había sido muy duro convertirnos en padres. Estábamos muy contentos, por supuesto, adorábamos a nuestras hijas más que a nada en el mundo, pero había ocasiones en las que nos echábamos de menos a nosotros, a lo que éramos antes de ellas. Además, los primeros meses apenas dábamos abasto entre biberones, lloros de una, lloros de la otra, pañales, cambios de ropa, falta de sueño... Pero lo habíamos conseguido, Carlota y Helena ya no eran tan dependientes y nosotros habíamos recuperado un poquito nuestra autonomía. Aquella noche, mientras cenábamos en un restaurante y ella me explicaba el argumento de la novela en la que estaba inmersa, lo supe. Quería casarme con ella. Y mientras ella hablaba y hablaba sin parar yo cogí el recibo de la cuenta que había dejado el camarero sobre la mesa y lo enrollé, dándole forma de anillo improvisado. Entonces, cogí su mano y lo deslicé por su dedo. Solo entonces dejó de hablar para fijar sus ojos en los míos.

—Óscar...

—Qué me dices, pequeña, ¿te casas conmigo?

Nos casamos seis meses más tarde, sin ceremonia, solo firmamos los papeles en el ayuntamiento acompañados de los testigos y las niñas, luego, fuimos a celebrarlo con los familiares y los amigos más allegados.

La última foto y la más reciente es una de Carla. Es de hace un par de meses y se abraza orgullosa su enorme barriga de embarazada. Aún no ha dado a luz, pero está a punto de salir de cuentas. Se quedó embarazada por inseminación artificial, porque siempre había querido ser madre joven y no había conocido aún al hombre adecuado. Según Pecas, eso quizás haya cambiado, porque Carla mira a Diego, el socio de mi hermana en el despacho de arquitectura e interiorismo que montó hace unos meses, como si fueran cómplices del secreto más bonito del mundo. Lo dijo de forma enigmática, como si aquellas palabras tuvieran un gran significado para ella.

—Amor... —La voz de Pecas llama mi atención y ladeo la cabeza para mirarla. Desde hace tiempo me llama así, «amor», y el corazón se me hincha como un globo cada vez que lo hace. Quién me hubiera dicho a mí que algún día me llegarían a gustar este tipo de apodos cursis—. Nos hemos quedado fritas.

—Ya lo he visto, pequeña, parecíais tres ángeles.

—¿Ángeles? Eso es porque no has visto la que han liado a la hora de la

cena. Más bien parecían demonios.

—¿Carlota? —Hablamos entre susurros, para no despertarlas.

—Carlota, sí, y Helena, que se deja llevar por ella con demasiada facilidad.

—Son unas rebeldes.

—Debe ser cosa de herencia paterna.

Me río ante su comentario. Carlota, encaramada en mi pecho, gruñe, pero no se despierta.

—¿Has cenado ya? —pregunto.

—Imposible, no me han dado tregua. Y necesito darme una ducha, porque huelo a coliflor. —Señala su camiseta llena de manchas de puré—. En un momento de descuido han decidido convertir sus cucharas en catapultas.

Escondo una sonrisa divertida.

—La coliflor sigue siendo motivo de motín, ¿eh?

—Y eso que les he dicho que era puré de patatas... —Hace un mohín con pesar.

—Creo que esa es una batalla perdida —admito.

—Pues yo no pienso rendirme.

Me río entre dientes y paso el pulgar por su mejilla izquierda, para limpiarle un rastro de puré.

—Mi pequeña guerrera incansable, ¿qué te parece si tú te das una ducha

relajante mientras yo acuesto a las niñas y preparo la cena?

Me sonrío con dulzura y afirmo con la cabeza.

—¿Qué he hecho yo para merecerte?

★ ★ ★

Acuesto a las niñas y me dirijo a la cocina. Decido preparar una ensalada y una tortilla, algo fácil y rápido. Poco después, mientras corto a trozos una zanahoria, siento los brazos de Pecas rodearme la cintura y su olor inconfundible post ducha inundándolo todo.

Cenamos tranquilos mientras le explico cómo ha ido mi reunión, y Pecas pasa a relatarme lo cansada que le han dejado las niñas. Al terminar, saco de mi escondite una caja de *Chips Ahoy!* ahora que las mellizas no andan por aquí. Creo que llevan en los genes la adicción por esta mierda, porque una vez olvidé guardar una caja y las descubrimos escondidas en el armario de su habitación con las bocas llenas de chocolate y la caja completamente vacía.

—Sé que debería acostarlas en la cama, pero adoran el rincón de lectura y ha sido imposible sacarlas de ahí. ¿Crees que soy una mala madre por ser tan permisiva? —me pregunta ella con un mohín.

—No, pequeña, los niños no vienen con manual de instrucciones, además, lo estamos haciendo bien.

—Lo estamos haciendo bien, ¿verdad?

Nos sonreímos cómplices y me digo que sí, que lo estamos haciendo bien, porque Helena y Carlota son dos niñas con personalidad propia y un futuro prometedor por delante.

Poco después, nos vamos a la cama.

Nos tumbamos bajo el edredón y la atraigo hacia mí, hasta que nuestros cuerpos se tocan. Ella sonrío y me besa, y yo le devuelvo el beso con otro más exigente. Cuando queremos darnos cuenta, acabamos desnudos y enredados en un sexo lento y tranquilo. Cojo la goma que sujeta su cabello humedecido y la suelto haciendo que su melena se desperdigue sobre la almohada. Ha vuelto a dejarse crecer el pelo, porque, según ella, ha llegado el momento de echar raíces.

Me quedo unos instantes mirando sus pecas, las pecas claras sobre su nariz, allí donde se dibuja mi constelación favorita.

—Pequeña, mi pequeña —le digo. Y no lo digo por posesión, sino por sentimiento de arraigo, como cuando al hablar dices «mi país», «mi ciudad» o «mi hogar», no porque sean tuyos, sino porque te sientes parte de ellos.

Seguimos meciéndonos, sin prisas, disfrutando del momento. No es algo que se produzca tan a menudo como nos gustaría, pero intentamos encontrar tiempo para nosotros en medio de la rutina, para no perdernos nunca, para seguir sumando siempre.

Jadeamos y gemimos lo más silenciosamente que podemos y, cuando

llegamos al orgasmo, ella sonríe y cierra los ojos. Antes de dormirse, vuelve a abrirlos y dice:

—¿Has visto lo que he dejado sobre tu escritorio?

Niego con la cabeza y me dedica una sonrisa misteriosa.

—Quiz as quieras echarle una ojeada.

—¿Es el borrador de tu novela secreta?

Afirma con la cabeza y yo le doy un beso rápido antes de ponerme los calzoncillos y salir disparado. Su risa floja me persigue hasta que salgo del dormitorio. Entro en el despacho, lleno de expectación. Y es que Pecas lleva meses escribiendo una novela de la que no me ha querido contar absolutamente nada.

Me siento en el escritorio y cojo el manuscrito encuadernado con espiral. Se titula «Juntos somos más», y al reconocer la frase una sonrisa se dibuja en mis labios, porque esa frase es tan nuestra que s e, antes de empezar, lo que me voy a encontrar en esta historia.

Paso la página y empiezo a leer:

Me encontraba en la zona trasera del pequeño auditorio del instituto, entre bambalinas. Tenía la mirada fija en el escenario, donde los actores estaban representando la obra de teatro que yo dirigi a y que, además, había escrito. El último acto estaba a punto de terminar y sentía los nervios burbujeando en la boca del estómago.

—Así que te escond as aquí, Pecas —dijo una voz a mis espaldas, una voz inesperada

que reconocí al instante.

Canciones

Heroes, David Bowie

El lugar donde viene a morir el amor, Zahara

Hundir la flota, Niños Mutantes

Mira como vuelo, Miss Caffaina

Girls just want to have fun, Cyndi Lauper

Vidas cruzadas, de Quique González e Iván Ferreiro

The Way Things Are, Luthea Salom

Conocerte, Second

I Will Wait, Mumford & Sons

Do-Wah-Doo, Kate Nash

Universos infinitos, Love of Lesbian

Quiero hacerte gritar, Los Piratas

Feeling Good, Nina Simone

Un día en el parque, Love of Lesbian

A fuego, Extremoduro

Corazón de mimbre, Marea

Me haces bien, Jorge Drexler

Hurt, Johnny Chash

It's my life, Bon Jovi

Like a Prayer, Madonna

Azul y gris, Mürfila

Sal y otras historias, Maga

De las dudas infinitas, Supersubmarina

Átomos dispersos, Miss Caffaina

El baile, Izal

Agradecimientos

Empecé a escribir esta historia en Wattpad en noviembre de 2015, terminé el borrador seis meses más tarde. Me gustaría decir que el camino desde entonces ha sido un camino lleno de purpurina, arcoíris y corazones, pero sería mentir a lo grande porque no es verdad. Después de dejar la novela un tiempo en reposo, empecé la corrección y se me fue un poco de las manos. Se me fue tanto que, cuando terminé la revisión, si hubiera cambiado el nombre de los protagonistas y el título, hubiera podido pasar por una novela completamente distinta. Perdí un poco el rumbo, ahora lo sé, pero en aquel momento el pánico de que Óscar y Virginia no tuvieran la historia que se merecían me invadió por completo. Lo que entonces no sabía es que, quizás su historia no era perfecta, pero era su historia. Por eso quiero empezar dando las gracias a todas las personas que creísteis en mí desde el principio, incluso mucho antes de que yo lo hiciera. Sin vosotras, sin vuestro ánimo y apoyo, esta novela nunca hubiera visto la luz en Amazon.

A mamá, por ser la primera en leer esta novela, capítulo a capítulo. Gracias por las tardes de películas románticas en el sofá, sin ellas, nunca hubiera aprendido a amar este género.

A mis hermanos y familia. Aunque estemos lejos y no os lo diga

suficiente: os quiero.

A Cherry Chic, por estar siempre al otro lado de la pantalla y por ser mi mejor amiga. Gracias, ante todo, por haberte convertido en un modelo de mujer a seguir. Eres grande, muy grande, no dejes que nunca nadie te haga dudar sobre eso.

A Berta, por todas esas horas de charlas sobre libros y series. Gracias infinitas por haberme ayudado a elegir el título y a escribir la sinopsis.

A Marta, por ser el inicio de todo. Una de mis primeras novelas fue contigo. No importa que no la termináramos. Cuando pienso en ella recuerdo con cariño lo mucho que disfrutábamos escribiéndola en clase, imaginando una vida que nos servía para escapar de la nuestra.

A Anna, por abrir conmigo la puerta de esa taberna que marcó mis primeros años de juventud, un refugio al que siempre acabo regresando. Contigo aprendí a creer en la magia. Marina, Lucas, Kai, Ada, Kris y Ale vivirán siempre conmigo. Ojalá algún día les encuentre un espacio para existir. Ojalá algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse, pese a todo.

A mis lectoras de Wattpad, por dar una oportunidad a esta novela. Sin vosotras nunca la hubiera terminado. Fuisteis el impulso que necesitaba para seguir cada vez que se apoderaba de mí las ganas de apretar el botón de suprimir y lanzar el ordenador por la ventana.

A Virginia y Óscar, por aparecer en el momento adecuado. Vuestra

historia me ha hecho volar, soñar y sentir. Después de años regresando una vez tras otra a vuestro mundo, echaré de menos poder hacerlo. Junto a vosotros he aprendido mucho, muchísimo, y eso nunca os lo agradeceré suficiente.

A Toni, por ser sinónimo de hogar. Porque contigo he aprendido que el amor siempre es una suma. Porque juntos siempre nos hemos mejorado. Porque hemos crecido uno al lado del otro. Porque seguiremos creciendo, aprendiendo y haciéndonos mejores.

Y a ti, que has llegado hasta aquí, por formar parte de este sueño hecho realidad...

GRACIAS.

Sobre la autora

Me muevo bajo el pseudónimo de Red Lips porque me gusta llevar los labios pintados de rojo. Vivo muy cerquita de Barcelona y soy una treintañera bajita, inconstante y despistada que tiende a soñar con los ojos abiertos con demasiada facilidad.

Me licencié en Bellas Artes, aunque trabajo en el mundo del Marketing Digital junto a mi compañero de vida y marido. Cuando no trabajo ni escribo, me encanta leer, coleccionar cositas bonitas en Pinterest, poner banda sonora a los momentos, pasar tiempo con los míos, hacer maratones de series o películas y viajar.

También me gusta el café, el chocolate, el otoño, Barcelona, el número 17, la cotidianidad, ir con zapatillas deportivas, la lluvia, las casualidades, sentarme con las piernas cruzadas, el sarcasmo, la gente excéntrica, llevar vaqueros, las cosquillas, el olor de la ropa recién limpia, los abrazos que paran el tiempo, el arte, los besos que te dejan sin aliento y el frío.

¡Ah! Y a veces escribo, aunque no escribo ni la décima parte de todas las historias que inventa mi hiperactiva cabecita.

Si quieres saber más sobre mí, puedes seguirme en mis redes sociales:

Facebook: [facebook.com/elcajonderedlips](https://www.facebook.com/elcajonderedlips)

Twitter: twitter.com/cajonredlips

Instagram: [instagram.com/elcajonderedlips](https://www.instagram.com/elcajonderedlips)

Pinterest: [pinterest.es/cajonderedlips](https://www.pinterest.es/cajonderedlips)

También tengo una página web:

www.elcajonderedlips.com

Y si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo por correo electrónico:

info@elcajonderedlips.com